

2438

# MADROÑÓPOLIS

COLECCIÓN DE CUADROS VIVOS

PRESENTADOS AL PÚBLICO

POR

EMILIO PRIETO Y VILLARREAL

CON UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

D. MANUEL RUIZ ZORRILLA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

JUAN QUERCA SÁNCHEZ, IMPRESOR

Calle de Hortaleza, 124

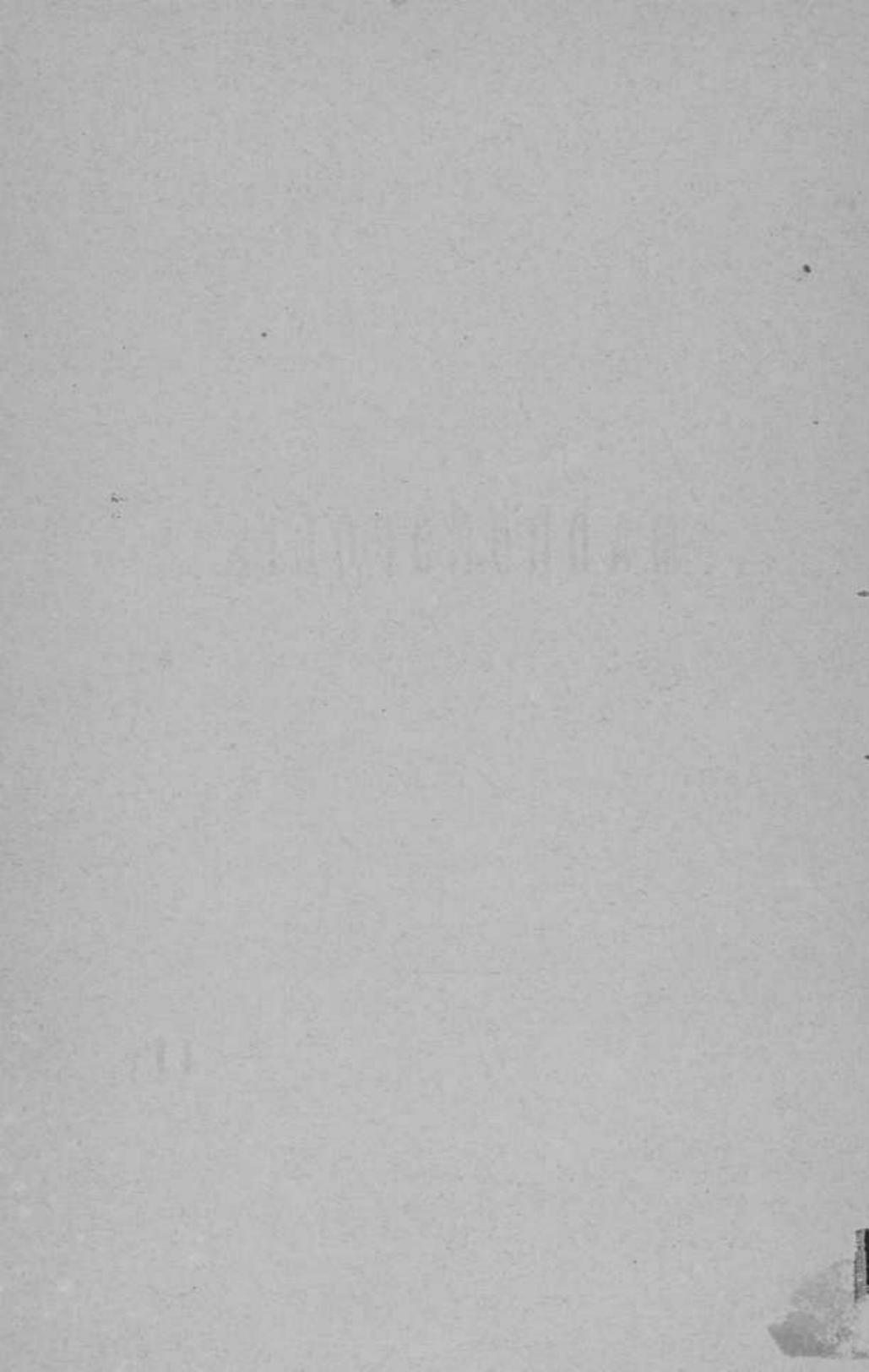
1882

4438

4.438



MADROÑÓPOLIS



# MADROÑÓPOLIS

COLECCIÓN DE CUADROS VIVOS

PRESENTADOS AL PÚBLICO

POR

EMILIO PRIETO Y VILLARREAL

CON UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

D. MANUEL RUIZ ZORRILLA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

JUAN IGLESIA SÁNCHEZ, IMPRESOR

Calle de Hortaleza, 124

1892



---

---

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

---

---

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

## D. MANUEL RUIZ ZORRILLA

*A ratos perdidos, por vía de pasatiempo, después de traducir libros franceses y cartas españolas, escribí en la emigración esto, que no atreviéndome á llamarlo novela, por justificada modestia ó porque tal vez tenga algo de historia, he titulado Cuadros Vivos al darlo á la imprenta para ofrecérselo á usted en testimonio del mucho afecto que me inspira y del gran respeto que por tantos motivos me merece.*

*¡Y á quién mejor que á un emigrado durante diez y ocho años, y á un patriota de toda la vida, podría dedicarse una obra escrita en la emigración é inspirada, seguramente, en patrióticos fines, aunque otra cosa puedan decir los que convierten el patriotismo y el utilitarismo en voces sinónimas!*

*No, no es este libro una novela, ni tampoco una historia.*

*Es una colección de escenas, con más ó menos enlace, escritas, según creo, con la viveza propia de la causa que me las inspiró y del fin que me propuse al relatarlas.*

*¿A qué causa me refiero y á qué fin aludo?*

*Los curiosos lectores lo verán, y ojalá lo vean muchos de esa especie heróica que sabe asaltar las librerías para leer por derecho propio.*

*Lo único que afirmo desde ahora en voz muy alta, para que nadie se llame á engaño, es que no pertenece mi libreo al género realista. Eso no: le aborrezco con mis cinco sentidos.*

*Quédense para otros las emboscadas y las sorpresas.*

*En cambio observarán los que leyeren, que he procurado atrincherarme, precaución muy sana cuando uno espera luchar con muchos.*

*Mis trincheras son las citas que hago para defenderme á tiempo de los ataques que me dirijan con estas ó parecidas voces:*

*¡Eso no puede ser! ¡Hay exageración, apasionamiento, escándalo, mentira!*

*Poco á poco.*

*Al oír estos gritos podía yo contestar aquello de:*

*“¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?*

*¿Nunca se ha de decir lo que se siente?,”*

*Ó con esto otro:*

*“A todos y á ninguno  
Mis advertencias tocan,  
El que haga aplicaciones  
Con su pan se lo coma,”*

*y peor para él, permitiéndome esta añadidura en*

*prosa; pero obsérvese bien y se verá que cuanto yo digo pudo ocurrir en mi MADROÑÓPOLIS, puesto que cosas parecidas, tan parecidas como dos gotas de agua, ó sucedieron positivamente, antes ó después, acá ó acullá, según declaran autores respetables que no me dejarán por embustero, ó pudieron ocurrir, sin género alguno de violencia, en una sociedad tan hondamente alterada y de tan visible modo corrompida, como la que me ha dado materia abundantísima para componer este libro.*

*No he incurrido en exageraciones; antes afirmo lealmente que por parecerme inverosímiles, he dejado en el tintero muchas cosas que han venido á soplar-me al oído.*

*¡Y cómo serán ellas cuando ni á MADROÑÓPOLIS he querido atribuírselas!*

*Las exageraciones verdaderas, el encono político, la crítica impía y el odio africano, quédense para nuestros adversarios.*

*¡Pues qué! al escribir esto, no acaba de decir el más sesudo de los periódicos conservadores, que yo, ¡pásmese usted! yo, tan bonachón y tan pacífico, ando en tratos con los feroces anarquistas, ó lo que es lo mismo, con los bolsillos llenos de bombas explosivas!*

*¡Pobres bolsillos los míos, no acostumbrados, en buena hora lo diga, á sostener pesos fuertes de dudosa procedencia!*

*En suma, y volviendo al libro; lo que fuere, sonará.*

*Que el público sano lo juzgue.*

*En cuanto á usted, ya sé que lo acogerá benévolamente, porque á ello me tiene acostumbrado.*

*Sírvase decirme si acepta la dedicatoria, y tenga la seguridad de que obras mejores, más positivas y trascendentales, quisiera ofrecerle pronto su leal amigo*

**EMILIO PRIETO.**

Madrid 5 de Abril de 1892.





# CARTA PRÓLOGO

---

SR. D. EMILIO PRIETO.

Mi querido amigo y distinguido correligionario: Recibí la suya del 5 del corriente con las pruebas de los *Cuadros Vivos* que ha tenido la idea de reunir bajo el título de MADROÑÓPOLIS. Acepto la dedicatoria que me ofrece de su curioso libro, dándole las más expresivas gracias, y no puedo menos de aplaudir el espíritu que ha inspirado su obra.

Cuando los enemigos de la libertad se sirven de la novela para propagar sus doctrinas, como un padre jesuíta acaba de hacerlo, justo es que aquellos que á la defensa de la libertad se han consagrado, utilicen también la literatura en su forma más amena para defender nuestros ideales. No veo en ello ningún inconveniente; antes bien, es un deber nuestro combatir al enemigo común en todos los terrenos donde nos presente la batalla.

Desde las primeras páginas de sus *Cuadros Vivos* es fácil reconocer dónde está Madroñópolis, y todos los lectores lo reconocerán de seguro, pues como dice usted con razón en la carta dedicatoria en que me ofrece su libro, *cosas parecidas, tan parecidas como dos gotas de agua, sucedieron antes ó después, acá ó allá.....* Esa es la impresión que desde luego grabó en mi ánimo la lectura de las escenas coleccionadas por usted bajo el transparente título de MADROÑÓPOLIS.

En efecto, cosas que á primera vista parecen inverosímiles, cosas bien tristes y deplorables suceden hoy, y opino como usted y como todos los buenos patriotas, que ya va siendo tiempo de que una normalidad razonable se establezca y de que cesen las inverosimilitudes.

No haga caso de las injusticias de nuestros adversarios. A la injusticia deben el triunfo de que aún gozan, sólo en la fuerza de la injusticia creen y á ella fian el éxito de las futuras luchas. Es, según lo hace usted en sus *Cuadros Vivos*, trabajando porque se desvanezcan las sombras que pueblan el espíritu de los habitantes de MADROÑÓPOLIS, como se contribuye á inculcar en las conciencias el sentimiento de los más imperiosos deberes.

Cuanto mayor sea el encono con que nuestros ene-

migos traten su obra, tanto mayor habrá sido, no lo dude usted un instante, el servicio prestado por usted á la buena causa. Es siempre contra los más animosos, contra los más esforzados y contra los mejores contra quiénes procura el enemigo descargar sus golpes más rudos. Esta predilección honra al que de ella es objeto. Deje usted, pues, con perfecta tranquilidad que los adversarios se entreguen á los más injustos ataques.

Reiterándole la expresión de mi gratitud, felicitándole por el sano espíritu que anima las páginas de MADROÑÓPOLIS y aguardando esas nuevas obras más positivas y más transcendentales que me promete, me repito su siempre afectísimo y verdadero amigo

M. RUIZ ZORRILLA.

París 25 de Abril de 1892.



La capital de Abraña es Madroñópolis, un poblacho antiguo y feo, cuyo caserío apelmazado, sin orden ni concierto, forma calles retorcidas y estrechas, apenas rectificadas por algunos edificios modernos, contruidos según las líneas que debió trazar, no se sabe quién, en algún plano conservado, nadie sabe dónde.

El terreno en que se asienta la villa es de naturaleza volcánica, y aunque de vez en cuando lo demuestra con ruidos interiores y rápidos movimientos, lo cierto es que como casi nunca alteran la superficie, todos duermen tranquilos confiados en la Divina Providencia por una parte, y por otra en la vigilante atención de las autoridades y en las previsoras observaciones de los hombres tenidos por sabios.

Unicamente D. León, hombre de talla, coleccionador de antigüedades, algo dado á los estudios geológicos y un si es no es favorecido de las musas, suele no tenerlas todas consigo cuando aquellos fenómenos físicos se manifiestan; pero en honor de la verdad, tan pronto como pasa el ruido y la leve oscilación cesa, el anticuario duerme á pierna suelta como el resto de sus conciudadanos, hasta que á los cuatro ó cinco años,

porque eso no es para todos los días, vuelven los terremotos á ponerle en alarma.

Abraña es digno de una descripción detenida, puesto que va á ser el teatro en que habremos de exhibir las figuras del drama, comedia ó sainete—de todo ello tendrá—que vamos á ofrecer al público, y empezaremos determinando su situación topográfica.

Constituye este pequeño Estado un extenso valle, rodeado de altos montes cortados á pico, que le aíslan casi por completo del mundo exterior. Para circular en él hay dos medios de comunicación: carreteras medianamente entretenidas y algunas vías férreas. Un río de ancho cauce, pero no de caudal abundoso, á no ser cuando las abruptas laderas de los montes vecinos vierten en él las aguas llovidas ó las nieves deshelasdas, podría convertirse á poca costa en canal de navegación, sin perjuicio de beneficiar la llanura con la humedad necesaria para el buen cultivo de los campos; pero... nada.

La desidia *lo ha impedido*, y para lo único que sirve el *Áspero*, que así se llama, es para conducir algunas armadías, porque el país produce mucha leña, y para mover algunas piedras de molino, que los abrañoles heredaron de los árabes, si no de los romanos.

\* \* \*

No se crea por esto que Abraña es refractario á los progresos que el tiempo trae consigo.

Si algunos viajan en diligencia y otros prefieran la gallarda y pacífica mula de paso, es porque los ferrocarriles no dieron resultado, tan abusiva y desdichada fué su explotación.

Explicaciones:

Los ferrocarriles, como en todas partes, fueron recibidos por el vulgo con cierta prevención supersticiosa.

Cuando la gente indocta vió que la locomotora, dando resoplidos y despidiendo humazo, arrastraba por dos tiras de hierro larga serie de coches, creyó que iba metido en la máquina el demonio, y que su poder diabólico arrastraba el tren. Los más avisados atribuyeron el misterio á un engaño, y sin idea, remota siquiera, del poder asombroso del agua hecha vapor, decían muy serios que los caballos ó las mulas iban tirando por debajo de tierra.

Esta fué la opinión más generalizada durante mucho tiempo, hasta que cierto día un mozo listo vió al pasar el tren que en el vagón primero viajaban unos cuantos caballos, asomando la cabeza al aire como unos señores.

—Chico—dijo el mozo listo á otro tan listo como él—bien decía yo, cuando decía que no eran los demonios los que iban *drento* de la *colomotora*. *Miálos, miálos* cómo asoman las orejas los tiros.

Y ahora que *mus* digan que el tren anda solo.

Así son todas las cosas que nos sorprenden.

Primero se atribuyen á un poder sobrenatural; luego se explican por medio de relaciones con lo conocido y por último se admiten sin discusión, entiéndanse ó no.

La gente, convencida de que en el ferrocarril se andaba más y mejor, llegó á admitirlo sin dificultades, y todos aquellos que para impedir la ruina de las posadas, sostenidas por arrieros y recuas, no quisieron tener cerca las estaciones, tirábanse de una oreja sin alcanzarse á la otra, cuando la necesidad les obligaba á emprender una larga caminata para dar con las personas ó los cargamentos en la vía.

Así iban las cosas bien que mal, y al cabo de algunos años, cuando los ferrocarriles se habían convertido en una necesidad, menudearon los descarrilamientos y los choques, con el perjuicio consiguiente para las vidas y haciendas de los abrañoles.

Los buenos creyentes dieron en confesarse y en dejar arreglados sus papeles cuando la necesidad les obligaba á embarcarse, verdadero salto atrás que les colocaba en el siglo XVII, y los incrédulos se metían en los trenes echando venablos contra el gobierno y las empresas.

Todos, cuando llegaba el accidente, sufrían lo mismo; con la diferencia de que unos quedaban muertos en gracia de Dios, y otros pensando que no les hacía maldita la gracia morir en tonto.

En vano se hicieron las reclamaciones propias del

caso. Unas veces por una causa, y otras por otra, las empresas encontraban siempre un asidero, y seguían su explotación á todo riesgo. Es decir, á todo riesgo de los que por falta de otros elementos locomóviles tenían que confiarse al acazo ó, lo que es lo mismo, á las compañías ferroviarias.

El público llegó á saber que en otras partes tenían los trenes frenos poderosos; que marchaban sobre *diversas* vías, según iban ó venían; que estaban dotados los carruajes de más comodidades y mayor seguridad en caso de agresión, y cuando pidió en balde todo esto y supo que las compañías se llamaban andana, porque al efecto abonaban fuertes subvenciones á los magnates, volvió á pensar en los antiguos medios de locomoción (1).

\* \* \*

Cuando el viajero penetra en Abruja, se cree transportado á una región tropical; tan azulada es la

---

(1) De otra manera, tomada en cuenta la excitación de los ánimos, si sobrevinieran nuevas análogas catástrofes sería del ministerio conservador la responsabilidad de *cuanto aquí puede ocurrir*.—*El Imparcial*, 1.º Octubre 1891.

El Ayuntamiento de Burgos, dolorosamente impresionado ante la espantosa catástrofe que acaba de presenciarse, acaecida la noche del 23 del que rige, y ocasionada por el choque de trenes, que es ya del dominio público, porque ha tenido, por sus terribles consecuencias, el tristísimo privilegio de conmover é indignar profundamente el espíritu

atmósfera, tan hermosa la luz y tan exuberante la vegetación.

La gran llanura central que sirve de asiento á Madridópolis, está rodeada por montículos de tierra laborable que sirven de apoyos á elevados montes, cuyas cumbres, formando una circunferencia de roca viva, limitan el territorio de Abraña.

En esta serie de montecillos escalonados en forma de anfiteatro, crecen las plantas, los arbustos y los árboles de todas las zonas. La vid y el olivo, el nogal y el castaño, la encina y el roble, el limonero y el naranjo, el abedul y el pino, el plátano y el eucalipto.

Y se comprende bien.

---

público en toda la nación y fuera de ella, dejaría sin cumplir un deber que considera sagrado é imperioso, y no sería en ocasión tan solemne y memorable el intérprete de los sentimientos y aspiraciones de la nobilísima ciudad que tiene el honor de representar, si en estos supremos momentos de angustias y consternación permaneciera silencioso, si no elevara al Gobierno de S. M. la más sentida y enérgica protesta contra las causas que dan motivo á tantos desastres que un día y otro vienen sucediéndose en los ferrocarriles, ocasionándose innumerables víctimas, llevando el luto y la desolación á infinidad de familias, estremeciendo y alarmando hondamente todos los ánimos y *haciendo difícil y hasta imposible*—por las desgracias que originan y por los inminentes peligros que amenazan al viajero—*ese medio de locomoción* que señala uno de los maravillosos adelantos de nuestros tiempos, y sobre todo si no acudiera á los altos poderes del Estado pidiendo con vivísimo interés que se depuren y resuelvan las causas que producen esos funestos accidentes, y se ponga pronto y eficaz remedio á males de tanta gravedad y trascendencia. — (Exposición del Ayuntamiento de Burgos, con motivo del choque de Quintanilleja).

La disposición del terreno permite que unos sitios estén expuestos á las influencias del Norte, al paso que otros, defendidos por las alturas, presentan la cara al Mediodía para recibir sus constantes y apasionadas caricias.

La diferencia de altitudes y aun la misma inclinación de las superficies, permiten también la variedad de cultivos.

Al pie de las montañas hay pastos abundantes y sabrosos, á juzgar por el ansia con que los devoran las ovejas, los caballos y los toros.

Magníficas arboledas, constantemente humedecidas por los arroyos desprendidos de las cumbres, cifien con verde corona la base de los montes, proyectando sus líneas onduladas y casi siempre verdes en el sombrío macizo de las montañas.

Pueblos y caseríos, blancos los más, están esparcidos por el valle, unos sobre los montecillos cultivados, otros en la llanura extensa donde sólo crecen casi con espontaneidad las preciadas gramíneas que constituyen el principal alimento de los moradores de Abraña.

Cualquiera diría contemplando aquel cielo y aquel suelo, que en el anchuroso valle rebosaba la abundancia. Nada menos cierto.

Abraña es pobre, y sus habitantes infelices.

Cuando el trabajo no tiene más estímulo que la satisfacción de las primeras necesidades, produce

peco; porque pocas son las exigencias de la vida, si no tiene más horizontes que el lugar en que nacemos. Por esto viven míseramente los pueblos salvajes.

Al contrario, cuando un pueblo está en continuo comercio con los otros, cambiando los productos del cultivo inteligente de la tierra y aquellos otros elaborados en las células grises del cerebro, toma la vida mayor realce; porque, al crecer sus exigencias, se multiplica el trabajo, se desarrollan las aptitudes, viene el estímulo á producir otras, y el hombre, en definitiva, se eleva más y más sobre el nivel del bruto.

Y no se crea por esto que abogamos por el desarrollo de los goces materiales, sino por el bienestar que prepara y facilita las expansiones del espíritu.

Pero volvamos al pintoresco Abraña, que bien lo merece.

\* \* \*

Lo repetimos; no hay en el mundo posición más ventajosa que la suya, desde cualquier punto de vista que se la considere.

Los árboles producen abundosos frutos; unos, como es natural, más explotados que otros. De la *castaña*, por ejemplo, se hace gran consumo, y el dulce fruto de la higuera se ofrece al público casi de balde.

En cuanto á la viña, bien puede decirse que es de todos: la *viña del Señor* suelen llamarla; y, como si

fuera del común, que no lo es, muy pocos son los que no procuran vendimiarla, con razón ó sin ella.

Para el desarrollo de las cucurbitáceas, se presta el suelo admirablemente; y así sucede que, no sólo abundan las *calabazas* y los *melones* prodigiosamente, sino que llegan á adquirir proporciones colosales.

La ornitología está bien representada. Los jilguerrillos inocentes de múltiples matices, los ruiseñores poéticos, las tórtolas arrulladoras y las palomas candidas abundan mucho. Águilas hay pocas; pero en cambio *prosperan* el buho misterioso, la urraca ladrona, la lechuza chupadora, el loro parlanchín, el cernícalo estúpido y sobre todo el mochuelo, que procuran echarse unos á otros en una especie de juego pesado y muy en boga entre cierto género de abrañoles.

El *Áspero*, que suele salirse de madre y hasta de padre muchas veces, llevándose todo por delante, tiene en cambio sus ventajas, obedeciendo á la justa ley de las compensaciones. Produce muchos peces.

Sus truchas son inmejorables; algunos descontentadizos, ya se sabe que lo que abunda molesta, las tienen aborrecidas; pero esto no ha de ser obstáculo para que dejemos de mencionarlas, con todo el crédito que tienen merecido, al reseñar la riqueza ictiológica del extenso valle de Abraña.

Los barbos respetables se reproducen con asombrosa fecundidad, y en cuanto á las anguilas escurridizas, nada hay que decir. Hay en Abraña muchos

fangales, por incomprensible desidia no desecados, y sabido es cómo gustan de ellos los tales peces.

El no domado río ofrece otras ventajas á los sencillos abrañoles, como si la Naturaleza fuese su Dios tutelar.

Allá, en uno de los confines de Abraña, por el lado de Oriente, donde, como el sol, tiene el *Áspero* su cuna, nace éste, formando al embestir la llanada con sus torrentes bramadores, un anchuroso lago que ciñe con sus ondas azules grandes islas populosas y fértiles; unas en perfecto estado de civilización, casi inexploradas otras, y mal regidas todas, como reflejando el estado de desgobierno en que Abraña vive.

Los abrañoles, por naturaleza, puede decirse que son cazadores; pero así y todo, siendo muchos los que escopeta al hombro salen al campo para satisfacer su pasión favorita, no han podido exterminar los zorros, los gatos monteses, ni otras alimañas igualmente perjudiciales. Los lobos, en las estaciones frías, y aun en las calientes, suelen presentarse en manadas verdaderamente devastadoras, cuando les acosa el hambre, y suele ocurrir esto tantas veces, que nadie diría sino que es el hambre su estado natural. Las tímidas liebres no dejan de verse con frecuencia, y conejos y ciervos no faltan tampoco.

Sólo nos proponemos, como por vía de aperitivo, ofrecer lo más picante, acaso lo que de excepción va convirtiéndose en regla general, por efecto de causas

que irán saliendo en esta mesa revuelta, á medida que vayamos cubriéndola con manjares más ó menos apetitosos.

No se crea por esto, que en el territorio de Abraña no hay más.

Por fortuna para él hay mucho, pero lo dicho es lo que resalta, lo que bulle, lo que impera.

\* \* \*

Al amanecer uno de los días del mes de Diciembre de 187... reinaba en Madroñópolis un movimiento extraordinario.

Abajo, iban y venían las gentes poseídas de un ardor inusitado, y arriba, densos nubarrones pasaban empujándose unos á otros á impulsos de un viento seco y frío.

Con aquél ir y venir de los más, contrastaba la actitud indiferente de los menos, que se limitaban á presenciario todo con desconfianza, y para que la armonía del conjunto resultara de tejas arriba y de tejas abajo, el sol curioso recorría de vez en cuando los cortinajes del cielo, y asomado á sus ventanas, miraba como de reojo los preparativos de los madroñopolitanos.

Había llegado para ellos una ocasión solemne: la vuelta de la familia privilegiada que durante largos años explotó á Abraña como los antiguos señores de horca y cuchillo sus mesnadas y sus feudos.

¡Qué alegría y qué movimiento por todas partes!

Unos preparaban los indispensables farolillos de papel pintado para la iluminación nocturna; otros sacaban á los balcones las colchas adámscadas de colores vivos, cuanto más chillones mejor; cuadrillas de braceros levantaban arcos de ramaje, mientras otros disponían banderitas y flores para adornarlos; algunos aficionados á la pirotecnia hacían provisión de cohetes y hasta de petardos; los músicos de afición concordaban sus instrumentos, cosa tan difícil como molesta para los tímpanos sensibles, y en suma, todas las clases, distinguiéndose en este bulle bulle las más encoquetadas, multiplicábanse para dar los últimos toques á tan suntuosos preparativos.

Pero lo que más llamó la atención, fué un arco levantado en la calle de *Aguavá*, por iniciativa y á expensas de las damas ilustres, que andando el tiempo debían entrar en la congregación de las adoratrices.

Era el tal arco un armazón de madera forrado con lienzo y habían dado á la obra colosales proporciones como si con ellas hubieran querido suplir la falta de buen gusto, siendo de notar también que para darle la significación oportuna, allá, sobre la imitada dovela, escribieron lo siguiente:

AL DESEADO

PEPITO PULGAREJO

LAS DAMAS DE MADROÑÓPOLIS

Como este arco se había levantado con anticipación, un mal intencionado de esos que nunca faltan, se encaramó á lo más alto la noche víspera del acontecimiento y substituyó la antepenúltima palabra por otra más expresiva, aunque menos corriente y compuesta del mismo número de letras, cosa que imponía el limitado espacio, pero no difícil, porque el idioma abrañol puede competir con todos en cuanto á flexibilidad y riqueza.

Con la boca abierta, porque el entusiasmo ciego, todos miraron la obra *de arte*, y, aunque el clasicismo no daba señales de vida, todos convenían en que el género ó la tela era inmejorable. Así mirando y así discurrendo, pasó tan inadvertida la substitución que á punto estuvo de sonar la hora de la solemne ceremonia, sin que las aludidas damas se percataran.

Por fin... uno ó una, porque en esto no están de acuerdo las crónicas, advirtió la audacia, y se remedió con la urgencia exigida por la gravedad del caso y lo premioso del tiempo.

Como todo llega y todo pasa en este mundo, donde la inconstancia parece haber encontrado su natural vivienda, llegó la hora por tantos y tantas apetecida.

La gente llenaba de bote en bote la espaciosa vía de *Aguavá*.

Formando calle, para dejar espacio libre, extendíanse en doble fila, dándose frente, las tropas abrañolas y los guardas de la villa, luciendo unos y otros

sus trajes de gala y todos en posición de descanso sobre las armas.

En el *Sitio Ameno*, grande y elevado paseo próximo á la ciudad, habían situado una batería para hacer con ella las consabidas salvas y los engalanados balcones de la villa estaban atestados de curiosos, y sobre todo de curiosas; porque el conjunto de la fiesta tenía carácter esencialmente femenino.

Y era natural.

La mujer entrometida y bullidora no vive al día como generalmente se cree. Mira siempre muy adelante, cuando de satisfacer sus pasiones trata, y era un niño apenas entrado en la pubertad á quien se preparaba tan ostentoso recibimiento. Un niño, es decir, un enigma que cualquiera puede descifrar á su gusto.

Sobre todo aquel aparato, vagaba ese rumor que producen las muchedumbres impacientes y cuando el cañón anunció el arribo del tierno infante, lanzó la multitud un grito sordo y penetrante, suma efectiva de la expansión con que aquellos espíritus impresionados expresaban su ansiedad, sus dudas, sus temores y sus esperanzas.

Era aquél rumor como el eco de las aclamaciones entusiastas que resonaban á lo lejos, dominado por la voz poderosa de los cañones, el ruido de las bandas militares y el continuo voltear de las campanas.

Contribuían, pues, á tan solemne recibimiento, la

milicia, poseedora de la fuerza; el clero, dominador de las conciencias y, al parecer, el pueblo, cuyo carácter es hoy tan indefinible como ayer, porque cambia en el espacio de tiempo que media desde un domingo de ramos á una semana de pasión. En este caso la semana de pasión había sido antes y Madroñópolis estaba en pleno domingo de ramos, pues conviene saber que aquella misma familia, en un momento de justa cólera, había sido arrojada del territorio como incompatible con la honra de sus habitantes. Sin embargo, por las torpezas de unos, las debilidades de los más, la traición de muchos y la osadía de uno solo, la raza espúrea expulsada de Abraña, como justo castigo á su perversidad, volvía á la posesión de su antiguo feudo y era recibida con el entusiasmo rápidamente descrito, hasta por un gran número de los que la maltrataron.

Los individuos de esta familia privilegiada, ejercían sus funciones regias con el título de *Incas*, nadie sabe por qué.

Los más eruditos filólogos no consiguieron dar con la etimología de la palabra.

Algunos iban á buscarla en el nombre que usaron unos reyezuelos de las islas orientales y otros, con más copia de razones, decían que Inca viene de *hincar*, *introducir*, *clavar*: esto es, hincar el diente, introducir la discordia, clavar á uno, y quien dice á uno dice á mil ó á un millón.

Esta explicación como más práctica y más al alcance de todas las inteligencias, fué generalmente comprendida y aceptada, no faltando algunos que justificaron el título con el hecho de ser la tierra de Abraña, tierra de *caciques* ó mangoneadores (1).

Los bandos que se agitaban en demanda del poder dentro del sistema, eran los *acaparadores*, que capitaneaba el anticuario D. León, y los *repentistas*, que dirigía no sin dificultades un tal D. Eduvigis. Aquellos rendían culto á las escuelas de gobierno más atrasadas; éstos, eminentemente prácticos, no tenían más Dios que el poder. Cualquier sacrificio hecho ante sus aras les parecía bueno. Los unos y los otros, alternativamente, estaban apoyados por el general Corralón, héroe engendrado por el atrevimiento en el seno de la casualidad, siempre fecundo.

---

(1) Por lo visto están de moda los adjuntos...

Adjunto á las instituciones; adjunto á la Presidencia del Consejo de Ministros...—(*Imparcial*, 27 de Octubre 1891).

#### EL REYEZUELO DE VILLANUEVA

El agente subalterno de la zona de Guadix, D. Antonio Pleguezuelos, se presentó en Villanueva de las Torres hace días á cumplimentar una orden del administrador de Hacienda, en la que se prevenía que hiciese arqueo del estado de la recaudación de consumos.

Al ir á practicarlo se presentó, provisto de un bastón de juez municipal, el vecino y caciquillo de aquel pueblo D. Antonio Teva Soto, que arrebatando de las manos el expediente al Sr. Pleguezuelos, le insultó de una manera descompasada, atropellándolo sin miramientos de ninguna clase.—(*El Imparcial*, 22 Octubre 1891).

Corralón, por aquello de haber sido él quien trajo las gallinas, creyó que le correspondía de derecho la tutela del inexperto joven, y empezó á ejercerla.

Además, fuera de la legalidad estaban los puritanos acaudillados por D. Justino, D. Jesús y D. Pompilio. Este último, más amigo de D. Eduvigis que de sus afines, llegó á merecer el título de *ama seca* del nuevo orden de cosas, y sabido es que el pueblo llama al pan, pan y al vino, vino.

Dejemos por ahora tomar posesión de su feudo al joven descendiente de cien Incas, que ya volveremos á encontrarle cuando sea menester.

Dos observaciones, sin embargo.

Al entrar Pepito en la casa de sus mayores, sin que otro individuo de su familia le acompañara, la primera voz que pronunció, fué esta:

—¡Sergio!

Y se presentó en el acto su compañero inseparable.

Pepito, al verle entrar, le tendió los brazos y ambos permanecieron estrechamente unidos breve rato.

—Ya estamos, dijo Pepito, respirando fuerte.

—Sí, ya estamos, contestó Sergio, frotándose las manos.

—Abraña es nuestro.

—Nuestro es, repuso Sergio, como si fuera el eco de su amo, y ahora, penitas al aire y venga de ahí, cuerpo bueno, bendita sea tu *grasia*, la *mare* que te parió y hasta el *pare*...

—Non plus ultra, dijo Pepito haciendo el primer alarde de conocimientos útiles, y cortando así la locuacidad de su íntimo amigo.

Dejóse desnudar, y cayó rendido por tantas emociones en el lecho de los Incas.

Hé aquí ahora lo que ocurría fuera:

El cielo estaba cubierto por una sola nube cenicienta.

El sol había hecho sus últimos guiños á la entusiasmada multitud, soplabá un viento de mil demonios, es decir, helado; y los madroñopolitanos retiráronse á sus casas dando diente con diente, porque, para que todo fuese en ellos anómalo, después de la calentura acostumbraban á sentir los estremecimientos del frío.

\* \* \*

Del carácter de la fisonomía moral de los habitantes de Abraña, nada hay que decir por anticipado, puesto que irá poco á poco destacándose del fondo de estos cuadros.

No obstante, convendrá saber que nos encontramos en presencia de un pueblo decaído, no degenerado como algunos creen. Pruébalo que de vez en cuando como por efecto de una especie de atavismo moral, sale de su abatimiento y tiene arranques parecidos á los que en otros tiempos le dieron fama y prestigio.

Como su estado normal es el cansancio, lo explotan sus dominadores para adormecerlo, y, si se nos permite la palabra, para insensibilizarlo.

De este modo han llegado á trastornar sus ideas y aun á torcer sus naturales inclinaciones.

Es que le hablan de libertad y siente los efectos de la tiranía mansa, pero no menos opresora que la de los tiempos semibárbaros. La tiranía del hambre.

Es que le gobiernan en nombre del orden, y su constante inquietud, revelada en cuantos negocios aborda para desenvolverse, le dice que el orden no existe.

Es que le atruenan los oídos haciendo resonar en ellos constantemente la palabra progreso, y cuando mira á su alrededor, vé que ha venido á menos.

Todas estas causas y sus derivadas, trajéronle fatalmente á un estado de apatía angustiosa que en vano procuraba vencer cuando la realidad llegaba á imponérsele.

Esta apatía, declinando poco á poco, llegó á convertirse en indiferentismo atroz hacia todo lo referente al bien común y como consecuencia cada uno procuraba para sí, olvidándose de los otros.

Esta fué la labor odiosa de los hombres que llegaron al poder con el Inca deseado. Al efecto, anularon en su mayor parte la obra realizada por el pueblo en los pocos años que disfrutó de libertad, demostrando con esto que, así como la etnografía comparando

razas, pueblos y naciones, nos revela estados anteriores á la actual cultura, así también las reacciones sociales pueden poner de manifiesto verdaderos fósiles de la política, dignos de figurar únicamente en los museos al lado de las que llamó *sobrevivencias* el célebre etnógrafo Tylor.

Tal era, á grandes rasgos delineada, la fisonomía moral de los abañoles, estudiada en conjunto, y sabido es que no pueden ser dichosos los pueblos que por unas ú otras causas anteponen los intereses individuales á los colectivos.

Irán saliendo las excepciones; pero ya puestos en el terreno de las confidencias, séanos permitido decir que muy pocos sentían, como el filósofo de Atenas, el vivo deseo de hacerse ciudadanos de todo el mundo.

Convengamos en esta verdad.

Si los hombres son casi siempre lo que les obliga á ser el medio en que viven, los gobiernos deben procurar que el medio sea bueno, porque siendo pocos los nacidos con la fuerza de voluntad necesaria para sustraerse á las influencias de ese medio, es preciso conseguir que esas influencias no bastardeen las pasiones, que por regla general, lo mismo pueden encaminarse á fines lícitos que á los reprobados.

Si los que gobiernan sólo atienden á la satisfacción de sus propios apetitos, todos los resortes de la gobernación del Estado se resentirán del mismo vicio y concluirá la sociedad entera procurando el bienestar individual á cualquier precio: unos lo comprarán con oro, otros lo adquirirán á costa del bien ajeno, y muchos no vacilarán ni ante los crímenes, con tal de que queden ocultos.

Los hombres, así convertidos en esclavos de la fortuna, llegarán á ser adversarios entre sí, porque siendo su guía la codicia, expresada con esta fórmula, *caer siempre en blando*, se harán la guerra, franca pocas veces, sorda casi siempre, pero en todos los casos guerra implacable, guerra sin cuartel.

No habléis á un pueblo dominado por tan groseros instintos de pensamientos generosos ó de acciones sublimes, porque sería hablarle en un idioma extraño y no os comprendería.

En cambio, ¡qué aspecto tan diferente fuera el de ese mismo pueblo gobernado con prudencia y justicia!

Los instintos brutales y egoistas quedarían dominados; el desinterés que prepara las grandes acciones aparecería, y ante un ideal fecundo en bienes, ante una aspiración generosa y noble que contribuyera á la grandeza y al bienestar de todos, cada uno prodigaría sus riquezas, y á ser preciso su sangre.

Los crímenes inspirarían repugnancia por el hecho de serlo, no por el temor de que fueran conocidos, y por consecuencia, bajo tal denominación viéranse comprendidos los que no pueden descubrir ni castigar los jueces de derecho.

Desgraciadamente para los abrañoles el gobierno del deseado Pulgarejo, fué repulsivo desde los primeros momentos, porque hizo divisa de la ingratitud,

Despreció á los leales de toda la vida y se apoyó en los que habían agotado con alardes groseros todo el diccionario de los ultrajes contra él y contra su madre, á quien, dicho sea como de paso, no se podía hacer responsable en justicia de todos los errores que la atribuyeron.

Era mujer y por esta condición, que todo lo ate-

núa á nuestros ojos, habremos de respetarla con la misma firmeza que emplearemos para combatir á los hombres.

Resultó, pues, que las apostasías más repugnantes se cubrieron desde arriba con el cómodo y aprovechado manto que se llama *del olvido*, y todas, hasta las más odiosas por sus antecedentes y sus fines, encontraron disculpa abajo en móviles patrióticos que eran en el fondo y hasta en la superficie, descaradas impaciencias, inmundos apetitos.

Los reos, aquellos que años antes habían sido severamente condenados, aparecieron con escándalo haciendo causa común con sus propios jueces, y el efecto inmediato de este contubernio fué quedar obligados á la defensa mútua con el celo que aviva la común delincuencia.

Abraña fué para ellos una mina abundosa, cuya explotación les correspondía de derecho y el resultado fué que la moralidad se hizo incompatible con la administración de los intereses comunales.

Las pandillas que alternativamente constituían el gobierno, se echaban en cara sus dilapidaciones y sus robos, y los abrañoles no podían tener ni el consuelo de atribuir el escándalo á rencillas caseras porque con el dedo podía señalar los personajes que, no teniendo años antes lo necesario para vivir modestamente, contaban docenas de millones en sus cajas poco tiempo después de la llegada del joven deseado. Este mismo,

que heredó de su abuelo la gracia no envidiable del chispero, decía á sus atláteres que la adversidad podría convertirle en Inca *destronado*; pero no *tronado*, y todo el mundo hablaba en voz alta de 45 ó 50 millones de títulos de una deuda que debiendo haberse quemado aparecieron como por encanto en circulación; de las cuentas misteriosas de ciertas guerras que los abrañoles cándidos sostuvieron sobre si había de ser este ú otro el amo que les fustigara; de los desfalcos sin número cometidos en las Islas Orientales; de las falsificaciones audaces de los títulos del libro t nario y de las carpetas de un empréstito de ciento setenta y cinco millones de columnarias (1) que hizo el gobierno para salir de apuros y vivir al día; del concurso de una vía férrea construida entre el Norte y el Poniente; del coste escandaloso de una pista que para correr caballos se hizo en Madroñópolis de los negocios de una compañía titulada Trasatlántica; de la cuestión llamada solares de Esparto; del arriendo de los tabacos; de los célebres marchamos de Malagón; de una supuesta venta de terrenos en las riberas del *Áspero*; de la desaparición de algunos millones á que subió la conversión de ciertas láminas de propios en los cantones de Boabdil y Cordobán; del descaro con que muchos gobernadores y altos empleados iban sin camisa á las Islas Orientales y volvían

---

(1) Moneda equivalente al franco en Francia.

cargados de oro y valiosísimos regalos, en una palabra, de cuantos chanchullos pudiera haber concebido el genio de Caco alentado por la más descarada impunidad.

Por algo semejante á todo esto debió decir Montesquieu: «que el Estado bajo la forma monárquica, y no era otra la que se habían dado los abrañoles, subsiste independientemente del amor á la patria, del deseo de la verdadera gloria, de la abnegación personal, del sacrificio de los más estimables intereses y de todas aquellas virtudes heróicas que descubrimos en los antiguos y de las que sólo tenemos noticia por la historia ó la tradición».

Conviniendo, además, con Richelieu en que las formas monárquicas no son convenientes para los hombres honrados.

La exclamación que arranca el relato hecho es el siguiente:

Atareados andarían los tribunales de justicia en un país tan abundante en todo género de latrocinios.

No, en Abraña se conoce el Código penal porque se aplica al ladrón de oficio, que, con riesgo de su vida, asalta al viajero en los caminos ó penetra en las casas para robar y matar si llega el caso; pero no al ladrón hipócrita que se parapeta en las oficinas del Estado para saquearle á mansalva; porque robar al Estado es no robar á nadie, aunque en rigor sea robar ó todos. El Estado es impersonal, no puede sacar una

pistola para saltar la tapa de los sesos al que meta la mano en sus arcas, y como además de esto garantiza la impunidad el hecho de estar muy bien organizadas las cuadrillas expoliadoras, no había en Abraña ni riesgo posible, ni siquiera delación que prosperase.

Un guarda de campo poco tolerante, desobedecido si se quiere, podía alojar un par de balas en el cuerpo del infeliz que, para saciar el hambre propia ó la de sus hijos, tomara en vedado una docena de patatas; pero otra cosa no, porque el escándalo dañaría las instituciones y pondría en entredicho la bondad y el prestigio de los gobiernos.

En suma: se castigaba al ladrón de un pan, tal vez á un inocente arrojado por la mala voluntad de otro en brazos de la justicia, nunca al saqueador de una isla, ó de una provincia, ó de la nación entera.

He aquí, poco más—no es posible decir poco más ó menos—el estado de Abraña, al poco tiempo de caer bajo la tutela del deseado, como se irá viendo á medida que entremos en materia, ó si se quiere, enpus; porque, desgraciadamente, tendremos que descubrir las llagas sociales de tan desdichado país.

\* \* \*

No todos los abrañoles participaron del contento que á los más embargaba cuando entró por las calles de Madroñópolis el deseado.

Muchos acudieron por curiosidad á la solemne re-

cepción, algunos se quedaron en sus casas y no pocos se reunieron en la *Farmacia del Progreso*, conocida entre los abrañoles como centro de los mal avenidos con el nuevo orden de cosas.

Dirigía el establecimiento D. Jesús, hombre de fe sincera, de arranques enérgicos, de inteligencia clara y vida sin tacha; muy conocido por su intransigencia con la raza entronizada, puesto que fué uno de los que contribuyeron á expulsarla, exponiendo muchas veces su vida y teniendo á todas horas su hacienda disponible para lo que fuese menester.

La casa de D. Jesús se llenó de gente, y era de ver en aquellos días de incertidumbre y azoramiento, cuando aún el mercado de conciencias no estaba abierto, la trastienda con que en la ídem de la botica se proponían planes y recursos para dar al traste en veinticuatro horas con la situación que para todos sus adversarios venía preñada de males.

D. Jesús, confiando en unos, y oyendo á otros como quien oye llover, se paseaba inquieto por la estancia, convencido de que urgía una resolución, y además, convencido también de que esta resolución urgente se habría evitado si D. Eduvigis, jefe del gobierno al sublevarse los algarrobeños, hubiese cumplido lealmente lo que ofreció al mismo D. Jesús en la visita que éste le hizo á instancias de muchos amigos de uno y otro, cuando aún era posible impedir que Madroñópolis secundara el alzamiento.

Pero el tal D. Eduvigis, consumado maestro de obras, que lo mismo servía para destruir que para edificar, era hombre tan previsor como astuto, y pareciéndole que el sol naciente es mejor para calentarse que el poniente, se rascó la barba después de recibir con los brazos abiertos al amigo que hizo el sacrificio patriótico de visitarle, se olvidó de lo que le ofreciera, echándose las de liberal incorruptible, y tendiéndose con indolencia musulmana en los divanes de su despacho, dijo:

—¡¡Alá es grande!! Y dejó á los sucesos seguir la marcha que traían iniciada.

No contribuyó poco á esta solución Gabarro de Amigo, el tresillista célebre.

Por estas y otras causas pudo llegar á Madroñópolis la familia *restaurada*; restaurada en cuanto volvía á recuperar lo que perdió; pero de ningún modo en el otro sentido del vocablo, puesto que venía con los mismos vicios que llevó al extranjero, corregidos y aumentados.

Nada práctico resultó de las conferencias y conciliábulos habidos en la *Farmacia del Progreso*. Mejor dicho, sí resultó; porque á los pocos días vióse obligado D. Jesús á cerrar la tienda y á salir de Abraña por orden tan apremiante de los vencedores, que apenas le dieron tiempo para liar los bártulos y llevar consigo algunas recetas.

¿Es que vieron en él al único enemigo temible, al

único capaz de reunir en acción común y decisiva las voluntades y las fuerzas de los que hasta entonces no pensaban en componendas con los vencedores?

Así da motivo para creerlo lo excepcional de la medida.

El hecho fué que muchos de aquellos voceadores le abandonaron andando el tiempo, que otros le permanecieron fieles, y que una gran masa se dió á esperar que D. Jesús confeccionara por sí y ante sí el específico salvador.

Consecuencia: que el señor D. León recibió en Madroñópolis con los brazos abiertos al mismo Corralón, autor de lo que pocos días antes llamó botarata-da, y que ésta quedó convertida en hecho heroico, mediante la sanción del dios Éxito; que D. León, muy satisfecho, salió de la cárcel en que D. Eduvigis le metiera por puro compromiso, y que sin pérdida de tiempo constituyó el nuevo gobierno bajo su presidencia, quedando así organizada la situación bajo la égida protectora de un soldado de fortuna.

En cuanto á D. Eduvigis, se fué á su casa para acechar el momento en que le conviniera pedir la alternativa.

¿Qué más podremos decir?

La situación á grandes rasgos queda descrita y ya se verá que no exageramos.

Lo cierto es que la suerte del país estaba echada y que la política iba á ser cuestión de compadres.

Sólo faltaba la ocasión de pasarse la mano por la cara; pero esta oportunidad no tarda nunca en presentarse cuando el pudor político no se conoce.

\* \* \*

En uno de los pueblecillos inmediatos á Madroñópolis, Burgo le llamaban, vivía la familia del señor Bueno, reducida por los huecos que en ella había dejado la muerte y estrechada por los golpes que la adversa fortuna descargó sobre ella.

Un pequeño huerto heredado y unas tierras arrendadas, constituían los medios de resistencia con que aquella buena familia, compuesta del matrimonio y un hijo ya mozo, hacía frente á las primeras necesidades de la vida.

Cuando venían malos años y el trabajo de todos era improductivo, nunca faltaba en el Burgo, y sobre todo en Madroñópolis, algún alma caritativa que les facilitaba veinte *gatos* (1) grandes por semana con la precisa obligación de devolver veintiuno, lo que parecía muy módico á los labradores de la comarca, quienes, después de todo, lo único que en su mayor parte hipotecaban era la esperanza de que el año próximo fuese bueno.

Mientras el padre y el hijo hacían las labores del

---

(1) Moneda de cobre equivalente á diez céntimos de columnaria.

campo, la madre se dedicaba á los quehaceres domésticos, y así iban las cosas mal que bien, hasta que cierta tarde de Otoño una nube muy negra apedreó los campos con la furia precisa para arrasarlo todo.

No fué esto lo peor. Aquella nube debió coger al Sr. Bueno en mala postura—el trabajo rudo nunca las tiene buenas—y puede decirse que le partió por la mitad, porque la inclemencia del cielo le obligó á meterse en la cama y cuando se levantó de ella tenía una parálisis en el lado izquierdo. Sin embargo, aquel medio hombre siguió contribuyendo con su mitad sana al sostenimiento de sus obligaciones y la casa siguió adelante, aunque para ello el hijo duplicó sus fuerzas para suplir las que faltaban á su padre.

Aquella honrada y laboriosa familia no conocía más mundo que el estrecho círculo en que se movía desde la casa al campo vecino y desde éste á la casa en que nacieron, como sus padres y sus abuelos.

Discurría como sus antecesores y no se entraba en la casa sin pronunciar el «Ave María Purísima», que se contestaba con el «Sin pecado concebida», ni se encendía la luz sin decir «Alabado sea el Santísimo Sacramento», etc.; ni cruzaba un relámpago por el espacio sin hacer la señal de la cruz, ni dejaba de rezar las oraciones á la hora de costumbre y mucho menos el santo Rosario al acostarse.

No pertenecían á los *añeros*, como en el Burgo lla-

maban á los que sólo confesaban y comulgaban por Pascua Florida, sino que al contrario, cumplían con este deber religioso cada lunes y cada martes.

Para mayor satisfacción de la conciencia, el padre era hermano de la cofradía de San Francisco.

—¿Qué alma te ha tocado?—le preguntaba su buena mujer en la fiesta de cada año.

—La de Cosme, la de Petronilo, la de Timoteo, según rezara la papeleta por él cogida entre las muchas que, con los nombres de los hermanos muertos, arrojaba el cura desde el púlpito en dicho día.

Y cosa corriente: el alma de Timoteo, de Petronilo ó de Cosme, era su alma y por ella debía rezar todo el año devotamente.

Otras veces entraba el buen jefe de la casa, diciendo á su esposa:

—Buena función te perdiste ayer, morena.

—Bastante lo siento; pero ya sabes que este pícaro dolor de muelas no me deja vivir algunas veces. ¿Qué tal hizo de Cristo el tío Pelagatos.

—Muy bien; parecía talmente el Divino Maestro, según estuvo de quieto en la cruz. A mí me correspondió hacer el Cristo de la caña, y menos mal.

—¡Cuánto hubiera dado por verte!

—Pues otro año será, si Dios nos da salud. ¡Qué fiesta tan hermosa! Daba miedo, cuando por la nave mayor casi á obscuras, pasaban diciendo los cofrades: «Acordaos hermanos que nos hemos de morir», y lue-

go respondía el del Cristo, que iba detrás: «Este es el Señor que ha de juzgarnos».

—Y dime, Pascual, ¿quién dijo el sermón?

—Qué cosas tienes, tonta, pues quien había de ser sino D. Pedro. ¡Qué voz tiene y qué aquél, cuando se sube al púlpito!

Es un pico de oro el de D. Pedro. Bendita la madre que le parió.

—¿Y Patricio?

—¿Nuestro hijo?

Allí estuvo conmigo; pero si quieres que diga lo que siento, le tira más el trabajo que las cosas de la Iglesia.

—Y quién sabe si tendrá razón; porque yo no creo que sea preciso comerse los santos, como tú haces, para ser como Dios manda.

Sobre este tema giraba muchas veces la conversación del viejo matrimonio.

Los sábados, nada más que por ser víspera de domingos, se reunían por la noche, al fresco en verano y al amor de la lumbre en invierno, varios vecinos y vecinas, y algunas veces el cura, el barbero y el maestro de escuela, D. Policarpo.

En estos días de recepción hablaban los hombres con preferencia del estado del campo, y se hacían pronósticos acerca de la próxima recolección. Las mujeres, entretanto hacían rancho aparte, y manejando la lengua con la misma soltura que las agujas de hacer

calesta, se despachaban á su gusto comentando los chismes de vecindad que en los pueblos chicos constituyen la comidilla de las comadres.

A última hora se generalizaba la conversación, y unas veces tomaba giro histórico con el relato de contiendas pasadas entre pueblo y pueblo ó partido y partido, ó penetraba en el fondo de la filosofía transcendental, analizando los refranes que venían á cuento en el curso de la conversación, ó los *sucedidos*, con más ó menos aire de patrañas, que los viejos repetían por la mil y una vez, como si fueran nuevos.

Patricio era el niño mimado de todos, y lo merecía.

Era un buen muchacho en toda la extensión de la palabra. Alto y fornido como un Hércules, de tez curtida y fisonomía abierta como el espíritu que la animaba y que se veía asomado á las ventanas de los ojos para no engañar á nadie, ni dejarse engañar en lo posible. Correcto en el vestir y en el hablar, dispuesto á todas las acciones generosas, digno siempre, era el tipo del hombre honrado á carta cabal.

Si algunas veces su sencillez rayaba en lo cándido, era porque no habiendo echado raíces en su alma la malicia, tampoco comprendía las malas artes que otros emplean para lograr sus fines; pero también podía asegurarse que no lograba sorprenderle la segunda vez, el que había conseguido engañarle la primera.

Hijo del pueblo, era la encarnación de todas sus

grandes virtudes, de todas sus espontáneas liberalidades y también de todos sus infinitos infortunios.

Conviene al interés de esta historia hacer de la vida de Patricio un ligero bosquejo:

Llegó para aquella familia un día triste.

El Burgo debía dar ocho hombres al Ejército, y Patricio sacó del cántaro el número 20.

De ocho á veinte, doce; y aunque de estos doce fueran llamados otros ocho, quedaban cuatro. No cabía duda. Al sacar el número Patricio, echó rápidamente esta cuenta y tiró su sombrero por alto en señal de regocijo. Seguiría levantándose con el alba para labrar la tierra.

¡Regocijo por el hecho de no servir á su patria con las armas en la mano!

¡Qué absurdo tan monstruoso!

El servicio militar, por efecto de sus odiosas excepciones, lo señalaba la tradición de padres á hijos como una cosa intolerable (1).

El cuartel se vislumbraba á lo lejos como una cárcel tétrica y sombría, no como la casa del soldado.

No se hablaba en los pueblos del soldado muerto en la batalla, y sí del que regresó al caserío con la salud perdida por la mala condición de los cuarteles ó

---

(1) La quinta tiene una porción de inconvenientes que no podéis salvar; sino ahogando la opinión.—(Discurso de D. Emilio Castelar, pronunciado el 23 de Mayo de 1860).

de los hospitales, ó por la pésima calidad, ó insuficiente cantidad de los alimentos (1).

Y la prevención contra el servicio se justificaba con este argumento:

Cuando el rico no quiere ir, el servicio es malo. Si no lo fuera, ellos se llamarían á la parte antes que todos.

Y vaya usted á borrar de la mente del pueblo ciertas ideas, cuando en la región donde nacen han tomado carta de naturaleza. No hay fuerzas humanas para

---

(1) Recibimos de dicha capital el día 11, noticias de un hecho grave ocurrido en el cuartel donde se aloja un batallón de cazadores.

Siendo el asunto delicado no quisimos aceptar en principio la denuncia que una persona formal, sin embargo, nos hacía.

Escribimos aquel mismo día á Córdoba y nos contestan confirmando las primeras noticias, y á pesar de revestir los caracteres de la verdad y de merecernos mucha confianza quien nos las comunica, nos resistimos á darles entero crédito: tal gravedad revelan.

Nos dicen que el día 9 por la tarde los soldados del batallón cazadores de Cataluña promovieron en el patio del cuartel un gran tumulto por negarse á comer el rancho, que era tan malo, «que los cerdos no lo aceptarían».

Gritaban los soldados que el tocino y los garbanzos estaban podridos, de lo cual se venían quejando de un modo humilde y respetuoso, hace tiempo.

Después de los primeros momentos de confusión y escándalo, el capitán de cuartel y los oficiales de semana con las espadas desnudas y ese arrojo proverbial en los militares españoles, redujeron á aquella tropa tumultuaria, matieron en el calabozo á unos cuantos y restablecieron el orden, que no ha vuelto á alterarse.—(*La Correspondencia Militar*, 17 Noviembre 1891).

tanto, sobre todo, cuando los hechos se encargan de afianzarlas uno y otro día (1).

Por todos estos motivos presenciaban los mozos las operaciones subsiguientes al sorteo con una especie de terror, y lo cierto es que solían resultar sorpresas más extrañas que las ofrecidas al público de niñas y soldados por los cubiliteros de plazuela.

Los ocho primeros números recayeron en hijos de personas bien acomodadas. Tres compraron su libertad por dinero, el hijo del escribano, que tenía dos ojos como dos soles, resultó miope en grado que le imposibilitaba para desempeñar bien el servicio; el sobrino del alcalde, que en realidad era algo enteco,

---

(1) ...Y señores, tengo que denunciarlo aquí porque las Cámaras son un gran jurado; la verdad es que la operación de medir al quint es una operación deshonorosa para un ciudadano, la verdad es que después de aquella especie de tormento, después de aquella especie de martirio, se ataca innoblemente al pudor, toda vez que se obliga al mozo á que se desnude en presencia de las gentes; la verdad es que después de todo esto hay gastos enormes en la conducción de los quintos y que hay inmoralidades horribles en los actos del reconocimiento; porque ha habido muchos de los interventores en las exenciones que se han hecho ricos, dando por válidos á los inválidos, y dando por inválidos á los válidos.

Esto lo sabe el país, esto lo dice á gritos la conciencia pública.

.....  
.....  
Mis electores me han mandado aquí, no solamente para que vote, sino para que hable contra la infame, contra la odiosa contribución de sangre.—(Discurso de D. Emilio Castelar, pronunciado el 23 de Mayo de 1869).

fué declarado inútil porque le faltaba un pulmón, que hasta entonces no había echado de menos; los dos hijos del cacique del Burgo, gran muñidor de elecciones, resultaron cortos de talla ó por lo menos no llegaron á ella, aunque los sargentos medidores agotaron todos los recursos del arte, hasta el de aplicarles la rodilla al estómago.

Por todo esto corrió la escala y fueron declarados soldados los ocho mozos más infelices, entre ellos Patricio.

Entabláronse los recursos correspondientes con arreglo á la ley, pero por sí ó por no, los ocho agraciados dieron con sus personas en un viejo convento convertido en depósito.

La primera noche, de Diciembre por más señas, la pasó nuestro héroe en la antigua iglesia del monasterio, acurrucado en una hornacina que debió ocupar algún santo y gracias á la manta que previsora-mente le dió su madre no amaneció hecho un carámbano. Tal era el frío que penetraba por los huecos de las bóvedas, sólo en parte cerrados por la primitiva cristalería de brillantes colores.

Como Patricio era un mozo fuerte, fué elegido para servir en el arma de Caballería, y como además era listo, terminó sin graves tropiezos la instrucción á pie y á caballo, resignándose después á tomar con paciencia lo que de él exigía el servicio de la patria.

Por la mañana, al romper el día, resonaba en los

patios y á la puerta del cuartel el toque diana, dando la señal con sus alegres notas del comienzo de las fatigas, que eran estas: Levantarse á escape para evitar algún encuentro con el sargento de semana, sobre todo si éste tenía malas pulgas; medir el pienso; formar; bajar á la caballeriza y servir al bruto el desayuno; cuadrarse por el lado de montar y á la altura de la cabeza del caballo, mientras éste trituraba con los molares la cebada produciendo un ruido sordo, como el de cien molinos en acción.

Después de esto, dos horas de limpieza, frota que frota con almohaza y bruza; luego la cura de caballos y el herrado; á las diez el primer rancho de arroz y patatas con tajada de tocino; á las diez y media dar agua al caballo; inmediatamente arreglo de las perchas, porque á las once ú once y media sube el oficial de semana para ver si las prendas y las armas están colocadas como en un altar; á las doce otro pienso y para mayor distracción entretenerse con la cola del caballo, abriéndola y atusándola hasta dejarla limpia como la cabellera de la más pulcra dama. Terminado esto se ocupaba el tiempo en preparar la revista de monturas, de armas ó de ropa, ésta precisamente los sábados, y cuando no había revista no faltaba el paseo del ganado ó el manejo de armas á pie ó la instrucción á caballo.

Así pasaba las tardes Patricio, á no ser algunas que, por excepción, después de severa revista de poli-

cía, le era permitido salir del cuartel hasta la hora de la lista de la tarde.

Después de esta lista, segundo rancho que solía variar: si el de la mañana había sido de arroz con patatas, el de la tarde era de patatas con arroz, pero sin tajada, que era precisamente la variación.

Terminado el rancho, quedaba algún espacio libre para limpiar los arreos y ponerlos en orden, operación que solía durar hasta las seis, y luego se dedicaba una hora á la interesante operación de mondar patatas en el mismo dormitorio. A las siete, lectura de leyes penales y á las ocho ó las nueve, según las estaciones, vuelta á la caballeriza para suministrar el tercer pienso al ganado, ya impaciente.

Hecho esto sonaba el toque de silencio, y ya podía Patricio dormir tranquilo sobre un jergón de esparto y un cabezal de lo mismo, á no ser que estuviera de guardia de prevención, de cuadra, de cuarto en los dormitorios ó de ronda por los patios.

Al día siguiente vuelta á lo mismo.

Así es que andando el tiempo, cuando ya era un hombre y no una cosa, se echó un día á reir con toda la fuerza de sus pulmones, cuando en un 1.º de Mayo vió pasar muchos obreros conduciendo grandes banderas que tenían escritas estas cuatro palabras:

¡¡Ocho horas de trabajo!!

Ya iba el buen Patricio acostumbrándose á su nuevo género de vida, cuando un día el alférez de su

escuadrón D. Valentín Rodrigo, le llamó aparte y le dijo:

—Somos paisanos, porque yo, como tú, nací en el Burgo. He recibido una carta de D. Policarpo, el maestro de escuela, recomendándote. Eres buen chico, ya lo he visto, y lo único que puedo hacer por tí es tomarte como asistente. Echa tus cuentas y si te conviene ya estás andando.

—Con usted, mi alferez, hasta el fin del mundo.

Esta fué la respuesta de Patricio, y sin más hablar entregó armas, equipo y demás, acarició en son de despedida á su caballo, *Diógenes*, y pasó desde el cuartel á la casa de *su amo*.

Era el alferez Rodrigo de los que cumplían su obligación á punta de lanza, y aunque fruncía el entrecejo para hablar á sus *inferiores*, y se atusaba pelo arriba el corto y mal domado bigote para parecer más hosco, ni por esas dejaban de decir los soldados que era *más bueno que el pan*.

Cuando hablaba con los superiores jerárquicos, se cuadraba como un recluta, mantenía derecha la cabeza, escuchaba con atención y obedecía sin replicar.

Cuando se dirigían á él los inferiores, su posición normal era más cómoda: abría las piernas á modo de compás, cruzaba las manos por detrás, plegaba la cintura, sacando al frente el abdomen, un si es no es voluminoso, y oía las peticiones con la cabeza inclinada para prestar un oído solo al reclamante.

De primera intención lo negaba todo; pero después de este primer arranque de severidad, entraba consigo mismo en razones permitiéndose pronunciar un breve discurso que concluía con estas palabras.

—Por última vez, ¿estamos? y daba media vuelta para no oír las gracias que el complacido murmuraba por lo bajo.

D. Valentín Rodrigo tenía también su pequeña historia. Después de concluído el bachillerato que debía permitirle ciertos alardes oratorios, le metieron en un seminario; pero tirándole más el mundo que la Iglesia colgó la beca, consumó la primera deserción y se presentó en su casa con este argumento por toda defensa.

—O se me deja sentar plaza de soldado, ó hago una barbaridad.

La dinastía de los Rodrigos se había distinguido siempre por lo temeraria y dura de mollera; y sabiéndolo el padre por experiencia propia, conoció que no había más remedio que transigir, y dió el permiso.

Resultado: que á los diez años de servicios y veintiocho de edad, era Valentín todo un alférez de caballería, después de haber guerreado bien en las Islas Orientales. Su única falta de valor la cometió en la Vicaría. Contrajo matrimonio y engendró dos hijos, que tenía al aparecer en estos cuadros.

La casa del alférez era archimodesta; tenía lo más

indispensable para el servicio y escaseaban los adornos.

Sin embargo; en el comedor, que era á la vez sala de recibo, cuarto de estudio y salón de juego para los muchachos, veíase colgado en la pared un cuadro de mucho valor.

Un cuadro hecho á pluma, encerrado en un marco negro y cuidadosamente resguardado del polvo por un cristal. Valía exactamente, según las firmas que autorizaban su legitimidad, *cuatrocientos veinte pesos y noventa centavos*.

Nadie lo hubiera dicho al contemplar de lejos aquella obra; pero acercándose á ella no cabía duda.

Empezaba así:

ABONARÉ..... y terminaba con estas palabras: *de inmediato pago*. Luego seguían las firmas y los sellos correspondientes, estampados con tinta color de sangre.

Aquellos pesos duros representaban el valor de muchas pagas que el dueño de la casa había dejado de percibir en las Islas Orientales, cuando en cierta ocasión, después de una tracamundana de dos mil diablos, contribuyó á ponerla término, no sin que le rasgaran el pellejo por dos ó tres partes.

Lleno de ilusiones dejó las islas, ya apaciguadas, creyendo que al llegar á Madroñópolis, aquel papelito convertido en dinero, le permitiría vivir algún tiempo con deshaogo, y quién sabe, hasta tolerarle el lujo de

remojar su asendereado cuerpo en algunas aguas de esas que sirven para cerrar bien las heridas.

Que si quieres.

Como un pordiosero, llamó una y cien veces á la ventanilla de la Caja Central, sin obtener más respuesta á sus pretensiones que el consabido perdone usted por Dios, á pesar de la conclusión tranquilizadora del documento que presentaba al cobro.

En resumen: llegó á convencerse de que todas sus reclamaciones eran inútiles y decidió darse tono, colcándolo en un cuadro sobre la pared del comedor.

En cuanto á Patricio, diremos que espumando el puchero, sacando los niños á paseo y engolfado en los quehaceres domésticos, que eran muchos y variados, cumplió el tiempo de su empeño en el servicio.

No lo perdió del todo, ciertamente.

La carencia de recursos no permitía al alférez Rodrigo enviar sus hijos á la escuela, y cuando él les daba lecciones de lectura y escritura, dáselas también á Patricio, con tan buena maña, que al poco tiempo leía de corrido *La Fraternidad*, periódico que constituía una especie de pasión para el alférez, y que andaba revuelto por la mesa con los viejos tomos de las ordenanzas militares.

Al principio, no sabía Patricio por qué su amo le prevenía al entrar de guardia que entregase el periódico á la señora y no á él; pero así que *supo de letra* se explicó la causa de la prohibición, conoció el

pie de que cojeaba el alférez, y por simpatía sintió que él empezaba á claudicar del mismo lado.

Esta fué la única lección que sacó del servicio.

Cuando se despidió del alférez, derramaron sus ojos lágrimas de gratitud.

Entraron cerrados en la carrera de las armas y salían de ella abiertos, muy abiertos.

La luz había brotado en aquella inteligencia hasta entonces cubierta de sombras y sentíase otro hombre.

### III

¡Qué diferencia entre el Patricio quinto y el Patricio cumplido!

Cuando pudo desasirse de los brazos de su madre, haciendo un supremo esfuerzo, emprendió el camino del depósito como un autómata, sin saber á donde iba, dejándose guiar por la fuerza extraña que dirigía el grupo de mozos sorteados como él. Una voz de «marchen» le decía anda, y otra voz de «alto» le decía párate.

Durante la jornada entretenían su pena unos y otros entonando coplas, pequeños poemas, en los cuales resaltaba como idea dominante el amor al hogar, á la madre y á la novia, á todo lo que dejaban detrás, á lo único que había conmovido sus almas hasta entonces en el pequeño mundo que apenas rebasaba las paredes del pueblo.

¿Existía algo más allá?

Ni lo sabían ni pretendieron nunca saberlo.

¿Para qué y por qué?

¿No habían presenciado muchas veces los misterios de la Naturaleza sin pretender explicárselos?

Habían visto la torpe oruga convertida en afanosa crisálida y luego en inquieta mariposilla matizada de brillantes colores.

Habían removido la tierra con la uña de hierro, vigorosamente oprimida por el puño; habían arrojado un año y otro la simiente; habían visto los campos cubiertos de verdura y presenciado los hermosos cambiantes que producían los tallos cuando la brisa los mecía al declinar el sol.

Y sin más ni más, vieron madurado el fruto hecha la siega, extendida la parva, separado el grano y llena la troje. Después la harina y como término de todo el pan.

Todo esto es lo que entraba por las ventanas de los ojos, sin rebasar el tabique que los separa del entendimiento.

¡El pan!

Hé aquí el término de sus aspiraciones.

¿Qué les importaba lo demás?

Cómo se hincha la semilla en el seno de la tierra; cómo la radícula penetra en lo hondo para buscar la substancia nutritiva; cómo la plúmula sale por lo alto iniciando el tallo, sostén de las hojas, luego de las flores y del fruto después; cómo la luz, el calor, la lluvia y el viento contribuyen de modo misterioso á la vida de la planta y á su reproducción... nada.

El fin, siempre el fin; como medio el trabajo rudo, maquinal, y como término, ya se sabe, la cosecha abundante y el pan tierno. Pero el pan confiado al acaso, á la Providencia que en vano les ha dicho «ayúdame y te ayudaré».

Espantar el nublado volteando las campanas aunque esto, científicamente demostrado, contribuya á atraerlo y sacar el santo en rogativa cuando la sed abrasa la tierra, eran todos sus recursos extraordinarios para oponerse á las catástrofes presentidas ó mitigar las sentidas.

He aquí lo que sabía Patricio de la vida cuando le llevaban como de reata hacia el viejo convento.

A la vuelta, no.

Iba solo, era dueño de sí mismo.

Marchaba con más desembarazo porque sus músculos le obedecían mejor.

Sentía su frente más despejada, como si se viera libre de preocupaciones ruines, de prejuicios absurdos, de fanatismos ridículos, fardos groseros que pesan sobre las inteligencias sin cultivo hasta agobiarlas y rendirlas.

Verdad es que caminaba hacia adelante con una especie de deslumbramiento moral parecido al efecto físico que sufre la retina cuando de pronto pasa de la sombra á la luz.

Veía; pero las imágenes nuevas se le presentaban como desvanecidas y revueltas en confusión y torbellino. Estaba en el segundo período de su transformación moral.

La crisálida necesitaba reconcentrarse en su capullo antes de salir agitando las alas.

Todo esto quiere decir, hablando pronto, que Patricio llegó á su casa hecho otro hombre.

Abrazó mil y mil veces á sus padres; lloró y rió con ellos en los primeros momentos; refirió á grandes rasgos las aventuras de su vida militar, y á los pocos días, cuando las legítimas expansiones propias del caso tuvieron el término indispensable, allí aparentemente, no había pasado nada.

Vuelta á labrar la tierra y á la metódica vida de costumbre en el pacífico Burgo.

Sin embargo, Patricio tenía dos preocupaciones más.

Una de ellas, eso que se llama política y que él llamaba derecho á intervenir en la cosa pública de modo que resultara de la intervención de cada uno el bienestar posible para todos.

Hasta entonces no se había ocupado en semejante cosa, pero de lo que ya nos es conocido dedúcese que la lectura de la prensa periódica había abierto nuevos horizontes á la vista del joven soldado.

La prensa, ese ariete moderno, con el cual destruyen los pueblos las murallas levantadas á su paso por las supersticiones, los fanatismos, las maldades y las ignorancias.

La prensa, que educa y moraliza, que eleva los espíritus y de pura las conciencias.

La prensa, ese apostolado tenaz, que en estos tiempos últimos ha destruído tantos ídolos con la predica-

ción constante del evangelio democrático, había influido de tal suerte en el buen Patricio, alma noble, naturalmente preparada para el caso, que al llegar á El Burgo era otro hombre, dispuesto á convertirse en apóstol de la doctrina de que estaba poseído.

Su primer cuidado fue suscribirse á *La Fraternidad*, y devorando con ansia sus columnas llegó á sentir los males de su patria en otra forma menos material, menos egoísta que hasta entonces, y surgió en él el deseo de ponerlos término para bien de todos. Compró libros, leyó, comparó, dedujo, juzgó, y convencido de que le había tocado nacer en un período de transición y de lucha, decidió tomar un puesto en el combate.

\* \* \*

Patricio, dedicaba todas las horas del día al campo, y las primeras de la noche al amor que le había inspirado Ángela, una muchacha de tez morena y pálida, de ojos negros y grandes, pero tristes, y de facciones tan suaves y correctas que casi se confundían con la delicadeza armoniosa del óvalo en que se destacaban. Hasta tal punto era cierta esta vaguedad indefinible del rostro de Ángela, que el más hábil fisonomista no hubiera podido decir á qué orden pertenecía su nariz, en esa clasificación convencional de todos conocida: ni si era ancha ó estrecha su frente, ó gran-

de ó pequeña su boca. Sólo en ésta se marcaba, como rasgo saliente, una leve y plácida sonrisa, que no dejaba de estar en armonía con la expresión triste de los ojos.

En suma: la cara de Ángela revelaba dos cosas: pesar oculto y bondad manifiesta.

Ángela era hija del procurador del pueblo, muy acreditado por lo mucho que para sí procuraba, sin reparar en procedimientos. Negociaba con el cargo, cubriendo las formas pudorosamente, y prestaba dinero con más desvergüenza.

Era viudo, y aunque no guardaba mucho á su hija, se guardaba ella, así es que las entrevistas de Ángela y Patricio se verificaban casi siempre á través de los barrotes de una de las rejas salientes del piso bajo de la casa.

Había razones que justificaban el amor entre Patricio y Ángela, á pesar de encontrarse á mucha distancia, medida por supuesto, en la mal compuesta escala social.

Patricio, cuando apenas tenía catorce años de edad, adquirió en El Burgo cierto renombre; conquistó, como si dijéramos, el blasón de su humilde casa.

Cierto domingo al clarear el alba, salió al campo en compañía de Crispulo, su hermano gemelo, con el propósito de pasar el día cazando alondras en los barbechos, codornices en los ribazos y conejos en los sotos.

Patricio llevaba una escopeta de dos cañones, á

cargar por la boca, y Crispulo, por toda arma, un palo fuerte para golpear las matas y espantar las piezas. Apenas habían rebasado las últimas tapias del pueblo y dado algunos pasos por un camino en desmonte, divisaron á lo lejos un bulto, cuya forma exacta no les permitió distinguir la neblina y la sombra larga que al amanecer proyectan los objetos, conviniendo al caso advertir que á medida que avanzaban hacia el bulto, que en dirección opuesta venía, iba siendo mayor la hondonada y más altos y verticales los bordes del camino.

—Párate, dijo Patricio á Crispulo. ¿No has oído hablar estos días de una loba rabiosa? Pues ahí la tenemos. Esa es.

Los dos hermanos se detuvieron dominados por la misma impresión desagradable, pero apercibiéndose á la defensa, porque ni el retroceso era posible, ni había tiempo que perder.

—Ese bulto que nos llamó la atención—continuó diciendo Patricio—es un lobo. ¡Ah! los conozco bien porque he cazado algunos, y á estas horas, en este sitio y á ese pasitrote en dirección del pueblo, de no ser un perro de ganado, es la loba rabiosa.

—Y qué haremos — contestó Crispulo al razonamiento de su hermano.

—Matarla—dijo Patricio con enérgia. Aunque tuviéramos el campo libre no deberíamos pensar en la salvación propia, sino en la del pueblo.

—Venga un abrazo—repuso Crispulo. Así pensaba yo.

—Podríamos correr y avisar á la gente; pero, ¿y si llegara el animal al mismo tiempo que nosotros?

Si nos toca morir, moriremos. Por algo nos á cabido en suerte estar aquí.

A todo esto el animal se había detenido fuera del alcance de la escopeta, y Patricio aprovechó el momento para echar una bala en cada cañón.

—Lobo es—dijo Crispulo á su hermano — en el modo de echar á andar lo he conocido.

La loba, que acababa de emprender la marcha, cortó perpendicularmente el eje del camino y se dirigió á la puerta de una casa situada en él. Iba atraída por el olor de un rebaño de ovejas, y al tropezar con la puerta intentó con tal furia desgarrarla á dentellada limpia, que en ciertos momentos las tablas parecían dispuestas á ceder ante tan feroces acometidas.

Si algo consiguió la bestia furiosa, fué arrancar algunas astillas, herirse con ellas el espumajoso hocico y excitarse más.

Así la vieron retroceder tres ó cuatro veces para lanzarse de nuevo á lo imposible, jadeante, ciega, brillando sus ojos con fulgor siniestro, despidiendo vapor los fornidos lomos, y vaho, sangre y espumarajos la entreabierta boca.

—Tira, apuntando bien al codillo—dijo Crispulo.

—Venza un brazo Crispulo. Así pen-  
54

—No; está lejos y sólo tenemos las dos balas que hay en la escopeta.

—Trae—insistió Crispulo;—estamos perdidos y el pueblo también. Es preciso que nos salvemos todos.

—No, dámela, yo la tenía. A mí me toca ir.

Pero era tarde. Crispulo que había cogido la escopeta, avanzó serenamente unos treinta pasos, y echándose el arma á la cara, disparó.

La bala hizo blanco y el animal dando aullidos feroces, empezó á revolcarse en el suelo.

Crispulo, radiante de gozo, entregó la escopeta á su hermano y armado con el palo se lanzó al sitio en que estaba la loba, para rematarla.

Patricio corrió también detrás de su hermano, que al poco tiempo se detuvo en actitud de defensa, porque la bestia herida, ya incorporada, se disponía á acometer.

El camino era estrecho; Crispulo estaba interpuesto y no había medio de descerrajar el segundo tiro sobre el furioso animal.

—Aparta—gritó Patricio—casi tocando con el cañón de la escopeta á su hermano, en el momento de saltar éste hacia la derecha para dejar espacio libre.

La loba, que estaba al otro lado, giró rápidamente sobre sus piernas rotas y se avalanzó á Crispulo que estaba más próximo.

Crispulo intentó meter el palo por las fauces del animal, pero erró el golpe y se entabló entre el des-

Cada vez que pensaba en la posibilidad de que el  
graciado muchacho y la rabiosa fiera una lucha  
terrible.

—No te acerques—gritó Crispulo á su hermano—  
es mía, mírala. El valeroso joven había metido el  
brazo entre las fauces del animal y, sujetándole por  
la lengua, había conseguido dar con su cuerpo en  
tierra.

—Ahora, Patricio.

Patricio apoyó la escopeta en el corazón de la bes-  
tia y de un tiro la dejó muerta.

—Vamos á la fuente—dijo Crispulo, con una se-  
renidad heroica.

—Llamaremos en la casa.

—No, no; es preciso que yo me lave antes. Mira  
este brazo, y desnudando el derecho, que estaba ho-  
rrosamente mutilado, lo mostró á su hermano.

Patricio quiso abrazarle, pero Crispulo no se lo  
consintió, diciendo:

—Basta con la vida de uno. ¡Qué importa la mía,  
si he salvado la tuya y he salvado al pueblo!

Crispulo murió al poco tiempo de la terrible en-  
fermedad que impropriamente llaman *hidrofobia*.

Patricio fué presentado de casa en casa, y obse-  
quiado en todas; su nombre adquirió cierta celebri-  
dad, y desde entonces se iniciaron entre Angela y él  
esas corrientes de simpatía que más tarde se convir-  
tieron en acendrado cariño.

Alguna culpa tuvo el procurador.

Cada vez que pensaba en la posibilidad de que la loba rabiosa hubiera entrado en el pueblo al amanecer, hora en que él solía regresar de Madroñópolis, se le tambaleaban las piernas de pavura y sentía hacia el héroe Patricio admiración y respeto; pero todo esto se fué debilitando poco á poco. Dió al olvido el peligro que habían corrido sus pantorrillas y, por ende, su vida, cuando supo que el héroe era novio de Angela.

Las resoluciones del procurador eran laboriosas, de esas que llegan tarde y con daño.

Dejaba correr el tiempo, y en cuestiones amorosas nada hay peor.

Únicamente los sábados prescindía D. Anselmo, que tal era el nombre del procurador, de su visita al casino de Madroñópolis. Donde de nueve á doce jugaba al tresillo] y desde las doce en adelante á la que salía, es decir, á cualquiera de las cuatro que con toda limpieza colocaba el banquero sobre el tapete verde.

Era su juego indefinible: el albur ó el gallo, la derecha ó la izquierda, las cargadas ó las descargadas, el entrés ó el párolí; todo le era lo mismo, y diéranse judías ó contrajudías, mayores ó menores, jugaba á ciegas como si las hubiera visto y muy rara vez dejaba algún billete pequeño entre las manos diligentes del banquero.

Su procuraduría había pasado á segundo término

y marchaba sola bajo la dirección de un auxiliar tan listo que sentía crecer la hierba.

No veía D. Anselmo con buenos ojos las relaciones de su hija con Patricio, cuya cuna era más humilde y cuya pobreza era notoria; pero transigía por dos razones: porque le constaba la honradez del muchacho y la docilidad de su hija. Además, razonaba así cuando se daba á pensar en los amoríos de Ángela:

Una de dos: ó ella se cansa ó yo la convenzo, puesto que todos los días pongo el paño al púlpito y predico sobre lo mismo. Si no sucede lo uno ó lo otro; pues no faltaba más, hará lo que yo mande ó la meteré en un convento.

Calcúlese hasta qué grado llegaría el mal humor de D. Anselmo cuando los sábados, al entrar en su casa á la hora de comer, su hija le presentaba la bata, el gorro de crochet y las zapatillas; es decir, el uniforme de casa, el traje de cuartel.

Los demás días no cambiaba de ropa. Comía, y con el bocado en la boca, encendía un puro del estanco y se iba al nido.

—Sábado, ¿eh?—solía decir al ver entrar á Ángela con las susodichas prendas. ¿Cuándo te convencerás de que pierdes el tiempo, ¿eh?

Este ¿eh? era la muletilla de D. Anselmo y la precedía para mayor solemnidad y sonoridad, con una contracción nerviosa de los músculos de la nariz. Sorbetón ruidoso muy poco agradable al oído.

Por lo demás, hay que convenir en que D. Anselmo era enemigo de disputas y de disgustos, hasta el punto de que cuando se expresaba con dureza venía seguidamente la atenuación, y algunas veces, tratándose de su hija, una caricia forzada que no convenía.

Es que D. Anselmo no quiso nunca á nadie.

Angela, por su parte, había encontrado un argumento sin vuelta de hoja, como suele decirse.

—Pero, ¿qué daño le ha hecho á usted el pobre Patricio? ¿No es bueno? ¿No es honrado? ¿No es trabajador? ¿No me quiere?

—Sí, todo eso es verdad, pero no ha nacido para tí.

En fin, al tiempo, ¿eh? y tú te convencerás, bobalicona. Y pronunció esta última palabra D. Anselmo marcando mucho cada sílaba y acompañándola de una caricia para que su hija no quedara disgustada.

Pero no sucedió así. Ángela insistió diciendo:

—Convéngase usted padre, de que todo cuanto me ha dicho hasta ahora, no es disuasivo. Yo creo ser dócil y razonable. Déme usted una razón siquiera, una nada más.

—Vaya, no quisiera decírtelo; pero ya que te empeñas hablaré claro, ¿eh? y no te incomodes ni me vengas con lloriqueos. Esa boda es imposible. ¿Es justo que yo haya trabajado para tí toda la vida y que de buenas á primeras vaya á parar mi fortuna á las manos de un hombre que sólo sabe manejar la azada?

— No mereces más? ¿No lo merezco yo? Me parece que todas éstas son razones muy valderas, ¿eh?

— Ya empiezan las gentes á decir esto mismo, y voz del pueblo, voz de Dios, ¿eh?

— Ríase usted padre de los que se meten donde no les llaman. Contra esa voz, que usted llama de Dios, hay otra en el fondo de mi alma que me dice lo contrario y á ésta me atengo.

— Vaya, basta por hoy, dijo D. Anselmo tú te convencerás, ¿eh? tú te convencerás.

— Esto llamaba D. Anselmo tener el paño puesto en el púlpito, pero sus sermones no podían convencer á nadie, y mucho menos á Ángela. Tomaba siempre puntos de vista estrechos y las cuestiones de sentimiento deben tratarse con la misma amplitud que el sentimiento tenga.

— A todo esto, llegó un día en que D. Anselmo necesitó los servicios de la familia del novio de su hija, y no vaciló en solicitarlos.

El caso fué que la llegada del nuevo Inca al valle de Abraña, trajo consigo la *consulta al país*, cuyo objeto no era, ciertamente, sancionar el hecho de fuerza que colocó á Pepito en el poder. El jefe de su gobierno, D. León, profesaba sobre este punto ideas peregrinas. Para él y para los suyos, no había pasado nada en el valle desde que el pueblo arrojó del trono á la madre del deseado, es decir, que resucitó la misma teoría de los *persas*, sus ilustres antece-

sores, y como ellos, dijo: *esos mal llamados años..*

La cuestión para el magnate se reducía á convocar unas Cámaras que le votaran todos los años los recursos precisos para el gobierno de Abraña y que fijaron las fuerzas de mar y tierra, más que para defender el territorio, para sostener al Inca en su elevado puesto.

Sí, las fuerzas de *mar*; porque si bien es cierto que con él no estaba en contacto la tierra del valle, existían algunos lanchones viejos y mal armados para custodiar las Islas Orientales y muchas oficinas inútiles, varias comisiones de pesca, y además de esto, en el gran estanque del *Sitio Ameno*, manteníase á flote la real falúa al mando de un jefe de alta graduación, ni más ni menos que si se tratara de un acorazado de primera clase. (1)

En Abraña tenía mucha fuerza lo tradicional, sobre todo si lo tradicional era malo, y confiado en esto y en el poder de los resortes de gobierno, hizo un llamamiento al pueblo, no para conocer su voluntad, que

---

(1) Dejemos para otro día tratar del Consejo Supremo de Guerra y Marina; de la dotación de las reales falúas que deben navegar por el ancho mar del Retiro; del Museo Naval, que está en el único punto donde no debiera estar, en Madrid; de la dirección de Hidrografía, que es el centro de los datos que envían los buques y que en la costa estaría más en su sitio; de las Comisiones occidentales...—(*El Liberal*, 5 Noviembre 1891).

desdoro para él hubiera sido proceder así, sino para imponerle la suya lo más suavemente posible.

Conócemos los suficientes rasgos de la fisonomía moral de D. Anselmo para considerarle digno de prestar su apoyo á la nueva situación y así fué en efecto. En la sección de asuntos interiores del gobierno, figuró su nombre en el encasillado de los procuradores que á todo trance debían ser elegidos para votar á gusto de D. León, y con esta garantía presentó su candidatura haciendo fijar en las esquinas media docena de carteles verdes que contenían el programa siguiente:

«Burgueses: ya lo habeis visto. Abraña entera se ha levantado como un solo *campo* para hundir en el polvo á los que nos llevaban á la ruina en nombre de una soberanía que sólo existe en nuestros amados Incas.

Esta bienhechora dinastía, felizmente restaurada, viene á daros la paz moral y material que habeis menester; viene á poner en fecunda actividad las fuentes de riqueza en mal hora cegadas por la codicia de unos cuantos advenedizos sin Dios y sin ley; viene á conseguir que la Administración pública, foco de corruptoras inmoralidades en manos de los usurpadores de vuestra fortuna, sea en adelante purísimo espejo que refleje los actos de incorruptibles administradores; viene á levantar la arruinada Hacienda hasta la altura de sus más prósperos tiempos, sin apelar á empréstitos ruinosos que al aumentar la Deuda hacen más

penosas las cargas de los p<sup>u</sup>éblos; viene á fomentar la Instrucción abandonada y el trabajo hasta ahora improductivo; viene con el firme propósito de devolver á vuestras familias perturbadas en lo que hay de más respetable, en el sagrado del hogar, la tranquilidad en un mal hora perdida; en una palabra, á impulsar todos los resortes constitutivos de la máquina Gobierno, de tal manera, que funcionando *al pelo*, contribuyan al crédito de la nación, á vuestra prosperidad y á vuestra gloria.

Burgueses; no necesito decir os quién soy; y á mena concéis.

Como hombre de orden lo sacrificaré todo á esta primera necesidad de los p<sup>u</sup>éblos.

¡Viva el Inca! ¡Viva Abraña! ¡Viva la moralidad!  
¡Viva la justicia! ¡Viva la libertad bien entendida!

De este modo solicita y espera vuestros sufragios

ANSELMO CASCANUECES.

Con este programa seductor fué D. Anselmo de casa en casa, no porque en rigor necesitara estos pasos para salir adelante, sino por el bien parecer, y, sobre todo, para evitar como último recurso el escándalo siempre violento de *volcar el puchero*.

Una de las casas que visitó fué la del Sr. Bueno, y como el jefe de ella estaba imposibilitado, habló con el hijo de este modo:

— Ya sabrás que presento mi candidatura, ¿eh?

Gracias á Dios hemos entrado en un período de orden. Basta de bullangas, ¿eh? No más escándalos ni populacheries. Por fortuna, ¿eh? no ha caído en El Burgo la mala semilla y todo saldrá á pedir de boca. Como una seda, como una seda, ¿eh? No dicen lo mismo de Madronópolis, donde han dejado esos tunos algunos satélites. Ya se lo dirán de misas.

Ahí tienes dos docenas de papeletas para que las distribuyas entre tus amigos, ¿eh? no quiero interrumpirte. Tendrás que ver la novia, ¿eh? picaruelo; digo algo, ¿eh? Hasta el sábado y memorias á tu padre.

Patricio había oído este discurso electoral, género Abraña, sin decir esta boca es mía, y como aquella era la primera ocasión que se le venía á la mano para romper una lanza en favor de sus nuevas ideas, la verdad, no sabía de que modo enristrarla, sobre todo, cuando el primer moro que se le ponía delante en son de guerra, era el elegido de su corazón para el espionoso cargo de suegro.

Ya estaba éste atravesando la puerta, cuando Patricio se atrevió á dar la primera acometida en esta forma:

—Pero, ¿no quiere usted sentarse D. Anselmo?

—No, hijo, no; ya es la hora de ir á mi tresillito; qué quierez, ¿eh? ya no le quedan á uno otros vicios.

—Es que quisiera hablar con usted de lo que acaba de proponerme.

—No tengas cuidado, ¿eh? ya supongo lo que vas

á decirme. ¡Pobrecitos! aún no os ha salido el susto del cuerpo, ¿eh?; pero no hay que apurarse; el imperio de las turbas ha concluído para siempre, ¿eh? ¡Pues no faltaba más! Si vienen por aquí esos tunantes que aún quieren hacer de las suyas imponiéndose á todos, avisame, ¿eh?, avisame, y con una pareja de guardias los meteré en la cárcel. ¿Es que han venido ya? ¿eh? ¡Bonito genio tengo yo para aguantar imposiciones! ¿A mí? ¿eh?

—No señor, usted es el primero que me ha hablado de elecciones; no ha venido nadie á imponerme su voluntad en este grave asunto, y si vinieran perderían el tiempo porque yo no admito más imposición que la de mi conciencia.

—Así me gusta, ¿eh?; buen muchacho. ¡Pues no faltaba más, ¿eh? después de los horrores que hemos visto!

—Pero es el caso, continuó diciendo Patricio entre temeroso y resuelto, al fin y al cabo iba á realizar el primer *acto* de su vida, es el caso que yo no puedo votar á los que defienden el nuevo orden de cosas.

D. Anselmo dió tal salto hacia atrás que milagrosamente no se cayó de espaldas.

No cabía en su cabeza de candidato ministerial aquel atrevimiento, sobre todo, en un pobre labriego que además era colono suyo, y dudando de lo que acababa de oír, mejor dicho, rechazándolo con un esfuerzo de la voluntad, logró reponerse y hasta convencerse de que había oído mal.

Pero apenas se hubo operado este cambio, continuó Patricio el desarrollo de su tema:

—Sí, Sr. D. Anselmo, siento decirselo á usted, pero me es imposible hacer traición á mis ideas.

—¡Pero hombre! Ahora salimos con esas, ¿eh? con que, ¿tú eres también de los que se permiten tener ideas?

—¿Y por qué no? Algo que nace aquí (señalando la frente) y que pasa luego á este otro sitio (el corazón), me inspira invencible repugnancia hacia lo que usted se propone defender y no me es posible hacer traición á mis sentimientos. Considero este salto atrás como una vergüenza para los abrañoles, y mi deber de ciudadano, y mi conciencia de hombre honrado se oponen á que yo preste á usted el auxilio de mi voto. Lo siento mucho. Pídame usted cualquier sacrificio de esos que otros muchos estimarían como mayores, y pronto estoy á servirle con toda mi alma; pero no solicite usted de mí lo que no puedo darle. Odio el engaño y la traición; no debo ni engañar á usted, ni traicionarme á mí.

D. Anselmo oyó estupefacto este inesperado discurso y permaneció mudo. Toda su elocuencia se trasladó á los ojos y, desmesuradamente abiertos, los fijó en Patricio, quien continuó diciendo:

—Haga usted justicia, Sr. D. Anselmo á la rectitud de mis propósitos, á la noble intención con que profeso mis ideas y á la fealdad con que se las

expongo. Calcule usted lo hondamente arraigadas que en mí estarán cuando me faltan fuerzas para transigir con el padre de la mujer amada y con el protector de mi familia.

¡Pobre Patricio!

Aún llamaba protector á D. Anselmo, porque de él eran las tierras que tenía en arriendo.

Calcúlese la impresión que produciría este discurso en el ánimo del candidato.

D. Anselmo, en las ocasiones solemnes, tartamudeaba, ó mejor dicho, repetía las voces ya pronunciadas porque las siguientes venían con retraso de algunos segundos, que dedicaba á reponerse de la emoción sentida.

—Con que... con que es decir, que... que eres uno de tantos, ¿eh?

No lo esperaba yo, te... te lo aseguro. Otra cabeza perdida, perdida, ¿eh?

Pues mira, me la... la has de pagar.

Venirme á mí... con... con esas, ¿eh?

Ya tienes lo que... lo que necesitas. No te faltaba más.

En un pueblo pa... pacífico como este, quieres tú ser el ga... gallo. Te equivocas, ¿eh?, te equivocas, y pronto lo has de ver. Adiós.

D. Anselmo salió hecho una furia.

Patricio, puesto en pie, levantó la arrogante cabeza, y dijo con voz entera:

—Está bien.

Pero las últimas palabras de D. Anselmo, «pronto lo has de ver» resonaron en sus oídos, y pensando en sus padres, se dejó caer sobre una silla, hundió la cabeza entre las manos y meditó.

Todas sus preocupaciones del momento podían resumirse en estas pocas palabras:

Por culpa mía van á ser más desgraciados.

Cuando D. Anselmo, hecho un basilisco, llegó á la calle, una ronda de mozos pasaba por ella entonando esta copla:

«No me mates, no me mates

Mátame con bacalao

Y no lo echés, en remojo

Porque me gusta salao.

Con el capotín, tín, tín, tín

Esta noche va á llover,

Con el capotín, tín, tín, tín

Antes del amanecer...

## VI

En una casa situada enfrente de la que ocupaba la familia Bueno, ocurrió una ruidosa escena poco tiempo después de la proclamación del Inca.

Conviene advertir que desde el momento en que volvió al palacio de sus mayores el joven deseado, tomó D. Anselmo la dirección absoluta de los asuntos interiores y exteriores de El Burgo, y que así como hasta entonces la presión ejercida por el ricacho sobre sus colonos, había sido indirecta y hasta cierto punto humana, fué todo lo contrario desde que cesó, según su frase, el imperio de las turbas. Cuando vió á los suyos dueños del mando, apareció el caci-que en la plenitud de sus poderes. Todo era obra suya en El Burgo, y ni las hojas de los árboles podían moverse sin su voluntad.

¿Qué títulos tenía D. Anselmo para erigirse en señor de horca y cuchillo á la moderna, en la pequeña aldea?

Ni era hombre de carácter, ni dominaba á los demás con sus conocimientos, ni podía ofrecerse como modelo por la moralidad de su conducta. Por malas artes, de despojo en despojo, había llegado á ser dueño de medio pueblo, y he aquí en lo que consistía su

mérito. Además de esto, estaba en posesión de otro que le permitía acomodarse dentro del nuevo cuadro político, sin hacerlo desentonar: estaba en posesión de todos los vicios y sabía ocultarlos con capa de santo, sin extremarla tampoco, antes al contrario, dándose aires de hombre despreocupado y hasta tolerante con las debilidades ajenas siempre que no le perjudicaran.

En la casa á que nos hemos referido, vivían dos hermanos jóvenes y huérfanos. Él, llamado Braulio, dedicábase á las faenas del campo en una hermosa huerta lindante con la casa y que como ésta era propiedad de D. Anselmo. Ella, llamada Luisa, empleaba las horas de la mañana en la venta de los productos que su hermano hacía brotar de la tierra.

Braulio, que no excedía de los veinte años de edad, era trabajador é inteligente y Luisa, algo más joven, porque apenas había cumplido los dieciocho, era tan honesta como hermosa y con razón decían en el pueblo que no había en él muchacha más bella. Tenía sin embargo, la desgracia de saberlo y era un tanto soñadora; pero no pasaban de aquí sus defectos aparentes.

¿Eran naturales ó habían sido inspirados de intento para prepararla al mal?

Todó hace creer en lo segundo, porque D. Anselmo, con su autoridad de amo y prevaliéndose de la gratitud que hacia él sentían los hortelanos por haber

les dejado después de la muerte de sus padres labrar la huerta en las mismas condiciones con aquéllos estipuladas, menudeaba las visitas y ejercía sobre los dos muchachos una influencia casi paternal.

D. Anselmo, que mansamente explotaba á los demás, no tenía con los arrendatarios de la huerta de la Virgen, que así la llamaban, exigencias de ningún género. Eso sí, Luisa estaba obligada á llevar á la casa del amo todas las primicias; pero por lo demás, dejaba en plena libertad á Braulio, y diérale la renta convenida ó no se la diera, nunca le exigía atrasos ni en forma alguna le pedía cuentas. Las disculpas de Braulio le parecían siempre aceptables y se limitaba á decirle: ya pagarás cuando mejoren los tiempos.

La conducta para con Luisa era diferente. Desde luego llegó á dominarla por el agradecimiento, haciendo resaltar de vez en cuando los beneficios que á ella y á su hermano dispensaba y dejando entrever, con la delicadeza posible en los que apenas la conocen, cuál sería la situación de ambos si les faltara el apoyo franco que se dignaba dispensarles.

Además de esto, llevó á cabo otra labor complementaria, que seguramente debía contribuir á los fines depravados que meditaba.

Se apoderó del corazón de Luisa desde sus primeros años y, digámoslo así, le modeló á su antojo.

Hizo fermentar en ella pasiones que tal vez nunca se hubieran revelado espontáneamente, dejando en-

trever á la muchacha otros horizontes más amplios que aquellos en que había nacido, y aunque este fué trabajo de muchos años, con tanta habilidad lo ejecutó el infame, que cuando la niña se transformó en mujer todas las dificultades estaban vencidas.

Su vida propia no era aquella. Más allá del recinto que encerraban las paredes de la huerta, había otro mundo de que no podía gozar siu un supremo esfuerzo, y lo hizo oyendo los halagos de la serpiente que se había enroscado á su existencia.

Luisa sintió primero ciertas inquietudes en el fondo de su alma, y concluyó mostrándose francamente ambiciosa.

He aquí un caso de irresponsabilidad no previsto en el código de las leyes del honor.

—Nada me faltará, lo tendré todo, criados que me sirvan, hombres que me adulen, placeres que me halaguen, ambiciones que satisfagan esta sed que me ahoga, todo, todo.

No llegó Luisa á razonar así sin haber sentido antes muchas vacilaciones. La memoria de sus padres; la presencia de su hermano, tan confiado y bueno; el impulso que naturalmente nos incita al bien; la descarnada y fea figura del mal que nos obliga á cerrar los ojos haciéndonos sentir en la conciencia una instintiva repulsión; todo esto y mucho más libró en el fondo del alma de la inexperta niña una batalla tenaz y ruda, cuyo término debía ser el triunfo de otro orden de

ideas; guerra parecida á la que sostienen en su período de combustión los elementos de distintos metales antes de fundirse.

Pero los cálculos estaban bien hechos y correspondieron exactamente en la época precisa á las previsiones diabólicas del *bienhechor* de la casa.

Resultado: que llegó un momento terrible para Luisa; el de decir á su hermano la verdad.

—He sido una infame, te he engañado miserablemente, me creías honrada y no lo soy. Mátame, haz lo que quieras de mí, merezco toda tu indignación; yo la acepto como castigo de mi culpa, en inteligencia de que si para expiarla me castigaras con tu generosidad, sería poco toda una vida de reclusión y de llanto. Pero óyeme también. He luchado sola con todas las astucias; todas las malas artes se han puesto en juego para seducirme y vencerme; nada ha omitido el genio del mal para perturbar mi espíritu y torcer mis inclinaciones. Ya lo sabes todo. Aquélla es mi culpa; éste es mi descargo; tú, hermano de mi alma, juzga y falla.

Así debió hablar Luisa á Braulio la noche á que nos hemos referido, á juzgar por el cuadro que ofrecían ambos en el momento de presentarlos en escena.

Braulio, sentado en una silla, apoyados los codos en la pequeña mesa que tenía delante y hundida la cabeza entre las manos, con ellas la oprimía como si temiera que fuese á estallar.

Luisa, sumida en dolor tan profundo que no encontraba medio de manifestarse; en pie, con la cabeza baja, esperaba, en el más obscuro rincón de aquella estancia. el fallo de su juez.

Así transcurrieron algunos momentos de silencio, que Braulio interrumpió poniéndose en pie y lanzándose con los brazos abiertos hacia el sitio en que estaba su hermana.

Luisa, al caer en ellos, perdió el sentido. Tal impresión experimentó al ver que su hermano la castigaba con la generosidad.

—Te perdono, hermana mía; óyeme, te perdono. Estas fueron las palabras con que procuró reanimar el desfallecido cuerpo de Luisa.

—Ese monstruo de maldad es el único responsable ante Dios y los hombres. Tú eres para mí tan inocente como el día en que nuestra madre te acarició con su primer beso.

Cuando Luisa abrió los ojos, volviendo á la realidad que parecía un terrible sueño, se encontró en su lecho como si nada hubiera ocurrido, y sólo haciendo un gran esfuerzo de imaginación pudo reconstruir con todos sus detalles, la escena que acababa de pasar.

Aquella noche, noche de insomnio y de lágrimas, fué para Luisa la primera de expiación.

D. Anselmo entretanto, dormía tranquilo, como aquel á quien le salen todas las cuentas á pedir de boca.

Si el motor de esta escena tuvo ó no noticia de ella, cosa es que no podemos asegurar; pero sí es lo cierto que no volvió á parecer por la casa de la huerta, malamente llamada de la Virgen en esta ocasión.

Pero no se crea por esto que dejó de cumplir como un caballero.

El que agotó todas las seducciones, desde las más sublimes á las más groseras, para llegar al fin deseado, cuando vió las consecuencias de su infame conducta, retrocedió como un cobarde y empezó á estudiar el medio de impedir las complicaciones que podían venirle encima.

—Ante todo hay que impedir el escándalo. Quien algo quiere algo le cuesta y esto, naturalmente, debe costarme dinero. No es mucho costar.

Este fué su primer razonamiento y de él dedujo esta consecuencia que más directamente iba á sacarle del mal paso en que estaba.

—El asunto puede hacer ruido. El ruido no se oye de lejos; pues cuanto mas lejos suene de mí, mejor.

Poco á poco iba afinando la puntería de su ingenio y estaba orgulloso de sí mismo aquel infame. Iba á hacer blanco.

Y el blanco fué la cuarta plana de un periódico que tenía delante.

Con letras gordas, decía:

#### COLONIA

—Sí, sí, Colonia; eso es. Colonia dicen que está

muy lejos; que hay mucha agua, mucho mar entre Colonia y Abraña, y continuó leyendo aquel anuncio, puesto como de encargo para sacarle del apuro, halagando á la vez su avaricia inmensa.

«Se admiten emigrantes. Pasaje gratis. Para más pormenores, dirigirse á la calle del Engaño, número 100, en Madroñópolis».

—Magnífico, dijo al concluir la lectura del interesante anuncio.

Esto resuelve la cuestión de plano, ¿eh? ¡Si cuando digo que soy el hombre de la dicha!...

Pero... poco á poco.

¿Querrán ó no querrán pasar el charco?

Y se quedó algunos momentos pensativo.

—¡Pues no han de querer! Luisa ejerce sobre su hermano decisiva influencia. Braulio, más que cariño, siente hacia Luisa una especie de delirio ciego. La pobre Luisa; sí, bien pobre y bien desgraciada por culpa mía, entre emprender un viaje á lejanas tierras ó quedarse aquí, donde tanto se critica y se murmura, oyendo por todas partes pregonada su deshonra, no vacilará ni un solo momento. Yo he sabido hacerla orgullosa, y la verdad es que no he perdido el tiempo.

Cosa hecha, cosa hecha. Mañana mismo á Madroñópolis.

\* \* \*

El resultado de todo lo dicho fué que D. Anselmo

hizo llegar á manos de su víctima una carta, concebida en los siguientes términos:

«Luisa: Conozco que eres desgraciada y tengo el deber de minorar tu desgracia en lo posible, porque ese deber me impuse al morir tus padres.

He pensado que en la situación que te encuentras será lo más conveniente que salgas de este pueblo en compañía de tu hermano, y cuanto más lejos, mejor.

Fuera de El Burgo, podrás vivir tranquila; porque nadie dirá de tu conducta lo que aquí dirán seguramente, si el secreto que me has confiado se hiciera público.

En Colonia encuentran muchos abrañoles trabajo honroso con qué vivir y, ¿por qué no habeis de hacer tu hermano y tú la que tantos otros?

A nadie extrañaría vuestra resolución, y confiado en que oirás mis consejos como lo has hecho tantas veces, te remito los billetes para el pasaje y la suma de mil columnarias para los gastos más precisos.

Ya sabes que puedes contar siempre con el afecto de tu protector,

ANSELMO CASCANUECES.

La carta del *protector* estaba escrita con tanta habilidad como escasa delicadeza.

Nadie podía acusarle en público de lo que su propia conciencia le acusaba.

Cuando Luisa recibió la misiva estaba sola y se

deshizo en llanto, después de deletrearla como pudo.

— Otro golpe más. Lo merezco, Dios mío; mi culpa ha sido grande y no me quejo. Cúmplase tu voluntad.

La desgraciada Luisa, cuya imaginación vehementemente le permitía hacerse pronto cargo de las situaciones en que se encontraba, resolvió en el acto lo que más convenía á su dignidad; pero no pudo por sí misma resolver.

— ¡Si supiera escribir! ¡Qué de cosas diría á ese miserable!

La educación en Abraña estaba á esas alturas.

Algún conocimiento de las leyes divinas, absoluta ignorancia de las humanas y total carencia de recursos para desenvolverse sin auxilio extraño en los asuntos propios, aún los más íntimos, en aquellos que interesan al decoro y la honra.

Verdaderamente extraviada, loca, cogió papel, tintero y pluma, como si los esfuerzos de la decidida voluntad suplieran la falta de recursos, aún de aquellos puramente mecánicos.

¡Imposible!

Las ideas amontonadas en aquel cerebro exaltado, pugnaban por salir de algún modo traducidas, y aunque Luisa trazaba con frenesí inexplicable rasgos y más rasgos en la hoja de papel, nada. El papel permanecía mudo, porque los signos estampados en él no tenían traducción posible, y sin embargo, aquella in-

feliz abandonada é insultada, veía en los garabatos indescifrables que acababa de trazar convulsa y delirante, todo su enojo, todo su pesar, toda su indignación, todo el desprecio que le inspiraba el hombre infame que la había seducido.

Rendida de cansancio, porque también fatigan los esfuerzos morales, arrojó la pluma, dobló los brazos sobre la mesa, cruzó las manos, apoyó en ellas la frente y en esta disposición la encontró su hermano.

Cuando Luisa pudo rehacer sus fuerzas y serenar su espíritu, explicó á Braulio lo que decía la carta de D. Anselmo. Braulio necesitaba intérprete para la lectura, y menos mal, porque su hermana, sin auxilio de maestro, había conseguido en sus ratos de ocio aprender á leer.

—Todo lo que venga de esas manos aumentaría nuestra deshonra. Ya ha hecho por nosotros más de lo que debía. Ahora mismo, dentro de otro sobre, llegarán á poder de ese miserable estos papeles y no necesita más contestación. Yo me encargo de todo.

Ahora, hermana mía, debo decirte que ese hombre perverso tiene mucha razón.

Nosotros no podemos continuar aquí. Tu falta es preciso que pase inadvertida para todo el mundo, á condición de que no devuelvas nunca engaño por engaño si algún hombre honrado se dirigiese á tí.

Para irnos á Colonia no necesitamos de nadie. Son muchos los que se van á aquellas tierras en busca de

ortuna ó, por lo menos, de trabajo. La gente joven es preferida, y quién sabe si lejos del país donde hemos nacido nos irá mejor.

Llegó una noche tristísima para los dos hermanos.

Luisa, sin más auxilio que el de Braulio, dió á luz una hermosa niña, que éste recogió en el acto sin permitir á su hermana que la viese.

Una coincidencia feliz, que Braulio supo aprovechar, salvó aquel angel.

\* \* \*

Al día siguiente, domingo, Braulio estaba apostado en el camino que une á la capital con El Burgo, y á la hora en que solía volver D. Anselmo de la gran ciudad. Generalmente, entre una y dos de la madrugada.

Braulio se sentó junto á uno de los pocos árboles que señalaban el camino, en un sitio desde el cual descubriría un largo trozo de él.

No esperó mucho tiempo. A los quince minutos sintió muy á lo lejos el ruido del carricoche que conducía el mismo D. Anselmo. La noche estaba completamente despejada.

—No, no quiero comprometerme, dijo, como respondiendo á las ideas que le asaltaban, y arrojó lejos de sí la navajilla que ordinariamente llevaba entre los pliegues de la faja.

Apenas había tomado esta resolución, llegó el carruaje.

—Alto—gritó Braulio con ronca voz.

D. Anselmo, que vivía confiado en medio de su pacífica mesnada, inclinó el cuerpo atrás, y dejando sentir al caballo el efecto de las riendas, lo detuvo.

—¡Quién va!—contestó.

—Un hombre que podía y debía acabar con esa vida miserable, y se la perdona.

Al oír esto D. Anselmo, quiso echar mano al revólver que llevaba en uno de los bolsillos, pero Braulio le cogió la acción dando un salto hacia el carruaje y oprimiendo con su mano derecha el brazo que aquél había puesto en movimiento.

D. Anselmo quedó parado y lleno de terror cuando vió quién era el hombre que tenía delante.

—No vengo á matar á usted; ya se lo he dicho. Aquí no hay más asesino que usted; asesino de honras. Vengo á este sitio y á estas horas, porque usted no me recibiría en su casa, y necesito decirle que ha sido para con nosotros dos veces miserable. Dios le castigue si antes de que usted le dé cuenta de sus crímenes no se hubiera hecho aquí la debida justicia.

¡Deshonra usted á mi hermana, abusando de la inocencia propia de los pocos años, y después nos insulta usted con estos papeles, que le devuelvo de este modo!

Y así diciendo, subió ágilmente sobre el estribo

del carruaje y sin dejar de oprimir vigorosamente con la mano izquierda el brazo derecho de aquel infame, estampó la derecha en su rostro con los papeles consabidos.

—Tenga usted, en memoria de su buena acción. Cruzarle la cara es lo menos que puedo hacer.

—¡Socorro!... á mí...—gritó D. Anselmo lleno de terror.

—No grite usted. Estamos solos, y si alguien viera sería para no encontrar á usted vivo.

Concluiremos pronto.

Mañana mismo envíeme usted un papel diciendo que usted es el padre de la hija de Luisa; de lo contrario dése usted por muerto; aunque á mí me lleven al palo, no importa. La satisfacción de haber quitado de enmedio un tunante, algo ha de costar.

Conque lo dicho, dicho está.

Ahora siga usted adelante; pero no sin que me oiga usted jurar por el alma de mis padres que estoy resuelto á todo, si el papel no llega á mis manos; y si fuese usted capaz de perseguirme ó maltratarme en forma alguna por lo que acaba de suceder ó por otro motivo, sabré dar cuenta muy pronto de esa vida miserable. Sépalo usted.

La figura de Braulio, sobre el estribo, había tomado dimensiones gigantescas ante los espantados ojos de D. Anselmo; así es que cuando le vió en el suelo dejando libre el brazo que había oprimido

como con tenazas, faltóle tiempo para salir á escape en dirección del pueblo.

—Allá va el miserable como alma que lleva el diablo,—dijo Braulio—y sacando un cigarrillo de papel lo encendió y tomó tranquilamente el camino de la huerta.

Nadie al verle hubiera sospechado lo que acababa de ocurrir.

Sin embargo, bajo aquella calma aparente, rugía una tormenta espantosa.

—¡Éramos felices y somos desgraciados! ¡Qué será de ese angel que acaba de nacer! ¡Cuándo habrá justicia en la tierra para los pobres!

Esto pensaba el desgraciado Braulio, mientras don Anselmo desaparecía en las revueltas del camino.

## V

D. Anselmo era cobarde como una rata y era incapaz de revolverse contra los que le amenazaban; pero Patricio no se encontraba en este caso, y una noche al llegar D. Anselmo á casa después de la indispensable visita al Casino, sacó un legajo de papeles, lo examinó con mucha vehemencia, y al cabo de un rato exclamó:

—Ya pareció aquello. Tres años sin pagar la renta, ¿eh?, bien decía yo. Ahora las pagará todas juntas ese pillo. Sea usted tolerante con la canalla. Verdad es que no necesito el dinero de esa gentuza, pero así y todo debieran estarme agradecidos. Alardes de independencia, ¿eh?, ya te lo dirán de misas. No necesitábamos más para volver á las andadas, á los escándalos, á que se nos monten encima los que no tienen sobre qué caerse muertos.

Este discurso produjo al poco tiempo sus naturales consecuencias.

Como el pequeño Burgo dependía de Madroñópolis para el asunto que D. Anselmo meditaba, entró en las oficinas donde están las clavijas que se aprietan ó se aflojan según conviene á los manipuladores del telado y no necesitó más.

Así y todo, pasaron dos ó tres semanas sin que la amenaza de D. Anselmo tuviese consecuencias, y Patricio, de acuerdo con Ángela, resolvió tantear el terreno para resolver la cuestión matrimonial.

D. Anselmo, desde su rompimiento con Patricio, no volvió á pronunciar el nombre de éste delante de Ángela. Quitó el paño al púlpito.

En cuanto á Ángela, estaba enamorada de Patricio *hondamente*. No encontramos otro calificativo más propio de las pasiones que apenas salen al exterior. Oyéndola hablar con Patricio en perfecta calma, casi con frialdad, nadie hubiera creído que bajo aquel manto de nieve existiera vivo un volcán.

—Sospecho—decía Patricio—que tu padre va á darnos un disgusto de primer orden, y á esto contestaba Ángela, más inocente ó menos maliciosa:

—No lo creas, le conozco bien. Dirá que no, y diciendo que no, querrá por último lo que yo quiera, que es lo justo.

—Ojalá suceda lo que presumes; pero por sí ó por no, pongámonos en el caso de que ocurra lo contrario. ¿Qué harías tú?

—Lo he dicho mil veces: ponernos dentro de la ley, sufrir con paciencia, las trabas con que sujeta la voluntad de los hijos á la de los padres y casarnos.

Mira, yo te quiero mucho, porque si no te quisiera no habría fuerzas humanas que me hicieran casar contigo ni con nadie. Oiré los consejos de mi padre, y

si lograra oconvencirme, por el mismo cariño que me tienes, te pediría que conmigo los atendieras y esperaríamos. Si al contrario, sus razones fuesen las mismas empleadas hasta ahora, hijas del capricho, de la tenacidad ó de una mala inteligencia respecto al modo que muchos padres tienen de apreciar el bien de sus hijos, respetándole mucho y queriéndole más, diría lo que hiciera al caso para salvar nuestro cariño.

Patricio que á través de la reja tenía cogida entre las suyas una mano de Ángela, la besó con respeto.

—Hasta mañana, dijo, confundiéndose el rumor del beso con sus palabras de despedida.

—Adios, Patricio de mi alma—contestó Ángela—ten confianza en mí.

Al día siguiente, sábado, trató Ángela de preparar el terreno hablando á su padre, y aunque éste rehusó la conversación, no tuvo más remedio que oirla.

—Esta noche se convencerá usted de que Patricio me quiere.

—Que te quiere, ¿eh?, pues ya lo creo que te quiere; pero así y todo me opongo á ese casorio, y no des vueltas al asunto. Tengo tomada mi resolución.

Al decir esto llamaron á la puerta y poco después entró Patricio.

—Adelante señor dema... gogo, adelante y hablaremos. Este fué el saludo que dirigió el dueño de la casa al visitante.

—Cuanto usted quiera, contestó Patricio, ya sabe usted que le oigo siempre con mucho respeto y mucho cariño.

—Ya lo he conocido, ¿eh?

Esta escena ocurría en el despacho de D. Anselmo. Una habitación cuadrada, con una mesa en el centro, algunas sillas de paja, un sofá de lo mismo y dos estantes llenos de libros y mamotretos.

D. Anselmo, que estaba en el sofá, hizo sentar á Patricio á su lado, y Ángela, haciendo labor de gancho, colocóse en una sillita baja junto al balcón que estaba abierto.

Hacía calor. El calor propio de Madroñópolis y sus inmediaciones en una de esas noches de Julio, despejadas, serenas, de calma tan abrumadora, que las hojas de los árboles parecen unidas á los troncos con pedúnculos de alambre.

La azulada atmósfera estaba bañada en luz de luna, y los rayos del astro nocturno, después de quebrarse en las copas de los árboles próximos, penetraban en la estancia iluminando la faz de Ángela tan reposada como el aspecto de la noche en que su suerte iba á decidirse.

D. Anselmo se adelantó al discurso que el buen Patricio había preparado la noche anterior, de insomnio para él, y dijo de este modo:

—Con que hablemos claro, ¿eh?, el tiempo pasa, y es necesario acabar de una vez. Yo tengo tomada mi

resolución y conviene que tú tomes la tuya. Sin incomodarnos, ¿eh?, sin incomodarnos.

—Usted dirá D. Anselmo—contestó Patricio.

—Tú eres un buen muchacho, dejando á un lado, por supuesto, esas aficiones políticas de que te arrepentirás andando el tiempo. Eres buen hijo y te creo muy capaz de hacer dichosa á la mujer que elijas para compañera de tu vida. Pero á qué andar con triquiñuelas ni rodeos, ¿eh?, esa mujer no puede ser mi hija.

Este breve discurso no dejaba lugar á la duda. D. Anselmo tenía tomada su resolución, como tantas veces había dicho.

Ángela guardó silencio, pero un estremecimiento nervioso la conmovió. Sintió inundada su frente de sudor frío como la nieve, y haciendo un gran esfuerzo para dominarse, siguió trabajando como si nada hubiera oído.

Patricio se creyó en el caso de decir:

—No basta, D. Anselmo, lo que acabo de oír. Después de haber tolerado nuestros amores durante algún tiempo necesito más explicaciones y se las pido á usted con la humildad propia de quien aspira á llamarse su hijo.

—¡Mi hijo, tú! Ni lo sueñes. Mi error, lo confieso, está en haberte dejado acariciar esa idea. Pero alguna vez había de desengañarte y te desengañó ahora. Dispénsame. Lo único que debo decir, y digo, es que

agradezco el cariño que te inspira mi hija y el respeto con que has mirado esta casa. Conque ya estarás satisfecho y punto concluído. Punto concluído, ¿eh?

—Necesito más, mucho más, D. Anselmo.

—Pero, ¿qué diablos quieres que te diga? Me parece que he sido justo, digo, ¿eh? Ahora lo que hace falta es que, olvidando tus pretensiones, quede cada uno en su casa y Dios en la de todos. Es decir, suponiendo que tú seas capaz de creer que hay algo más arriba.

—De lo que soy capaz, D. Anselmo, es de exigir á usted que me diga las causas en que funda su negativa. Creo tener derecho á saberlas.

—¡Exigencias á mí! ¿eh? ¿y exigencias tuyas?

No desvaríes. De mi hija dispongo yo, ¿eh?, yo que soy su padre, y acabemos de una vez.

—Dispense usted que le arguya. La autoridad de un padre tiene también limitaciones.

—Tratándose de hijas como Ángela, ninguna.

Y por último, eso de que la luz sale de las discusiones, me parece una solemne majadería, ¿eh? Ya lo sabes. Aquí mando yo, como tú mandarás en tu casa cuando la tengas.

—Es decir que usted se niega á decirme lo que debo saber.

—¡Lo que debes saber! tú sabes demasiado para mí. No quiero más amoríos. Mi hija se casará cuando yo quiera con uno de su clase; nunca con un...

—Acabe usted, D. Anselmo, por Dios se lo pido, dijo Patricio poniéndose en pie.

—No necesito decir más. Ca... caramba con el hombre. Buenas noches y ya sabes lo que esto significa, ¿eh?

D. Anselmo se levantó también de su asiento, y después de señalar la puerta con la mano derecha, cruzó los brazos por detrás de la espalda y empezó á atravesar la sala á grandes pasos con aire incomodado.

Anselmo, erguido como una columna, permaneció inmóvil.

—Sí, entiendo. Usted me arroja de su casa; pero usted no sabe que yo no salgo de ninguna parte sin saber por qué.

—Pues alguna vez será la primera... Ya sabes el ca... camino, ¿eh?, y volvió con ademán imperativo, un tanto ridículo, á señalar la puerta de salida.

—¡D. Anselmo!

Patricio, al decir esto dió hácia el padre de Ángela algunos pasos con tal firmeza, que se estremeció el pavimento, como si materialmente pesaran sobre el desdichado joven con peso abrumador todas las ofensas que acababa de recibir.

Una mirada suplicante de Ángela le detuvo, por que D. Anselmo poseído de terror se había detenido junto á la pared apoyando en ella las palmas de las manos.

—Llama, hija, llama—dijo con voz apenas inteligible.

—No es necesario, dijo Patricio.

Ángela presintiendo una escena terrible provocada por la insolencia de su padre, se interpuso entre éste y Patricio, momento que aprovechó D. Anselmo para correrse hacia el balcón, siempre arrimado á la pared y teniendo como escudo á su hija. Aquel sitio era una buena cátedra al aire llbre y al verse en ella, se le despegó la lengua del paladar y pudo decir valerosamente:

—He dicho que... que te marches y me obedeces enseguida ó llamo á una pareja.

Estas fueron sus palabras cuando se vió libre del primer ataque y en sitio seguro para pedir socorro.

—Está bien—contestó Patricio dominándose—pero ya sabe usted lo que necesito; lo que exijo.

—¿Lo exiges? Pues... pues vas á oirlo.

—¡Padre!—gritó Ángela—con acento de súplica y de reconvención.

—Se empeña ese insensato y va á oirlo todo.

—Hable usted... miserable—dijo Patricio.

—Miserable tú, tú pobretón que vienes en busca de mi dinero.

Patricio contestó con un rugido de fiera, y ciego de ira precipitóse hacia el balcón, rechazando á Ángela, que con los brazos abiertos amparaba á su padre.

—Usted lo quiere.

Y esto diciendo, Patricio suspendió con sus hercúleos brazos á D. Anselmo, y ya se disponía á arrojarlo á la calle, cuando oyó un grito desgarrador de Ángela y el ruido del golpe que produjo su cuerpo al caer al suelo.

Esto salvó á D. Anselmo, que permaneció mudo de espanto sin atreverse á respirar, cuando Patricio le soltó para acudir á Ángela.

Al verla desvanecida, perdido el color y demudado el semblante, la creyó muerta. Desahogó su seno oprimido por el corsé, colocó su cuerpo sobre el sofá, roció con agua aquella frente marmórea y la besó con toda su alma. El frío del agua ó el calor del beso devolvieron la vida á aquel cuerpo inerte.

D. Anselmo, mientras tanto, continuó impassible en su puesto de combate, silencioso y aterrizado.

—Esta es su hija. Nada le debe ó usted—dijo Patricio. Si usted le dió la vida, á ella debe usted la suya, miserable.

Patricio salió de la casa y cuando el cobarde don Anselmo le vió doblar la esquina, salió de su escondite y, apresuradamente, sin cuidarse del estado de su hija, cerró la puerta con llave.

Entonces respiró con desahogo y tuvo alientos para decir:

—¡Ya estamos solos!

—Sí, padre. Ya está usted solo y yo también.

—¡Qué dices!

—Usted ha consumado su obra. Ahora me corresponde consumir la mía. Para usted sus tesoros. Para mí el amor del único hombre que me parece digno de mi cariño.

—¡Ángela!—dijo D. Anselmo, acercándose á su hija en actitud de súplica.

—No, padre; por favor se lo pido: déjeme usted. Ni una palabra más.

Ángela, incorporándose, pronunció estas últimas palabras con tal tono de convicción, que su padre no se atrevió á replicarlas. Cerró los ojos, bajo la cabeza, se sentó en el mismo sitio que había ocupado momentos antes, y mientras Ángela salía de la habitación, murmuró por lo bajo:

— No lo comprendo; no lo comprendo.

## VI

Todos los asuntos iniciados tuvieron su natural desarrollo.

La ley se cumplió en todas sus partes.

Ángela y Patricio fueron á recibir en la iglesia las bendiciones el mismo día que, como regalo de boda, salió á pública subasta el pequeño huerto que los Buenos poseían, heredado de padres á hijos.

Con su importe en venta, debía el padre de la novia reintegrarse del valor de los tres años de arriendo que se le adeudaban.

Armonías de familia, que la fatalidad se encarga muchas veces de componer y cuyo eco suele resonar como un motivo lúgubre en el desarrollo entero el drama de la vida.

Un padre sin hija. Una hija sin padre. Un matrimonio apadrinado por la desgracia y abandonado á las incertidumbres del porvenir, sin otra defensa que el cariño mutuo. Y menos mal si éste se conserva.

También se cumplieron las leyes de la naturaleza, y al año de matrimonio Ángela y Patricio eran padres de una hermosa niña; pero este acontecimiento grato no lo fué del todo para ellos, porque pocos meses antes habían dejado de existir los honrados padres de

Patricio. La desgracia seguía persiguiéndoles con implacable tenacidad. Los pobres viejos presenciaron con lágrimas en los ojos la venta del puñado de tierra que fué su patrimonio único, su áncora salvadora; y la impresión que les produjo verlo pasar á manos extrañas, sin esperanza de rescate, fué superior á sus fuerzas y las rindieron todas dando la vida.

Aquella niña engendrada en horas de grandes infortunios, apareció como un rayo de luz entre tinieblas, y en ellas se extinguió dominado por tantas sombras.

Dejó de existir el hermoso ángel á los pocos días después de nacido, y como Patricio había agotado sus recursos, le faltaron los precisos para enterrarle como su amor de padre exigía.

Así, pues, una mañana al romper el alba, envolvió el pequeño cadáver en una sábana y cargado con aquel pedazo de su alma se lanzó á la calle para conducirlo al cementerio.

Cuando abrió la puerta, era ese momento de luz crepuscular en que apenas se distinguen los objetos, y al bajar los cuatro escalones de gastados ladrillos que habían de conducirlo al nivel de la calle, tropezó en el último peldaño con algo que rodó hasta llegar al suelo.

Oyó en el acto el quejido de un niño; quejido de angustia, de agonía, de súplica, ¡quién sabe! y el buen Patricio, preocupado como estaba, no pudo explicarse

si aquel lamento ahogado procedía de un cuerpo vivo al rodar por tierra, ó del alma del cuerpo muerto que llevaba encima, al remontarse al cielo.

Crejó también en una alucinación de los sentidos; pero desechando esta idea, porque el rumor de angustia resonaba aún en sus oídos, palpó la frente de su hija y se convenció de que estaba fría como el mármol. Entonces dirigió la vista hacia el objeto que había impulsado con el pie y notó en él movimientos desordenados, aunque débiles; algo como lucha angustiosa acompañada de sollozos, de lamentos, de ayes confusos porque apenas iniciados terminaban como si una fuerza superior los ahogase. Había sin duda alguna dentro de aquel objeto, palpitaciones de vida, lucha con la muerte.

Cuando Patricio se convenció de ello, con toda la fuerza de sus pulmones, dominando el absoluto silencio de la calle, gritó:

— ¡Ángela!

La infeliz madre, al oír la voz de su marido, cuya especial entonación denotaba urgencia, secó sus lágrimas y salió á la calle apresuradamente.

— ¡Mi hija, mi hija!... estas fueron las palabras con que respondió al llamamiento de su esposo porque las madres temen por sus hijos hasta después de muertos..

Cuando salió á la calle, vió á Patricio en medio de ella con su fúnebre carga al hombro, y le oyó decir.

—Ven: recoge esto y llévalo á casa.

Ángela obedeció el mandato de su marido, y sin decir una palabra más se separaron.

Él, para seguir el camino del cementerio y entregar á la tierra un muerto más. Ella, para subir á su casa y reanimar con el néctar de la vida un niño abandonado.

¡Qué contraste tan cruel!

Mientras una madre lloraba por su hijo muerto, otra depositaba su hijo vivo en medio del arroyo.

Ni Patricio ni Ángela observaron que en la casa de enfrente, y á través de los cristales de una de las ventanas, había seguido un hombre anhelosamente la escena que acabamos de describir.

Cuando vió que Ángela recogía el bulto y lo llevaba á su casa, aquél desdichado exclamó:

¡Gracias Dios mío, por mi hermana y por mí!

Era Braulio.

\* \* \*

Patricio no desmayó al verse abandonado á sus propias fuerzas, pero como en El Burgo nada podía esperar, decidió trasladarse con su mujer y su ahijada á Madroñópolis donde, según fama, puede esperarse todo.

Angela debilitada por tantos sufrimientos, apenas podía tenerse en pie, pero puso á prueba su resistencia, y llevando en brazos á su hija paso á paso, se dirigió á Madroñópolis apoyándose en Patricio.

—Descansemos un momento al abrigo de esta casa—dijo la pobre Ángela, rendida por el cansancio.

—Un momento, sí; porque la tarde está fría, una tarde de Otoño, y ya falta poco.

En efecto; á través de una espesa niebla se distinguían las primeras casas y las más altas torres de la ciudad.

Patricio, mientras su mujer descansaba en el duro suelo, sin más abrigo contra el norte que un paredón medio derruído, enjugó con el dorso de la mano dos gruesas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, descubrió la frente de la niña, que Ángela abrigaba contra su seno, la besó cariñosamente, y dijo:

—Vamos, Ángela, es preciso que lleguemos antes de anochecer.

—Sí, vamos; pero, ¿á dónde vamos?

—No lo sé; pero me basta saber que vengo de donde la vida me es imposible. ¡Quién sabe!

Formando los tres apretado grupo, como resguardándose de las inclemencias del cielo y de la tierra, entraron en Madroñópolis poco antes de anochecer, y al llegar á la artística puerta de Aguavá vieron por la calle del mismo nombre buen número de ginetes con vistosos uniformes, que al trote largo de hermosos caballos negros, escoltaban un carruaje. Era el del Inca Pepito, que á la sazón regresaba del templo á que acudía una vez por semana, según piadosa costumbre de sus antecesores.

Cuando Ángela y Patricio llegaron á la fuente *Cibélea*, allá, en el fondo de la calle, desaparecían carruaje y escolta en medio de la indiferencia pública, porque la gente veía en aquella ceremonia, más que el fervor religioso bien sentido, una comedia más, una mojiganga muy á propósito para distraer cocineras y muchachos.

Mientras Patricio y Ángela descansaron un momento cerca de la fuente, cayó la noche, y en el azulado campo de la atmósfera abrieron sus dorados cálices las flores del cielo, que se llaman estrellas.

A la luz del día, substituyó la luz artificial.

En los aparatos del alumbrado público empezaron á lucir raquílicas palmas de gas, cuyos rayos mequinos, atenuados por la niebla, apenas proyectaban en el suelo la claridad precisa para que los transeuntes no se dieran de brucez con las columnas que sostenían los faroles.

La gente circulaba por las calles poseída de una actividad extraordinaria, como si todos temieran llegar tarde al punto de la cita.

Rodaban los coches particulares y los del servicio público produciendo un ruido ensordecedor. Algo de marejada; algo de inmensa maquinaria puesta en movimiento, y como el punto en que se habían colocado era una magnífica atalaya, por ser el de confluencia entre varias avenidas, tuvieron ocasión de ver y oír cosas muy raras, todas ellas mal definidas, como en

compendio; verdaderos apuntes, cuyos perfiles se confundían con otros situados en distinto término, para formar, con la mezcla de líneas y colores de los unos y los otros, un cuadro confuso, pero palpitante, que en rigor era como un esbozo de la vida madroño-politana.

*Un grupo de muchachas al separarse, hablando y besándose, riéndose y gesticutando á un tiempo:*

—Hasta mañana.—Expresiones á aquél.—Y tú... ya sabes.—Si le he visto no me acuerdo.—Un beso á tu madre.—Adiós... capitana.—Buenas noches.

*Un mozo de chaqueta corta á una moza de vestido largo, con cola:*

—*So arrastráa*, creí que me dabas mico.

—Yo á tí... anda (cogiéndole por un brazo).

—*Miá* que no tengo un gato.

—Anda, te digo.

*Una señora gorda y una niña flaca pasan lentamente. La niña desliza una carta entre las manos de un joven, también delgado, que corre con pasos menuditos hasta llegar á un farol. Lee para sí:*

«Cerido antoñito: mañana á las seis mama fuera. Yo solita con Paca, pero ya sabes. te ciere tuTula.

*Dos caballeros que pasan discutiendo con aire grave y se detienen: uno de ellos, alto, de buena presencia, barba corta y bigote retorcido; el otro un tipo como hay muchos:*

—Digo á usted, mi general, que esto no resuelve

nada. Esto se va. A no ser que usted y otros abandonen á Jesús.

—No me ofenda usted; yo sé lo que le debo y lo que me debo á mí mismo; pero estas cosas hay que pensarlas despacio, amigo marqués.

—Sí; pero no es cosa de que muramos todos pensando en ellas. Por lo pronto, usted, Menéndez, Sánchez, Pérez, González y López, visitan á Pepito con mucha frecuencia y, la verdad, la gente murmura.

—El deber militar, marqués; ustedes no entienden estas cosas.

—Pues no hemos de entender; si tengo entendido que á usted le parece muy simpático el muchacho. Seamos francos.

—Y sí que lo es, sin que esto quiera decir que yo claudique, dejándome prender en sus redes. Repito que yo sé lo que me debo y lo que debo... pero eso es aparte y no hemos de cerrar los ojos á la evidencia.

Figúrese usted que el otro día, para no aparecer más sospechoso, fuí á visitarle con motivo de ese catarillo que ha tenido; pues bien, para que vea usted si el muchacho trae ó no sangre democrática, referiré á usted lo que me ocurrió: Estábamos hablando como entre amigos, como usted y yo hablamos ahora, y rodó la conversación sobre si fulano era ó no más grueso que mengano. Engañan las apariencias—me dijo—y yo en ningún caso me fío ni de mi sombra. Cuando de pronto, con esa viveza que le distingue, porque eso sí,

á vivo no le gana nadie, se encara conmigo, diciendo: ¿Qué apostamos á que tengo la pantorrilla más gorda que usted? Podrá ser—contesté—porque no sabía qué decirle. Pues con verlo basta—replicó—y dicho y hecho, puso el pie en una silla, se regazó el pantalón nada más; porque no sé si sabrá usted que Pepito no usa calzoncillos...

—No, no estoy en esas interioridades.

—Y en un dos por tres se tomó la medida con una cinta. ¿Pero usted cree que las cosas quedaron así? Pues no señor; me hizo desnudar la pierna y me tomó la medida. ¿Quiére usted más?

—¡Qué he querer, si me parece demasiado! Y qué día de la semana ocurrió eso?

—No se me olvidará nunca: era lunes.

—¡Ah! ¿Conque ha merecido usted tanto honor?

—Ya sabe usted, marqués, que no soy de esos majaderos que se pagan de ciertas cosas.

—Lo sé, lo sé.

Conque hasta otro rato y gracias por la compañía.

—Cuando escriba usted á Jesús, tantas cosas y que soy siempre el mismo.

—Adiós.

—Adiós.

(*El marqués aparte*). Malo... malo... malo; con estos improvisados no iremos á ninguna parte. Ellos mismos se asustan de lo que son y no quieren exponerse á perderlo.

A un ordenanza militar, que muy deprisa va con un papel en la mano, le dice una moza:

—¡Mira!... ¡Oyéee!...

—No pueo detenerme, *Alifonsa*; estoy de faición, pero pronto guervo.

Un momento de calma.

No pasa nadie.

No se oye nada.

De pronto suena el estampido de un beso.

Patricio y su mujer vuelven la cara.

Sentados en un sitio solitario había dos: un Adán y una Eva... después del pecado. Menos mal; otras veces solía haber tres; dos para una.

—Ya hemos descansado—dijo Patricio. Adelante, y entremos en Madroñópolis.

\* \* \*

Los escaparates de las tiendas presentaban al público la especialidad de sus productos. Telas, trajes, joyas, bebidas, comestibles, muebles, camas, alfombras, etc., etc.; todo en perfecto orden de revista, para atraer las miradas y tentar los bolsillos

Las calles eran desigualmente anchas las menos, y las más torcidas y estrechas, siendo frecuente encontrar en todas ellas, al lado de palacios suntuosos, albergues pobrísimos.

Todo aquello constituía un mundo nuevo para los dos viajeros; porque si bien es cierto que sólo había

entre la capital y El Burgo como hora y media de camino, muy pocos vecinos de éste conocían aquélla. Sin embargo, la fama de Madroñópolis había llegado á todas partes, señalándolo como una especie de tierra de promisión. Allí estaba la riqueza, allí la fortuna, allí los honores, allí todo.

Plantada en el centro del valle la capital de Abraña, puede decirse que de ella partían caminos anchos y veredas tortuosas para llegar á todas partes.

Sabíase de muchos que habiendo llegado á Madroñópolis sin una peseta, al cabo de poco tiempo, por artes misteriosas, pero no menos positivas, arrastraban su existencia en lujosos carruajes, dándose tono de grandes señores.

Cuando Patricio dijo á su mujer *quién sabe*, ¡quién sabe las esperanzas que su mente acariciaría!

Por lo pronto, lo cierto es que cuando entró en Madroñópolis con su mujer y su ahijada, el muy pobre sólo llevaba en el bolsillo del chaleco veinte columnarias y algunas monedas de cobre, vulgo *gatos*, que en el sistema decimal sumarían unos ochenta céntimos. El total no llegaba á siete pesetas por barba.

Patricio y Ángela necesitaban comer, y esta necesidad apremiante se estimuló cuando ambos consortes vieron en el escaparate de una tienda de pobre aspecto tortillas de patatas, chuletas de carnero, cazuelas de alubias y pájaros fritos, que decían comerme.

Le pareció que el gasto no podía ser mucho, y

después de consultarse con una mirada, levantó Patricio la aldabilla de la puerta y penetraron en la tienda.

Lo primero que se echaron á la vista fué una mujer joven y gruesa, guapetona, aunque de aspecto casi hombruno, parapetada detrás de un mostrador, sobre cuya cubierta de hojadelata había un tonel de vino y una media docena de vasos metidos en agua, entre sucia y limpia.

Al pie de este trono báquico, porque la simpática moza dominaba con todo su busto y algo más, el mostrador, veíanse varias mesas de pino al natural, y sentados en banquetas de madera alrededor de aquéllas, varios comensales que tenían enfrente sendos vasos de lo tinto.

Como casi todos fumaban cigarrillos de papel, la atmósfera se podía cortar, y como la disputa parecía ser el tono obligado de las conversaciones, vagaban por el aire espeso, al pasar de una mesa á otra, palabras mal sonantes.

Propiamente puede decirse que aquel garito echaba atrás, y así es que á punto estuvo Patricio de cerrar la puerta y retroceder á la calle, con tanto más motivo, cuanto que á ello se sintió invitado por el tirón de la chaqueta que le dió Ángela, obedeciendo á la misma impresión por su esposa recibida.

Pero todas las miradas del público se habían fijado en él, y por el *qué dirán*, se creyó obligado á seguir adelante.

Cerró la puerta cuando Ángela hubo entrado y ambos se dirigieron á la única mesa que, muy cerca del mostrador, estaba vacía.

Patricio había hecho la vida de soldado en acantonamientos y puede decirse que, en rigor, no había salido de pueblos de mal vivir. La primera vez que se encontraba en plena sociedad cortesana, era esta.

Pidió á la mujer hombruna un par de chuletas, una tortilla de patatas y dos vasos de vino, y se dispusieron para cenar como quien tiene hambre.

A todo esto eran las ocho de la noche.

La primera dificultad estaba vencida ó iban á vencerla; pero faltaba la segunda: encontrar sitio decoroso y humilde donde pasar la noche.

De esto hablaron en voz baja, pero no tan baja que no dejaran de oír sus vecinos la conversación.

Eran éstos un muchacho como de doce á trece años, cuyo expresivo y simpático rostro atraía, y una niña que apenas excedería de los diez, rubia como el oro, pálida como la cera, cuyas facciones hubieran podido servir de tipo al famoso pintor sevillano para encajarlas en sus divinos coros de ángeles.

Ambos tenían pobrísimo aspecto.

Patricio, que era todo corazón, y Ángela, que era todo bondad, sintieron hacia aquella infantil pareja viva simpatía, aumentada cuando vieron que el niño mojaba en vino pedazos de pan, que luego ofrecía con vivas instancias á la que al parecer era su hermana.

La niña, moviendo tristemente la cabeza, rechazaba una y otra vez el obsequio, y entonces el pequeño lo devoraba con ansia, diciendo:

—Peor para tí, Rosita; si *El Saque* no nos da de cenar, como sucede casi todas las noches, nos moriremos, y yo no quiero morirme ni que tú te mueras. Toma, y volvía á ofrecer á Rosita otra sopa mojada en vino.

La niña sentía aparecer en los hermosos ojos azules dos lágrimas muy grandes, las secaba con la punta de un trapo que le servía de delantal, y ésta era su respuesta á las instancias de su hermanito.

Aquellos dos seres hablando de la muerte cuando apenas empezaban á vivir, y temiendo un castigo que tal vez no merecían, acabaron de interesar á Patricio, y trabó con ellos conversación.

—¿Por qué no comes, hija mía—preguntó á la niña. Acércate á nosotros y toma de lo que aquí tenemos, si te gusta más.

La niña, asombrada, como si oyera hablar un idioma extraño, clavó sus ojos grandes y tristes en la noble cara de Patricio con una expresión de gratitud indefinible. Acaso oía por primera vez en su vida palabras cariñosas y dulces.

—Acércate, y tú también—continuó diciendo Patricio;—pero viendo que los niños no se movían corrió su mesa, hizo una de las dos y cogiendo otros tantos pedazos de pan colocó en ellos buenos trozos

de tortilla humeante, cuyo grato olor abría el apetito.

—Tomad y comed como nosotros y con nosotros, hijos míos, volvió á decirles Patricio con persuasivo acento.

Los niños alargaron sus manecitas entre temerosos y complacidos, cogieron sin pronunciar una palabra lo que Patricio les ofrecía, bajaron la cabeza y empezaron á comer. De vez en cuando se atrevían á mirar de reojo á aquellas personas cuya bondad les asombraba.

Hízoles Patricio tomar algunos sorbos de vino, y por vía de obsequio á sus pequeños huéspedes, se hizo servir una buena porción del queso manchego que, rebosando aceite por todos los poros, había sobre el mostrador de la taberna.

La cena fué opípara, y los pobres niños sintieron reanimado su espíritu y su cuerpo.

La gratitud, que es innata, les hizo comunicativos y hablaron. Así es, que cuando Patricio les preguntó por sus padres, el mayorcito respondió enseguida:

—¡Padres! Nosotros no tenemos más padres que *El Saque*, y nos pega casi todas las noches, y nos acuesta sin cenar.

—¡*El Saque!* ¿Y quién es el Saque, pobrecito mio?

—*El Saque* es un hombre que nos manda á pedir limosna. A pedir limosna, sí, y cuando no le llevamos dos columnarias cada uno, nos da un azote con

un látigo de cuerda por cada *gato* que nos falta.

—¡Pobres ángeles míos!

—Y además nos acuesta sin cenar.

—¿También eso?

—Sí, señor, y no nos echamos en la estera sin haberle dado á *Miriñaque* nuestra ración de patatas.

—Y ¿quién es *Miriñaque*?

—El perro; un perro con el hocico muy feo y unos pelos muy largos. Es el perro de *El Saque*. Y, ¡si viera usted cómo le aborrecemos los dos!

—¿Por qué le aborrecéis?

—Le parece á usted poco. Cuando *El Saque* nos azota, el maldito perro meneaba la cola y está dando vueltas á nuestro lado esperando que acaben de pegarnos; pero no crea usted que de lástima, porque sabe que luego le vamos á dar nuestra cena, y como esto sucede muchas veces, así está él de gordo y nosotros... ya ve usted.

—¿Y venís aquí todas las noches?

—Oá, no señor; porque nos conocerían éstos (señalando á los concurrentes), y podría saberlo *El Saque*. Entramos en una taberna cada noche, cuando no llevamos á casa las cuatro *columnarias*. Porque es lo que yo digo á Rosita: entre no cenar y acostarse con azotes, mejor es que nos peguen unos más y marcharse á la estera con el estómago caliente. Por eso hemos entrado aquí.

Mire usted; esta noche, me faltan cinco *gatos*; pues

cinco azotes. El vaso de vino me cuesta dos, son siete, y uno el pedazo de pan, ocho; pero no crea usted que la pobre Rosita paga el gasto con su cuerpo, pago yo y algunas veces si ella ha *apañado* poco, la doy algunos *gatos* para su cuenta y yo cargo con los azotes.

—Eso se llama ser un buen hermano.

—¡Hermano!

—Pues qué, ¿no es tu hermana Rosita?

—Nadie nos ha hablado de eso; pero no importa. Como nos hemos criado juntos nos queremos mucho, y además, los hombres somos más fuertes y podemos resistir más. Vea usted cómo llora la pobre Rosita. Lloro por todo; se empeña en no comer y se va á morir. Ya se lo he dicho. Se va á morir como otra niña que tenía *El Pelele* conocida nuestra, porque salía como nosotros á pedir para su amo.

Oyendo esta ingenua relación de aquellos niños abandonados en medio de una ciudad populosa y rica, centro de un gobierno mejor ó peor constituido, pero gobierno al fin, ni Ángela ni Patricio pudieron contener las lágrimas.

¡Qué escándalo tan bochornoso y de tan terribles consecuencias para la sociedad!

¡Con qué derecho ese gobierno pedirá mañana á esos niños convertidos en hombres, su sangre para la guerra y su contribución para sostener las cargas públicas!

¡Qué cargas son esas! ¿Están acaso reducidas á sos-

tener los zánganos explotadores de la colmena llamada presupuesto?

¡En qué ley humana ó divina está escrito que se abandone al que nada tiene y se estruje al que tiene algo, sobre todo si tiene poco!

¿Dónde están aquí las compensaciones? ¿Dónde la caridad? ¿Dónde la justicia? ¿Dónde los intereses sociales que necesitan defensa?

¿Qué derecho podrá invocarse para castigar los crímenes que cometan esos hijos de la desgracia y del abandono?

Si la sociedad no les educa, ¿por qué ha de pedirles educación? Si los deja vivir en la miseria, ¿por qué exigirles luego una parte de sus haberes? Si nacen y se desarrollan en medio del fango social, ¿por qué exigirles luego pureza de alma y buenas costumbres?

Todo esto pensó Patricio en un momento de pausa que siguió á la narración del niño abandonado.

Ángela sintió en su corazón de madre la desgracia de aquellos seres infelices, y rompió el silencio de este modo:

—¡Hijos de mi alma, qué desgraciados sois!

Y diciendo esto al mismo tiempo que cubría de besos las cabecitas enmarañadas de aquellas criaturas, estrechaba contra su pecho al niño recogido en el arroyo y se sintió dos veces madre.

Patricio sacó un peso para pagar el gasto de todos y encargó á la moza sirvienta que le diese la

vuelta en calderilla. Así lo hizo, y extendiendo Patricio los cuartos sobre la mesa, separó cinco monedas que entregó al niño y preguntó á Rosita:

—Hija mía, ¿cuánto has recogido tú?

—Le faltan dos, contestó el niño, que como hemos visto era el más comunicativo.

La pobre niña empezó á acongojarse con un hipo, que partía el corazón.

—No llores, tontina—le dijo Patricio acariciándola—toma las dos monedas y por esta noche nada temas. Luego... luego, dijo como para sí con acento enérgico, luego ya veremos.

La niña á todo esto, seguía angustiada; pero procurando contenerse para no llamar la atención de la concurrencia, que por otra parte se preocupaba poco de tales escenas.

—¿Por qué lloras?—le preguntó el chico;—con los dos *gatos* que te ha dado este señor ya estamos libres esta noche, y mañana... ¿quién sabe?

—No, no—replicó la pobrecilla, rompiendo á llorar á lágrima viva.

—¡Ah, señor! ya sé por qué llora—dijo el niño—ya lo ha hecho otra vez.

Patricio en el acto se explicó lo que ocurría.

—Ven hija de mi alma, ven aquí y dímelo todo. Te falta más dinero, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Y por qué no se lo has dicho á tu hermano?

—Porque luego me da de lo suyo y lo paga él. Patricio, ante esta confirmación de sus sospechas, se quedó atónito, sin saber qué decir ni qué hacer.

—Y si viera usted, señor, he pedido llorando, como *El Saque* nos enseña; ¿pero tengo yo la culpa de que me digan: *Dios te ampare?*

—Dios te amparará, hija mía, si eres tan buena como hasta aquí lo has sido. Por lo pronto yo te daré lo que necesites y no llores más. ¿Cuántos *gatos* le faltan?

—Cinco, señor.

—Pues toma: dos que te he dado y tres que te doy ahora, son cinco.

—Dios se lo pague á usted—contestó la niña, enjugando sus lágrimas.

—Así me gusta, Rosita, y ahora vámonos, que es tarde; pero antes, ¡háganos usted otro favor!—dijo el niño á Patricio.

—Lo que tú quieras.

—Déjenos usted besarle la mano. No podemos pagar á usted de otro modo.

—Gracias, hijo mío—dijo Patricio—lo que acabo de hacer con vosotros no tiene mérito alguno. Cualquiera hombre lo haría.

—¡Cualquiera! ¡Y yo creía que todos los hombres eran como *El Saque!* ¡Qué desgracia no poderle servir á usted para nada!

—¿Que no? todo el mundo sirve para algo, y lo vas

á ver. ¿Queréis acompañarnos á una posada, y queréis decirme á donde vive ese *Saque*, que Dios confunda?

—Ahora mismo—dijo el pequeño Paco—que así se llamaba ó le llamaban.

—Pues andando—y todos juntos salieron de la taberna.

Cuando esto ocurría eran las diez de la noche y la luna brillaba con todo su esplendor.

—Cerca de nosotros vive la *señá Pechaca*, que recibe huéspedes. Si usted quiere, iremos.

—Vamos.

—Después de recorrer muchas calles llegaron á la de *Salsipuedes*, estrecha, tortuosa y mal empedrada. Recorrieron poco más de la mitad, entraron por un callejón que había á la derecha, atravesaron un solar cubierto de piedras y maleza y, por último, llegaron á una serie de casas altas, iguales, cuyo sombrío aspecto daba á conocer la luz taciturna de dos faroles avanzados sobre las terrosas fachadas.

—Mire usted—dijo el pequeñuelo—en esta casa..., señalando con el dedo la más próxima, vive la *Pechaca*, una señora que ha sido de buena clase, según dicen, pero que ha venido á menos. Ahora tiene casa de dormir y además echa las cartas. Dicen que es muy rica. En aquella, señalando la más distante hacia la izquierda, vive *El Saque* con su mujer y su padre, un viejo muy flaco que no puede con el vino que lleva á

casa todas las noches dentro del cuerpo. Además de nosotros tiene *El Saque* dos chicos que bien se conoce que son suyos.

Así diciendo, entraron en un ancho portalón que daba acceso á una escalera gastada por el uso, llena de jorobas por los remiendos é iluminada lo suficiente para dar á conocer el primer tramo por un sucio farolillo clavado en la pared.

Afortunadamente la *señá Pechaca* habitaba uno de los entresuelos interiores y no necesitaron subir aquella escalera que parecía interminable.

La hospedera saludó á los chicos como á antiguos conocidos y á los huéspedes con afectadas muestras de cortasía, preguntándoles en qué les podía servir.

—Señora, estos niños nos han dicho que usted podría recibirnos en su casa, y venimos á pasar la noche.

—Precisamente hay una pieza libre, porque supongo que ustedes no querrán dormir en la sala de recibo.

La *sala de recibo* era un salón inmenso donde dormían revueltos los hombres y las mujeres mediante la suma de un *gato grande* por cabeza, ya que no por ronquido, porque en este caso la *Pechaca* se habría hecho millonaria. Tal era el bramar, no el roncar, con que los durmientes acusaban á aquellas horas la profundidad de su sueño.

Patricio aceptó la proposición de aquella señora, y que lo instalado en un cuarto archimodesto, pero al fin y al cabo, independiente.

La señora de la casa se creyó obligada á decir á sus huéspedes que podían dormir con toda tranquilidad, y reservando para el día siguiente el relato de su infortunada historia, les entregó una palmatoria de barro y les dió las buenas noches.

Patricio agradeció la observación, diciendo:

—Lo celebro mucho, porque tengo necesidad de salir un momento.

—Puede usted ir á donde quiera con toda confianza.

—Acuéstate con la niña—dijo á su mujer. Vuelvo pronto. Quiero acompañar á estos pequeños á su casa.

—Patricio, por Dios, acuérdate de mí.

—No seas tonta, mujer, no he de comprometerme lo único que quiero es sacar del lodo estas perlas, y las buenas obras cuanto antes mejor.

Ángela se quedó tranquila, porque su marido le inspiraba gran confianza, y Patricio salió otra vez á la calle con los dos muchachos.

## VII

Volvieron á la derecha al salir de la casa y entraron por la última puerta de la acera, yendo los niños por delante á modo de guías y con cierto aire de conquistadores. Atravesaron un patio de vecindad cuya planta era un rectángulo tan largo y estrecho, que mientras los vecinos de los lados mayores casi podían darse la mano desde el balcón corrido que daba acceso á los cuartos, los otros tenían que hablar á gritos para entenderse. Cruzaron después un pasadizo obscuro y dieron por último en un gran corralón cercado por una pared muy alta. En él, y adosada á la pared posterior de la casa y á la tapia del corral, es decir, en el ángulo que uno y otro formaban, estaba la casa de *El Saque*, mejor dicho, zahurda, formada por otras dos tapias de cascote perpendicularmente unidas y cerrando un espacio superficial como de veinte metros cuadrados. El techo de aquella mansión era una obra de arte, porque lo constituían pedazos de estera, latas de petróleo, mantas viejas, trapos sucios, hules rotos, en una palabra, cuantos residuos inmundos podían servir de defensa contra las aguas y los fríos. Conjunto verdaderamente heteróclito que acusaba desde afuera la miseria de los que vivían dentro.

Se conoce que á medida que los seres allí albergados fueron multiplicándose, creció la miseria y tuvieron necesidad de ensanchar el edificio; porque otro pegote hecho con parecidos elementos, debía servir de cocina, á juzgar por dos tejas unidas por su parte estrecha, que elevándose sobre el tejado, hacían oficio de chimenea.

En esta guarida vivía *El Saque* con la familia que ya conocemos.

Paco, para darse á conocer, metió en la boca dos dedos de su mano derecha y lanzó un silbido. Era la señal convenida, tanto más necesaria, cuanto que los habitantes de aquel escondrijo tenían el sueño pesado y cuando los chicos se retardaban, y aún sin retardarse, solían dormir á pierna suelta, acariciados por los vapores del vino ó del veneno que, con el nombre de aguardiente, fabrican en Alemania para dar al traste con la virilidad y la inteligencia de los desdichados que lo beben á falta de otro.

—Padre, dé usted la vuelta á la llave, que están ahí los chicos—dijo desde dentro una voz femenina.

Pero nada, pasó un rato, esperaron con calma los de afuera, y por último, se iluminaron las rendijas del tugurio, oyeron rumor de pasos, el ruido de la llave al abrir la puerta y la misma voz de mujer que decía:

—Re... caramba, buena la ha cogido el viejo esta noche, y el otro sin venir.

Se abrió la puerta y entraron los chicos.

—¿Qué horas son estas de venir, mala simiente?

Dispense usted, caballero, no le había visto. Está una no sé cómo con unas cosas y con otras. Pase usted, que no puede tardar.

—Si usted me lo permite esperaré á su esposo— dijo Patricio—aunque la hora no es la más á propósito.

—Pase usted—contestó la mujer—viniendo usted con los chicos, ya me merece confianza, y además la cara, nunca engaña.

—Muchas gracias, y diciendo esto, Patricio entró en la casa.

El aspecto de aquel escondrijo iluminado por un cabo de vela, bien sostenido en el cuello de una botella, era repugnante. Todos los gases mefíticos lo llenaban haciendo la atmósfera irrespirable y á no ser por la bocanada de aire fresco que penetró por la puerta, hubiera sido imposible permanecer allí mucho tiempo á las personas no habituadas á vivir como los puercos, metiendo las narices en la basura.

Había dos gergones en el suelo. Uno para *El Saque* y su mujer y otro para el viejo.

Los chicos dormían todos revueltos en la cocina próxima, á cuya habitación se dirigieron, mejor dicho, se deslizaron como dos sombras Rosita y Paco.

La mujer de *El Saque*, que no pasaría de los veintitrés años, era de rostro agraciado y expresivo; otra perla en el fango. Tez morena pálida, ojos negros rasgados, cejas suaves bien arqueadas, pestañas largas

muy finas, nariz correcta un tanto arremangada, boca pequeña sonriente, labios rojos algo gruesos y todo este conjunto lleno de viveza, encerrado en un marco de cabellos negros rizados y sedosos.

Formando contraste con la negrura de aquella habitación, vestía la mujer de *El Saque* una bata de percal muy limpia de color blanco con listas azules.

Después de recibir á los recién llegados, aquella mujer, verdadera concreción que rodando, rodando, paró en Madroñópolis, dejó el candelero sobre una mesa y se sentó en un baúl desvencijado.

—Mi hombre—dijo—no tardará mucho. Acaban de dar las once en el *reló* de la *catredal*, y es su hora cuando tarda más. *Asiéntese usted*. Habrá caído algo que hacer y ya se sabe lo que son negocios.

Patricio tomó asiento y la buena mujer continuó diciendo:

—Eche usted un pitillo y una copa, y mientras, para que pase el rato, yo puntearé la guitarra.

Dicho y hecho, Azucena, que así se llamaba, sacó un frasco de buen aguardiente, vació la porción correspondiente en una copa, descolgó la guitarra y empezó á templarla con gran maestría.

Patricio, después de gustar el aguardiente, hizo observar á la señora de la casa que si formalizaba el concierto interrumpiría el sueño de la persona que estaba durmiendo en el jergón, á lo que contestó la interpelada.

—No *sapure* usted por eso. Mi señor (mi suegro), ha *veníó* esta noche con una *filosera* que no *puée* ni lamerse.

En efecto, sobre el jergón y arrebujada la cabeza y parte del cuerpo con una manta desfilachada, notábase la agitación de un cuerpo que respiraba penosamente.

—El tocar y el cantar—continuó diciendo la guitarrista—quita las penas, y á *dinguno* le faltan gracias á Dios.

—¡Ay, *Penilla, Penilla!*...—dijo lanzando un suspiro, y después, cambiando el curso de sus ideas, añadió: créame *usted*, yo no he *nació* para esto, pero... ¡qué le vamos á hacer!

Así diciendo la esposa de *El Saque*, ó que parecía serlo, echó la pierna izquierda sobre la derecha, dejando ésta al descubierto más de lo regular y apoyando la espalda en la pared, empezó con gran soltura á sacar de aquel roñoso instrumento deliciosas armonías. Unas veces pasando los dedos rápidamente sobre las bien templadas cuerdas y otras pulsándolas con tal delicadeza, que parecían vibrar á impulsos del aire.

Patricio al asomarse al mundo por primera vez, no se daba cuenta de los raros contrastes que le ofrecía. En pocas horas había encontrado naturalezas dispuestas para el bien, entregadas al mal, y allá, para sus adentros, se preguntaba, sin encontrar la res-

puesta, por el origen de tantos contrastes, de aquella especie de descarrilamiento social en que se encontraba.

—Vayan unas coplas—dijo la mujer de *El Saque* —y si quiere usted saber mi vida, allá va:

Hizo una pausa, templó la guitarra de nuevo y con una voz llena y sonora que le permitió recorrer sin dificultad todos los tonos, cantó esta copla:

    Mi *pare* murió en presidio,  
    Mi *mare* en el *hospital*  
    Y ahora que me diga el mundo  
    A dónde iré yo á *pará*.

—Muy bien—dijo Patricio. Es usted una cantadora que no hay más que pedir.

—Cantando como las *alondriyas* de los campos empecé á subir y todo me *paresía sielo*, hasta que... pero más vale no pensar en ello. Allá va otra á su *salú* y sabrá *usté* si hay desdicha más grande que la de esta *probe mujé*.

Y cantó esto:

    «*Ebajo un olivo*  
    Me puse á *yorá*  
    Y *olibarito*... más *desgrasiaito*  
    Ni lo hay ni lo habrá» (1).

Cantó esta copla con tal expresión, que toda la

---

(1) Canción popular.

vida de la cantadora pareció retratada en aquellos cuantos versos.

*Quié usted* que le regale mi fotografía; téngala usted, y viva la *grasia*.

«En *er mundo* no se ha visto  
*Mujé* de mi *caliá*  
Que tengo *er* semblante alegre  
Y la sangre *achicharrá*» (1).

Pues ahora va *usté* á saber lo que yo pienso de todo lo que me pasa.

«No *quió* más *bibí*  
Que *pa* esta *vía* que estoy yo viviendo  
Más vale *morí*» (2).

Con el eco de la última nota de esta canción, se confundió el de los pasos de *El Saque*.

—Ya está ahí mi hombre—dijo Azucena radiante de alegría como si todas sus penas hubiesen desaparecido.

Al decir esto ya estaba *Miriñaque* arañando la puerta con las patas delanteras.

Azucena abrió, entró el perro dando saltos alrededor de su ama, y luego *El Saque*, un hombre como de treinta y cinco años, con el rostro afeitado, las cejas casi juntas, la mirada torva, juanetudo, con la cara

---

(1) Canción popular.

(2) *Idem*.

de color moreno amarillento, más alto que bajo y de pocas carnes.

Vestía de negro, una chaqueta corta, un chaleco proporcionado á la chaqueta, pantalón estrecho de alta y bien ajustada pretina y una gorrilla de tela de cuadros blancos y negros, echada sobre la frente.

En la cara de *El Saque*, rebosaba la malicia. A la legua denotaba ser un hombre audaz, de esos que lo mismo pueden ir lejos que quedarse cortos con un grillete al pie.

Al ver un desconocido en su casa, se detuvo. Fijó en él sus penetrantes ojos, y reconoció á uno de sus antiguos camaradas.

—¡Patricio! ¿tú por aquí? Esta fué su exclamación.

El sorprendido Patricio, procuró en vano rehacer sus recuerdos y permaneció indeciso, hasta que *El Saque*, sacándole de dudas, continuó diciendo:

—¡Pero hombre! ¿te has olvidado ya del cabo Robles?

—¡Tú!

—Sí, hombre, sí; vengan esos cinco y... punto en boca.

Robles era desertor.

Siendo cabo de infantería pegó una puñalada á un sargento por cuestión de faldas y puso tierra por medio.

En pocas palabras refirió su vida.

—Emigré á Orán—dijo—vestido de moro, vendí

babuchas y dátiles en Fádís y Penilla. Allá en Priana, conocí esta Azucena que cantaba como un gilguero y decía la buenaventura con la gracia de Dios; me *ajunté* con ella, porque siempre se junta el hambre con la gana de comer; contrabandeamos en la Línea, y por último, dimos en Madroñópolis con nuestros cuerpos y otros dos más que salieron de estas *vicisitudes*, como decía el alferez Rodrigo, ¿te acuerdas?

Para concluir, chico, en esta gran ciudad donde viven todos los que saben vivir, me dediqué á la carrera de *introductor* y aquí me tienes para lo que gustes mandar.

—¡Introductor!—observó Patricio.

—Sí, introductor de matute; es gran carrera. Cuando la tenga concluída, ya verás. Por lo pronto has de saber que me llaman *El Saque*, sin duda por no llamarme *El Mete*; porque aquí todo se dice y hace al revés; pero por si acaso, conste que ahora mi nombre propio según rezan mis papeles, que los tengo en regla por mi dinero, es Juan Antoñez. El cabo Robles ha muerto, con que...

—Bien, hombre, bien — dijo Patricio — pierde cuidado, aunque le causaba pena que el primer secreto debido á la amistad fuese de tal naturaleza.

—Y si no...

—Basta, no acabes—dijo Patricio con energía. Si profieres una amenaza, que no necesito, hemos concluído.

—Bien, hombre, bien; ya sabes que te conozco y por eso me he confiado á tí. Dispensa.

—Pues ahora á mi asunto:

¿Tienes unos niños recogidos?

—Sí

—Y los educas mal.

—El hambre no tiene espera.

—No hay disculpa para lo que haces con ellos; pero vamos al caso.

Esos niños, desde mañana, me los llevo yo.

—Como quieras. Precisamente venía esta noche dispuesto á echarlos á la calle; porque desde mañana... ¡oye Azucena...!

Es de advertir que Azucena seguía punteando la guitarra por lo bajo, sin hacer caso de los hombres...

—¿Pero no oyes?

—Sí, hombre, sí; que mañana...

—Que mañana nos mudamos de casa; ha caído un buen negocio.

—Mejor.

—Para ir tirando.

—Mejor que mejor.

—Y... ¡quién sabe!

Siempre el *quién sabe*, unas veces en boca de Patricio y otras en la del antiguo cabo Robles.

Y por esto te decía—encarándose con Patricio—que desde mañana me estorbarán los chicos. Conque ahí los tienes.

—Corriente. Y como no tenía más que decirte, me marchó.

—Espera, hombre, espera; que las fiestas han de celebrarse. Mira, Azucena, saca unas copas.

—No, hombre, no; es tarde, mi mujer me espera.

—También tú...

—Si, estoy casado.

—Pues que sea por muchos años, y con más motivo, vengan las copejas.

Azucena sirvió unas copas de aguardiente, y quieras que no, tuvo que hacerle los honores el buen Patricio.

—Ya me contarás lo que ha sido de tí desde que no nos vemos, y si en algo puedo servirte *en mi ramo*, ya lo sabes. Yo bailo, como siempre, al son que me tocan. Si por buenas, por buenas, si por malas... tampoco hay quien se me ponga delante. La cuestión está en sacar la cabeza, y si se quema la casa calentarse á ella. Mira, Azucena, echa una coplilla bien *repique-teá*, para que te oiga este amigo.

—Si ya me ha oído.

—Pues venga otra de lo fino.

—Allá va:

Tu *mare* no ha *sío güena*,  
Tú tampoco lo serás:  
De mal trigo mala harina,  
De mala harina mal pan.

—Viva lo bueno y la gracia de María Santísima—  
dijo *El Saque*.

—Vaya, chico, hasta mañana temprano, que vendré á recoger los muchachos.

—Cuando quieras. ¡Ah! se me olvidaba. ¿Sabes quién anda por ahí? Tu amo, el alférez Rodrigo.

—¿Y sabes dónde vive?

—No; pero si vas por las mañanas al mercado de la plaza del *Centeno*, entre nueve y diez, allí le verás. Va siempre con su señora y sus dos pequeños por delante á hacer la compra. ¡Pobre alférez Rodrigo! Más bueno era que el pan, ¿te acuerdas? Así está él de lucido.

—¿Pues qué le pasa?

—Como pasarle, que digamos, no le pasa nada.

Si acaso... lo que pasa es hambre, porque no parece que anda muy lucido.

—¿Has hablado con él?

—Eso nunca; aunque es buena persona, mejorando lo presente; pero en la cara y el traje, y hasta en el modo de andar, van diciendo los hombres si están bien ó están mal.

—Pues sentiré que se confirmen tus sospechas.

—Todo podrá ser, y créelo, si pudiera servirle de algo sin comprometerme, lo haría. En fin, quién sabe, de menos nos hizo Dios.

—Oye Azucena, ¿y mi padre?

—¿Tu padre? Como un muerto; ahí lo tienes. Lle-

gó á casa á las nueve con una *pítima* que no podía con su alma y se echó á dormir. Al poco rato, echó por ese cuerpo todo el vino de un año, y se quedó como un tronco.

—A ver, alumbra y limpia eso. No nos hemos de acostar con esa broza en el cuarto.

Azucena cogió la botella y la acercó al inmundo lecho del anciano.

Patricio levantó la manta que le cubría la cara y retrocedió con espanto.

—¡A ver! ¡á ver! acerca más esa luz.

Todos rodearon el lecho de aquel infeliz cuyo rostro desencajado parecía cubierto con el velo de la muerte.

*El Saque* tocó la frente de su padre; puso la mano en su corazón; arrimó á sus labios la llama de la vela, y nada. La frente estaba fría, el corazón quieto y de los pálidos y entreabiertos labios no salía el aliento vital.

—¿Pero qué ha pasado aquí?—dijo *El Saque*.

—Nada: ya te lo he dicho. No se podía tener, se acostó y al poco rato...

Mientras esto decía Azucena, *El Saque* examinaba los manchados ladrillos é interrumpió á su mujer, diciendo:

—Y al poco rato echó por la boca toda la sangre que tenía en el cuerpo; porque esto es sangre y mi padre ha muerto.

—¡Muerto!—dijo Azucena.

—Lo mismo que mi abuelo. Ahí lo tienes más tieso que un palo.

A todo esto los chicos se habían desvelado, y uno de ellos, el nietecillo mayor del difunto, se dió á conocer gritando desde su rincón.

—Padre, padre, que es mío el portamonedas del abuelo. Me lo había ofrecido.

En aquel tugurio reinó el más profundo silencio después de oída la voz *elocuyente* del niño.

Patricio estaba con la cabeza descubierta al pie del lecho; *El Saque* sentado en una silla con la cabeza entre las manos, y Azucena en el baúl, mirando al suelo.

¡El muerto, solo, bien solo entre sus hijos y sus nietos!

Es que en las familias mal ordenadas, son los que las componen ó extraños ó enemigos. Casi siempre estorbos, que entorpecen los unos los movimientos de los otros. Los vínculos del amor no existen.

¡Quién sabe! Quién sabe, decimos nosotros también, si *El Saque*, con aquella cabeza hundida entre las manos, estaría pensando que la inesperada catástrofe era para él una solución providencial. Un augurio feliz.

Al otro día iba á mudarse de casa

Tenía un negocio... en su ramo.

Su padre... su padre nada tenía que hacer en el mundo. Había hecho de sobra engendrándole á él.

Patricio rompió aquel silencio, que á tantas interpretaciones se prestaba, preguntando á su antiguo amigo:

—¿Tienes dinero?

—Acabo de gastar la última columnaria, y hasta dentro de dos ó tres días...

—Una necesito para pagar la cama de esta noche, y cuatro ó cinco hasta que tu tengas. Toma lo demás,

Y vació su bolsillo en la mesa; unas cuantas monedas.

*El Saque* se levantó y dió un abrazo á su generoso amigo.

—Ya sabía que eras un hombre. No olvidaré nunca esta acción.

—Ahora—dijo Patricio—permitidme que me vaya á mi casa, para decir á mi esposa lo ocurrido y que no me espere.

Salió, fué á su casa, habló con Ángela y á los pocos minutos estaba de vuelta, velando el cadáver del padre de Robles.

Al día siguiente, cuando la luz empezó á penetrar por los resquicios de la mal ajustada techumbre y por una estrecha tronera, no ventana, que daba al corralón, Patricio cogió los dos muchachos y se los llevó á su casa, confiando en que la Providencia haría lo demás.

Entretanto, lo primero que hizo con ellos fué darles una jabonadura de pies á cabeza, preparación necesaria para meterlos en la cama, mientras su mujer

improvisaba con prendas viejas un vestido nuevo para Rosita.

El pequeño Paco se arregló con otro en buen uso que le dió la *señá Pechaca*, y que por casualidad conservaba en un baúl perteneciente á cierto huésped que se fué sin pagar. Patricio, oficiando de barbero, cortó á punta de tijera el pelo á los niños, y lo cierto es que dos horas después de recogerlos no les hubiera conocido *El Saque*, y de ningún modo *la madre* que los parió.

Patricio, después de practicadas estas operaciones, fué á la Alcaldía para hacer las diligencias necesarias al enterramiento, y cuando el médico forense declaró que la muerte había sido producida por una estenosis arterial, resultado de la edad y del alcoholismo, se dió tierra al cadáver.

Dos días despues, cobró *El Saque* cien pesetas á cuenta del negocio, que era seguro—la *introducción* de unas latas de petróleo que *ya estaban dentro*—y se mudó de casa, no sin devolver á Patricio la cantidad prestada y ofrecerle generosamente lo que pudiera necesitar.

Nada aceptó Patricio por el pronto, no porque dejara de necesitarlo, sino porque le repugnaba tomar dinero cuya procedencia no fuera limpia. Sin embargo, agradeció á su antiguo cabo la buena voluntad y se despidió de él con propósito de no volver á verle, á no ser que la casualidad les colocara otra vez en el mismo camino y en dirección opuesta.

## VIII

Patricio no echó en saco roto, como suele decirse, la indicación que le hizo la noche anterior el cabo Robles, á quien llamaremos en adelante Antoñez, respetando su incógnito, y así fué que antes de las diez de la mañana ya estaba dando vueltas como un agente de Orden público, en el mercado de la plaza del *Centeno*, para ver si parecía por ella su antiguo protector el alférez Rodrigo.

A dicha hora estaba la extensa plaza invadida por tanta concurrencia, que era muy difícil encontrar una persona determinada entre las muchas que constituían aquel infatigable hormiguero.

Formando líneas paralelas á los contornos de la plaza, estaban los vendedores y vendedoras; unos en casetas de madera y otros en puestos al aire libre, ofreciendo á grito herido sus variadas mercancías.

Otros; llevándolas en cajas pendientes del cuello, ó en carretones á la mano, circulaban difícilmente entre aquel hervidero, y procuraban dos cosas:

Vender á pie firme cuando los agentes estaban á buena distancia y competir con los demás en eso de llamar la atención pública, exagerando la especialidad á que se consagraban.

Además de los artículos de consumo de primera necesidad, vendíanse por todas partes cintas de colores, medias y puntillas, zapatos y babuchas, chambras y corsés, alfileres y agujas, caramelos y pastas, todo ello á vil precio y de proporcionada calidad, puesto que al fin y al cabo se ofrecía á gentes poco adineradas.

¡Qué golpe de vista tan sorprendente! ¡Qué cuadro aquél tan lleno de vida y tan rico en salientes detalles!

Grupos de mercaderes parapetados detrás de sus puestos; compradores ajustando ó reconociendo las mercancías; carros cargados de productos diversos, que iban ó venían; criadas diligentes manejando la cesta, provisoro y providencial, con un género de esgrima tan hábil, que lo mismo les servía para abrirse paso á través de las masas más compactas, que para evitar encontrones casuales ó atropellos buscados.

Había más. Sobre toda esta bulliciosa animación, dominando aquel ir y venir sin orden ni concierto, flotaba un rumor como de enjambre humano que se agitara en torno de sabrosa y bien surtida colmena. Ese rumor, producíanlo los pasos de las personas, las conversaciones de los grupos, las peticiones cadenciosas y lastimeras de los ciegos, los apóstrofes graciosos ó enérgicos, pero siempre reñidos con el vocabulario del idioma, que ocasionaban el pisotón, ó el choque, ó el amoroso atrevimiento; sobresaliendo como

notas agudas por encima de este rumor vago y confuso, infinidad de gritos de mujeres, rápidos unos, como por ejemplo: ¡Cinta á cuarto la vara! ¡Piñones *tostaos!* ¡La coliflor *pa* el huevo! ¡Sal molida y por moler! O con cadencia musical y larga, como estos no menos conocidos: ¡La cangrejera... vivos! ¡Rabanitos... como el agua frescos! ¡Judias... como la seda! ¡Hilos, trencillas y algodones finos! ¡Escarolita como la nieve! ¡Los pimientos de Orihuela... que retumban en la cazuela! ¡Ay! qué fresco lo traigo, por el queso chorreando suero y como la manteca blanco.

Supónganse los tonos de este cuadro realzados por la luz de un sol espléndido y se tendrá la idea aproximada de lo que era la plaza del *Centeno* cuando Patricio llegó á ella.

La vida y la alegría palpitaban por todas partes.

Aquel pueblo molido á contribuciones, verdaderamente molido, más aún, hecho polvo, parecía contento ó si no lo estaba, veíasele sacar partido de su situación lastimosa, como burlándose de sí mismo.

Por esto menudeaban sin cesar los dichos agudos, y por esto mismo, con tal arte veíase allí manejado el epigrama, que parecía ser él la más acabada y más sintética expresión de la vida madroño-politana.

Patricio dió vueltas y más vueltas sin encontrar lo que buscaba, hasta que, sin saber qué partido tomar, detúvose distraído enfrente de una mujer frescachona y guapa que tenía delante una cesta de pi-

mientos morrones, cuyo casco debía ser más duro que el de un coracero.

El buen Patricio, con las manos cruzadas por detrás, seguía parado contemplando filosóficamente el contenido de la cesta, y *quién sabe* si le pasaría por su imaginación la idea de que aquellos pimientos en arroz compondrían un plato exquisito. Lo cierto es que, haciéndosele la boca agua, sacó el portamonedas y echó un vistazo á sus senos, casi vacíos. Al verlos así, y recordar que tenía ajustada la pitanza con la *Señá Pechaca*, resistió la tentación é hizo ademán de dar media vuelta para continuar sus pesquisas; pero la vendedora, viendo desvanecidas también sus esperanzas, le atajó, diciendo con mucho retintín:

—Oiga *usté*, parroquiano... los quería *usté* de balde?

Patricio se echó á reir y siguió su camino.

¡Oh fortuna! por poco tropieza con el alférez Rodrigo, esposa é hijos.

Hubo los consabidos apretones de manos y los indispensables gritos de sorpresa. Patricio besó á los chicos mil veces y después de las breves preguntas y respuestas que en casos tales sirven de enlace entre lo pasado y lo presente, empezaron á hablar de los asuntos del momento.

El antiguo alférez Rodrigo, que era ya un capitán de la reserva de Madroñópolis, estaba vestido de paisano (moda un tanto atrasada, como de reserva puesta

en actividad ó pie de guerra), y en cuanto á la señora *Lucía* un traje negro muy modesto, y llevaba la cabeza, que era precisamente lo que de estatura excedía á su esposo, arrebujaada en un velo negro, en su origen, y pardo ya en sus postrimerías.

El porte de los niños, muy curiosos, eso sí, no desdecía en nada del de sus padres.

La pimentera, á cuyo frente se había verificado el feliz encuentro, no quería acabarse de convencer de que sus pimientos pasaban inadvertidos, y cuando oyó que Rodrigo, poniéndose en movimiento, dijo á su mujer:

—Vamos á despachar, Antoñita, que se hace ya tarde; tomó la palabra otra vez, diciendo:

—¡Señora... venga *usté* acá... la del *velustrín!*

—Aprieta el paso—dijo Rodrigo—porque estas desgarradas son capaces de faltarte al respeto.

Y cuidado que la señora de Rodrigo tenía bigotes.

Pero ya la habían tomado con ella, y la vecina de la pimentera, que vendía escarolas, hizo otro disparo expresándose así:

—¡Parroquiana; lleve *usté* como ayer, que no llevó *usté* nada!

Rodrigo, que no podía publicar allí mismo la ley marcial para poner freno á las lenguas, apretó el paso, como único medio de sustraerse á aquel fuego de guerrillas. Pero no lo consiguió sin oír otros disparos á quemarropa, como estos:

—¡La del *meritaque*... señora!...

—¡Venga *usté* acá, que no hay perro de presa!

—¡Se cree *usté* que lo he *robao*!...

—¡*Misté* la señora y qué paso lleva!

Por fin pudieron escabullirse hacia el centro de la plaza y se vieron libres de aquel tiroteo, que no tenía trazas de acabar.

—Vé tú con los niños á hacer la compra, y Patricio y yo os esperaremos en el café de la esquina.

Patricio había llegado á ser para aquella buena familia uno de tantos, y sin mengua del respeto que impone la disciplina, el capitán podía tratar á su antiguo asistente con cierta confianza, con más motivo que cuando desempeñaba cerca de él aquellas funciones.

Había otras razones de orden moral.

El capitán había venido á menos siendo más, cosa muy frecuente en la carrera de las armas, porque desde activo fué lanzado de buenas á primeras al panteón de la reserva, y Patricio era para él entonces, no solamente un paisano en posesión de ese buen sentido que no rebasa nunca ciertos límites, sino algo más, algo como hechura suya, porque había contribuído no poco á educar su pensamiento y á fijar sus ideas.

Hay dos clases de paternidad: la del que engendra y la del que educa.

En pocas palabras refirió el capitán lo ocurrido desde que se separaron.

Ascendió á capitán por antigüedad, le destinaron á un cuerpo activo, su corenel averiguó que estaba suscrito á *La Fraternidad*, le inspiró esto sospechas, quedó de reemplazo, y á duras penas, poniendo en juego todas sus relaciones y en vista de sus buenos servicios, pudo colocarse en la reserva donde se encontraba después de haberle hecho rodar por otras muchas, como diciendo: ya ves que no te olvidamos, *liberalote.* \*

Rodrigo se proponía dos cosas: educar bien á sus hijos y tomar venganza de los atropellos á que le sometieran, tanto más injustos, cuanto que nunca se habían traducido sus ideas avanzadas en actos contrarios á la disciplina militar.

—Pero no es esto todo, mi querido Patricio. Lo que acabo de decirte es lo superficial, lo que se ve. En el fondo hay mucho más.

Figúrate cuál sería mi situación la segunda vez que me trasladaron después de mi ascenso á capitán.

En marchas y contramarchas, sin más objeto que hacerme mudar de aires, había gastado el último céntimo, y antes de caer en las feroces garras de la usura, acudí á mi familia pidiendo un préstamo de doscientas columnarias. ¡Qué vicisitudes!

Calcula tú la impaciencia con que todos esperaríamos la remesa; como que hasta llegamos á tener hambre.

Por fin llegó el cartero con una carta certificada,

en ocasión que yo había salido de casa, y como es reglamentaria la devolución del sobre firmado, el cartero cumpliendo con su obligación, no dejó la carta. Hizo bien; pero pasamos otro día con un rancho de patatas.

Al siguiente, me dije: capitán Rodrigo, hoy queda usted arrestado en su casa.

Y dicho y hecho, esperé en ella la llegada del cartero, quien, después de satisfacer todas las formalidades de ordenanza, me entregó la misiva.

Toda la familia me rodeó para presenciar el acto solemne de romper el sobre.

Lo rompí... y en efecto, has de saber que venía la carta, pero los billetes, no.

Como mi padre me decía: «Querido hijo: no sin gran trabajo he conseguido reunir las doscientas columnarias, que adjunto en billetes de Banco...» empecé á buscar por el suelo creyendo que se habrían caído; pero que si quieres, los billetes no parecieron por parte alguna. Examiné el sobre y, al parecer, estaba intacto. El lacre vírgen, como si mi padre acabara de estampar sobre él su sello con sus iniciales.

Vaya, dije tranquilizando á la familia: mi padre se habrá dejado los billetes sobre la mesa.

Pero la procesión andaba por dentro.

Desgraciadamente no era el mío el primer caso. ¡Quién ignora que las cartas se abren si denuncian al tacto los valores que contienen!

Escribí, y la contestación de mi padre fué que es-

taba segurísimo de haber metido los billetes dentro del sobre (1).

¡Has visto desgracia mayor, ni país más desmoralizado!

---

(1) Sr. Inspector general de Correos:

El Sr. D. Nicolás Torres, residente en Usanos, nos comunica que con fecha 6 del pasado, remitió á Madrid una libranza, núm. 68.132 y valor 20 pesetas, puestas en el Giro mútuo de esta capital el día 4 á favor de doña Rafaela Fresno, sin que hasta ahora se haya recibido tal libranza.

La misma persona mandó el 20 de Septiembre 32 sellos de comunicaciones en carta; ésta se ha recibido en Madrid, pero sin sellos.

Autorizados por el denunciante, llamamos la atención acerca de estos hechos á la Dirección de Comunicaciones, confiando se procurará cesen tales extravíos.—(*La Atalaya*, 3 de Octubre de 1891.)

Se continúan tocando los efectos prácticos del desbarajuste que reina en el ramo de correos con motivo de las últimas traslaciones y cesantías que tuvo á bien ordenar el Sr. Los Arcos.

Continuamente llegan quejas á nuestro poder de lo incapaz y deficiente que la administración española va resultando en este particular, y como inmediata consecuencia de los muchos trastornos que se originan á cuantas personas se valen de los correos, teniendo infinidad de éstas que valerse de otros medios de comunicaciones para que el servicio resulte con la exactitud que requiere.

Así no es extraño que las cartas en correos se pierdan, se fracturen ó lleguen á poder del destinatario con un retraso de quince días; y con los periódicos pasa otra cosa más original; nunca se recibe completo el número, ni la mita, pero en cambio es muy fácil el encontrarnos con que los de fecha más reciente llegan antes que los más atrasados, procediendo todos del mismo punto y aun siendo la misma publicación.

¿En qué consiste que esos periódicos lleguen á poder de las respectivas redacciones fuera del tiempo oportuno? No acertamos á explicarlo, pero como el hecho es cierto, lo hacemos público para que llegue á conocimiento de quien corresponda.—(*La Unión Democrática*, 6 Octubre de 1891).

¡Cómo querrás creer que se las arreglaron para sacar los billetes sin abrir el sobre!

—Vaya usted á saber!

—Pues doscientas pesetas me ha costado averiguarlo.

Despegaron los sellos de franqueo, que eran dos. Con una tijeras recortaron el papel del sobre que caía debajo, lo suficiente para meter un palito, arrollar en él la carta y extraerla con todas sus tripas, como decimos de los expedientes.

Hecha esta operación, el astuto empleado se metió los billetes en el bolsillo, metió la carta otra vez en el sobre, aplicó los sellos sobre la gatera abierta en él, y la dió curso como si tal cosa.

—¿Qué te parece esto?

Pues bien, el resultado fué que vendí por cincuenta pesos aquel abonaré que tenía puesto en un cuadro.

Con esos cincuenta duros he llegado aquí hace un mes y ocho días.

El capitán Rodrigo, después de dicho esto, apuró de un solo trago el vaso de cerveza que tenía delante. Y bien lo necesitaba porque el recuerdo de sus desventuras encendía la sangre. ¡Qué vicisitudes!

—Vaya, andando, ya llega aquí la impedimenta. De frente: marchen.

Dofia Antonia y los niños llegaban, efectivamente con la compra hecha.

Patricio refirió sus desdichas en el largo trayecto que recorrieron para llegar á la casa, y al empezar á subir las escaleras se le ocurrió al capitán en reserva esta observación:

—Pues, chico, bien puede decirse que se ha juntado el hambre con la gana de comer. Arriba, y de lo poco que tengo la mitad es tuyo, y ya veremos quién gana esta batalla. Por ahora se nos han venido encima veinte escuadrones, y esta carga de petral nos ha puesto á los pies de los caballos; pero no hay que apurarse.

Llegaron al piso cuarto con entresuelo, que era la morada del capitán, porque alguna vez han de subir los que están debajo, y tomaron asiento en el comedor, donde estaba como cuerpo del delito, el marco que encerró el consabido abonaré.

—Por lo pronto, continuó diciendo el capitán, toma quince pesos y ya me los devolverás cuando te sobren; no es cosa de que los hombres de corazón como tú anden con el hambre á bofetones. Has hecho bien y cuenta conmigo para sostener esas criaturas. Hoy mismo empezarán á ocuparse en buscarte un destini-lló, y ¡qué Diab!o! malo ha de ser que no se encuentre. Los hombres honrados caben en todas partes y... ¡quién sabe!

Patricio se despidió con lágrimas en los ojos de su antiguo amo y con aquellos quince pesos aseguró la vida unos cuantos días.

Es de advertir que el capitán Rodrigo insistió mucho en que Patricio volviera pronto á verle.

\* \* \*

He aquí dos personas que en el orden regular de las cosas se habrían separado para no tener nunca relaciones íntimas, ó á lo más, incidentales y que, sin embargo, había unido la fatalidad en el seno de la desgracia.

Eran como dos náufragos arrojados por la misma tempestad á la misma orilla.

Espíritus rectos los de ambos, se veían constreñidos á pesar suyo á adoptar un sistema de defensa contra la sociedad que les perseguía con sus deficiencias ó sus vicios, y quién sabe de que modo podría desviarse de su dirección propia la rectitud inicial de aquellos dos seres.

Ambos sentíanse obligados á la defensa, y sin embargo, ni se habían ocupado en la elección de medios, ni siquiera habían convenido en que era necesaria.

Como Patricio no contaba con los recursos indispensables para sobrellevar las cargas que se había echado encima, y por otra parte, estaba resuelto á todo menos á dejar aquellos niños en el arroyo, empezó á pensar en el medio de darles educación sin aumentar de

un modo superior á sus fuerzas el presupuesto de su casa, suponiendo siempre que encontraría trabajo, y que tendría presupuesto.

La solución más expedita era llevarlos á un asilo, pero la Beneficencia oficial responde pocas veces á su objeto, si responde alguna. La estadística de los niños muertos en los hospicios, alcanzaba cifra tan espantosa, que en el acto desechó la idea de someter á Rosita y á Paco á tan duras pruebas.

¡Y pensar que mientras él y los suyos luchaban con todo género de escaseces, el padre de su mujer, nada menos, vivía holgadamente, prestando dinero por segunda mano; haciendo una especulación bárbara con seres tan desdichados como su propia hija!

Pero á esta puerta le era imposible llamar y mucho menos invocando sentimientos extraños á D. Anselmo.

Sensiblerías, ¿eh?, hubiera contestado, aún en el caso de no haber ocurrido lo que sabemos.

Un rayo de luz penetró de pronto en aquel cerebro lleno de sombras y dándose un golpe en la frente dijo Patricio á su mujer.

—Angela, ya tenemos solución.

—¿Cuál?

—D. Policarpo, sí, sí, D. Policarpo, no hay otra por más vueltas que doy al asunto.

D. Policarpo era el maestro de escuela de El Burgo.

—¡Como si no supieras que el pobre está á la cuarta pregunta! (1).

—Verdad es; pero así y todo se encargará de los niños á poco que nosotros podamos ayudarle. Y le ayudaremos. ¡He de continuar siempre así! Aunque sea

---

(1) Lo que se adeuda actualmente en todas las provincias por atenciones de primera enseñanza, asciende, según un colega bien enterado, á ocho millones y medio de pesetas.

¡Qué atrocidad! Un país que debe á los encargados de enseñar á los niños los primeros rudimentos de la ilustración una suma tan enorme, cuando servicios de muchísima menos importancia que ese están perfectísimamente atendidos, no necesita más para figurar á la cola de todas las naciones civilizadas.—(*La Voz Montañesa*, 17 Junio 1891).

Los maestros de Cuenca, á quien se deben 38 mensualidades, han solicitado permiso del Gobernador para contratarse de peones en las próximas faenas de vendimia.—(*Las Noticias*, 20 Septiembre del 91).

Cortamos de un apreciable colega:

«Según estado de la Dirección general de Instrucción pública, quedaron adeudándose por las obligaciones de primera enseñanza devengadas hasta 30 de Junio último, con cargo á los presupuestos municipales, pesetas, 6.119.740'91 por personal, y por material 2.054.924'98; total, 8.184.665'89; de cuya suma corresponden 4.471.391'88 á obligaciones anteriores á 1.º de Julio de 1890, y el resto, ó sean 3.713.274'01 al año económico de 1890-91.

Tienen cubiertas sus atenciones Alava, Guipúzcoa, Pontevedra y Vizcaya.

Todo eso lo publica la *Gaceta*.

Pero sin ruborizarse.

Y eso que había para que se muriese cualquiera.

De vergüenza.»

La vergüenza monárquica era verde.

Y la comió un burro.—(*El Anunciador*, 6 Octubre 91).

para arrancar piedras con los dientes encontraré trabajo en Madroñópolis: Querer es poder.

Mira, Patricio, todo lo que dices está muy bien, y bien me parece, pero hagámonos el cargo de la situación en que se encuentra el pobre D. Policarpo. No está para aumentar las bocas en su casa. Si fuera para suprimirlas, menos mal, y yo he pensado que mejor sería hacer otra cosa.

—Veamos.

—¿No has pensado en D. Pantaleón?

—¡En el cura!

—Sí, en el cura.

—Pero mujer, ¿estás dada á los diablos?

—Te digo que es persona de buen corazón.

—Intimo de tu padre.

Ya sabes que, como no soy de los que odian á los curas, por ser curas, puedo apreciar imparcialmente los defectos ó las buenas cualidades de cada uno, y debo decirte que á D. Pantaleón no le presentaría yo como modelo, aunque hoy esté en gran predicamento. Es uno de los muchos que cuando llega la ocasión, se echan las pistolas al cinto y salen por esos campos predicando á tiros, es decir, pidiendo á mano armada que se arregle á su gusto el reino, aunque el suyo no sea de este mundo.

—Lo que no quita para que esté reputado como hombre venerable y virtuoso.

—Porque aquí lo entendemos todo al revés. Y

así ocurre que reciben hoy á Pepito bajo palio en las iglesias, los que ayer le saludaron á trabucazo limpio en las montañas, y lo mismo cree Pepito en la santidad de esos curas bravos, que éstos en la legitimidad de los poderes con que aquél se llama Inca (1).

Todo, todo en este país es un puro convencionalismo, cuando no una farsa irritante.

—Pues haz lo que quieras.

—No hay que buscar mendrugos en cama de galgos.

Los que se ocupan mucho de sí, les falta tiempo para ocuparse en los demás.

Al día siguiente del en que se encontró al capitán en la plaza del *Centeno*, cogió á los niños de la mano y andando poco á poco llegó con ellos á El Burgo, cuando el maestro se disponía á empezar sus clases de la mañana.

La escuela estaba situada en el piso bajo de la casa.

Una gran sala llena de bancos y mesas altas y estrechas.

---

(1) «Al pasar después de Usurbil, por Orio, S. M. y A. R. fueron saludadas por las autoridades, y de una manera deferente y especial, por el venerable y virtuoso párroco, Sr. de Macazaga, que no era ni más ni menos que el célebre brigadier carlista, el *Vicario de Orio*, que tanta fama logró durante la última guerra civil por sus luchas intestinas contra el sanguinario Santa Cruz, y por sus combates tan estratégicamente combinados contra Loma, Moriones, Primo de Rivera y el mismo general Castillo, que iba en la comitiva, y quien saludó cariñosa y expresivamente á dicho afamado señor cura párroco». —(De un periódico).

En la pared varios carteles con ejercicios de lectura y en un pequeño estrado, la mesa del maestro, con una imagen del Crucificado á la espalda, y un tablero ó pizarra á la derecha.

La habitación era fría en invierno y extremadamente calorosa en verano; por lo demás los niños estaban bien. El maestro era la viva representación de Job; les trataba con dulzura y salían de la escuela sabiendo leer y escribir, el Catecismo, las cuatro reglas, algo de Gramática, un poco de Historia y ciertas nociones de Geografía.

Los tiempos no daban de sí para más, y gracias.

Gracias á que el infeliz maestro tenía tanta paciencia con los chicos como con los grandes. Con éstos sobre todo.

El buen D. Policarpo vivía con una hermana suya algo mayor que él, y él pasaba de los cincuenta.

Ambos ocupaban los desvanes que había sobre el techo de la escuela, y con esta tolerancia del Ayuntamiento, y la mayor economía en el comer y en el vestir, iban pasando la vida, acariciando la esperanza de cobrar algún día las treinta y tres mensualidades adeudadas.

D. Policarpo era, á pesar de todo, hombre de buen humor, y recibió á Patricio de este modo:

— ¡Tú por aquí! Bien venido seas, hombre, bien venido seas. Pero, ¿qué es eso? ¿Ya tienes dos niños de este tamaño? ¡Milagro, milagro! ¡Y qué bonitos son!

—No, Sr. D. Policarpo—contestó Patricio—estos angelitos no son míos, pero como si lo fueran.

—¡Alguna de las tuyas! Bueno, hombre, bueno. Hablemos con formalidad, y dime en qué puedo servirte.

Patricio refirió cómo sacó á aquellas criaturitas de los montones de légamo que encontró en Madroñópolis, y el buen D. Policarpo, sintiendo el alma inundada de gozo, dejó correr dos gruesas lágrimas; no diremos que como garbanzos, por respeto al hambre legendaria, verdaderamente épica, de un maestro de escuela. Dos gruesas lágrimas que enjugó por debajo de sus antiparras monumentales.

—Bien, hombre, bien—dijo el maestro restregándose los ojos con el pañuelo y afectando una serenidad que estaba muy lejos de sentir—siempre dije yo que tú no servías para andar por el mundo; pero, ¿qué le vamos á hacer, si has nacido así y no como otros! Todo esto quiere decir, hablando en plata, y ésta nos convendría para hacer buenas obras, que vienes aquí pidiendo ayuda, como si yo fuera un Creso. No lo soy, pero no importa. Llegaré hasta donde pueda y un poquito más. Concretemos:

Como sabes, tengo media docena de muchachos internos, acomodados lo mejor posible en un cuartito que arregló mi hermana. Aún caben dos camitas más; donde comen ocho, comen diez, y por lo pronto ya tienen asegurada la pitanza, que es parte esencial. En

cuanto á educación, nada hay que decir, haré lo que pueda; pero como esto no es suficiente, ahora viene la segunda parte, que es tu ayuda. Corre con la ropita de los niños, y punto concluído. Tú los vistes, los calzas y yo les doy de comer y los educo. Total, igual, y vamos á otro asunto. ¿Cómo te va en Madroñópolis?

—Ya ve usted, D. Policarpo, en poco tiempo, ni bien ni mal; pero ánimos no me faltan.

—¿Y Ángela? llevando bien su nombre, ¿no es verdad?

—Como siempre.

—Parece mentira que sea hija de tal padre. ¿No le has visto por allí? Pues ya le verás. Ahora si que va todos los días. Desde que es padre de la Patria han tomado gran incremento sus negocios. Si antes hacía cinco, ahora hace cincuenta, de los que se ven, que de los que nó se ven... averígttelo Vargas. Lo cierto es que antes iba desde aquí á Madroñópolis en un mal acrícoche ó en el caballo de San Francisco, y ahora tiene un carruaje lujoso tirado por dos yeguas, que dan la hora. ¡Qué par de bichos! Por supuesto, aquello de la usura, como siempre, sin dar la cara. Continúa con sus ganchos, y al avío.

Yo, mi querido Patricio, cuando de tarde en tarde voy á Madroñópolis para ver si se arregla eso de mis atrasos, y me echo á la cara, por ejemplo, un señor metido en buena ropa, ya dudo si la ropa será más del sastre que del señor que la lleva, y si el señor

será tan del usurero, como las prendas de vestir del maestro que las hizo (1).

Es una deliciosa confusión esta en que vivimos.

No llueve porque no hay árboles, y no hay árboles porque no hay agua.

Hay pocas escuelas, y por consecuencia somos pocos maestros. Además de ser pocos, tenemos sueldos ridículos, y sobre ser ridículos los sueldos, no se nos pagan. Esta protección *sui generis* ha fomentado de tal manera el horror al estudio, que la mayor parte de los pobres han convenido en dejar á sus hijos en estado salvaje (2), librando así al gobierno de una de sus cargas: la de instruir al pueblo.

¿Qué te parece?

Al paso que vamos, dentro de poco, cuando muchos abrañoles se caigan á gatas, encontrarán que esa

---

(1) «Dentro de esta manzana (Madrid), por fuera tersa y colorida, babea una legión de gusanos, más ninguno deslustra, ensucia y descarna su pulpa, como el usurero escondido, cuyo dienteillo roedor traza curvas sin descanso y deja detrás de sí oscuros huecos de podedumbre y ruina».

J. CARVAJAL, exministro.

(2) Acaba de calcularse, y resulta como dato muy aproximado, que de 3.450.000 niños menores de catorce años que hay en España, sólo 1.769.100 asisten á las escuelas.

La diferencia de 1.680.900 niños que no asisten á las aulas consiste, en primer lugar, en el punible descuido del Gobierno, que no atiende como debiera al fomento de la enseñanza, y en segundo, á la apatía de muchos padres, que no velan como es debido por la educación de sus hijos.—*El Batuarte* (Sevilla), Octubre 1891.

posición es la que le tenían reservada sus previsores gobiernos, y permanecerán en ella el resto de sus días (1).

Después de todo, es la más á propósito para sostener cargas y recibir palos.

---

(1) Nada tan descuidado en esta desgraciada España, víctima del caciquismo y de las luchas políticas, como la instrucción pública; aquí donde no se ambiciona otra cosa que alcanzar cargos y destinos, obtener alcaldías y concejalías y hacerse monterillas y caciquillos para burlar la ley á cada paso y hacer cada uno de ellos su santísima voluntad, atropellando los fueros y derechos de los ciudadanos dignos y decentes, la enseñanza y la educación andan por los suelos.—(*El Manifiesto* (Cádiz), 9 Junio, 91).

## IX

El capitán Rodrigo hizo todos los esfuerzos imaginables para recordar los nombres de las personas de influencia que conocía y cuando todas se le presentaron en acto de revista, eligió la más á propósito para gestionar la colocación del buen Patricio.

La cuestión era ardua.

¿A qué destino se podrían aplicar en Madroñópolis las aptitudes de Patricio?

Este era el problema.

Había nacido en el campo y para el campo, y como estaba desde niño acostumbrado sólo á inclinarse ante la tierra para pedirla el pan de cada día á cuenta de un trabajo rudo, había de serle difícil plegar la cintura en los oficios enervadores de la capital de Abraña. Eran sus goces naturales y sencillos. Ver desde el limpio lecho clarear el día; levantarse y asearse á este primer aviso contra la pereza; bajar al estable; hablar al ganado; acariciarle; vaciar en su pesebre el primer alimento, y mientras las mulas husmeaban en la paja buscando ansiosas el grano de cebada, ó los bueyes rumiaban á compás el dorado maiz, tomar él, de su familia en torno, la humeante sopa y el vaso de vino recién sacado de la cueva. Salir al aire libre, al

campo, y dirigirse con el brioso par de mulas ó los pesados bueyes al sitio del trabajo; respirar, en el corto trayecto, la brisa de la mañana mientras el sol disipaba los vapores últimos del sueño; llegar al punto donde debía continuar la labor comenzada, y mientras las alondras suspendidas en los aires y los gilgueros parados en las zarzas, confundían sus cánticos en un mismo himno á la Naturaleza, preparar las herramientas del trabajo y empezarlo, ya hundiendo la azada en la tierra humedecida por el rocío de la noche, ya cortándola con profundos y largos surcos tan derechos como los actos de las conciencias puras.

Y un hombre así, nacido para esto, habíase visto empujado hacia una ciudad populosa, inquieta, habitada en gran parte por verdaderos parásitos que sólo se ocupaban en disputarse la substancia que por artes diversas se acumulaba en ella, extraída gota á gota de los verdaderos focos del trabajo y de la riqueza nacional!

¡La tierra!

La tierra no pertenecía á los que la beneficiaban con el sudor de su frente.

Patricio era un colono honrado y le despojaron en un solo día de la que labró muchos años.

Patricio poseía un modestísimo predio heredado de sus ascendientes y en un solo momento pasó á manos del Fisco para enjugar una deuda no contraída por el vicio, sino ocasionada por la fatalidad.

La tierra era de personajes como D. Anselmo; jugadores en el Casino, prestamistas en la ciudad y diputados en las Cortes.

¡Pobre Patricio!

Dejemos al capitán Rodrigo ocupado en su buena obra y fijemos la situación de algunos personajes que nos ha hecho dejar como en olvido la necesidad de referirnos á otros.

Antoñez dejó la zahurda en que le conocimos para instalarse en un pisito bajo de la plaza del *Centeno*, muy decentemente arreglado por Azucena, merced á los recursos de la primera *introducción* importante en que intervino su hombre, como ella decía. Y aunque el oficio de matutero estaba tan en baja como el matute en alza, fenómeno debido á la competencia y á las indispensables filtraciones del negocio, sin embargo, iban tirando, como suele decirse; porque Antoñez se pintaba solo para eso de jugar las vueltas cuando en último extremo era preciso sortear la vigilancia de los empleados.

Verdad es que no podía hacer otra cosa.

Vivía con nombre supuesto, era su familia de contrabando y todos comían, vestían y calzaban de matute.

Había elegido para vivir la plaza del *Centeno* por ser punto estratégico, sobre el mercado más principal de la villa y sobre las Puertas allí próximas, y prefirió un piso bajo, porque teniendo la calle á la mano,

con sólo pasar el brazo á través de las rejas, podían introducirse las cosas de poco volumen.

Esta nueva posición trajo consigo los consiguientes cambios de indumentaria, y la familia, dentro siempre del género *chulo*, parecía menos *achulada*.

D. León, seguía dirigiendo el cotarro y en cuanto á D. Eduvigis, como á pesar de sus avances y de sus genuflexiones no conseguía el poder, sin duda porque no acababa de inspirar confianza, apeló al procedimiento de las amenazas, y amenazó con empujar al hijo por el mismo camino que empujó á la madre. Para él la cuestión estaba reducida á bien sencillos términos: me da Pepito una parte del botín que le dejé recoger con mi benevolencia inconsecuente, pues Pepito es el mejor de los Incas. Al contrario, me niega sistemáticamente el derecho que cree tener al presupuesto, como cualquier otro renegado, pues Pepito es el peor de los Incas, y abajo con él. Tal era su actitud.

Y así sucedió andando el tiempo, que viendo don Eduvigis eternizarse en el poder á D. León, casi, casi estuvo á punto de mandar que tocaran botasillas. Prueba de ello es, que al anochecer de un día lluvioso, por cierto, al desembocar el general Peludez en la calle de *Aguivá* por la de *Penilla*, encontró cerca del café de *Guillermo Tell* al capitán Rodrigo, que, con su paraguas abierto iba en dirección contraria á la del general.

—¡Cuánto me alegro, hombre, cuánto me alegro! Deseaba ver á usted.

—Pues póngase á cubierto de la llovizna y dígame lo que quiera, mi general.

—Esto no es agua; para chaparrón el que caerá dentro de poco.

—¿De veras, mi general? Pues procure ponerse á cubierto, no le coja como hoy en medio de la calle.

—Ese chaparrón caerá cuando nos convenga y pondrá como chupa de dómine á quien nos dé gana.

—Es decir que están ustedes en posesión de los elementos...

—Sí, hombre, sí; no lo había usted conocido. Don Eduvigis está resuelto á todo.

—Corriente, y ¿qué quiere usted de mí?

—Por hoy poca cosa: que me dé usted lo antes posible una relación de los nombres de cuantos jefes y oficiales le merezcan confianza en el arma á que pertenece.

—Mañana mismo, mi general.

—Pues hasta mañana.

—¿Quiere usted que le acompañe?

—Prefiero mojarme un poco á que nos vean juntos.

—A la orden de usted.

—Adós.

Esta conversación no necesita comentarios.

Basta y sobra para dar á conocer la actitud de don

Eduvigis y su gente, cuando el ayuno se les hizo insoportable.

En cuanto á Pepito, lo único que diremos por el pronto, juzgándole con imparcialidad, es que le faltaba mucho para ser un Inca modelo como sus partidarios pretendían, sobre todo, los nuevos. En cuanto á los fieles servidores de su madre, arrinconados por él como trastos viejos, nadie ignoraba que solían permitirse, en lo íntimo de sus conversaciones, justas y amargas quejas, aunque veladas por los respetos que les imponía su constante adhesión á la familia regia.

Eran los bullidores, los mercaderes, la turba-multa de salteadores políticos, quienes convertidos en trompetas de la fama, no sólo atribuían al mozuelo las virtudes propias de un gran gobernante, sino que además le consideraban dotado de una inteligencia superior.

Para ellos, como guerrero, era un Alejandro; como legista, un Solón; como sabio, un Séneca; como prudente, un Temístocles, y como invulnerable, un Aquiles. No había lanza capaz de inferirle la menor herida. Pero la adulación es arma terrible siempre, y mucho más cuando la manejan los apóstatas, y habíalos tan ciegos, que fundaban su apostasía en los efectos del hibridismo genético que, indudablemente, modifica las condiciones peculiares de las razas.

No necesitaba Pepito otro género de ataques.

Verdad es que con esta justificación de su aposta-

sía, no echaban ningún puñado de honra sobre el ídolo ante el cual hicieron el sacrificio de lo que más deben estimar los hombres, pero acudían á la historia, y con ella en la mano, demostraban que la existencia larga de ciertas familias no del todo idiotizadas, se debe á la relajación de sus costumbres.

La natural viveza de la juventud, cierta facilidad para expresarse en distintos idiomas, cosa corriente en cuantos viajan por obligación ó gusto; una memoria suficientemente desarrollada para aprender discursos y recitarlos bien; la facultad consiguiente de retener los nombres de algunos clásicos para hablar con los hombres de letras; de algunos guerreros célebres para echar su cuarto á espadas en asuntos de milicia; de algunos políticos famosos para tratar de los negocios públicos; de algunos sociólogos modernos, para discutir las cuestiones del proletariado, hoy en boga, etcétera, etc., era ni mas ni menos lo que constituía para los infatigables aduladores todo un conjunto de maravillosas cualidades.

Con estas disposiciones naturales, no sobrenaturales, y con indicar al jovenzuelo los días de audiencia las condiciones propias de los que se acercaban á visitarle, conseguía alucinar á los incautos ó á los que ya iban resueltos á dejarse alucinar y convertir.

En honor de la verdad, desempeñaba su papel á las mil maravillas.

Hablaba al severo magistrado con dignidad y re-

poso; al militar joven y alegre, en estilo llano, dejando deslizar algún dicharacho de cuerpo de guardia; al político tornadizo y maleante, con despreocupación tan rayana en el descaro, que el apóstata salía lamentándose de no haber renegado antes, y así teniendo cuerda para todos, todos salían contentos de las entrevistas.

¡Qué aplomo, decía el magistrado! ¡Qué campechano, decía el militar! ¡Qué habil, decía el político! (1).

---

(1) Los que habían sido leales á su madre en la desgracia, los que habían abandonado la revolución en su decadencia, y los que se comprometieran á no pensar en ella para el porvenir, todos cabían bajo los anchos pliegues de la bandera restauradora. Códigos y leyes que permitieran la aspiración al poder de todos los partidos y la defensa legal de todas las doctrinas, sería la primera obra de los encargados de gobernar en su nombre. La simpatía personal de unos gobiernos, el apoyo de otros y el deseo en todos de ver en nuestra Patria una situación estable y definitiva, eran la garantía de nuestro respeto en el mundo, del renacimiento de nuestra antigua grandeza, y la seguridad de un porvenir, nunca soñado por hombres y partidos anteriores. No había que hablar de las condiciones personales del monarca: hermoso como el primer austriaco, español y bravo como el primer Borbón francés, era además, sin que nunca estas grandes cualidades hubieran de degenerar en defectos ó perjudicarle, entusiasta como Felipe V, económico como Fernando VI, reformista como Carlos III, bondadoso como Carlos IV, astuto como Fernando VII y generoso como Isabel II. Conocía todas las ciencias; hablaba todos los idiomas; era juez en literatura y arte; y tan á propósito para guiar los soldados al combate y enmendar los planes de campaña, como apto para pronunciar discursos en nuestras academias y universidades, prudente y reflexivo para presidir los consejos de ministros, corregir los discursos del trono, y resolver las dificultades del gobierno.

En cuanto á las damas, ¡ah! tenía también para todas.

El tiempo se encargó de dar gusto á unos y á otros y el pobre pueblo que vivía en el limbo, fué poco á poco convenciéndose de que estaba el joven Inca, no en posesión de todas las virtudes, sino en la de los siete pecados capitales, y muy especialmente del primero y del segundo.

La falsa aureola de que le rodearon llegó á desvanecerse por completo y el pueblo vió que las constantes, las únicas preocupaciones del mozo, eran las aventuras amorosas, las orgías desenfrenadas y los negocios feos.

---

Él había dicho á varios obispos, que la libertad religiosa era una necesidad de la época; á algunos profesores, que no había ciencia oficial; á la magistratura, que sólo como un deber constitucional aceptaba la inviolabilidad. A los generales, les hablaba de San Quintín y de Pavia; á los marinos, de Trafalgar y de Lepanto; al banquero, de los milagros del crédito; al industrial, de la fuerza del capital y de la asociación; y al agricultor y al obrero, del incontrastable poder del trabajo y de la economía, en una sociedad libre, tranquila y sabiamente gobernada.

Hablar, en los primeros momentos, con los entusiastas de la víspera ó con los convencidos del día siguiente, de la edad del rey, de lo que se había dicho de su hoja de estudios en Viena y Londres, de lo que opinaban, sobre sus condiciones físicas ó intelectuales, los que le habían conocido en el destierro, era la mayor de las injurias, si no el más grande de los delitos. Aventurar con ellos algunas observaciones sobre los antecedentes de su familia; sobre lo que la voz pública venía siempre diciendo de su origen, de la situación de sus padres, de lo que habían sido los comienzos y el fin de los reinados de su abuelo y madre, ó de la necesidad siquiera de esperar algún tiempo para juzgar de aquel prodigio,

De D. Anselmo Cascanueces nada hay que decir. Como diputado lo veía todo á través de los anteojos de D. León, y por consecuencia gozaba de gran predicamento en los que no llamaremos centros políticos, círculos financieros, ni cosa que se le parezca, sino focos incipientes de corrupción; porque en honor de la verdad aún no habían salido al campo los verdaderos saltadores de la política.

Sin embargo, se veían cosas del tenor siguiente ó del siguiente bajo profundo.

\* \* \*

Rodrigo entregó una nota que decía así, á uno de sus antiguos jefes, hombre bien relacionado:

«Se desea una colocación para el licenciado del

---

era exponerse á ser tenido por mal español, ó por un hombre falto de sentido, y hasta tal punto llegaba el entusiasmo de los borbónicos, que se juzgó por ellos la mayor de las hazañas, el motín de Sagunto; los más grandes de los héroes los que le consumaron; y modelos de abnegación y de civismo los que le habían ayudado, ó no le habían resistido.

¿A qué han quedado reducidas todas aquellas esperanzas de paz y de ventura? ¿Qué se ha hecho de aquellas promesas de felicidad y bienandanza, fundadas en aquel conjunto de talentos y aquel dechado de virtudes?

Los infantes de Aragón,

¿Qué se hicieron?

.....  
.....

M. RUIZ ZORRILLA.

(Folleto á sus amigos y á sus adversarios.—Londres, 1877).

Ejército Patricio Bueno. Observó excelente conducta en las filas. Sabe leer y escribir.»

Esta nota, en vez de traspapelarse como la mayoría de sus congéneres, tuvo la fortuna de llegar de mano en mano hasta las de un personaje y como á éste, se la entregó una de las adoratrices del joven Inca cosa hecha.

El personaje escribió la siguiente carta:

«Mi querido... Necesito una credencial de cualquier clase, para matar el hambre á un desdichado. Venga pronto. Tengo vivo interés. Suyo siempre», etc.

A vuelta de correo:

«Mi querido... Adjunto la credencial pedida. No es lo más á propósito; pero no hay otra cosa disponible en el momento. Lo peor es que en esta ocasión reciben sus sueldos con retraso.» (1).

El personaje metió la credencial en un sobre, y después de pasar el documento por muchas manos, paró en las del capitán Rodrigo, en ocasión de estarle haciendo una visita el mismo interesado.

—¡Aleluya, aleluya!—exclamó el bueno de D. Valentín, recordando sus tiempos de seminarista, ya pareció aquello.

Mira lo que me dice el coronel Segundez á quien

---

(1) La Diputación provincial adeuda á las amas de cría, tanto á las que la dan en Madrid como á las que lo hacen en los pueblos de esta provincia, ocho meses de haberes, ó sea desde 1.º de Enero.—(*La República*, 22 de Agosto de 1891).

escribí para que arreglara tu asunto. Bien decía yo que se iría por todo lo alto. Le pedí un destinillo cualquiera, como conserje de un cuartel, capataz en algunas obras militares, ó cosa parecida, y que si quieres, por lo pronto ya veo el sello de la sección de Beneficencia pública. Aunque chapado á la antigua, hay que reconocerlo, es buena persona.

Y después de este preámbulo empezó la lectura de la carta de remisión que decía textualmente:

«Sr. D. Valentín Rodrigo. Mi estimado amigo:

Usted ya sabe que no participo de ciertas preocupaciones, y por lo tanto, no creo necesario decirle con cuánta pena recibí la carta en que me daba usted noticia de las persecuciones y de los atropellos que ha sufrido.

En la milicia no hay para mí más que dos clases de oficiales:

Los que cumplen con su deber, y los que notoriamente lo menosprecian ó lo olvidan.

Para aquéllos toda alabanza será siempre poco, porque nuestra religión es muy estrecha, y para estos, en vez de perseguirlos á ciegas ó de acosarlos por todas partes como si fueran bestias feroces, procede aplicarles con oportunidad los correctivos que marca la ley, por duros que sean.

Preferible es esto, porque además de obrar en justicia, como ésta exige la depuración de los hechos, se evita el confundir á los buenos con los malos, cosa muy

frecuente en esa especie de ojeos á que se consagran algunos jefes poco prudentes ó mal aconsejados. Por otra parte, la experiencia nos dice que tal conducta no ha servido nunca para estirpar la mala semilla, y sí para crear descontentos y llevar á la desesperación muchos oficiales dignísimos, como usted lo es.

Tenga paciencia, amigo mío, y cuando me crea necesario cuente conmigo como lo ha hecho ahora.

Queda suyo afectísimo s. s. y compañero

B. SEGUNDEZ

P.<sup>o</sup>D. Observo que el destino concedido á la persona por usted recomendada es impropio de su sexo.

Habrá sido una equivocación y será preciso que el interesado procure deshacerla.»

Después de leída la carta, el capitán Rodrigo se enteró de lo que decía la credencial.

En efecto, al coronel Segundez le sobraba la razón por encima de la calva. El destino era incompatible, de todo punto incompatible con el sexo de Patricio, puesto que le asignaban una plaza de *ama de cría* en uno de los hospicios de Madroñópolis.

Aunque veían defraudadas por lo pronto sus esperanzas, celebraron la equivocación. ¡Inocentes!

Patricio cogió la credencial, y como él y D. Valentín atribuyeron lo ocurrido á un cambio de nombres, resolvió Patricio deshacer el error, no conobjeto de tomar posesión de un destino del gobierno,

cosa que no había pretendido, sino para evitar perjuicio á tercero.

¡Quién sabe si habrían nombrado conserje de algún cuartel de coraceros á alguna robustota hija del *Aspero*, con leche fresca!

\* \* \*

Patricio fué á las oficinas haciéndose gran violencia porque sabía que los empleados, por regla general, están muy lejos de creerse servidores del público; pero el asunto no tenía espera y después de vestirse la ropa de los días de fiesta, se dirigió hacia el centro de la ciudad, á donde le habían encaminado.

Ya cerca del sitio, á la vista del edificio á que se dirigía, y que no le era conocido, creyó oportuno preguntar á una pareja de agentes municipales, en las siguientes buenas formas:

—Harían ustedes el favor de dirigirme al ministerio de...

—Lo estás *uyendo*—dijo uno de los guardias dirigiéndose al otro—*estu* es simplemente tomarle el *pelu* á la autoridad y *non debemus consentirlu*.

—No, hombre, tal vez este señor ignore...—dijo el otro.

—Mira que tu eres *nuevu* en estas cosas: *peru*, en fin, *comu* quieras, y dirigiéndose á Patricio, le dijo con aire grave: ahí *lu* tiene usted á la vista, de *cuertpu* presente.

—¿De cuerpo presente!

—Sí, señor, y *non* me replique ó lo *llecu* á la prevención. Ese es el *edificiu*.

Patricio guardó silencio y se dirigió hacia el edificio que estaba *de cuerpo presente*, no sin decir para sus adentros cuando se vió á distancia:

—Habrás visto bárbaro más bárbaro!

Entró en *la casa*, y después de subir unas anchas escaleras de piedra, abrió una mampara y se encontró en una sala espaciosa rodeada de bancos, en los cuales estaban sentadas algunas personas, todas silenciosas y todas tristes con verdadero aspecto de ánimas en purgatorio.

Un señor embutido en una larga y galoneada levita se paseaba con aire soberano á lo largo de la habitación.

—¿Qué se le ofrecía á usted—preguntó á Patricio?

—Vengo á enterarme de un asunto en el Negociado de Beneficencia.

—*Tome* usted ese pasillo, *tire* usted á la derecha cuando lo concluya y en la portería que hay en el fondo, pregunte.

Patricio siguió al pie de la letra las instrucciones recibidas, y después de cruzarse con muchos empleados que iban y venían con gran diligencia, llegó al sitio que se le había indicado.

Al nuevo cancerbero no se le ocurrió hacer pregunta alguna. Estaba sentado en su mesa con la es-

palda apoyada en el respaldo de la silla, las manos metidas en los bolsillos y las piernas estendidas y juntas, dejando ver las claveteadas suelas de sus zapatos á los cuatro ó seis pretendientes de poco pelo que por allí había.

Patricio esperó una hora larga, y cuando vió que todos sus compañeros de infortunio habían ido entrando y saliendo, se decidió á romper el hielo.

—¿Se puede ver, al jefe del negociado de Beneficencia?

—Si hubiera usted leído el cuadro que está en la pared, habría usted visto que no da audiencia al público más que los viernes, de ocho á nueve de la mañana.

A todo esto el portero en su misma cómoda postura.

—Pero, hágase usted cargo que hoy es sábado.

—Y ayer viernes. Hubiera usted venido ayer.

—Yo no lo sabía.

—Pues ya sabe usted una cosa más.

—El asunto es urgente, se trata de un destino...

—Y ¿á mí qué me cuenta usted?

Si fuera posible ver á otro empleado.

—Hoy no es posible: va á dar la hora.

De pronto se incorporó el portero como si le hubiera picado una víbora, dirigióse á una mampara próxima, la abrió, inclinó respetuosamente la cabeza y dejó el paso libre á un personaje que ni siquiera se

dignó corresponder con una mirada á tan reverentes muestras de atención.

—Ese es el jefe—dijo el portero.

Patricio echó á correr tras él, pero antes de llegar á la mampara le detuvo el cancebero, más que cogiéndole por un brazo, mordiéndole con las tenazas de sus dedos.

—He dicho que el viernes.

En esto se oyó á lo lejos esta santa palabra: *¡la hora!* cuyo eco se confundió con un estrépito infernal. Ruido de sillas que se mueven, cajones que se cierran, bocas que se abren rompiendo á hablar á gritos y puertas que se franquean dando paso á todos los empleados y á todos los vientos.

Patricio, resignado con su mala suerte, salió con todo el tropel á la calle, pero con el firme propósito de volver á la carga el próximo lunes.

Como el sábado, no consiguió tampoco ablandar las entrañas del portero.

Volvió el martes, siempre entre ocho y nueve, y al sonar la última campanada de esta hora, todo mohino se dirigía hacia la escalera, cuando un desconocido le habló de este modo, no sin mirar mucho á su alrededor, como si tuviese desconfianza hasta de las paredes.

—Voy á desengañar á usted porque me da lástima verle perder el tiempo. Aquí no se atiende mas que á los que vienen provistos de fuertes recomendacio-

nes, ó á los que se sirven de un intermediario. Esto último es lo que yo me he visto obligado á hacer, y perdiendo la mitad del valor que en justicia reclamaba, he conseguido resolver el expediente. Si esto que acabo de hacer lo hubiera hecho hace cinco años, me habría salido el negocio muy barato porque en cinco años calcule usted los viajes que habré hecho, el tiempo que habré perdido y los zapatos que habré roto. Adiós, amigo mío.

Patricio se quedó como quien vé visiones, y con la cabeza aturdida, zumbándole en los oídos aquel inesperado consejo, empezó á bajar maquinalmente las escaleras, cuando antes de llegar al primer descanso se vió cariñosamente oprimido por los brazos de un amigo, que le decía al mismo tiempo:

—¿Qué te trae por aquí?

—¡Antoñez!—contestó Patricio—reconociendo al célebre cabo Robles y luego *El Saque*, no menos célebre.

Patricio explicó que pretendía deshacer una equivocación, en que sin duda había incurrido la Dirección de Beneficencia pública, y Antoñez, le dijo:

—Lo que sea corre de mi cuenta. Ese Negociado nada tiene que ver con mi *negocio*; pero no importa, por segunda mano lo arreglaremos pasado mañana á estas horas. Mañana no puedo porque necesito el día para ver si nos devuelven un carro de jamones. Conque hasta el jueves. Ya lo sabes.

Otra vez, sin quererlo, estaba en relaciones con su antiguo cabo.

—Y será cosa de ver—salió diciendo—que este intrigante de mal género haga más en un minuto de osadía que yo en muchas horas de resignación y miramientos.

Inútil será decir que Patricio acudió puntualmente á la cita, pero en vez de subir para tener que hárselas con los porteros, esperó en el arranque de la escalera, por donde forzosamente tenía que pasar el excabo Robles.

*Haciendo tiempo*, operación que hasta entonces le había sido desconocida, paseó desde las nueve hasta las diez, entre el primer peldaño de la escalera y la puerta de la calle, sin que pareciera el señor de Antóñez, á quien poco á poco será preciso ir tratando con mayor respeto.

Por fin... se presentó en escena, diciendo:

—Dispensa, porque me ha sido imposible venir antes. He tenido una larga entrevista con unos visitantes y no hemos podido arreglar un *negocio* que tenía pensado; pero todo se andará. Ahora díme lo que traes por aquí y veré de arreglarlo; porque no me faltan relaciones en la casa.

¿Hace muchos días que vienes?

—Tres.

—No es mucho.

—¿Traes dinero por delante?

—No lo tengo de sobra, y además el asunto me parece de los más sencillos.

—No importa.

—¿Has hablado con alguien?

—Con esos señores que están en las puertas; pero no me han permitido ver al jefe.

—Eso se resuelve con un par de columnarias dadas á tiempo. Pero le veremos sin que nos cueste un cuarto. Vamos arriba, y empieza á decirme de lo que se trata.

—Mira este papel, presentándole la credencial. Es el caso que nuestro antiguo capitán Rodrigo, interesándose por mí, puso en juego sus relaciones para conseguirme un destino, y ahí lo verás, me nombran nodriza de un hospicio, por equivocación sin duda.

El excabo Robles soltó la carcajada.

—Es asunto de risa, verdaderamente—dijo Patricio.

—No, hombre, no. Si no me río del nombramiento, que está en regla, sino de tu inocencia. Está visto que no saldrás de pobre.

Patricio se quedó sin saber qué decir, verdaderamente atolondrado.

—Vámonos á la calle—dijo Antoñez—porque no necesitamos ver á nadie, y andando te explicaré lo que te ha causado tanta sorpresa.

No es que te nombren ama de cría con intención

ni sin ella. Es que te asignan el sueldo que debería cobrar una nodriza, y que no cobra.

—¡Pero es eso posible!

—¡Que sí es! No hay nada más corriente.

Mira, para que lo entiendas. En todos los ramos hay cierto número de plazas supuestas, que se aplican á casos como este, es decir, cuando se quiere favorecer á un amigo. Este documento dice que puedes cobrar una columnaria sin ganarla, sin hacer nada, dejándote el día libre para que busques otra por otro lado. Ya ves que no deja de ser ganga. Muchos señoritos que andan por ahí muy encopetados, cobran dos y tres columnarias al día, como si fueran barrenderos ó mangueros de la Villa, y no por eso cogen la escoba ni la manga de riego. Muchos lacayos que ves por esas calles cubiertos de galones, son soldados, y como defensores de la patria pasan revista también muchos cocineros de casa grande.

—Pero hombre, ¡si eso es una iniquidad! ¿Y hay quien se preste á cobrar dinero que no gana, robándolo, porque esta es la palabra, á muchos infelices verdaderamente necesitados?

—¡Pues no ha de haber! Hay gente para todo; pero tú no te encuentras en el caso de esos señoritos pisa-verdes, tú eres pobre.

—Pues mira, Antoñez, pobre y todo no he de contribuir á que prosperen esas infamias. Y diciendo esto rompió la credencial y arrojó al suelo los pedazos.

—¡Qué haces!

—Sería capaz de morir cien veces de hambre, si tuviera cien vidas, antes que venir á esta casa, como tú dices, á cobrar un céntimo sin haberle ganado honradamente.

—Pues chico, creelo, siento mucho que seas así; pero ya te irás acostumbrando á vivir en Madroñópolis, y sacarás la cabeza por donde puedas, como hacemos otros. ¿Acaso crees que consigues algo con esó? Si tú no aceptas ese favor, lo aceptará otro, y santas pascuas.

—¡Cómo ha de ser! No todos tenemos la conciencia-elástica.

—Ya te irás *jaciendo*, como dijo el otro. Y ahora vamos al café á celebrar la feliz entrada de los jamones.

—Te doy las gracias. No puedo detenerme.

—Como quieras, y ya lo sabes: acuérdate de mí cuando me necesites, y no te olvides de los consejos de un hombre que sabe vivir.

—Los agradezco, pero no los acepto.

—Como quieras, y vengan esos cinco.

Patricio cruzó su mano con la de aquel vividor inteligente, y se dirigió á su casa con una esperanza menos y un desencanto más.

## X

De Patricio puede decirse con toda propiedad, que se encontraba en Madroñópolis como gallina en corral ajeno, y gracias que sus primeros infortunios se mitigaron algo con los consuelos que le prestaban la familia y la amistad.

Ángela era tolerante y buena, y D. Valentín generoso y noble.

Un beso á su mujer y otro á su hija, que así la llamaba, y un apretón de manos y una palabra cariñosa de su antiguo jefe, le infundían ánimos para seguir luchando. No necesitaba más el honrado hijo del pueblo.

La naturalidad con que Antóñez explicó el incidente de la credencial, causó á Patricio desastroso efecto, y corrió á casa de su antiguo jefe para comunicarle lo ocurrido.

—En resumen—dijo D. Valentín—esta es una sociedad que naufraga; pero no en aguas vivas, sino en medio de un fangal corrompido, y una de dos: ó hacemos para salir de él un esfuerzo, que será sobrehumano á la altura que ha llegado el cieno, ó nos resignamos á morir entre tanta basura.

Lo primero dijo Patricio—con gran firmeza.

—Oye: un general, amigo mío, me ha asegurado que D. Eduvigis y los suyos están resueltos á echarse á la calle.

Podrá ser, pero lo dudo.

—Les acosa el hambre.

—Por desgracia, suele ser hoy acicate más poderoso que el amor á las ideas y que el propósito noble de hacer el bien de todos.

—Pues por eso mismo; cuando la política se reduce á una cuestión de estómago, todo consiste en que este órgano esté ó no satisfecho, y el de esos hombres no lo está.

—Pues hágase el milagro, y hágalo el diablo. El que me habló pertenece, como otros muchos, al número de los que nada hubieran sido sin el apoyo del difunto D. Juan...

—Y qué les importará eso. Para colocarse al lado de Pepito tuvieron que saltar por encima del cadáver de aquel gran patricio, y saltaron como payasos de circo ecuestre. El otro día les llamaba *La Fraternidad* histriones políticos, con mucha razón.

Desengáñese usted, están haciendo el papel de hombres terribles para meter miedo al chicuelo; pero éste sabe muy bien que no valen un comino. En último caso, si algún día consiguen asustarle, por sí ó por no les dará el poder y sanseacabó.

Convenido; pero por lo que pueda tronar estaremos con ellos.

Yo no espero la salvación de la Patria de los que una vez han sido traidores. Yo no puedo esperarla de los que se han encumbrado sin tener títulos para ello, y que no los tienen lo demuestran ahora con su poquedad de ánimo y con la ruindad de sus aspiraciones puramente egoístas.

—Sí, sí; tienes mil razones.

—Que esto debe acabar y pronto, no cabe duda continuó diciendo Patricio. ¿Qué quiere decir esa credencial concedida como un gran obsequio, cuando lo que se pretendía para mí era trabajo honroso y suficiente con que satisfacer las necesidades de una vida modesta, lejos, muy lejos, lo más lejos posible de las corruptoras oficinas del Estado? Dice, que la inmoralidad, después de haberlo invadido todo, rebosa con la fuerza necesaria para darnos en el rostro á los hombres honrados. Dice, que después de despojarnos, de aniquilarnos, de matarnos de hambre, nos insultan hasta cuando nos quieren proteger. Si no se enciende lumbré en el hogar del pobre, porque lo impide su estado de ruina; si centenares de familias emigran, huyendo amedrentadas de la fosa en que tantas caen como viles despojos de la miseria pública, ¿qué hemos de hacer? Cualquiera cosa, mi capitán, cualquiera cosa; todo lo que no sea someterse á tener como únicas virtudes la cobardía y la resignación.

D. Valentín oyó admirado este breve y fogoso discurso y no encontró más que esta contestación:

—Está bien, hombre, está bien; sabes poner los puntos sobre las *ies*, y me enorgullece el haber sido tu maestro. Bien haya la hora en que te pusiste en contacto con este mundo nuevo para ti.

—No, eso no, mi querido maestro—dijo Patricio. Yo viviría dichoso en mi retiro, y media vida diera, si dándola pudiese pasar en él la otra mitad. ¡Qué dicha más grande que aquélla! Vivir, ni envidiado ni envidioso, en el hogar donde nacieron mis abuelos, y mis padres, y yo; pero vivir en él, viéndolo prosperar cada día, con lentitud; porque el progreso, siendo de suyo acompasado y metódico, sólo se realiza dentro del orden, su compañero inseparable. ¿Pero es culpa mía lo que me sucede? Si me he visto acosado como como una fiera dañina, ¿soy yo responsable? Si me ponen en el caso de buscar con violencias de cuerpo y de espíritu lo que debieron darme sin que yo lo pidiera y sin que me preocupara, ¿pueden decirme, en justicia, que falto á algún deber moral luchando por la vida que me arrebatan y por el bienestar que me impiden? Así como la flecha nunca saldría disparada del arco, si éste no se pusiera en violenta tensión, así tampoco la humanidad avanzaría á grandes saltos por la vía del progreso, si á ello no la impulsaran sus explotadores.

—Ya se arreglará todo, si es que no ha concluido la vergüenza en este país.

Ahora, variando de conversación, te diré que aca-

bo de encontrar otro tropiezo en mi camino. Se han hecho los ajustes del tiempo de la guerra, y has de saber que salgo debiendo la friolera de dos mil columnarias, por no sé qué raciones abonadas de más, según dicen, en aquel *mare magnum*. No me extraña. A pesar de mis *rectitudes*, tuve la debilidad de fiarme de aquel cabo Robles, que tú conociste luego reenganchado, y sin duda me jugó una mala pasada.

¡Cómo ha de ser!

—Pero debiéndole á usted tantas pagas...

—Ese es otro cantar; los ajustes que facilitan ingresos al Tesoro se hacen con actividad prodigiosa, y los otros se archivan hasta las calendas griegas. Me deben dinero, pues no me lo pagan. Lo debo yo, pues lo abono en el acto. Ya está ahí la orden para el descuento, y como ni mi familia ni yo podemos vivir del aire, es necesario suplir lo que falta de algún modo, y voy á poner manos á la obra.

—Difícil es.

—Sí, hombre; hay remedio para todo en este país, siempre que el procedimiento sea malo.

—¿A cual alude usted?

—A la usura. Caeré entre sus garras, con el triste consuelo, eso sí, de que no soy el primero ni seré el último. Qué le vamos á hacer; ¡Vicisitudes!

—Pero usted ya sabe lo que eso significa.

—La ruina para toda la siega; pero el hambre no tiene espera. ¿Sabes tú dónde podríamos encontrar

dinero en condiciones medianamente aceptables?

—No entiendo de esas cosas; pero conozco una víctima de la usura que podrá informarnos. El maestro de escuela de El Burgo.

—¡Desgraciado! ¡Maestro había de ser! Pues bien, ponle dos letras para que el domingo próximo venga por aquí y comeremos juntos el rancho. Tú, cuenta con tu plaza y tu mujer también. A mal tiempo buena cara.

Mientras el capitán Rodrigo, el maestro D. Policarpo, y el anónimo Patricio, aunque esto parezca algo forzado, casi no tenían que llevar á la boca, los repentistas estaban preparando los palillos de dientes.

Véase cómo:



Patricio no se había equivocado.

Jamás tuvieron intención de *echarse á la calle* los partidarios de D. Eduvigis. Echarse sobre el presupuesto, caer sobre el contribuyente; esto, sí.

Como su propósito no había sido conspirar, porque esto se hace en voz baja, sin que lo oigan las paredes, dejaron traslucir amenazas, y hasta las vendedoras de la plaza del *Centeno* hablaban de *la gorda* que iba á estallar de uno á otro momento.

Como en el ajo andaban metidos algunos espados, la cosa adquirió cierto carácter de verisimilitud,

y el mismo Corralón sintió calofríos, cuando de buena tinta supo que podía ocurrir algo.

—¡Cara... coles!—dijo para su batín—donde las dan las toman, para un majo suele haber otro majo, y á lo mejor *se la dan* á cualquiera. No, pues á mí no me la dan.

¡A ver! vengan mis botas con unas espuelas que suenen bien.

Las botas, como es natural, no las tenía puestas en casa, más que moralmente.

Se vistió, encendió un *coracero* de á *gato* y llenando de nicotina las escaleras, bajó de cuatro en cuatro los peldaños, salió á la calle y se metió en el primer *simón* que pasó vacío, diciendo:

—A palacio.

El cochero arreó el jaco que, ¡oh desconocimiento de las cosas! se mostró rehacio en el arranque. Corralón, que tenía el genio como una pólvora, asomó la cabeza por la portezuela, y dijo:

—A escape, y cuenta con un *gato* grande de propina.

El auriga dejó caer otra vez el látigo sobre los huesos del solípedo, y ante esta segunda amonestación arrancó al trote largo.

El general Corralón siguió fumando y masticando su vil *coracero* y no volvió á impacientarse. Sabía demasiado que llegaba á tiempo á todas partes. Sin embargo, por si acaso, antes de llegar á la puerta de la

casa grande ya tenía abierta la portezuela, y antes también de que el coche acabara de detenerse ya estaba en el suelo, de un salto. En esto de saltos, tampoco había quien le aventajara.

Metió la mano en el bolsillo apresuradamente, pero ¡oh desgracia! había olvidado el portamonedas.

—Mira, pásate por casa mañana á la hora que te venga bien y te pagarán.

—Está bien, mi general, y que lo sea V. E. muchos años.

—Gracias, hombre gracias,—y tendió al cochero la mano.

Corralón, calzándose unos guantes de reglamento, subió las escaleras, y al llegar á la antecámara el primer servidor de Pepito que se echó á la cara fué Sergio.

—¿Ocurre algo, mi general?—preguntó al verle entrar á grandes pasos y en hora desusada.

—Está visible...

—Para usted, siempre.

—Pues allá voy.

—Espere usted un poco...

—No hay anuncio que valga; corre prisa.

—Es que...

Y diciendo esto, Sergio se adelantó apresuradamente hacia la cámara, abrió la puerta, recorrió un pesado cortinaje, asomó la cabeza y con voz baja avisó á su amo, en esta forma:

—Aquí está Corralón.

—Que pase, que pase—exclamó Pepito—y tú adiós, dijo á otra persona que estaba con él. No puedo más; mañana iré á verte si ese hombre me entretiene, y si no hasta luego.

Cuando Corralón entraba por la puerta, haciendo resonar sus tajantes espuelas, se desvanecía en la estancia el rumor que produjo un traje de seda al rozar con el marco de otra puertecita estrecha, bien disimulada en el fondo de la habitación.

Cuando se dirigía á un punto de vista determinado el tal Corralón, ya podía desplomarse junto á él una montaña. No se enteraba: así es que no advirtió el crujir de la seda, ni esa mal disimulada serenidad con que se pretende cubrir el azoramiento causado por las sorpresas. Verdad es que Pepito todo lo tenía previsto, y antes que el general se acercara había colocado abierto sobre la mesa un libro de táctica sublime.

—Buenas noches, mi general; tanto bueno por aquí. ¿Hay alguna novedad?—dijo Pepito á Corralón, tendiéndole la mano cariñosamente.

—Grandes cosas, señor; grandes cosas.

—Pues tome asiento y dígame lo que ocurre.

El general hizolo así, y al echar una ojeada sobre la mesa, no pudo contener su satisfacción.

—Táctica, ¿eh?

—Estaba ojeando la parte que trata de las retiradas.

—Dificilillas son.

—Sobre todo cuando hay que emprenderlas por efecto de una sorpresa.

—Efectivamente.

—Pero vamos al asunto. ¿Qué tenemos? ¿Qué tenemos?

—¡Qué hemos de tener! Que á ese D. Eduvigis de nuestros pecados le están levantando los suyos de cascos, y quiere volver á las andadas. Hasta dicen que ha intentado ponerse de acuerdo con D. Jesús, y tengo motivo para creerlo así.

—Eso es muy grave. Y usted cree...

—Yo lo creo todo y no creo nada.

—Estamos de acuerdo; pero ya sabe usted que se había mucho, y que esas cosas no se hacen con tanta facilidad como algunos creen.

—Lo sé por experiencia.

—Pues entonces...

—Es que acabo de tener una entrevista con el mismo D. Eduvigis.

—A ver, á ver; eso ya es otra cosa.

—Y me ha dicho, haciendo mil protestas de lealtad, que á pesar suyo se ve arrastrado por su gente y no puede más.

—Eso ya lo sabía; ¿pero hay algo concreto?

—Sí, los Pérez, los Sánchez, los Pelúdez, todos los procedentes del otro lado, están que arden y en cuanto á los hombres civiles, no digo nada.

—¡Qué impacencias! ¡Cómo si no acabaran de qui

tarse la servilleta! Han estado comiendo á boca llena antes de venir yo, y ahora no quieren dejar que coman éstos, después del largo ayuno á que les obligaron.

—Así es la verdad.

—¿Y qué hacemos?

—Pasar por todo y que se alimenten; pero que se alimenten muy pronto.

—Lo de menos es eso; ¿pero usted cree que esa gente levantisca no tendrá luego un alegrón? Ya conoce usted sus antecedentes.

—Respondo de D. Eduvigis y de algunos otros de los míos, á quienes he oído asegurar que no se acuerdan de D. Jesús para nada.

—¡D. Jesús! ¡Qué cabeza tan dura! Ya sabrá usted que cuantas proposiciones le hice por conducto de Villela, fueron inútiles. Gobierno á su gusto, millones para tapar la boca á su gente. Todo... todo...

—Lo sé, y sé también que es nuestro único enemigo temible. Si ese hombre tuviera esto y esto (poniendo en la cintura la mano derecha y luego en la bocamanga del otro lado), ya nos podíamos echar en remojo.

—Afortunadamente para nosotros, ninguno de los generales que le son adictos, hasta cierto punto, tienen la talla de aquel D. Juan.

—¡Qué han de tener!

—Pero basta de digresión, mi general, y al grano.

—Esa es la palabra, *grano*; dando por el pico á

toda esa gente, cuestión concluida, y ese es mi consejo.

—¿Usted me garantiza el orden?

—Lo garantizo, por estas razones:

D. Eduvigis está de acuerdo conmigo en no colocar en sitios peligrosos á los que son, relativamente, de algún cuidado, y con esto y con tener yo mi gente bien situada, no es necesario más para dormir tranquilos.

—En este caso, adelante con los faroles. Ahora veremos si se conforma D. León. Le va á saber á cuerno quemado la noticia, mucho más cuando no hay pretexto legal para decirle que se vaya.

—Esto es lo que menos importa. Si yo hubiera andado con paños calientes...

—Es verdad; pero ya sabe usted que conviene guardar las formas; él no guardarlas perdió á mi madre.

—Esa cuestión ya la estudiaremos; para tapan la boca á los periódicos y para hacer la crisis, nunca faltará una cuestión de Hacienda, por ejemplo, estando la Hacienda como está.

—Pero diga usted amigo Corralón, aquí, en confianza: ¿Usted cree que hay Hacienda?

—Así la llaman, y la verdad es que nosotros no podemos estar de queja.

—También es cierto, y doblemos la hoja.

—Pues nada, nada—continuó diciendo Pepito—mañana mismo hablaré con D. León de todo esto, y en

cuanto á D. Eduvigis, digale usted de parte mía que tranquilice á su gente, porque el poder será suyo en cuestión de horas.

—Conformes, y me retiro. Esta noche me han obligado á acostarme tarde esos repentistas de mil demonios.

—Paciencia, mi general, y muchas gracias por el aviso. Yo también acabaré el capítulo que tenía empezado cuando usted llegó, y á la cama.

—Buenas noches—dijo Corralón, cuadrándose é inclinando la cabeza.

—Que usted descanse, y ya sabe lo mucho que aquí se le quiere.

Al decir esto Pepito, tendió la mano al general y éste la estrechó con fuerza. Hizo un nuevo saludo al llegar á la puerta, y repartiendo unos apretones de manos á los servidores que había en la antecámara, salió de la casa grande y se dirigió á la suya.

Cuando Pepito se convenció de que el buen Corralón estaba lejos, llamó á su ayuda de cámara, y éste entró demostrando en su semblante cierta ansiedad.

—Nada, no ocurre nada. Hay que dar el poder á D. Eduvigis.

—¿Tan pronto!

—No hay más remedio. El hambre es mal consejero, y no pueden ya con el ayuno.

—¿Y qué dice Corralón?

—Que él los garantiza.

—Entonces no hay nada que temer.

—Lo mismo creo.

—¿Y...?

—No se ha enterado.

—Como tiene ese genio, llegué á temer que se colara de sopetón.

—Es capaz de todo; pero no hay más remedio que tomarlo tal como es. Al fin y al cabo, si no hubiera sido por él, ¡figúrate!

Pero á lo que importa; que me traigan la capa y vámonos.

—¿Allá?

—Pues á dónde hemos de ir, si el bueno de Corralón llegó en el momento más crítico.

—¡Si supiera!

—Ya le he dicho que iba á concluir el capítulo que tenía empezado cuando llegó. Mira.

*Retirada de los Cien mil* — leyó el íntimo de Pepito:

—Sólo en el número me he permitido engañarle.

La retirada fué de uno.

—De una.

—Lo mismo da.

—Ahora será de dos; total, tres.

Y diciendo esto Pepito, tomó el sombrero y se dispuso á salir á la calle por la puertecilla *secreta*, pero de pronto se detuvo.

—Espera—dijo á su criado—no puedo remediarlo, me es imposible olvidar del todo á ese angel; porque es un angel.

Pepito, cuando acabó de decir estas palabras, dejó el sombrero en uno de los muebles de la habitación, atravesó varias piezas, débilmente iluminadas, sacó del bolsillo del chaleco una diminuta llave, que aplicó á una cerradura, abrió suavemente una puerta, levantó una cortina con la mano izquierda, y en esta actitud se quedó parado bajo el dintel de la disimulada puertecilla que acababa de abrir.

Pepito contempló en silencio algunos instantes el cuadro que se ofreció á su vista.

Un amplio camarín, en el sentido de cámara pequeña, y en el más directo, porque también tenía algo de altar.

Las paredes estaban tapizadas con seda blanca, ámpliamente plegada y sujeta con botones de la misma tela, colocados á grandes distancias, formando rombos entre sí.

Un lujoso lecho de palo santo, muy bajo, cubierto de blanco, apoyaba su cabecera, protegida por alto y rico dosel, en el centro de una de las paredes. A la derecha de él, en uno de los ángulos y sobre artístico reclinatorio, una pequeña lámpara iluminaba directamente la imagen de la vírgen, tallada en marfil, y esparcía á través de una pantalla de finísima y rosada porcelana, suave y misteriosa luz por toda la estancia.

Era en ella el silencio absoluto, como si allí hubiera perdido el aire la propiedad física de transmitir con sus ondas los sonidos.

Parecía el recinto de la paz y la ventura, del que deben salir todas las gracias, todas las mercedes.

Si los ángeles durmieran, no podría estar representada la pureza y la tranquilidad de su sueño, más que por el sueño profundo y sosegado de la hermosa joven que allí dormía.

Su actitud era la del más dulce reposo y la más ciega confianza.

Su cabeza, que apenas gravitaba sobre los blancos almohadones guarnecidos de encajes, presentaba un contorno perfecto, al que contribuían armónicamente los detalles del rostro. La frente despejada, como un cielo sin nubes, los ojos grandes velados por sedosas pestañas, la nariz fina, la boca sonriente, como expresando á todas horas la satisfacción del espíritu, las mejillas un tanto pálidas, pero teñidas por la luz sonrosada que iluminaba la habitación, y todo este bello conjunto realzado por la abundante cabellera que como un manto regio caía destrenzada sobre los hombros, casi desnudos, de aquella virgen recién casada.

Pepito, que era su esposo, debió sentir remordimientos al verla, y pausadamente, de puntillas, casi ingrávido, se acercó al lecho, se inclinó hasta ponerse de rodillas, bajó la cabeza hasta la altura de la mano

que la dormida joven tenía descubierta y avanzada hacia la parte exterior del lecho, y depositó un beso en ella.

La inocente joven debió sentir turbado su tranquilo sueño por un estremecimiento de placer, y como respondiendo á las ideas difusas que vagan por la mente en las horas del sueño, entreabrió los labios, y dijo:

—¡Qué bueno es! ¡Cuánto me quiere! ¡Estará ahora pensando en mí como yo pienso en él!

Pepito sintió dentro de su alma una fuerte sacudida, como un golpe que le diera la conciencia pecadora; mas se repuso pronto, y lentamente, con la astucia del criminal que acaba de asestar á su víctima un terrible golpe, salió, diciendo:

—¡Inocente! ¡No merece tanto olvido!

Miró el reló, vió que eran las doce y alargó el paso, diciendo:

—Me ha entretenido mucho, y Leonor estará desesperada.

Salió de la habitación, cerró la puerta, tomó el sombrero, y dijo á su ayuda de cámara esta única palabra:

—¡Vamos!

## XI

Llegó el domingo, el domingo en que D. Valentín tenía citados en su casa á Patricio y á D. Policarpo.

Pepito había cumplido la palabra que dió á Corralón, y D. Eduvigis era director del cotarro.

Su gente estaba como los chicos con zapatos nuevos, y eran de oír los elogios que hacían del dispensador de todas las mercedes. No había en el orbe Inca más previsor, y sobre todo, más liberal.

Así sucedió que cuando la víspera de la subida de los repentistas presentó el capitán Rodrigo al general Peludez la lista de nombres que en la calle de *Peni-lla* le pidiera, ya estaba éste indicado para un alto puesto, y se limitó á dar las gracias, sintiendo, allá en sus adentros, haber confiado un *secreto* de tanta trascendencia, y sobre todo, verse en ridículo ante los ojos de un *inferior*, como en la milicia suelen decir. Y en verdad que no es pequeño el ridículo con que se cubren los que cambian de parecer de la noche á la mañana, y resultan postrados á las plantas de los mismos que querían arrojar á puntapiés.

Por desgracia, era esto en Madroñópolis cosa co-

riente, y nadie se cortaba ni se pinchaba por tan poca cosa.

D. Valentín salió de la casa del general Peludez, diciendo:

—Está visto que Patricio, en poco tiempo, ha adelantado más que yo en el arte de conocer el mundo.

¡Diablo con él y qué instinto tiene!

Ha llegado el momento de acentuar algo el tipo de D. Valentín.

No había nacido para conspirador. Para este oficio le faltaba malicia, y por esta causa, en no pequeña parte, habíanle ocurrido las desventuras que ya sabemos.

Creía de buena fe cuanto le decían y se confiaba con facilidad á personas en apariencia nobles, y en el fondo malvadas.

Así ocurrió, que para formar la lista famosa, no fiándose de su memoria, apeló á la de ciertos amigos, ó que tenía por tales, y el secreto fué corriendo, en la misma calidad, de unos á otros hasta llegar, muy calladito, á oídos de las autoridades. Por pronta providencia, decidieron vigilar á D. Valentín, y como él, por su modesta graduación, no tenía la honra de escolta, lo que menos se le ocurrió fué que la llevaba á todas partes, es decir, que los repentistas eran tan enemigos suyos como los otros.

Dicho esto, sigamos.

Quince minutos antes de la hora señalada para

recibir con la mesa puesta á los convidados, ocurrió una catástrofe culinaria en la casa de don Valentín.

El gato que tenía se subió al aparador y, con la mayor frescura, empezó á dar buena cuenta de unos hermosos trozos de pernil, que aderezados con tomates, estaban esperando el momento de la cita.

Era el plato de lucimiento, el plato del día, y cuando la capitana, enterada del caso, se lanzó servilleta en mano, sobre el ladrón astuto, huyó éste bufando, á pesar de llevarse una tajada en la boca, y fué á dar con sus patas y su presa en la redonda fuente de natillas con bizcochos, que al lado estaba. Cayeron éstas sobre la merluza frita, sobre el requesón, la ensalada, las pastas y la fruta, y armóse tal batiborrillo, que solamente un maestro de escuela habría podido gustarlo.

D. Valentín, que estaba en una habitación inmediata, acabando de escribir la carta en que otra vez recomendaba al coronel Segundez la colocación de Patricio, recibió la infausta nueva con la serenidad estóica de quien está acostumbrado á mayores contratiempos. Y mientras el gato corría buscando refugio debajo de las sillas y las mesas, y la señora arremedaba la persecución, armada ya con el sable de su esposo, y los chicos hacían pucheros para que el sarcasmo de la suerte fuese mayor donde apenas había que guisar, el jefe de la casa, poniéndose en pie para

estar más á la altura de la situación, la dominó, diciendo:

—No hay que apurarse, el gato no ha querido ser menos que los repentistas, y ha hecho bien. Iremos á almorzar al figón de enfrente, y punto concluído.

Todo recobró en el mismo momento su aspecto habitual. La señora colgó en la percha el arma gaticida; los muchachos dejaron de llorar y el autor de aquella escena, recobrando el sosiego, empezó á lamerse las uñas aún teñidas de amarillo.

Los primeros que llegaron fueron Patricio y Ángela con la niña recogida en medio de la calle.

El feliz matrimonio lamentó lo ocurrido, y D. Valentín recibió el pésame con profunda resignación.

A poco penetró D. Policarpo, curiosamente vestido de negro, con sombrero de copa, todo muy reluciente, porque ni la levita tenía un pelo, ni el sombrero podía prestárselo, y cuando después de las presentaciones de rigor, el dueño de la casa explicó el lance ocurrido, D. Policarpo exclamó filosóficamente:

—Usted tiene la culpa, Sr. de Rodrigo, por haberse permitido invitar á comer á un maestro de escuela. Está escrito que nosotros hemos de vivir en ayuno perpetuo.

—No será, vive Dios, en este día, por lo que á usted toca,—dijo D. Valentín, con cierta solemnidad. Vamos á comer ahora mismo.

Y dicho y hecho, todos juntos salieron á la calle y

después de cruzarla, entraron en una casa, sobre cuya puerta había este letrero, con permiso de la Academia de la Lengua.

### SEDA DE COMER.

El comedor era modesto, pero sucio, y cuando entraron en él todas las mesas estaban desocupadas. Un mozo diligente hizo de dos una, tendió los pardos manteles, los cubrió con el servicio necesario y presentó la lista al anfitrión, que como tal se presentó dando órdenes el bueno de D. Valentín.

Pronto quedó hecha la elección.

Arroz á la valenciana.

Merluza en salsa.

Cordero asado.

Ensalada.

Queso y frutas, y

para pasarlo todo con más facilidad, tinto de *Carpeñas*.

Sobre si se había ó no de tomar café, hubo distintos pareceres, y por último, vista la gravedad del caso, propuso D. Policarpo, que se dilucidara este punto después de la comida.

—Mucho me alegro de que estemos solos—dijo Patricio.

—Lo mismo da—objetó D. Valentín—en último caso aquí no comen más que los desheredados como nosotros.

—No lo son todos los que lo parecen—observó D. Policarpo.

Y al decir esto entraron en la sala dos individuos; uno de ellos alto, flacucho, moreno, con bigote negro corrido, que llenaba casi toda su cara juanetuda y fea. El otro, era más bajo, algo rechoncho, coloradote y rubio. Usaba barba recortada. Ambos iban provistos de gruesos bastones.

Estos desconocidos ocuparon la mesa inmediata á la que presidía D. Valentín, y aunque hablaron en voz baja, podemos decir cuales fueron sus primeras palabras.

—Ojo al Cristo—dijo el más alto—de hoy no pasa.

—Sí, es preciso hacer algo, porque si no, el día menos pensado nos dan el canuto. Me parece que ya se van cansando de embustes, y el peor día...

El más alto llamó al mozo con dos fuertes palmas y le pidió una tortilla, un cuarto de cabrito y una botella de *Caropeñas*.

Designaremos á estos dos intrusos con los nombres de *espía primero* y *espía segundo*, porque lo eran.

Patricio dirigió una mirada á los recién llegados, y dijo á D. Policarpo por lo bajo.

—Sabe usted que no me gustan esos tipos.

—Ni á mí tampoco.

—Mucho cuidado que hay moros en la costa—dijo Patricio á D. Valentín.

—Tú siempre viendo visiones, pero no estará de

más que hablemos bajo, así como así, me duele algo la cabeza porque estoy muy constipado.

En este momento colocó el mozo en la mesa el humeante arroz engalanado con chorreras de pimientos rojos y alternado con suaves y apetitosos tropezoncillos de jamón.

—Deseaba conocer á usted—dijo D. Valentín á D. Policarpo—porque según Patricio podrá usted darme ciertas noticias que necesito.

Espía 1.º Oyes tú algo.

Espía 2.º Ni una palabra, lo que prueba que hay misterio.

—Usted dirá—dijo D. Policarpo.

—Sé, que usted ha necesitado recurrir al préstamo para salir de sus apuros.

—Desgraciadamente—contestó el interpelado alzando algo la voz porque le acababan de tocar en lo vivo—los tiempos están muy malos.

E. 1.º ¿Has oído?

E. 2.º Si, ya empieza á berrearse el de la levita negra que tiene trazas de coronel retirado. Buena pesca.

—Muy malos—continuó diciendo D. Valentín, bajando la voz.

Esa maldita puerta. ¿No sienten ustedes fresco?  
¡Mozo!

¡Achís! (estornudando D. Valentín).

— ¡Jesús! — dijo D. Policarpo, — porque como

buen maestro hacía alarde de fino y bien educado.

E. 1.º Ya cayó el pez.

E. 2.º Como que el de la levita habla de don Jesús, nada menos.

E. 1.º Ya se lo dirán de misas mañana.

E. 2.º Pero oye, y no sería bueno dejar correr las cosas y escribir á París. Ya sabes que estamos comprometidos con el de allá...

E. 1.º Déjate ahora de eso. A lo que estamos, tuerta.

Hoy por hoy, nos conviene hacer aquí algo que se vea. Mucha atención.

—Pues bien—continuó diciendo el capitán—si usted pudiera decirme quién me podría prestar en regulares condiciones hasta tres mil columnarias que necesito.

—¡Tres mil columnarias!

E. 1.º Has oído, hablan de dinero.

E. 2.º Se trata de un viaje.

—*¡Me da pena* oírle á usted!—exclamó D. Policarpo, cargando mucho el acento sobre las tres primeras palabras, *¡me da pena!*

E. 1.º Y por lo visto...

E. 2.º Sí, Cortallena, ya lo he oído. Donde siempre. Es su pesadilla.

E. 1.º Pues me parece que la cosa tiene más miga de lo que parece.

E. 2.º Figúrate, si la arman allí, ya tenemos la de la otra vez.

E. 1.º Y se conoce que el de la levita negra es el que se va á poner al frente.

E. 2.º Como que pide tres mil columnarias para el viaje, y gastos consiguientes.

E. 1.º Silencio, que empiezan á hablar.

—Pues nada, yo le aseguro á usted—dijo D. Policarpo—que conseguirá sus deseos.

¡Achís! (estornudando D. Valentín).

—¡Jesús!—volvió á decir el maestro cuya educación esmerada le comprometía.

E. 1.º Al grito de viva D. Jesús, ¿lo has oído?

E. 2.º Pues no necesitamos más antecedentes.

E. 1.º Está probado, ahora acabaremos de meterle el diente al cabrito para acabar antes que ellos.

E. 2.º Si tú quieres saco la chapa y ahora mismo me lo llevo.

E. 1.º Hombre no, que no se diga. Dejémosle almorzar en paz. Mira qué buen apetito tiene.

E. 2.º ¿Y al otro le dejamos?

E. 1.º ¿A quien, al capitán? Me parece que ese pobre hombre no es ni *chicha* ni *limoná*. Mirale ahí hecho un bragazas con la mujer y los chicos.

E. 2.º Pues ya sabes que es el que tenemos recomendado.

E. 1.º Ya caerá otro día, si acaso. El alma del negocio es el de la levita. Además, como no sabemos quien es, se puede escapar de nuestras manos, y el

otro lo tenemos en ellas cuando nos venga bien.

—Tienes razón.

Y dicho esto los dos espías la emprendieron con el cabrito sin ocuparse más de sus vecinos.

La resolución estaba tomada.

—Y usted cree—dijo D. Valentín—que se arreglará eso?

Para los militares es cosa segura. Como que los usureros tienen la garantía de la retención. Lo difícil es que den dinero á un pobre maestro de escuela que no tiene sobre qué caerse muerto, y sin embargo, confiando que un día ú otro nos pondrán al corriente, no tienen dificultad. Eso sí, á nosotros nos desuellen vivos esos tunantes.

—Lo creo.

—Figúrese usted que los réditos llegan muchas veces hasta un sesenta por ciento.

—¡Pero hombre! eso es una atrocidad

—Lo es, amigo mío, pero qué quiere usted. Por tres mil columnarias tendrá usted que firmar diez mil, á no ser que encuentre usted el mirlo blanco en el género usurero.

—¡Y cómo es eso posible!

—Porque los intereses se cobran *por rebaja* anticipadamente.

—A ver, á ver, explíqueme usted eso.

—El corredor que anda el negocio, cobra el diez por ciento, de donde resulta, como tres y dos son cin-

co, que si algún desdichado se compromete en el agio por diez mil gatos, pongo por ejemplo, se le descuentan seis mil de réditos en el acto, más otros mil de corretaje, de donde resulta que, firmando diez mil como si los recibiera, sólo cobra tres.

—Pero eso es ya, no una atrocidad, es una infamia. ¿Y no hay leyes que corrijan ese escándalo?

—¡Leyes! pues si ellas son las que lo amparan.

—¡Qué me dice usted!

—A su sombra se hace todo eso y no hay manera de evitarlo.

Ha de saber usted que con arreglo á un artículo de la ley, cuando no excede de doscientas cincuenta columnarias la suma reclamada, se decide el asunto en juicio verbal, ante los jueces de Municipio.

—Y éstos...

—Ya verá usted. Estos, es decir, los jueces, los secretarios y la demás gente menuda están de acuerdo con el prestamista (1).

—¡Qué horror!

—Si usted pide las tres mil columnarias le harán á usted firmar inocentemente doce pagarés de á

---

(1) El juicio es una verdadera simulación, con la complicidad del juez, del secretario, de los demás auxiliares. Sabe esto el juez de primera instancia, la Audiencia, el Tribunal Supremo, el ministro de Gracia y Justicia; nadie lo ignora y nadie pone el remedio; porque la estratagema y el subterfugio están en la ley misma.

doscientos cincuenta, vencidos en la fecha señalada para la celebración del juicio, y preparada la trampa de este modo, el juez, con la ley en la mano, condenará al pago, y como usted no tendrá una columnaria, vendrá la retención correspondiente de la paga y..... la mar.

A todo esto, la papeleta de citación le costará á usted seis columnarias menos veinticinco céntimos, para que el diablo no se ría de la mentira, y se distribuirán amistosamente de este modo: para el juez dos, otras dos para el secretario y el resto para el alguacil, y para el papel.

Esto es para hacer boca, amigo mío, puesto que sólo se trata del aviso para que usted concorra ante el justiciero tribunal. Luego viene el juicio, tasado por la ley en cinco columnarias: una para el juez, otra para el secretario, quien además cobra una cincuenta por la socaliña que llaman notificaciones. El resto de las cinco columnarias se aplica al atento alguacil y á las diligencias.

La tercera caída viene después, amigo mío.

Como usted se declara vencido en el juicio, el juez hace extender la orden de retención, y por esto cobra veinticinco céntimos, cincuenta el señor secretario, más el gasto de papel que se presupuesta en 75. Total, una columnaria y cincuenta céntimos.

En resumen, todas estas triquiñuelas que representan los trámites legales para condenar al deudor á

la más negra miseria, importan en el caso de usted, doce columnarias y veinticinco céntimos.

Ahora bien; como usted ha extendido doce pagarés y la cuenta echada es por uno sólo, tenemos, multiplicando 12,25 por 12, un producto de 147 columnarias.

Todos oyeron sin pestañear el discurso de D. Policarpo, que amenizado con algunas consideraciones sangrientas, duró hasta el momento de los postres.

D. Valentín se quedó como quien vé visiones, por que si bien es cierto que había oído muchas veces hablar de las malas artes de los usureros, nunca había oído afirmaciones tan rotundas y tan escandalosas como las que D. Policarpo acababa de hacer. Primera: que la complicidad entre la recta justicia y el vil usurero, era un hecho, y segunda: que todo esto ocurría por efecto de la misma ley, á ciencia y paciencia de los mismos legisladores y de los más altos tribunales.

—De todo cuanto acabo de oír con verdadero espanto—dijo D. Valentín—resulta mi propósito de no caer en las redes de la usura.

—¡Ay, amigo mío—contestó D. Policarpo.

—Nadie puede decir de tal agua no beberé.

—Cuando estos niños estén descalzos y no tenga usted para comprar zapatos; cuando le tiendan á usted las manecitas pidiendo pan y no pueda usted dárselo; cuando el casero le amenace con el desahucio, que le permite poner los muebles en medio de la calle; cuando, á consecuencia de estas amarguras, caiga en-

ferma su esposa de usted y venga el médico y recete, y tenga usted que llamar á las puertas de la botica, y le falte lo necesario para pagar el remedio de que puede depender la vida del enfermo, ¿qué hará usted? Lo que hemos hecho otros en casos parecidos, cerrar los ojos, firmar los papeles que nos ponen delante y dar gracias á Dios y al usurero por tantas bondades.

—Hablemos de otra cosa—dijo D. Valentín.

—Está bien—observó Patricio—pero convengamos en que este cuadro en pequeño, es el de Abraña entera, y decidamos si hemos de acabar de una vez con tantas infamias.

—Sí, sí—dijeron á la vez D. Policarpo y D. Valentín, levantando la voz.

E. 1.º Acaban de juramentarse, esto es hecho.

Otro aire colado obligó á estornudar á D. Valentín y D. Policarpo pronunció el consabido

¡Jesús!

E. 2.º Ese coronel es un *Jesuita* de primera, y ya me está cargando.

E. 1.º Déjale vivir, que no se nos escapa.

—¡Mozo!—gritó D. Valentín—café para todos, y tres copas de cognac.

Aunque D. Policarpo había propuesto que este asunto se discutiría despacio, D. Valentín lo resolvió de plano, militarmente, con una voz de mando.

E. 1.º Chico, esto va para largo. ¿No te parece?

E. 2.º Lo mismo digo y yo tengo una cita con la Paca á las ocho en punto.

E. 1.º Pues á mí me espera la Blasa á las ocho y media.

E. 2.º ¿Qué hora tenemos?

E. 1.º Las siete en punto.

E. 2.º Pues acabemos de una vez. Paga y vámonos.

E. 1.º Eso es, apaga y vámonos.

E. 2.º ¿Quién toma la iniciativa?

E. 1.º Déjalo por mi cuenta, toma, dándole un peso. Mientras tú la ajustas con el mozo yo se la ajusto á él.

El hombre alto se levantó y, dirigiéndose al sitio en que estaba D. Policarpo, le dió suavemente con la mano dos golpecitos en el hombro, diciéndole:

—Con permiso de estos señores, ¿quiere usted oír una palabra?

—Con mucho gusto—contestó D. Policarpo, que era la misma corrección. Estoy á sus órdenes.

—Pues ya lo creo—respondió el espía, cuando estuvieron un poco separados del corro.

—Usted dirá en qué puedo servirle.

—¿Qué! ¿No cae usted en la cuenta?

—¡Yo!

—¡Vamos, hombre, no se haga usted el chiquito y venga usted conmigo.

—¡Con usted! Le suplico que no me falte.

—Quien me está faltando es usted, y punto en boca.

—Pero no puedo saber, de qué se trata.

—Ya se lo dirá á usted el señor gobernador político.

—¡El gobernador!

—El mismo. Callandito y andando. Si tiene usted alguna duda, vea usted.

Y sacó del bolsillo del chaleco una pequeña chapa de bronce.

—¿Usted pertenece á la policía?

—Para servir á usted.

—Pero esto es un atropello; esto es una iniquidad (alzando la voz).

—No hay que chillar por tan poca cosa, ó le llevo amarrado.

—¡Jesús!

—Aquí no manda ese Jesús, mando yo, y como se atreva usted á pronunciar otra vez ese nombre subersivo le arranco la lengua.

D. Policarpo, confiando en su inocencia tanto como desconfiaba de la brutalidad de su interlocutor, se limitó á decir:

—Por lo menos, permitirá usted que me despida de estos amigos.

—Delante de mí, sin darles la mano, ni decirles que está usted preso.

—Pero hombre, ¿estamos en los tiempos de la Inquisición?

—No aguanto más. O despacha usted, ó vamos andando.

D. Policarpo se metió las manos en los bolsillos y en presencia de aquel bandido, representante de la autoridad superior de la comarca, se despidió, diciendo:

—Tengo que hacer. Hasta luego.

Todos se quedaron como quien vé visiones, y don Policarpo salió de la casa de comidas entre los dos agentes.

Al poco rato estaba en el gobierno político.

—¿Has visto?—preguntó D. Valentín á Patricio.

—Sí, y supongo que usted sabrá de lo que se trata.

—Casi, casi, pero no me atrevo á creerlo.

—Pues no cabe duda, D. Policarpo va preso.

—¡Será posible! Pero, ¿qué ha dicho? ¿qué ha hecho?

—No es necesario decir ni hacer nada en estos tiempos, para caer en las garras de la policía.

—Y viva la libertad individual.

—¡Viva la República!—contestó Patricio con energía y misteriosamente, inclinando el cuerpo sobre la mesa, para que su voz no saliera de aquel estrecho círculo.

—Vámonos, vámonos, esto no es posible aguantarlo más.

Pagó D. Valentín el gasto hecho y ya en la calle, dijo Patricio á su mujer.

—Quédate un rato con estos señores mientras voy á enterarme de lo que ocurre.

—Iré contigo, replicó D. Valentín.

—No, usted se puede comprometer y aún no es tiempo. Yo soy paisano y usted es militar.

—Tienes razón y en casa esperaremos.

Patricio se dirigió al gobierno político, pero no pudo hablar con D. Policarpo. Sólo averiguó que estaba detenido en los sótanos de la casa.

\* \* \*

Veamos ahora lo que fué del malaventurado maestro.

Era domingo, y cuando llegó al edificio del gobierno, en compañía de los dos polizontes, le mandaron detenerse en una sala grande donde había otros dos agentes de la autoridad.

Los conductores del infeliz maestro entraron en otra habitación y refirieron á uno de sus inmediatos jefes cuanto habían visto y oído; todo ello corregido y aumentado para dar al servicio la debida importancia.

—Es asunto grave y no puedo resolverlo. El señor gobernador acaba de salir y no volverá hasta media noche, porque S. A. va al teatro.

Encerrarle en los sótanos y mañana será otro día.

—A la orden de usted, dijeron los polizontes.

Al salir dirigiéronse á D. Policarpo con esta breve palabra:

—Vamos.

Y D. Policarpo, que ya empezaba á sentir estremecimientos nerviosos porque todo se podía temer, siguió como un manso cordero á los dos caribes.

Bajaron unas escaleras, retorcidas, estrechas y oscuras, llegaron á un espacio que medio alumbraba un farol colgado de la pared, húmeda y negra, y ya en este sitio, se dirigieron, con estas palabras, á un viejo guardián que allí había dormitando en un banco:

—Ahí queda eso. Y sin más cumplidos desaparecieron.

El guardián, malhumorado, dijo á D. Policarpo, después de abrir una puerta:

—Entre usted, y D. Policarpo entró sin decir... Jesús.

La puerta se cerró tras él con llave y cerrojo, y vióse en otra habitación semejante á la que servía de paso, alumbrada por el mismo sistema, con la misma dudosa claridad.

Poco á poco se fué acostumbrando la retina del detenido á las tinieblas y vió en un rincón dos chicos como de catorce ó quince años, sentados en el suelo y jugando al *tús*.

Dos hombres mal encarados, jóvenes aún, vestidos de chaqueta corta, se paseaban á lo largo de la sala conversando en voz baja.

Cuando después de diez minutos largos, se enteró D. Policarpo de que no estaba solo, se le ocurrió saludar á sus compañeros de infortunio, y quitándose el raído sombrero de copa, dijo casi entre dientes:

—Buenas noches, señores.

Los chicos suspendieron el juego y soltaron la carcajada.

Los grandes, suspendieron el paseo, y parándose enfrente del aturdido D. Policarpo, entablaron este diálogo:

—Oye, *chivo*, ¿nos querrá tomar el pelo este tío? Pus bonita tengo yo la sangre.

—Déjamelos á mí, y de una *quantá* le salto las muelas.

D. Policarpo, aunque los útiles aludidos no le eran muy necesarios, temió por ellos, tanto más cuanto que dió algunos pasos hacia él el chulapo, haciendo seguir la acción á las palabras, es decir, con el brazo derecho recogido y el puño cerrado á la altura é intermediación de la cabeza.

Por fortuna para el asustado maestro, el otro contuvo al que amenazaba, diciéndole con cierto aire de persuasión y desprecio á la vez.

—Ven acá, hombre, ¿te vas á comprometer por un pájaro frito?

—Como quieras; pero oiga *usté*, *so mandria*—dirigiéndose á D. Policarpo—á *usté* se le figura que no está entre *cabayeros*...

—Señores—contestó el atribulado maestro, declaro que no tuve la menor intención de ofender á ustedes.

—Como sale usted dando las buenas noches después de una hora, creí...

—Que le dejes, te digo, hombre, *pus* no ves cómo tiembla.

Entonces el héroe de la escena, midió á D. Policarpo de arriba á abajo con una mirada despreciativa, y se separó de él, diciendo.

—Vaya, que *aiga* salú.

Los dos mozos *cruos* siguieron paseando, y D. Policarpo, se sentó en un banquillo que había en uno de los sitios más oscuros del depósito. Así pasó la noche el honrado y pacientísimo maestro de escuela.

Alguna vez había de sentir los efectos de la administración, del gobierno y de las leyes del país que educaba... de balde.

## XII

Panfilita es un nuevo personaje que nos conviene sacar á luz de entre las sombras madroñopolitanas.

Era una viuda verde, es decir, fresca, bien parecida y que tenía la habilidad de vivir como una princesa en activo, sin tener rentas propias, ni pensión del Estado, ni cosa semejante, aunque en honor suyo conviene decir que tampoco vivía á costa de ningún hombre. Aunque algo fondona, más que por la edad por su género de vida, pues apenas pasaría de los cuarenta, Panfilita, bien aprisionada en el corsé, bien retocado el rostro y elegantemente vestida, podía rebajarse una decena de años, sin incurrir en exageración notable.

En suma, estaba justificado que ante aquellas ruinas bien conservadas, se detuvieran los aficionados á antigüedades.

Sus parientes no eran conocidos; pasaba por viuda de un comerciante quebrado; pero en cambio sus amigos políticos eran muchos y podía decirse que estaba emparentada con los hombres de todas las situaciones.

La razón héla aquí.

Su casa, era una especie de centro de murmuraciones y de contrataciones. A ella concurrían los preten-dientes en activo servicio, para rendir cuentas, y los cesantes, para ver el medio de ponerse en condición de rendirlas lo antes posible.

La política Inca no podía dar otra cosa de sí.

El espíritu nacional estaba aletargado y corrompido y por cualquier sitio á que la vista se volviera, sólo se contemplaban cuadros de degradación. El indiferentismo de las masas había llegado al *máximum* determinando una especie de enervamiento moral, y los arranques patrióticos que encienden las pasiones hasta iluminar los abismos, apenas se conocían.

El tanto tienes, tanto vales, de los antiguos tiempos, había tomado esta forma mucho más práctica: tanto tienes, tanto me das.

Y así los gobiernos sangraban al pueblo indiferente, postrado y hambriento, y así los caciques de la alta política, elegían los destinos para los hombres que con su razón y cuenta quisieran desempeñarlos.

Este gran comercio necesitaba sucursales y la casa de Panfilita era una de las más acreditadas en la gran Sodoma política llamada Madroñópolis.

En honor de la verdad, no cuadraba del todo bien el nombre de panfilita á la dueña de la casa, porque de pá nfila nada tenía; al contrario, siendo una persona ineducada, sentía crecer la hierba, y cortaba un pelo en el aire. Pero ¡vaya usted á adivinar el porve-

nir y la índole de las criaturas cuando se llevan á la pila del bautismo!

Por necesidad tenía Panfilita varios socios del *sexo fuerte*, porque aún siendo mujer muy abonada para decir: «que enganchen», y dejarse arrastrar en su lujosa berlina hasta la puerta de cualquier centro oficial, sin embargo, ciertos asuntos se tratan mejor *de hombre á hombre*, como ella decía, y de aquí la necesidad de un estado mayor, hábil y de confianza, que preparara el terreno y secundara sus órdenes.

A este estado mayor pertenecía D. Anselmo, por que es de advertir que pareciéndole El Burgo campo espigado ó estrecho, habíase trasladado á Madroñópolis.

Poco trabajo costó á D. Anselmo adquirir la confianza de Panfilita. Ésta necesitaba á su lado naturalezas maleables y flexibles que pudieran prestarse á todo, y ninguna más á propósito que la del antiguo procurador.

La noche que hemos elegido para exhibir este cuadro á la consideración pública, estaba la casa más concurrida que de ordinario, porque uno de los contertulios había anunciado la presentación de los señores de Antoñez, y esto dió motivo á cierta expectación entre los asiduos concurrentes.

¡Antoñez! ¡Antoñez! ¿Quién será ese Antoñez?

Hé aquí lo que preocupaba á unos y á otros.

Había una razón más y era que los salones de Pan-

flita debían cerrarse. como todos los años, en la estación calurosa, que los políticos abrañoles dedicaban al dulce sesteo en remotas playas (1).

Por el momento iban los contertulios á suspender la actividad de los *negocios* públicos y privados para consagrarse á la vida contemplativa, y preciso era dar la última mano á los pendientes y trazar el bosquejo de los futuros. Sobre todo era necesario examinar la situación.

Aunque en casa de Panflita cabían todos los vividores públicos, predominaban en ella los repentistas, á la sazón en auge, artistas de ambos sexos y generales que no lo tenían, ó mejor dicho que tenían dos, porque eran hermafroditas en política y lo mismo hacían á pluma que á pelo. Porque, ¿á qué género corresponden los que ejercen un mando sin saber que están vigilados por los mismos que se lo confían y con

---

(1) ¡Oh! ¡Valiente patriotismo ese que emigra, y que para vigilar os intereses públicos ha menester de la primavera tivía ó del templado otoño!

Nada queda aquí. La política, especialmente entre los consagrados á ella, es una pura ficción, y el espectáculo de su positiva indiferencia ha transcendido, como un contagio, á todas las clases sociales.

Esos hombres públicos que huyen á más agradables zonas, dejando pendientes los más pavorosos problemas que se proponen abordar cuando sea más soportable el clima de Madrid, explican la postreción de este pueblo entristecido y cansado, indiferente á todo, soñoliento y que no tiene ya ni para sus desdichas ciertas, ni para las que le amagan en el porvenir, más que un supremo encogimiento de hombros.—(*El Liberal*).

la probabilidad de que sus subalternos tengan órdenes reservadas para desobedecerlos en ciertos casos difíciles ó sospechosos?

A tal rebajamiento había llegado en Abraña la disciplina militar.

Entre las artistas eran preferidas las que daban el *do...* de pecho en el palacio de Pepito.

Un gran salón lujosamente decorado, con dos gabinetes laterales, constituían el escenario de Panfilita. En el salón se murmuraba ó se contrataba. Uno de los gabinetes había sido destinado la dueña de la casa á sala de lectura, y el otro á sala de juego, con su *mijita* de ruleta, un si es no es de treinta y cuarenta, y algo de monte para los que, chapados á la antigua, sólo se emocionaban aguantando el aliento al ver la pinta. Había, pues, para todos los gustos.

A eso de las diez la concurrencia era numerosa y la primera sesión animada solía celebrarse en el saloncillo de lectura, al rededor de la mesa, bien repleta de periódicos, que en el centro había.

—¿Qué lee usted D. Anselmo?—dijo el más almirado y melifluo de los concurrentes á nuestro conocido procurador.

—Nada que se relacione con aquellos famosos *hilos* que tanto gusto dieron, ¿eh?

Me estoy enterando de la novedad del día, mi querido D. Sisebundo, de un periódico extranjero titulado *El Escándalo*. ¡Qué nombre! ¿eh?

—¿Y usted, todo un expadre de la Patria, se ocupa en esas cosas?

—¡Y qué cosas! Viene fuertecillo, ¿eh?, ya lo creo: y dará mucha guerra el papel que tengo en la mano. Por fortuna nosotros no tenemos ninguno que se le parezca.

—Ese periódico será una empresa. Seguramente abrirán la boca sus redactores para que se la tapen. Costará algunos cuartos, pero cuanto antes los suelte el gobierno atacado, mucho mejor—dijo D. Sisebundo, el suave.

—Eso será lo práctico, D. Sisebundo; porque vea usted cómo se explica en la sección que titula RE-CORTES:

«Dice *La República*:

Entre 1.934 contribuyentes del distrito de Alcañiz, debían á la Hacienda 13.559 pesetas.

Y la Hacienda se ha adjudicado fincas valoradas en 518.000

Existe propietario que, adeudando 18 ó 20 pesetas, tiene embargadas fincas por valor de 5.000.

Y luego hablan de los usureros que cobran el 60 por 100.

Es verdad que hablan con razón.

¡Y entonces, con cuánta no se podrá hablar del Estado, que es un acreedor que no se contenta con menos del veinte mil!»

(*La Coalición*, 1.º Agosto 91).

—Me parece que no es este mal recorte. Sigamos:

«Escriben de Orense:

Los robos del ferrocarril continúan á la orden del día.

De un bulto que venía para D. Manuel Anta, de Verín, le han sustraído todos los pañuelos de seda que contenía una caja; de otro que recibió D. Fermín García, del comercio de esta plaza, le robaron varias fajas.

A D. Francisco Núñez no le aparece una caja, en donde le remiten un gabán.

Todo esto sin contar los efectuados á otras personas que se callan, y que da todo una alta idea del respeto que á los empleados de ferrocarriles merece el derecho de propiedad.

Esto no puede ser ya más escandaloso. Un detalle: estas quejas de sustracciones se han acentuado mucho de dos meses acá. ¿No podría esto servir de algo para averiguar quién ó quiénes son los guapos?»

(*El Anunciador*, 12 Noviembre 91).

—Por aquí tampoco gana nada ese gobierno. Adelante, ¿eh?

«Nuestro apreciable colega *El Anunciador*, de la Coruña, que viene consagrando atención preferente á descubrir la escandalosa práctica del juego en aquella capital, dice en su número recibido ayer.

La policía parece como que se mueve algo en la cuestión del juego de algunos días á esta parte; pero sin éxito.

Las timbas siguen.

El vicio triunfa.

A veces, un inspector, ponemos por caso, entra á tomar café en uno cualquiera, y *no ve* que en el mismo (y enfrente) se peinan los naipes.

Hasta hay círculo de nueva creación, cuyo primer mueble construído es una larga mesa con tapete verde con doble escotadura.

.....

Anoche se jugó á los prohibidos en TODOS los locales de costumbre.

Continuaremos.

Por lo visto se ha establecido en la Coruña una sucursal del Monte-Carlo.»

—Supongo que Panfilita no habrá leído esta noticia. Vamos á otra:

«Una cuestión de suma importancia, y que interesa á todos los contribuyentes, es sin duda la relativa á la ocultación de la riqueza.

Dijo, no recordamos quien, que si tributara toda la riqueza española, el tipo del impuesto disminuiría la mitad en beneficio del contribuyente, y los rendimientos de aquél duplicarían en beneficio del Tesoro.

La afirmación es exacta.

De los primeros avances catastrales hechos por el Instituto Geográfico y Estadístico, resulta que sólo en las provincias de Cádiz, Córdoba y Sevilla, la ocultación de la propiedad territorial pasa de un millón de hectáreas, es decir, cerca de un millón y medio de fanegas, que no contribuyen, ni contribuirán jamás al Estado, por pertenecer á los grandes señores, que son también los grandes caciques.

Si la Comisión del Instituto hubiese proseguido sus trabajos, á lo cual se opusieron poderosas influencias, quizá hubieran parecido otras quinientas mil fanegas, que con las ya descubiertas formarían un total de dos millones.

En las demás provincias sucede lo mismo, poco más ó menos. ¿Recuerdan ustedes el clamoreo que no há mucho levantaron los periódicos de Málaga, porque un chusco, amigo de alarmar á la gente, indicó que allí se cometían escandalosas defraudaciones territoriales? Pues mañana serán otros los que chillen, y las cosas seguirán, sabe Dios hasta cuándo, sin variación sensible, porque los gobiernos temen á los ricos, y los ministros de Hacienda reservan toda su energía para emplearla contra los pequeños propietarios, que son, en resumidas cuentas, los que pagan los vidrios rotos.

Puede decirse, sin temor de incurrir en exageraciones, que sólo está amillarada una tercera parte de la riqueza territorial.

De esto resulta que el opulento, el propietario de grandes extensiones de terrenos, paga una bicoca por contribución, mientras el infeliz dueño de una pequeña finca, tiene que sudar el quilo para satisfacer la enorme tributación que le imponen.

Muchos de esos personajes, respetables por su facha y por lo repleto de sus arcas, que se quejan de los gobiernos, y que claman de los enormes tributos impuestos á la riqueza, no son sino unos farsantes defraudadores, que por sus influencias ó por su cuquería, hacen pechar al pobre con la contribución que ellos debían pagar.

Y la cosa es bien clara: El que sólo posee una ó dos fincas, no puede en absoluto eludirlas de la tributación; pero el que es dueño de extensas tierras, ese sí suele conseguir que en los amillaramientos no figure más que una parte insignificante de sus propiedades.

¡Cuándo habrá un ministro de Hacienda decidido y justo, que ni se asuste de un título nobiliario, ni retroceda ante un frac y una corbata blanca!»

(*El Baluarte*, 10 Octubre 91).

—Conforme, D. Sisebundo: tendrán que tapar la boca á estos tunantes.

«*El Eco de Guadalupe*, semanario de Alcañiz, publica un curioso estado, que explica la angustiosa situación de muchos propietarios de aquel distrito. Del resumen resulta que 1.934 contribuyentes adeudan 13.559 pesetas 94 céntimos, por cuya causa han sido adjudicadas á la Hacienda fincas valoradas en pesetas 518.013,27.

Existe propietario que, adeudando 18 ó 20 pesetas tiene embargadas fincas por valor de 5.000.»

—¡Cuando le digo á usted que estos periodistas son los mismos en todas partes:

«Según leemos en la prensa de Málaga, pasan de 6.000 las fincas que se ha'llan en venta, por no haber

podido sus dueños pagar la contribución territorial. En Orense se anuncia la enajenación de 1.500 fincas por igual motivo. En Avila pasan de 300 las fincas embargadas á esta fecha, y en Guadalajara Ciudad Real, Cuenca y Toledo, no bajan de 1.000.»

—Esto sí que se llama recargar, amigo mío. La cosa promete.

«Hablando del maestro de escuela de Gete (pueblo de la provincia de Granada), que ha tenido que renunciar su cargo por adeudársele 1.041 pesetas, dice *El Estandarte*:

«No le hubiera sucedido eso si en vez de ser maestro de escuela fuera alcalde.»

¡Qué idea tiene *El Estandarte* de los alcaldes!...

Y eso que los han nombrado sus amigos.»

(*El Imparcial*, 27 Octubre 91).

—¿Qué le parece á usted la coletilla? Tiene miga, ¿eh?

«Y comparando el coste de la Administración central de Marina con el total de los presupuestos, resultará que mientras nosotros gastamos 2,54 por 100, Francia gasta 0,59 é Italia 0,90 por 100.

Verdad es que allí tienen buenos barcos y buen material, y aquí tenemos administración inútil y costosa; verdad es que en Francia tienen buques de guerra saludados con respeto por la primera escuadra del mundo en la rada de Portsmouth, mientras que aquí personificó el poder de nuestra Marina, su desdichada administración, el general Beránger, presentándose en la ría de Bilbao á bordo del *Destructor*, averiado, haciendo agua, remolcado.»

(*El Liberal*, 5 Noviembre 91).

—Buen recorte. Veamos otro.

«*El Siglo Futuro* recuerda este párrafo de un discurso que pronunció hace tiempo en el Congreso el Sr. Maura:

«Sumando los presupuestos, desde Julio de 1880 hasta el mismo mes de 1890, resulta que se han gastado en material, en construcción, reparación y compra de buques 260.898.000 pesetas. Ahora bien: reuniendo y sumando las cifras oficiales de todo lo pagado durante esos diez años, de todo lo gastado en los arsenales, resulta que se han perdido ¡142 y medio millones de pesetas! ¿Qué se han hecho esos millones? Yo no lo sé; quizás lo repa alguien; seguramente no los habremos arrojado al mar, porque de haber sido así, en el mar hubieran surgido en forma de flota.»

No hubieran dado lugar á eso los buzos políticos que por debilidades ó compadrazgos mantienen todos los partidos políticos, cual más, cual menos.

Hay quien por menos se mete en mayores profundidades.»

(*El Imparcial*).

—Tampoco es mala esta coletilla. Sigamos:

«Estaba, pues, suficientemente demostrada nuestra más profunda miseria.

Una miseria absoluta, sin atenuaciones ni distingos, real y evidente.

En esta creencia salimos del Congreso y compramos un periódico, con la única moneda puesta, por permisión divina, á nuestros alcances.

Compramos *El Ejército Español*, porque es siempre del ejército de quien buscamos soluciones á los grandes conflictos.

El colega tranquilizó nuestro espíritu.

Trataba de la primera reunión secreta del Senado, y decía que en ella fué aprobada la siguiente cuenta de *Gastos en los seis meses de Julio de 1890 á Enero de 1891*:

«Calafacción, 50.000 pesetas.

Al pintor Wateler, 57.970 id.

Al tapicero, 61.823 id.

Al carpintero Martín, 34.998 id.

Obras en los coches de gala, 9.718,50 id.

Al constructor en hierro, 12.944 id.»

A estas partidas siguen otras, y todas juntas suman un total de doscientas cincuenta y tantas mil pesetas.

No preguntemos qué senadores se calentaron durante esos seis meses, en que la Cámara estuvo cerrada por virtud de la crisis.»

(*El País*).

—Si le digo á usted que estos periodistas dan mucha guerra. ¿Qué les importará á ellos que los senadores se calienten ó no? Adelante con los recortitos, ¿eh?

«Siempre sucede lo mismo. Denuncia un periódico gaditano abusos verdaderamente escandalosos, señalando como autor de ellos á no gobernador. Se forma expediente en averiguación de los hechos denunciados. Consecuencias: El gobernador sale de la provincia sin castigo alguno, el periódico víctima de un proceso.

Hace falta inquirir quiénes son los culpables de las tristísimas desgracias de Riotinto. Se abre un expediente para averiguar lo ocurrido. Consecuencias: El gobernador, en Huelva, denunciando periódicos. Los soldados, en Riotinto, tomando los ranchos con que les obsequian las compañías mineras. Tal vez algunos manifestantes en la cárcel. Y después nada. El gobernador ascendido. Las compañías triunfantes. Los jefes y oficiales recompensados. Los muertos, en la tierra. Y las familias de las víctimas con el llanto en los ojos, el luto en el corazón y la sola esperanza de que lo que no quiso hacer la justicia humana lo haga algún día la justicia divina.»

(*El Liberal*).

—¿Se ha fijado usted bien en esta pintura al fresco? Veamos otra:

«*La Ley*, reproduciendo unos datos recogidos por el actual subsecretario de Hacienda:

«Hay en España 42 1/2 millones de fanegas de tierra amillaradas, y hay ocultas 31 1/2 millones.

Riqueza amillarada. . . . . 769 millones.

» - oculta. . . . . 603 »

Según las últimas estadísticas, pagan en España contribución 4.500 letrados nada más, no bajando de 12.000 los que ejercen.

Médicos, figuran en el padrón unos 9.000, y según el censo último, hay en España más de 20.000.

En Madrid figuran tan sólo 33 cafés para pagar contribución, y sólo el Anuario de Baylly Baylliere anuncia 220.»

—No se puede negar que son muchachos listos los que periodiquean, ¿eh? Yo no sería ministro por nada del mundo. Se lo juro á usted. Eso de verse en solfa á cada momento debe ser insoportable. Pero oiga usted lo que viene ahora:

«En el último correo de Cuba, vienen noticias acerca de la vista del célebre proceso seguido á Oteiza.

Este se defendió con gran energía de las acusaciones, manifestando que en él se había buscado exclusivamente una víctima, sobre la cual recayeran responsabilidades que están muy lejos de ser suyas.

En su declaración aludió indirectamente á personas de gran influencia.

El público, el tribunal y los letrados, salieron de la vista sorprendidos, pues además de la culpabilidad de Oteiza, que resulta manifiesta, también parece resultar cierto, según declaración del procesado, que en la defraudación están complicadas personas de viso y posición, tanto de Cuba como de la Península.»

(Publicado en casi todos los periódicos en Diciembre de 1891).

—No le parece á usted, aquí, en confianza, que Panfilita podría decirnos algo parecido.

Vamos á otro asunto:

«En las oficinas de Hacienda de Murcia se ha descubierto un desfaldo de efectos timbrados, cuyo importe asciende á más de 50.000 pesetas.

También se ha cometido un robo de importancia en la Administración subalterna de Hacienda de Villacarego.

(*El Anunciador*, de Pontevedra; 23 Junio 91).

—Nada, le digo á usted que *El Escándalo* dará al traste con la situación si no acaban con él.

Veamos lo que sigue:

«He aquí algunas palabras de su discurso: preparen para leerlas la tila esos diputados de la mayoría, siervos del Gobierno, que encontraron las actas de diputados en la canastilla de boda de sus mujeres, y esos republicanos de ambrosía y menta que llevan el frasquito de sales inglesas entre los pliegues de la levita.»

(*El Resumen*).

—Éste apunta sobre todos y hace blanco. Buena puntería. Oiga usted, oiga usted.

«Léase con cuidado lo que sigue:

«Llamamos la atención del señor ministro de Gracia y Justicia sobre lo que ocurre en los Juzgados municipales de Madrid.

No hace mucho apaleaba un secretario á su jefe, el Sr. Campo y Yagüe; después, el juez de Buenavista enviaba á la cárcel á su secretario; ahora, otro secretario interino, el de la Inclusa, denuncia al mismo Sr. Campo y Yagüe, por suponer que éste había ejercido coacción contra el denunciante; y además, el Sr. Vandelvalle renuncia su cargo, en la duda de que no reuna las condiciones que el ejercicio del mismo exige.

Comprenderá el digno señor ministro de Gracia y Justicia, cuyo celo por el prestigio de la administración es tan notorio, que no son esos tristes ejemplos los mejores para hacer respetable la toga.

Si á esto se añade que dos rectos jueces de instrucción se han excusado de entender en el proceso que contra el secretario del de la Inclusa se sigue á instancia del Sr. Yagüe, por enemistad personal con éste, resultará que, si las relaciones oficiales no son buenas, las particulares dejan mucho que apetecer.

Este estado de cosas exige, por lo menos, una investigación, que llevaría con acierto el señor presidente de la Audiencia de Madrid.»

Un solo comentario.

El suelto copiado no es de un periódico de oposición.

Es de *La Epoca*.»

(*El Imparcial*, 28 Octubre 91).

—Buen par de banderillas á la media vuelta. Siga la broma, ¿eh?, ¿qué le parece á usted!

«El factor de las mercancías de pequeña velocidad en la estación-aduana de Irún, ha desaparecido, llevándose 6.000 pesetas.»

(*Las Noticias*, 20 Septiembre 91).

—Este no es caso nuevo en ninguna parte y menos en Abraña.

«El administrador y el interventor de Hacienda de la Carolina se ha fugado, llevándose 12.000 pesetas.

El administrador ha sido preso por la Guardia civil.»

(*La Libertad*).

—Aquí de D. Pompilio; necesitan mucha guardia civil. Véase otra prueba:

Todo el Ayuntamiento del pueblo de Manchica (Badajoz), con su alcalde á la cabeza, han sido procesados y presos, por haber malversado los fondos del Municipio, en cantidad que no baja de 6.000 pesetas.

(*El Manifiesto*, 11 Septiembre 91).

—No saben hacer las cosas y he aquí las consecuencias. Se exponen á la crítica. Como estos otros:

«Ayer se descubrió un desfalco de 15.000 duros en la administración de Tabacos de la Villa Unión.»

(*El Gladiador*, 21 Julio 91).

—Será preciso que pongan una cátedra para que los muchachos aprendan á nadar y guardar la ropa. Ciertas operaciones de bolsa no se deben hacer al descubierto. Hé aquí otra operación del mismo género:

«Cortamos de nuestro apreciable colega *El País*:

«Flores de la restauración:

«Dicen de Santander que se ha cometido un robo en la administración subalterna de Hacienda de Villacarriedo.»

«Ha desaparecido de Alicante el director del dique flotante en construcción de Santa Pola...»

Se ha descubierto una defraudación en la administración de consumos de Novelda...»

—Adelante con *El Escándalo*:

«¿Pues qué diré de la judicatura?

¿No es censurable, y con razón, que muchos jueces y magistrados deban su puesto á la influencia de ciertos políticos, que tal vez son letrados y que actúan ante sus propios escogidos todos los días?

Yo no tengo el menor motivo, gracias á Dios, para querer mal á ninguno de los señores jueces de la capital. Cuando desde las columnas de otro colega hablé de lo que pasaba en Tamaulipas y con el cacique llamado Juanazo, se creyó que yo aludía á casos, cosas y personas de esta capital...

No. No aludía á nadie. Si así hubiera sido, hubiese hablado aún más claro. Yo no sé que aquí ocurran escándalos jurídicos como los de aquel país, en donde la Sala de los señores (la Audiencia), ha rechazado el

año último varias sentencias á un señor juez, sobre causas defendidas todas por su protector, por el que lo nombró: y aquí, por dicha nuestra, no sé si pasarían ciertas cosas; creo que el presidente de la Audiencia que ha ascendido, no las habría tolerado, y pongo mis manos en el fuego á que el nuevo presidente, Sr. L... no aguantaría ni *la sospecha de una duda*.

En esto hemos andado algo, es preciso reconocerlo, pero aún nos queda mucho que hacer, díganlo si no los escándalos ocurridos estos últimos días en los juzgados municipales.

Que se cierre la puerta al favoritismo y á los compromisos en todos aquellos puestos en donde va empeñada la honra y la fortuna de los ciudadanos; que en todas partes y en todas las carreras veamos subir tan sólo al que por su talento y su aplicación lo merece; que en los empleos públicos se borre de la nómina al que no asista á la oficina, ó que el sueldo se reparta entre los que, menos osados y más celosos, cargan con el trabajo que no les corresponde...

Y si, advertidos por la prensa, los gobernantes no corrigen estos *lunares*, les declaramos desde ahora cómplices de lo que no tiene nada de moral.»

EL MARQUES DE ALTAVILLA.

(*El Liberal*, 2 Noviembre 91).

—No se explica mal:

Veamos lo que sigue:

«*El Estandarte* se enfada mucho con nosotros por la campaña que, con aplauso de todo el país contribuyente, estamos haciendo en las cuestiones de Marina, y el colega conservador intermitente achaca á varios móviles esta campaña.

No se canse *El Estandarte*: lo hacemos sólo por curiosidad. Hoy nos pica ésta por saber qué inversión se ha dado á los fondos que existían en el ministerio de Marina procedentes de los antiguos gremios de

mareantes, fondos que ascendían, poco más ó menos, á 160 ó 180.000 duros.

¿Se compromete *El Estandarte* á contestarnos?

(*El Imparcial*, 31 Octubre 91).

—Esto si que es... la mar.

Y sigue la marea:

«La nación consintió gustosa en hacer grandes sacrificios para un presupuesto extraordinario que le permitiese la construcción de una escuadra. Las circunstancias actuales de los pueblos europeos avaloran más y más aquellos sacrificios ¿Qué ventaja obtiene de ellos la pobre España.

Se gastan sumas enormes en el *Alfonso XII*, que hay que dar de baja en las listas de la Armada ante el fracaso lamentable obtenido en sus pruebas de mar.

Se dispone que se proceda al desarme de otro igual el *Reina Mercedes*, cuando no ha comenzado á navegar y se han gastado 12 millones de pesetas en su construcción.

Se paralizan las obras del *Marqués de la Ensenada* por que se han consumido dos millones de pesetas en jornales de construcción de su casco, cuando dicha suma era el valor total asignado en presupuesto para el completo armamento del buque.

Se declara á cerceros tapados admisible un blindaje adquirido en Inglaterra por la sociedad de los astilleros del Nervión para los cruceros que la misma construye, el cual blindaje ha sido declarado inadmisibile por la comisión receptora, despues de tres pruebas de fuego con lamentables resultados.

Se le admiten á la casa Portilla cañones de grueso calibre desechados por la comisión inspectora.

Se desecha también entre las obscuridades burocráticas el artillado de los cruceros de 7.000 toneladas, y se dispone el cambio por otro de mayor calibre, que acaso no podrá ser llevado por los buques á los cuales se destina, pero que representa dos millones de pesetas á entregar á los Señores Portilla y Martínez Rivas.

Sin formalidades de ninguna clase se concede á «La Maquinista Terrestre y Marítima» de Barcelona dos máquinas de 15.000 caballos, y por simples decretos la contrata de muchos millares de toneladas de carbón en la Península y Filipinas.

Son creadas por simples decretos de reglamentación corporaciones oficiales; es conculcada por el mismo sistema la ley de retiros, á fin de sostener á un asesor general, cuyo criterio se conforma siempre con el del ministro.

Y por último, cuando en la memoria de todo el mundo está muy presente lo ocurrido con la concesión de un crucero de 9.000 toneladas á la casa Vea Murguía de Cadiz, asunto de que hubimos de tratar oportunamente; cuando nadie ha olvidado con qué falta de formalidad y de garantías se comprometían 19.000.000 de pesetas de la fortuna pública, resulta que del famoso buque *Cárlos V*, objeto del no menos famoso contrato, no existen ni aún en los planos aprobados. Pero se dice, y este es asunto que pondrán en claro las Cortes, que yá han percibido los constructores algún plazo.

Asombraría tal rumor si para curar de espanto á la opinión pública no estuviera el artículo publicado anoche por *El Correo* sobre la limpia de los Caños de la Carraca.»

(*El Imparcial* 21 Octubre 91)

—Están bien puestos los puntos sobre las *ies*.  
Vamos á otra cosa.

«¡A contratar! gritó el ministro, y ahí fué de ver cómo el presupuesto de escuadras en ríos de oro cayó como bienhechora lluvia sobre casas y empresas con primas enormes, gravando el coste de los barcos por este solo concepto en un 15 ó 20 por 100, á título de protección á la industria nacional. Por otra parte, decretáronse costosísimos remiendos á un material inservible y á conciencia, por tanto, de tirar al agua el dinero, se suprimió la inspección de la Compañía Trasatlántica; surgieron ciertos expedientes de com-

pras de carbones, más negros que el carbón mismo; devolvieron fianzas cuantiosas y abonaron plazos para que el propio dinero del Estado sirviera para construir diques y talleres en vez de barcos; adjudicaron sin planos fijos y sin saberse lo que se iba á hacer, pero sí lo que se iba á pagar; botaron á la mar buques defectuosos ó inservibles; á los amigos prometieron ascensos rápidos, y al efecto, otorgaron al almirante facultades de postergar sin explicar las causas, monstruoso atentado que ha puesto á los pies de ministro y almirante el personal entero de la Marina y para distribuir también lo mejor como pan bendito entre quienes conviniera; concedieron al complaciente almirante facultades de proponer en terna—también sin explicación de causa—los sujetos á su albedrío más aptos, por lo que se viene en noticia de que aquí no se explica nada, única cosa en que estamos todos conformes.

La ola de la indignación ha saltado los diques, y está rompiendo tierra adentro en plena plaza pública.

Tanto escándalo, tanto insolente alarde de soberbio desdén á todo respeto humano, ha movido el ánimo de las gentes ¡aquí!... donde ya parecen agotados los arranques correctivos del decoro á que se subleva ante la injuria del lodo con que á diario, por unos y otros y todos, y por estas ó las otras causas, se nos salpica con impunidad que justifica el hecho... ¡Oh qué pacientes, pero qué pacientes nos hemos vuelto los españoles de poco tiempo á esta parte! Es que el látigo nos ha hecho esclavos.»

—¿Y sabe usted que esto parece el cuento de nunca acabar?

Oiga usted, oiga usted.

«Lo cierto es que en la provincia de Lérida como en tantas otras, la emigración, ocasionada por la miseria, aumenta de un modo pavoroso.

Que en algunas ciudades de España se cierran hospitales y hospicios por falta de fondos para sostenerlos.

Que en Huesca muchos agricultores que poseían regulares patrimonios, se dedican, dejando sus tierras incultas, como único recurso, á ganar un jornal de dos pesetas en las obras públicas, y que en Zaragoza son cada día más numerosas las turbas famélicas que acuden á los cuarteles en demanda de un plato de rancho, y que la mendicidad es ya el único patrimonio de gran parte de la población popular.»

*El Liberal.*

—A toda costa tendrán que acabar con *El Escándalo*, ó están perdidos. Vea usted otro atrevimiento:

«Ahora que se habla de wagones reales que cuestan catorce mil duros, bueno es que copiemos el siguiente telegrama.

«Ayer llegaron á Malaga 103 maestros de instrucción primaria titulares de las escuelas de muchos pueblos de aquella provincia, que pasaron á ver al gobernador para manifestarle que se verán obligados á cerrar las escuelas si en breve plazo no se les abonan las cantidades que se les adeudan.

A algunos de ellos se les debe diez años de haber.»

Los monárquicos restauradores continuamente se están quejando de la poca instrucción que tiene el pueblo español

Y tienen razon porque ¡como se interesan tanto por los maestros!...»

(*La Correspondencia Militar*, Noviembre 91).

—¡Y aun les parece que no hay bastantes escritores! Pues si hubiera más nadie viviría tranquilo.

—No se muerde la lengua este soldado viejo.

Y dale con los maestros:

«Once meses de personal, material y alquileres se les adeuda á los maestros de escuela de Aguilar (Murcia.)

Pues aún no pueden quejarse.

Porque hay otros más desgraciados.

Aquellos á quienes sobre no pagarles, les han embargado para cobrar un arbitrio municipal.

Y luego les han echado del pueblo.»

(*La República*, 20 Abril 91)

—Enterado y á otro asunto:

«Anselmo, poco antes de terminar el bachillerato, tuvo que ir á servir al rey y abandonar, por lo tanto, los estudios. En su carrera militar se halló en varias acciones de guerra, siendo recompensado por su valor con una cruz de M. I. L. pensionada vitaliciamente con treinta reales mensuales. Cruz que, transcurrido poco tiempo, se dió de baja en la nómina, juntamente con otras 5.000 y pico en la capitanía General de Madrid, para con su importe ayudar á sufragar las 10.000 pesetas de las grandes cruces de San Fernando adjudicadas á los capitanes generales Martínez Campos y Jovellar, etc.

Aquí sí que encaja el refrán aquel de que la cuerda se rompe siempre por lo más delgado.

Aquellos modestos militares, hoy meros peones de albañil y jornaleros, desposeídos de un derecho ganado á costa de su sangre, y sometidos á las privaciones de su mezquino salario, viven hoy echando de menos las 7,50 pesetas para pagar su reducida vivienda, mientras los *príncipes de la milicia* disfrutaban miles de duros consignados en las nóminas.»

(De varios periódicos).

—Con este sistema de decirlo todo exaltan los ánimos y conmueven los cimientos sociales. Hay que amordazar á la prensa. Créame usted, D. Sisebundo. Veamos lo que sigue:

«¿No es censurable, no es tristísimo, ver á ciertos sacerdotes hacer mangas y capirotos, escalar las prebendas y las canongías sin el mérito necesario; no los vemos ocupar los curatos de pingüe renta, mientras viven olvidados en pobres puestos rurales, ó casi de

limosna, virtuosísimos sacerdotes que pecarían si algo pidiesen de sus superiores?

¿Es que los curas de los pueblos, los tenientes de populosas parroquias y otros sacerdotes encanecidos en el servicio de su sagrado ministerio, y que han sido el asombro de tanta gente, no merecen ciertos puestos en que sólo cabe el favor del Gobierno y del prelado, y rara vez el mérito personal?»

EL MARQUÉS DE ALTAVILLA

(*El Liberal*, 2 Noviembre 91).

—Está visto que ni las cosas sagradas se respetan. ¡Indigna tanto atrevimiento!

¡Y no es nada lo que nos dice á renglón seguido!

«Según estadísticas oficiales insertas en el libro del subsecretario Sr. Navarro Reverter, sólo hay en España 170 caballeros que paguen más de cien pesetas de contribución, y que se dedican á la alta banca. Entre esos banqueros solamente hay uno que opere por más de 250.000 pesetas y menos de 500.000.

¡No figura ningún banquero que haga operaciones por más de medio millón de pesetas!

¿No es esto irritante?... Pues sigamos con los que se escapan al tributo.

¡En Madrid figuraba tan sólo un negociante de cereales, vinos, aceites, etc., con cuota de 700 pesetas!

¡Cinco profesores de música figuraban como paganos en Madrid.

¡En Barcelona no figuraba *ninguno* de esos profesores de la estadística de referencia!

¡En Alicante no constaba *ningún* empleado de Bancos, Sociedades ó casas particulares!

¡Y pásmense ustedes, en la corte de España no tributaban hace cinco años más que veinte caballos destinados á los carruajes de lujo.»

(*El Baluarte*, 15 Noviembre 91.)

—¿Y habrá quien tolere esta odiosa fiscalización?

Pues aún falta mucho para concluir:

«Un recaudador de contribuciones de Madrid, cuya fianza ascendía á 80.000 pesetas, ha desaparecido con más de 190.000.

Ese modesto funcionario se ha contentado con sacar á las 80.000 pesetas, 110.000 de intereses.

Otro hubiera cargado también con la fianza.»

(*El Maestrazgo Liberal*, 19 Noviembre 91.)

—Suma y sigue:

«Nada menos que 235 fincas se venderán en pública subasta un día de estos en Lérida, por débitos de contribución, sin contar que en menos de mes y medio pasan de 1.500 las que se han subastado.»

(*La República*, 19 Noviembre 91.)

—Basta D. Anselmo, basta—dijo D. Sisebundo—porque eso parece el cuento de nunca acabar, y después de todo, ¿qué nos importa á nosotros lo que ocurre en aquel país?

En el nuestro, por fortuna, no pasan las cosas así.

—No sea usted malo, D. Sisebundo. Algo parecido ocurre en Abraña, ¿eh?

—Sí, pero no tanto. Todo eso es suficiente para dar al traste con la más arraigada dinastía.

—Sobre todo si es tan débil como un *castillo de naipes*, ¿eh? ¿Digo algo?

—¡Hola! ¡hola! ¿también usted se viene con pulлитas?

—Todo se sabe: Esa opinión es la que usted mismo manifestó á D. Jesús poco tiempo después de la llegada de nuestro amado Inca.

—¡Ha dicho uno tantas cosas—mi querido D. Anselmo! Y las que tendremos que decir, ¡quién sabe!

—Tiene usted razón. ¡Quién hubiera dicho hace algunos años que concluiría usted siendo enemigo encarnizado de D. Jesús! De aquel D. Jesús que sacó á usted generosamente de cierto mal paso, ¿eh? ¡Pero qué mal paso!

Y sin embargo, ya ve usted.

¡Cosas de la vida!

—Pero hoy por hoy, no me hable usted de D. Jesús, de ese implacable D. Jesús, enemigo del orden de que estamos *gozando*, y vamos al salón, que está muy concurrido.

### XIII

A todo esto, mientras D. Anselmo y D. Sisebundo se escandalizaban en casa de Panfilita de lo que *El Escándalo* decía, la concurrencia fué aumentando en el salón principal y la presentación de Antoñez y su esposa se había efectuado con todas las reglas del arte.

Allí, donde acababa de leerse el nuevo periódico, que siendo extranjero podría considerarse como el órgano oficial de Abraña, habíanse pronunciado estas sacramentales frases:

—Tengo *el honor* de presentar á usted...

—El *honor* es para esta casa...

—El *honor* nos lo dispensan esta señora y este caballero... etc., etc.

Y el caballero y la señora eran nada menos que *El Saque* y su consorte.

Verdad es que los acontecimientos de cierta índole se precipitaban mucho en Abraña, y especialmente en su capital.

Toda la cuestión estaba reducida á empezar la carrera en ciertos destinos públicos y concluirla, después de tomar los primeros grados, no en las Universida-

des, en otras aulas que se llamaban centros políticos, de negocios, bursátiles, empresas ferroviarias, arrendamientos de minas, de tabacos, de consumos, concesiones para esto ó para lo de más allá, etc., etc.

Antoñez había hecho ya sus primeros *cursos*, con gran aprovechamiento, y aspiraba con títulos suficientes á más altos destinos. Por esta causa se hizo presentar en casa de Panfilita, tan de caballero disfrazado, que no le habrían conocido seguramente ni Rosita ni Paco. Verdad es que había hecho negocios muy redondos surtiendo de petróleo contrabandista á Madroñópolis, hasta la consumación de los siglos; introduciendo amílico para envenenar veinte generaciones; haciendo llegar á las carnicerías magníficas lonjas de caballos muertos, elegidos, eso sí, entre los más robustos de los muladares, etc., etc.

Pero Madroñópolis constituía una especie de sistema planetario, donde las transformaciones é inmigraciones consiguientes, se verificaban con asombrosa facilidad. Las gentes, trasladábanse á otras esferas, no por sus propias virtudes, sino por efecto de sus propios vicios, pero tan completamente limpias, tan sin pecado, como si todas las aguas de un Jordán hubiesen caído sobre ellas. Una vez remontadas á otro mundo superior, empezaban á vivir nueva vida, como si tal cosa.

Conocido este sistema de purificaciones, á nadie sorprenderá la presencia del *cabo Robles*, y luego *El*

moro, y luego *El Saque*, y por último, *Señor de Antoñez*, en la lujosa vivienda de Panfilita.

Azucena, por su parte, nada dejaba que desear.

Era, eso sí, más honrada que su esposo. Habría sido una mujer perfecta, con otra educación y en otras manos, porque instintivamente era buena, pero se acomodaba con cierta indolencia, casi musulmana, á lo que de ella exigían las circunstancias.

Claro es que, aunque se había afinado mucho, no dejaba por esto de dar el *salto atrás* cuando con más esmero procuraba corresponder á las exigencias de su nueva posición.

El Sr. de Antoñez, después de dejar los negocios... de puertas, se había dedicado á los de Bolsa, y con tal instinto acertaba las jugadas á propósito para engrosar la suya, que los puntos más notables en aquella timbirimba nacional donde se juega con la fortuna pública, dieron en considerarle, no sólo como un hombre inteligente en asuntos financieros, sino como un político hábil, como un hombre de intriga, poseedor de grandes secretos de Estado.

Con estos títulos, más que suficientes, llegó á los salones de Panfilita resuelto á explorarlos y á explotarlos, si la ocasión se le venía á la mano

Azucena se presentaba, no sólo como la señora de Antoñez, que ya era bastante, sino como una especialidad en el arte de tocar la guitarra, de entonar el *cante flamenco* por todo lo alto y de decir la buenaven-

tura. Todo ello, de afición por supuesto, porque para sus nuevas relaciones había nacido en muy buenos pañales, aunque allí nadie preguntaba á los otros de dónde venían, sino á dónde iban.

Como las reuniones de Panfilita se distinguían por una especie de compenetración en los caracteres y hasta en las voluntades de los asistentes, todos eran unos al poco tiempo de haberse conocido, así es que los de Antoñez, se vieron enseguida atendidos y solicitados por la dueña de la casa y por sus íntimos.

Antoñez habló de política y de Bolsa con unos y con otros, y Azucena se atrajo muy pronto, al parecer, las simpatías de las pocas señoras que concurrían á la casa.

—Ya sabemos que es usted un portento de habilidades—dijo una de las damas á la simpática *novicia*.

—¿De veras?—contestó la aludida aparentando cierta modestia.

—Usted canta, usted baila, usted toca...

—Y sobre todo nos han dicho—interrumpió Panfilita—que tiene usted una gracia especial para decir la buenaventura.

—Crea usted señora que esas son exageraciones.

—A usted corresponde hacernos apreciar si exageran ó no los que tal dicen. ¿Sería usted tan amable que me dijera algo?—indicó Panfilita, tomando entre las suyas una mano de Azucena.

—¿Algo de qué?

—Algo del porvenir, de lo que sólo ustedes las *divinas adivinas* tienen el don de decirnos á las demás.

—Señora...

—Sí, sí—repitieron muchas voces femeninas.

—Aquí está mi mano—dijo Panfilita. ¿Qué indican estas rayas?

—A ver á ver, insistió el coro.

—Pues allá vá, puesto que usted lo quiere—dijo Azucena poniéndose en pie y colocándose en jarras á cierta distancia de la dueña de la casa.

El coro de señoras se convirtió en corro, y formando otro círculo concéntrico acudieron los jóvenes aprovechados, porque la juventud empezaba á picarse con el mal ejemplo.

Azucena empezó de este modo, con marcado acento andaluz.

—¿Quiés que te la diga, *resalá*?

Andá y no lo dejes por *duelo* de diez *sentimiyos pa mis churumbetes*.

—Muy bien, muy bien—dijeron todos á una.

Azucena animada con estos aplausos, continuó:

—Te diré la buena ó mala suerte que vas á *tené*.

Dame acá la mano. Y cogiendo con la suya izquierda la derecha de Panfilita, la miró atentamente, y continuó diciendo:

Eres hija de muy buenos padres; naciste en buenos pañales y con tu *vergüensita*; aunque ésta se suele *perdé andandito* por el mundo. Eres murmuradora y

estás murmurada por las plazas y esquinas. Las mujeres te murmuran por envidia, que *ar fin* y *ar cabo toítas* saben cómo te las arreglas *pa* ir tirando, y los hombres porque todos te quieren *queré* y tú tienes el tuyo. Esta rayita dice que *yegarás* muy arriba; pero esta que le sale al encuentro dice que caerás desde alto si no te guardas de las malas lenguas que pican como la víbora.

Si haces negocios buenos gozarás tranquila, y si los haces malos, *peniyas* de muerte serán contigo *ar finá* de tus días.

Guárdate de un José que te busca.

No te fies de ningún rubio.

Vigila tu casa y por la que fué mi *mare* que será para tí la buenaventura.

—Soberbio, magnífico, muy bién—dijeron los concurrentes—á mí, á mí porque todos querían que la, al parecer improvisada gitana, les dijera la buenaventura.

Azucena se disculpó como pudo, pero no tuvo más remedio que cojer la guitarra y entonar algunas coplas con nuevo aplauso de la concurrencia.

\* \* \*

Mientras Azucena *hacía las delicias* de las señoras y de los jóvenes, los hombres de negocios discutían en diferentes corros ó filosofaban contemplando la magnífica colección de cornucopias, antiguas y modernas, con que Panfilita tenía adornadas las paredes. Panfi-

lita, sin dejar de atender á todos con la mayor amabilidad, hacía frecuentes excursiones á un saloncillo reservado para los asuntos que requerían cierto misterio.

Como este, por ejemplo.

Personajes en escena: Panfilita y un señor que llamaremos X, es decir, un cualquiera, sin más condición que ser excesivamente míope.

Panfilita: Acabo de recibir la credencial destinándole á usted á la isla *Tonel*.

X. ¿De Vista?

P. Eso es lo que usted deseaba y á nosotros nos convenía.

X. Ciertamente.

P. Ahora ya sabe usted lo demás. Estas cosas ya le dije que sólo se arreglan tan pronto con su cuenta y razón.

X. ¡Quién lo duda! Yo no estaba en condiciones para eso. Ha sido necesario echar tierra al expediente que usted sabe, y ya dije que no habíamos de reñir como se consiguiera el destino. Usted dirá.

P. He hablado con el Sub... ya sabe usted.

X. Sí, sí.

P. Y me ha dicho que las condiciones son éstas: Usted remitirá todo su sueldo, la mitad para él y la mitad para mí.

X. Un poco fuerte me parece eso Panfilita, digo la verdad.

P. Tendría usted razón si el sueldo significara algo en un destino como el que usted lleva. El sueldo es lo de menos. Usted sabe tan bien como yo, que *cerrando los ojos* un par de veces al mes, no necesita más.

X. (Aparte). ¡Y si no fuera más que dos veces! (En voz alta). Pues asunto arreglado. ¡Quién no se rinde á los mandatos de una dama tan hermosa como usted!

—¿De veras?

—Por usted haría yo todos los sacrificios imaginables.

P. Pues hay algo más. No sé si usted sabrá la garantía que nosotros necesitamos. Espero que no se ofenderá usted. Es una regla establecida y de ella no podemos separarnos. ¡Hemos sufrido tantos chascos!

X. Usted dirá, Panfilita; ya he dicho que estoy á sus órdenes para todo.

P. Se trata de una formalidad que asegure el cobro, por más que tratándose de usted sería muy suficiente su palabra, eso es aparte; pero ya he dicho á usted que es una regla general.

X. Sepamos: estos asuntos se arreglan de tantos modos, que no adivino...

P. Pues cosa muy sencilla. Al recibir la credencial, nos dejará usted su dimisión firmada con la fecha en blanco.

X. Convenido. A mí no me duelen prendas.

P. Pues no hay más que hablar y mañana últimos remos el negocio, si á usted le parece.

X. Me parece bien todo lo que usted quiera.】

El caballero X dió las gracias á Panfilita y uno tras otro, con cierto disimulo, entraron en el salón.

Sigamos oyendo conversaciones edificantes, A y B, hablan á solas en un rincón de la sala de juego.

A. ¡Con que otra vez vuelven al tema de las economías!

B. Tema viejo, mi querido amigo. Las economías no están donde se buscan. Aumentar los impuestos, es desesperar á los contribuyentes, que ya están con el agua al cuello, y descontar el tanto por ciento á los empleados, es algo así como quitar una docena de garbanzos al puchero de una casa de huéspedes. Música, amigo mío, música y música. Créame usted.

B. Y usted conoce el remedio que nos saque de esta situación.

A. ¡Pues no lo he de conocer! Lo veo más claro que el agua. Llegaríamos á ese nivel deseado y nos sobraría dinero, si tributaran todos los que deben tributar. Todo aquí es pura farsa.

Oiga usted. Eso que se llama *embargo de fincas*, por ejemplo, es para muchos infelices motivo de terror, y para otros afortunados motivo de satisfacción. ¿Le parecerá á usted mentira? Pues nada hay más cierto.

El embargo de fincas es el medio de que se valen

muchos para impedir la acción del Fisco. Es de lo más ingenioso que se conoce.

Se intriga para que aquél, el Fisco, no se conforme con el secuestro de los frutos; para que extreme su rigor, hasta abusivo si se quiere, y ponga la finca en el número de las que deben sacarse á subasta. Cuando esto sucede, los caciques de los pueblos que están en el *ajo*, hoy por tí y mañana por mí, cierran el paso á los postores de buena fe, y la subasta se declara desierta una y mil veces, hasta que por último aparecen los antiguos dueños convertidos en flamantes administradores de su propio dominio.

En este caso, ya no tienen que habérselas para nada con el recaudador, y se dedican tranquilamente á la explotación de sus propiedades.

B. Pero dígame usted, amigo mío, ¿y las partidas fallidas?

A. Se redimen. Para eso está el procedimiento generoso del perdón, y en último caso, se satisface lo atrasado en muy pequeñas porciones á largos plazos. Es una cuestión de intriga nada más.

B. Veo que usted lo entiende. Esa es una plaga; pero, ¿y otras, con las cuales no se puede luchar? Esas inundaciones de que hablan estos días los periódicos.

A. Sí, amigo mío, contra eso se puede luchar, modificando el cauce de los ríos, estableciendo obras de defensa, sangrando las vías fluviales en beneficio de

los campos ahogados de sed; pero aparte de esto, vá usted á convenir conmigo en que no es toda la culpa del acaso ó de la Naturaleza.

Es que mientras nosotros no empecemos por modificar la nuestra, aquélla tampoco se modificará.

Usted ya sabe que nuestras cordilleras se han talado sin orden ni concierto, sin previsión y sin sistema. Como nuestros montes; están envejecidos, calvos, y las lluvias arrastran el humus en los terrenos que carecen de raigambre; al mismo tiempo que perdemos la tierra vegetal, facilitamos el curso torrencial de las aguas hacia los sitios hondos. Todo esto, además, ha traído por consecuencia cierta indeterminación en las márgenes de los ríos, porque muchos han variado de cauce ó tienen varios, y aquella indeterminación ha permitido á los propietarios colindantes ensanchar sus tierras, metiendo el arado en sitios que pertenecen al común, que son de suyo peligrosos, y que los usurpadores tienen buen cuidado de amillarar. ¿Por que? Porque es natural; los ríos vuelven á crecer y cuando sobreviene la catástrofe, por unos temida y por otros tal vez deseada, la cosecha se pierde y el gobierno puede remediar el daño con el fondo de calamidades públicas.

Ya en este caso, se apela otra vez al recurso de la intriga, y afinándola un poco, se consigue que exceda la indemnización á lo realmente perdido. Si esto no se logra, aparece el gobierno convertido en celoso

guardador de lo usurpado malamente, y que después de todo, nada ó poco vale.

¡Es, amigo mío, que hace suma falta un examen de los títulos de procedencia!

Pero esto es de muy poca importancia si se compara con la escandalosa ocultación de lo que está á la vista de todos y que, por lo tanto, se puede medir. Me refiero á la *ocultación de la tierra* en sus dos valores positivos: en la extensión y en la calidad. Sobre esto habría mucho que hablar. (1). Y lo mismo digo de otro género de ocultaciones: médicos y abogados que ejercen sin pagar contribución, cafés abiertos que no abonan la suya, grandes hombres y grandes damas que tienen en sus caballerizas veinte ó treinta caballos, y resulta que sólo cuatro ó cinco son suyos oficialmente, etc., etc., porque éste sí que sería el cuento de nunca acabar.

B. Y á todo esto, ¿qué hacen las autoridades?

---

(1) El Sr. Romero Girón hace consideraciones sobre el abuso que se viene cometiendo en las concesiones de colonias agrícolas, y dice que mientras los pequeños propietarios soportan todo el rigor de la contribución territorial, muchos grandes propietarios eluden por varios medios el pago íntegro de aquella contribución. (*Muy bien, muy bien*).

Cita el caso de *un representante del país, que ha vociferado mucho*, cuando se ha hablado de los tributos á la riqueza agrícola, consintiéndole al orador, de ciencia cierta, que una finca que adquirió dicho representante en 40.000 duros, la tiene amillarada en 4.000 pesetas (*Impresión*).—(Discurso del Sr. Cánovas del Castillo, en el Senado. Marzo de 1892).

A. Amigo mío, parece que viene usted de la luna. ¿Qué entienden las autoridades de semejantes cosas?

Tienen otras mucho más interesantes. Yo sé de uno de nuestros gobernadores, que anunció en el *Boletín oficial* la pérdida de un guardapelo, propiedad de su cocinera. ¿Le parece á usted esto inverosímil? Pues créalo usted (1).

Las conversaciones edificantes eran muchas. Tantas, que sería tarea interminable la de narrarlas todas.

Oigamos, para no perder el tiempo en casa de Panfilita, donde tan bien se aprovechaba, la que sostenían dos generales, uno con destino y otro sin él. Los generales *Ache* y *Jota*, respectivamente.

---

(1) Vayan ustedes al gobernador de Valencia con problemas políticos y económicos.

Todo eso no está á la altura de su elevada posición oficial.

Necesita el tiempo para ocuparse de asuntos de más importancia, como este, que ha hecho publicar en el *Boletín oficial* de aquella provincia:

«Los señores alcaldes de los pueblos de esta provincia, individuos de la Guardia civil y demás dependientes de mi autoridad, procederán á la busca de una perra Ponter, que en la mañana del día 5 de los corrientes y en las inmediaciones de las torres de Cuarte, se le extravió á D. Juan Llombart Carruana, vecino de esta ciudad, y cuyas señas de la perra se expresan á continuación.

Si fuese encontrada lo manifestarán á este gobierno, para que se presente á recogerla su dueño, que así lo interesa.

Valencia 10 de Noviembre de 1891.—El gobernador, *Nicolás Maria de Ojesto*.»

Esa perra que se busca  
de orden del gobernador  
debe de haberse fugado  
con algún perro pachón.

(*La Voz Montañesa*, 16 de Noviembre de 1891).

*Ache* y *Jota*, como Adán y Eva, habían salido de la nada y de pronto habíanse vistos colocados en tan hermoso paraíso, que ni soñado. Desde entonces, todas las noches, al acostarse, echaban un vistazo á las mangas de la levita, para convencerse de que aquello era verdad.

*Ache* era muy amigo de aquel Peludez, á quien oímos hablar una tarde entre dos luces, con el militar D. Valentín Rodrigo.

*Jota*... otro que tal baila.

En el momento de acercarnos á ellos, tenía este último la palabra.

J. Sabe usted que he tenido una carta muy expresiva de D. Jesús.

H. Y yo también. Supongo que la de usted dirá poco más ó menos lo mismo que la mía.

J. Es natural. Invoca recuerdos del tiempo viejo, y procura exaltar la *fibra del patriotismo*. Esta es su frase.

H. Lo mismo me dice á mí.

J. Desgraciadamente, nuestro buen D. Jesús vive fuera de la realidad, en otro mundo que se ha creado expresamente para alimentar sus ilusiones. Los tiempos han variado mucho y las ideas han tomado nuevos rumbos. Él no se quiere convencer de esto, y continúa *erre que erre* en su Farmacia; pero ya lo vé usted, no acierta con el específico salvador.

H. Pues yo, mi general, algunas veces creo que

tiene razón. Vamos de mal en peor. El otro día me dijeron que en Curgos salieron á pregonar la Bula, llevando batidores de caballería.

¡En una capital!

Crea usted que vamos retrocediendo demasiado y que D. Jesús tiene razón.

J. No la tiene, desengáñese usted. Eso cae por fuera. Pasaron los tiempos de las calaveradas. El chico nos atiende y ¿que más podemos pedir?

H. Usted habla desde la posición que ocupa, pero yo...

J. A cada uno le llega su San Martín, y aquí, en confianza, diré á usted que cuando menos se piensa salta la liebre.

H. ¿Sabe usted algo?

J. Panfilita acaba de decirme que está usted muy bien recomendado para el ascenso y ya sabe usted que bebe en buenas fuentes.

H. Pues no sabe usted qué á tiempo me da la noticia, porque tenía hecho el borrador de la contestación á D. Jesús, diciéndole que contase conmigo.

J. ¡Calma, mucha calma, mi general! No hay que precipitarse. Créame usted.

H. Si lo que usted dice fuera cierto, haría otro borrador.

J. Téngalo usted por casi seguro, porque yo también he oído algo.

H. Me quita usted un peso de encima, porque la

verdad, hoy no están las cosas como en el tiempo de la madre.

J. ¡Que diferencia!

H. Infinita.

J. Los partidos alternan pacíficamente en el poder.

H. Justamente.

J. No se persigue á nadie.

H. ¡Eso es!

J. La prensa es libre.

H. Liebre, digo libre, ya lo creo.

J. El Inca nos recibe como si fuéramos viejos amigos.

H. Dígalo yo.

J. Y poco á poco se nos va haciendo justicia.

H. Justo.

J. Pues bien, amigo mío, viendo las cosas por este prisma, lo único que nos corresponde hacer, decorosamente, es no perturbar la marcha de las cosas. El país necesita reposo, está fatigado, y sin renegar, eso nunca, de nuestras convicciones, debemos reducir nuestra misión á esperar los acontecimientos, que ellos vendrán sin precipitarlos; y excuso decir á usted que si llegaran horas de prueba, nosotros sabríamos corresponder á nuestros antecedentes.

H. Conformes, mi general. Vengan esos cinco. Mañana mismo contestaré á D. Jesús, diciéndole que se deje de tonterías por ahora, y que se venga á Madroñópolis para vivir como uno de tantos.

Y con esto dieron por terminada su conversación los dos patriotas y buenos amigos.

\* \* \*

—¿Y cómo estuvo anoche la ópera, amigo Cascanueces?—preguntó Panfilita.

—Un lleno espantoso; no sabe usted cuánto trabajo me costó encontrar una butaca.

En efecto, D. Anselmo, por lo mismo que para gastar dinero andaba con pies de plomo, se ponía alas en ellos para ver el modo de no gastarlo, y el día antes de la función indicada por Panfilita no paró hasta que hubo conseguido una butaca gratis en la redacción de un periódico.

—¿Pero usted—dijo Panfilita—es de los que pagan la entrada en los teatros?

¡Hombre! ¡Hombre! ¡Ni aunque viviera usted en el siglo pasado! Eso es una antigualla.

D. Anselmo, ante esta observación de la señora de la casa, se limitó á hacer un gesto que no decía nada.

—¡Bien se conoce que aun no ha perdido usted por completo las costumbres de nuestros abuelos! Aquella severidad, aquella rigidez...

Por supuesto, Panfilita, sabía de sobra á qué atenerse, porque era demasiado lista, y D. Anselmo tan poco hábil que siempre se presentaba mal envuelto en su capa de hipocresía.

—¡Que quiere usted!—dijo D. Anselmo, con cierto aire de asentimiento.

—Es preciso que acabe usted de entrar en Madroñópolis. Aquí se va al teatro de balde; se viaja de balde; se entra de balde en las pocas Exposiciones que tenemos; por el mismo módico precio se leen los periódicos y las novelas, todo se consigue gratis, menos aquello que debiera serlo por razón natural y en justicia.

Y á propósito—continuó diciendo Panfilita al oído de D. Anselmo:

Tengo buenas noticias de aquel asunto.

Después de hecha esta indicación, con todo el misterio que el caso requería, continuó de este modo hablando en voz alta:

—Por supuesto, no dejarían de estar las de Ajoseco en el palco de sus amiguitas?...

—Efectivamente, ¿eh?—contestó D. Anselmo con aparente indiferencia.

—Vamos, mi querido Cascanueces, no se haga usted el chiquito.

Aquí se ha dicho que no mira usted con malos ojos á la condesita. Y lo merece. Yo no soy de aquellas que regatean á las demás sus virtudes ó sus gracias.

—Pues crean ustedes, ¿eh?, que no hay nada formal. Visíto su casa; son muy amables...

—¡Ah picaruelo!—dijo Panfilita, dando por terminado el incidente.

—Como usted quiera—contestó D. Anselmo—y si le parece (volviendo á hablar misteriosamente), hablaremos del otro asunto. ¿Tiene usted fundados motivos para creer que se cumplirán mis deseos?

—Todo me induce á opinar que sí.

—Pues en tal caso, y por lo que usted sabe, me convendría recoger una cantidad de importancia que me adeuda el Municipio de Villanueva.

—Mal negocio es. Usted sabe cómo se nombran ó se eligen los alcaldes, y lo primero que necesitamos averiguar es el nombre del que allí ejerce de hecho la autoridad, porque el que la ejerza de derecho será un cero á la izquierda.

—Y usted tiene medios...

—Averiguar el nombre del cacique es cosa fácil. lo difícil será obligarle á hacer lo que no le convenga.

Están los pueblos perdidos (1); pero no quedará por falta de tantear el terreno.

---

(1) Por esta desgraciada tierra no se oye hablar más que desfalsos en fondos municipales, cuyos ingresos hacen á toca teja los contribuyentes cuando se les exige; pero que, dada la organización actual de estos distritos, no puede menos de ocurrir siempre lo peor que se puede imaginar.

Aquí los caciques son de tan ruin calaña, que manejan los fondos, cobran los tributos municipales, lo son todo; pero no figura su nombre en ningún documento, pues tienen á su alrededor infelices labriegos que

Prepare usted los documentos que tenga y un día de estos hablaremos despacio del asunto.

\* \* \*

Otra pareja, constituida por dos señores que hablaban en voz baja, también merece especial atención. Eran dos patriotas *ojalateros*. Pérez y Martínez.

Pérez. ¿Ha recibido usted carta de D. Jesús?

Martínez. No, y me extraña, porque todos sabemos la puntualidad con que responde siempre nuestro amigo.

---

firman cuanto se les pone delante, y cuando se les exige la responsabilidad material resultan insolventes, porque tienen el *buen acuerdo* de designar como concejales á personas de conocida insolvencia, habiendo la costumbre entre fusionistas y conservadores de establecer Concejos, sin que se note hubiese elecciones. Estas no se usan entre esta *compañía*; cada cual pone los suyos á su antojo y capricho. Cuando cualquiera de los que ponen no sirve para el caso, es reemplazado por otro más sumiso.

En un Ayuntamiento se nombró de real orden un alcalde, que es criado de cuadra del cacique; no tiene responsabilidad material ninguna y paga por consumos ochenta céntimos de peseta, con la particularidad de que era de los no elegibles.

El cacique era fusionista, ahora es de la Compañía Linares, y mañana es del moro Muza, con tal que le dejen mangonear las Cajas de los Municipios, pues hizo una fortuna, sin tener una peseta, el año 1881 que fué de secretario á aquel Municipio.

Este cacique, ayudado de otros, sacaron *su diputado sin votos*, de cuyas resultas hay en este Juzgado incoadas unas diez ó doce causas, en las que figuran procesados infinidad de interventores y presidentes de mesas por falsedades en la elección de aquel diputado, que á pesar de todo proclamaron como tal en el Congreso, pero que por aquí no se conoce ni aun su fotografía.—(*El País*).

P. Habrán interceptado la de usted ó la suya porque á esta gente no le llega la camisa al cuerpo.

M. Podrá ser, porque somos de los que figuran en la lista del gabinete negro. ¿Y usted sabe algo?

P. Mucho y bueno.

M. ¡Sepamos, hombre, sepamos!

P. La cosa está que arde. No hay momento seguro.

M. ¡Qué me cuenta usted!

P. Lo que usted oye.

Leyendo esta carta entre líneas, no cabe duda, estamos en el principio del fin ó algo más allá.

M. ¡A ver, á ver!

P. ¿No nos observa nadie? (mirando de reojo).

M. Nadie.

P. Lea usted.

Martínez coje la carta, mira en torno suyo, se convence de que nadie puede enterarse de la terrible misiva y lee muy por lo bajo:

«Mi querido Pérez: He recibido la afectuosa felicitación de usted, con motivo de mi cumpleaños, y al darle las gracias más expresivas por esta nueva muestra de atención, séame permitido también decirle que, en todo lo que vale, estimo la incondicional adhesión que me ofrece.

Siga usted trabajando por la causa con la misma fe que hasta ahora, salude á los buenos amigos con que contamos en esa localidad, y confiando en que

la niña habrá recobrado la salud perdida, queda suyo... etc.»

Martínez, después de leer la carta, se quedó reflexionando, como quien no adivina la trascendencia política que pueda tener.

P. ¿Qué tal? ¡Me parece!...

M. Si quiere usted que le diga la verdad, no me parece nada.

P. ¡Pero es posible!

M. Nada.

P. ¿No llama la atención de usted eso de la niña?

M. Como la pequeña de usted ha tenido el *sarmpión*...

P. Sí, pero usted cree que un hombre como don Jesús, estará para fijarse en detalles caseros.

Prescindiría de eso si no quisiera darnos á entender algo grave. El arte de conspirar tiene muchas máculas, y me extraña que usted no dé con ellas al primer golpe de vista.

*Confiando en que la niña habrá recobrado la salud perdida;* esto tiene mucha miga, esto quiere decir que la Revolución estallará de un momento á otro y que estemos preparados.

M. Y usted, ¿qué piensa hacer?

P. Yo, personalmente, poco puedo; pero el patriota que me tiene arrendado el piso bajo de la casa, ya sabe usted, el que vende frutos coloniales, cuenta con media docena de hombres decididos...

M. ¿A qué?

P. A esperar los acontecimientos. Es hombre capaz de todo. No sabe usted qué lengua tiene cuando empieza á hablar mal del Inca y sus secuaces. Con que no diga usted nada de la carta, por si acaso. Toda precaución es necesaria en estos tiempos.

Renunciaremos á seguir oyendo conversaciones, aunque bien es verdad que nos sería imposible, porque uno de los contertulios, pidió la palabra á la señora de la casa, y después de suplicar ésta el silencio, pronunció aquél el siguiente discurso.

—Señoras y señores: he pedido la palabra para haceros una proposición: Estamos en la noche de San Juan y todos sabemos que es la señalada para hacer á las doce en punto, ni minuto más ni minuto menos, las abluciones con que San Juan Bautista garantiza nuestra felicidad durante un año.

Son las once y media. Propongo, pues, que en el acto se levante esta sesión y que nos traslademos todos á la *Puerta de la luna* para hundir nuestras cabezas en el estanque, ó para ver como zambullen las suyas los que reconocen las grandes virtudes del agua sanjuanera. Y dicho esto, queda sometida mi proposición al voto público.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Aprobada, aprobada!—dijeron muchas voces.

—Que conste la unanimidad de este augusto senado—dijo otro.

—Constará—repuso Panfilita, y como la noche brindaba á tomar el fresco, todos se dirigieron muy complacidos á la *Puerta de la luna*.



La *Puerta de la luna* era una plaza de Madroñópolis, anchurosa en otros tiempos, y hoy reducida á la condición de cochera pública y caballeriza ídem.

Cuando los contertulios de Panfilita llegaron al sitio designado, no se podía dar un paso en la plaza. Tal era la concurrencia que en ella había. Sin embargo, Panfilita ejerció una vez más sus funciones de providencia, y atravesando aquel enjambre humano, se dirigió con su acompañamiento á un edificio público que había en la misma plaza, y desde cuyos balcones podía verse la fiesta. En ellos colocó cómodamente á todos sus amigos, y como el sitio era el más á propósito, presenciaron la ceremonia y sus preparativos muy á su sabor.

El fuerte de los abrañoles ha sido siempre la oratoria.

Cierto día, estando un campesino presenciando una discusión en el gran congreso nacional, oyó á un diputado que, para tratar de vinos, citó la viña de Noé é hizo una excursión filosóficotrascendental por la antigua Grecia. Y tanto habló de Grecia el ilustre tribuno, y de tal modo la ensalzó hasta las nubes, que el

rústico asistente se creyó en el caso de preguntar á un vecino suyo:

—Pero dígame usted, ¿es griego ese diputado?

—No, señor—contestó el otro;—es que aquí se acostumbra á hablar en ese idioma casi siempre.

Así es que en plena *Puerta de la luna* había en la noche de San Juan muchos oradores y hasta *oradoras*, dirigiendo su voz al pacientísimo y creyente público, que por de contado iba provisto, no sólo de cazuelas, jarras y pucheros, sino de latas de petróleo, para recoger buena cantidad de agua en el momento crítico.

—No perder de vista el reló—decía una moza *barbiana*, que llevaba las mangas de camisa y vestido bien arremangadas y descubierto el escote más de lo regular, sin duda para que no se le mojara la ropa al hacer la ablución. A las doce en punto hay que recibir el agua, y los que la reciban con fe conseguirán lo que quieran. Yo, la *verdá*, vengo á chapuzarme para ver si ese *arrastrao* de *Cerilo* me cumple la palabra, como se la cumplió á mi madre mi padre, que esté en gloria.

Y no vale mentir; porque cuando se quedó viuda, y al meter la cabeza en el agua, le pidió otro esposo al santo bendico, á los tres meses ya estaba casada con un *guardia civil* que daba gloria verlo. Con que ánimo muchachas, que va á dar la hora.

Por este estilo eran los discursos que se pronunciaban, más ó menos, en *petit comité*.

Lo cierto es, que á medida que se acercaba el anhelado momento, hombres y mujeres estrechaban el corro para estar más cerca del anchuroso estanque.

Las bromas de los incrédulos exaltaban á los supersticiosos, y con este motivo cruzábanse entre uno y otro bando, palabras fuertes y hasta amenazas fieras.

Algunas jóvenes estaban arrodilladas delante de sus madres en disposición de recibir el agua milagrosa. Las más decididas llegaron á meterse *de patas* en el estanque para no perder tiempo, y cuando la impaciencia era más grande, y faltaban pocos minutos para la hora, se le ocurrió á un chusco gritar:

—¡¡Las doce!! ¡¡Las doce!!

Y sin más averiguaciones hubo muchos que metieron las cabezas en el agua, y no pocos que vaciaron cubos enteros sobre las de los penitentes.

Cuando los chasqueados se enteraron de que habían obedecido á una falsa alarma, protestaron á los gritos de:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡El que no crea que se vaya á su casa! ¡Abajo los *inorantes!* y otros por el estilo.

Sonó por fin la primera campanada. Ya no había duda, y como si hubieran estado movidas por el mismo resorte todas las cabezas inmediatas al estanque, se bajaron y se zambulleron heroicamente en las benditas aguas.

Mujer había con tantos deseos de casarse, que repitió la operación hasta tres y cuatro veces, no sin es-

cándalo de las que estaban en segunda y tercera fila, esperando turno.

Todos los útiles que llevaban á mano los padres de familia se llenaron en un santiamén, y con la misma rapidez los vaciaron sobre las cabezas de sus hijos.

Es de advertir que como la virtud del agua sanjuanera se extiende también á los irracionales, no fueron pocas las recuas de burros, mulas y caballos que fueron conducidos á las orillas del *Aspero*, para recibir, con el baño, la consagración de su felicidad anual (1).

---

(1) Desde las once y media empezó anoche á alluir gente á los alrededores del pilón de la fuente de la Puerta del Sol, con objeto de tomar puesto cómodo para hacer las abluciones legendarias en el nuevo Jordán de los madrileños supersticiosos.

A las doce menos cuarto ya estaban ocupados los escalones de la fuente en toda su extensión por crédulos y curiosos, y á medida que se aproximaba la hora en que debía empezar el nuevo día, la multitud hacía-se más compacta en derredor de la fuente.

Sobresalían en la primera fila varias mujeres del pueblo remangadas hasta los hombros y al aire la cabeza de encanecido y alborotado cabello. Cerca de ellas veíase á niñas, que debían ser de la familia de las creyentes, arrodilladas en el suelo en disposición de recibir el agua bautismal.

Minutos antes de las doce el alboroto fué inmenso entre la apiñada muchedumbre.

Todas las miradas encontrábanse fijas en la aguja del reló del Ministerio de la Gobernación, aguardando con ansiedad á que sonase la primera campanada de la hora.

Algunos chuscos gritaban de vez en cuando:

—¡Ahora!

Y entonces los distraídos volvíanse de repente hacia el reló para comprobar el aviso.

En Abraña abundarían mucho menos las supersticiones, si los gobiernos procuraran desecharlas con el fomento de la instrucción popular; pero el abandono en que ésta se encuentra, justifica que en una época de progreso haya gentes sencillas capaces de creer en las virtudes del agua en cierto día del año y á determinada hora.

Sólo así se conciben también los apóstoles *curanderos*, curándolo todo con sólo dar de beber á sus clientes agua clara, y que muchos crean en la virtud de los *saludadores* para curar la rabia (1).

---

Las bromas cundían y los chistes se disparaban de un lado á otro de la fuente; mas los fieles crédulos hacían de todo caso omiso, no preocupándose más que del objeto que allí los llevaba.

La impaciencia era grande. Muchos caballeros y algunas señoras presenciaban el espectáculo no lejos de la fuente, y los balcones del Ministerio hallábanse llenos de curiosos.

*Por fin* llegó el momento psicológico: en los aires vibró la señal de la campana y abajo, en el amplio pilón, hundieron sus cabezas ó introdujeron sus manos porción de mujeres, niños y hombres, estos últimos para llenar de agua á cuantos mortales estaban próximos al *lugar del suceso*, riéndose á mandíbula batiente de los que se refrescaban.

La verdad es que unos por fuerza y otros por su voluntad, quedaron anoche hechos una sopa más de 500 personas, séres privilegiados, de cuya felicidad durante un año cuidará San Juan Bautista.—(*El Liberal*, 23 de Junio de 1891).

(1) Después de haber recorrido varios pueblos de la provincia de Cáceres, fué muerto anteanoche en Malpartida un perro hidrófobo, que estaba siendo el terror de las gentes del campo.

Antes de que mataran al animal, mordió á varias personas y algunas caballerías.

Según se dice han sido llevadas aquéllas á un *saludador* que reside en la comarca.—(*El País*, 4 de Enero de 1892).

## XIV

Las nuevas gestiones del capitán Rodrigo produjeron, al parecer, excelente resultado, porque Patricio obtuvo una colocación en el *ramo de consumos*.

—Mucho cuidado—le dijo su protector al entregarle la credencial de vigilante. Ya sé que harás todo lo posible para cumplir con tu obligación, pero esto mismo te podrá comprometer. En fin, tú verás, y si observas que tratan de meterte en algún *lío*, déjalo todo y buscaremos otra cosa. Por lo pronto, ¡qué le vamos á hacer! hay que conformarse con lo que nos dan.

Patricio, después de oír estos consejos, tomó posesión de su destino en un *fielato*, así llamado por mal nombre.

En el mismo día empezó también á ejercer las mismas funciones, en el mismo sitio, otro vigilante á quien llamaban *El Zurdo*, cuyo *Zurdo* estaba recomendado á un tercer vigilante, muy experto en los asuntos del *ramo*.

La circunstancia de haber ingresado el mismo día en el cuerpo, facilitó la intimidad entre ambos compañeros.

—¿Cuánto te ha costado á tí el nombramiento?—preguntó *El Zurdo* á Patricio.

—Nada—contestó—he conseguido este destino por recomendación de un amigo.

—Pues yo también, y sin embargo, he tenido que pagar lo de costumbre.

—¡Lo de costumbre!—dijo Patricio.

—Sí, hombre, ochenta *colunarias*, que según me dijo un señor agente, es el tipo señalado. Yo tampoco lo sabía, pero cuando se lo dije á D. Juan Antoñez, que es mi padrino, me las dió, pagué y punto *acabao*. Después he sabido que por un nombramiento de cabo, quitan ciento veinticinco *colunarias*, pero no me atreví á pedirle tanto á D. Juan, aunque me debe muchos favores.

—Conque eres amigo de D. Juan Antoñez?

—Qué, ¿le conoces tu?

—Un poco.

—¡Ese si que ha hecho fortuna! Empezó como nosotros ó peor. Cuando yo le conocí era matutero en grande, y luego... ya le habrás visto hecho un señor de gabán.

—No; hace tiempo que no tengo noticias tuyas.

—¡Pues ahí es nada! Gasta *levosa* como un *cabayero* y tiene coche y todo. ¡Como que dicen que van á nombrarle senador ó una cosa así, si no he oído mall!

—Cualquier cosa.

—Pues mira, mejorando lo presente, es una buena persona.

No se olvida de sus antiguas *conocencias*. Cuando

yo me ví sin pan que llevar á la boca, fui y se lo dije, y al otro día me dió el nombramiento y las ochenta *colunarias*.

Me parece que no hay más que pedir.

Además, me dió un buen consejo, en pocas palabras.

—¿Un buen consejo?

—Como de un hombre que ha *corrió* mundo y sabe donde le aprieta el zapato: Me dijo esto, que no olvidaré:

Toma las ochenta *colunarias*, y á vivir; si sabes *nadar y guardar la ropa*, no pasarás hambre en el fielato, porque medios de matarla no te faltarán (1).

---

(1) No es el rumor tenue, no es el murmullo de un bando reducido no es la versión diferente y discutida que circula en determinadas esferas; es la voz unánime y estruendosa de Sevilla entera, que levanta un grito de protesta y de indignación ante los estupendos hechos, que para mengua de las más altas instituciones, se asegura que se han cometido por la Empresa Arrendataria de Consumos de nuestra capital; sin que á pesar de la alarma producida, de las denuncias hechas y de la inminente ruina que amenaza, se haya procurado por las autoridades imperantes acallar el grave rumor y satisfacer las exigencias de la opinión pública, excitada por la sospecha del más inaudito de los escándalos.

Háse ya dicho en todos los tonos que la Empresa de consumos de Sevilla, en connivencia con cierto número de industriales, ha permitido á éstos la introducción de un mar de materias sujetas al impuesto, abonando la mitad de los derechos de tarifa.

La trascendencia y gravedad de esta punible negociación se ha manifestado y no puede ocultarse ni aun á la más limitada inteligencia. La opinión pública señala con sus nombres propios á los individuos que han aceptado la realización del supuesto fraude, é indica la manera de

Y esto es lo que debemos hacer. Tiene razón. ¡O vamos á ser nosotros de otra ley que los señores! El mundo es como es, y está como está, no por culpa nuestra, y no hemos de arreglarlo nosotros.

¿No es verdad, Pepe?—dijo *El Zurdo*, dirigiéndose al vigilante veterano.

—Así es, y el que no lo quiera así, que lo deje. Aquí *semos* unos todos. Lo que yo *arrebañe*, pongo por caso, es *pa* los tres y *vicioversa*. La *custión* está en que no le cojan á uno con las manos en la masa.

---

haberlo efectuado, revistiendo la operación con formas de aparente legalidad y de éxito seguro. Señala al par los almacenes ó depósitos donde han encerrado las mercancías objeto del supuesto chanchullo, y manifiesta por modo harto elocuente la inquietud de que se halla poseída ante el fundado presentimiento de una espantosa catástrofe, si de las llamas de un incendio fuesen pasto las enormísimas cantidades de materias inflamables que hoy existen dentro de nuestra amenazada población.

.....  
.....

¿Y á quién correspondería la responsabilidad de la hecatombe? No queremos pensarlo: nuestra imaginación huye con horror de tan tenebroso pensamiento. ¡Y pensar que de todo esto pudiera haber sido causa una Empresa avarienta y cuatro industriales logrerros! ¡Pensar que toda una jerarquía de autoridades ha sido impotente para prevenir el mal más que horror nos causa vergüenza!

No son los hechos de que tratamos de aquellos que se realizan con el sigilo de un asesinato, de un robo, no. Son hechos para cuya ejecución háse indudablemente necesitado la premeditación, la alevosía, el concurso de innumerables cómplices, á cada uno de los cuales se ha propuesto y ha aceptado la realización del hecho, tomando una parte más ó menos directa en la ejecución del mismo.—(*El Baluarte*, 12 de Junio de 1891).

Y como hay tiempo de sobra, os daré algunas *lecciones pa que no sus cojan desprevenidos los acontecimientos.*

Aquí se hacen favores á los amigos que los pagan, sin comprometerse y sin que nadie tenga nada que decir.

Supongamos que un conocido quiere pasar un saco de carbón, pues el encargado de la báscula, dice que pesa ocho en vez de diez y *sanseacabó*: Que no quiere comprometerse á tanto, pues dice que la tara del envase pesa más, y lo mismo. Esto, cuando se trata de varios bultos, produce bastante, por aquello de que más... hace un buey que cien golondrinas. En estos negocios entran los fiscalizadores, los visitadores, los cabos y también nosotros, por la parte que nos toca, que no es la mayor, pero algo se pesca.

Algunas veces se suele hacer lo que llamamos *tránsito*, y es negocio mejor. Supongamos que un carro cargado de jamones ha de quedarse dentro de la ciudad sin pagar ni un *gato* de derechos. Pues se supone que va de paso para salir por otro fielato fuera del término y en medio del camino, si te he visto no me acuerdo.

—Pero oiga usted, amigo mío,—observó Patricio —para ese chanchullo será preciso que estén de acuerdo varias personas.

—Ya lo creo: el administrador, el aforador y el vigilante que acompaña la mercancía.

—Lo más gracioso—continuó diciendo el veterano Pepe—es eso de *correr* la papeleta.

Cuando de un mismo dueño vienen muchos carros, pongo por caso, se hace una papeleta de adeudo que sirve para todos, y cada uno no paga más que lo convenido. Esto es lo que llamamos *correrla*.

Ayer mismo se *corrió* la papeleta para ocho que venían cargados de espíritu de vino; una de las cosas que pagan más derechos, y no hubo novedad.

Lo peor es que todo ello se va entre músicos y danzantes, y que á nosotros nos llega poco, si nos llega algo. Por eso es necesario estar en todo, y cuando cae la ocasión de hacer un negocio por sí, hacerlo, procurando que no le cojan á uno en la trampa.

—Lo mismo que me aconsejó D. Juan—dijo *El Zurdo*—y no se le puede negar que entiende el negocio.

—Y si no, que lo diga el pelo que ha echado en poco tiempo—observó muy discretamente Pepe.

Todo se reduce—continuó diciendo éste—á no pasar de la raya. Yo conocí uno que se cegó y fué á presidio, pero él se tuvo la culpa. Los negocios son como todas las cosas; el que sabe hacerlos bien, prospera, y el que no sabe, á lo mejor se encuentra con que le salió la criada respondona y que lo empapelan en un decir Jesús, con perdón sea dicho.

Hay mucho que hacer en el ramo sin que nadie se meta con uno.

Los visitantes son los que manejan mejor este tinglado, sobre todo cuando se trata de eso que llaman *cubicar*.

Esto se hace en los cuadros de ladrillos; en los depósitos de hielo y otras cosas semejantes, y se reduce á hacer *deducciones*, según las llaman los que entienden en esos aforos. Quiere decir, hablando en plata, que si un cuadro tiene mil metros cúbicos, se hace la vista gorda y se dice que no tiene más que ciento. Después de todo un cero más ó menos, ¿qué significa?

El *matute* ya es otra cosa. Se hace en pequeño ó en grande, en perjuicio nuestro casi siempre.

Cuando se hace en pequeño, es muy difícil perseguirlo; porque los matuteros y las matuteras saben más que Lepe. Tienen cada artimaña que tiembla el Credo, y cuando se descubre una sacan otra.

A lo mejor parece que pasa una mujer *de nueve meses*, y lo que pasa es una matutera con su vejiga de manteca ó de aceite sobre la tripa. Otras veces llevan una salchichería colgando de la cintura y debajo de los vestidos. Caballeros he visto yo, con corazas llenas de aguardiente, y señoras muy encopetadas que traían sobre sus propios jamones otros dos que daba gloria verlos.

¿Y carruajes de lujo con doble fondo para llenarlo de lo que convenga?

De eso he visto la mar.

Con decirnos que hay autoridades que también se dedican al matute, está dicho todo (1).

Y para que no os asustéis de nada, os diré que en cierto tiempo sirvieron los coches fúnebres para entrar carne matutera. Con que después de esto, apaga y vámonos, ¡Quién había de creer semejante atrocidad!

El matute, para que lo sepais, se almacena y se prepara del modo mejor por los inteligentes, fuera de la zona fiscal, y luego se introduce de acuerdo con los empleados, ó sin contar con ellos. Esto último sucede cuando aquéllos piden por la entrada del género una cantidad superior á la que quieren dar los introduc-

---

(1) Refiere *La Libertad* el escandaloso suceso ocurrido en Granada, donde un alto funcionario de la administración civil (esta es la frase del colega), fué sorprendido introduciendo fraudulentamente artículos de consumos.

Dejemos hablar al periódico canovista:

«La pareja del fielato detuvo el coche, y preguntó como es costumbre: —¿Va dentro algo de pago?— A lo cual el funcionario, que iba acompañado de un subalterno y de otra persona, contestó, mostrando los cordones de su bastón de mando: ¿Pagan las insignias de la autoridad?

Los dos guardas se descubrieron, y el coche continuó su camino; pero al llegar al comedio del paseo de la Bomba, otros, que estaban en acecho para realizar la aprehensión, detuvieron el carruaje, diciendo que tenían sospechas, y que en uso de las facultades que les confiere la instrucción, deseaban examinar el interior del coche, lo cual practicaron, encontrando dentro 13 jamones.

Inmediatamente declararon que embargaban el carruaje por comiso de introducción fraudulenta y se dirigieron con él á la central, después de haberse apeado el funcionario de que se trata, y el subalterno y el amigo que venía acompañándole.»

Ayer debió celebrarse el juicio administrativo prevenido en la instrucción de Consumos.

¡Cómo está la sociedad!...

—(*La Coalición*, de Badajoz, 13 de Junio de 1891).

tores, y claro es que cuando se trata de cosas que pueden sufrir averías, como hay que meterlas, cueste lo que cueste, entonces es cuando solemos andar á tiro limpio por esos trigos de Dios. Por lo demás, no creais que somos enemigos. Cuando acaba la pelea, como si tal cosa hubiera sucedido, y si á mano viene, nos vamos á echar *un medio* en la primer taberna, como buenos amigos, porque todos nos conocemos y estamos á una.

Ahora, como vosotros sois novicios, tendreis que andar con mucho ojo para que no os la peguen, porque esos malditos son capaces de contarle los pelos al demonio.

Hay matutes que entran por orden superior, y entonces no hay más remedio que bajar la cabeza y no decir esta boca es mía. De lo contrario, cesantía al canto, si es que no lo envuelven á uno en una causa sin comerlo ni beberlo.

Estos grandes matutes se hacen en *convivencia* con el administrador principal, y se encarga de arreglar los contratos el jefe de la ronda, titulada de la administración. Estos matutes entran de noche sin que nadie se meta con ellos. A lo mejor pasan cuarenta ó cincuenta hombres cargados con grandes bultos que contienen las especies más gravadas, como jamones, tocino salado, aceite, petróleo, espíritu de vino, vino común y otras cosas de precio.

Yo he oído decir que el paso de estas procesiones,

valía á un administrador cuatro mil *colunarias* semanales, y me parece que esto no es moco de pavo. ¡Quién pudiera ser administrador principal un par de meses, aunque no fuese más!

—Pero dígame usted compañero—observó Patricio—¿y todos los que introducen géneros en Madroñópolis proceden de mala fe? ¿No hay quien prefiera á meterse en esos líos pagar religiosamente los derechos?

—Pues claro que sí, porque de todo hay en el mundo—contestó Pepe.

—Y entonces...

—Entonces, no faltan medios para sacarles los *gatos*, quieran ó no quieran.

—Es decir, que cuando el matute no se presenta por sí solo, obligan á que se presenten los encargados de perseguirlo?

—Ahora sí que has dicho la *verdá*. Eso es lo que pasa.

—¿Y cómo se las arreglan?

—*Pus* muy sencillo. Yo ya soy perro viejo, y á mí no me la dan esos maestros. He aprendido mucho. Como que llevo seis años viendo y callando.

Vamos á un suponer. Supongamos que uno de esos, que aquí llaman *de buena fe*, quiere entrar, pongo por caso... ¿qué diré yo? cualquier cosa que se eche á perder pronto sino se vende á tiempo, ó una cosa que merme estando detenida. Lo que se hace con esos *cu-*

*cos*, como los llamamos, es lo siguiente: Cuando se presentan al aforo se les dice que les corresponde pagar el doble de lo justo. Claro es, que como poco más ó menos saben ellos lo que debe ser, no se conforman y no pagan. Pues ya cayeron en la red, porque entre si es ó no es, queda el género detenido en los muelles, y como los administradores y los aforadores que intervienen en los adeudos tienen medios de sobra para insistir en sus pretensiones, los pobres hombres pierden tiempo y paciencia, costean los carros, mantienen las caballerías, pagan el personal, y se exponen á que se les rompa un envase, perdiendo en un momento mucho más que la cantidad pleiteada. Y, por último, ó ceden ó entran en un arreglo, quedando así advertidos para otra vez.

—De donde resulta—dijo Patricio—que lo mejor es ponerse de acuerdo con los empleados y defraudar los intereses del Municipio

Nosotros no entendemos de defraudaciones. Ya se sabe que aquí, como en todas partes, lo que se procura es cubrir el expediente para que no digan que si fué que sí vino. Pues qué, ¿no dicen ahora que hay sapos y culebras en eso de los barcos?

Esto no quiere decir que no vengan por aquí algunas veces personas dispuestas á cumplir con su obligación; pero se estrellan y tienen que irse con la música á otra parte.

Esta lección de moral administrativa al alcance de

todas las inteligencias, dábala Pepe á la puerta del fielato y en uno de esos momentos en que los transeuntes no son sospechosos, y por lo tanto, nada dan que hacer.

En cuanto al efecto que en Patricio produciría lo que acababa de oír, no hay para qué decirlo.

Terminada la lección, acercóse á los tres un cuarto personaje, que dijo en voz alta:

—Pepe.

Pepe se levantó en el acto y se acercó con ciertas muestras de respeto al que le llamaba. Era el aforador.

—¿Son de confianza esos muchados?—preguntó el recién venido.

—De uno de ellos respondo por lo que le he oído respirar.

—¿Cómo se llama?

—Le dicen *El Zurdo*.

—¡Ah! ¿Ese es el que recomendó D. Juan?

—El mismo.

—Ya se conoce. ¿Y el otro?...

—El otro me parece que no entiende esta música.

—Peor para él.

—Ya se lo he dado á entender en pocas palabras.

—Pero el caso es que esta noche seréis todos necesarios.

—Pues por eso les he estado leyendo la cartilla, para que no les coja de susto lo que vean ó lo que se les mande.

—¿Y crees tú que ese mozo... ese Patricio, hará lo que se le diga?

—Por una vez *tan siquiera* tendrá que aguantarse.

—Tienes razón; pues nada, que se encargue él del tránsito de ese carro de petróleo; tú te quedas aquí para correr la papeleta de las cargas del señor Pedro, y el otro se vendrá conmigo.

—Enterado. ¿Puedo retirarme?

—No, espera un poco, porque ese muchacho no me inspira confianza y temo cualquier cosa. Es preciso que entre acompañando el carro sin saber de lo que se trata.

—Y entonces...

—Déjame á mí y dile que venga.

Pepe fué á cumplir la orden, y volvió enseguida, diciendo:

—Aquí está Patricio.

—Esta misma noche, á las nueve en punto,—dijo el aforador á su nuevo empleado—entrará usted en la villa acompañando un carro de petróleo que va de tránsito. Es decir, que pasa por la ciudad para salir por la puerta de *San Clemente*. ¿Está usted enterado?

—Sí, señor, contestó Patricio.

—El carro irá precisamente por la calle de *Agua-vá*, *Puerta de la luna*, calle del *Pedregal* á la cuesta de *San Clemente*, y no hay que perderlo de vista.

Al pasar por el café de *Guillermo Tell*.. ya lo conoce usted, ¿eh?

—Sí, señor.

—Entra usted y me llama. Allí estaré yo.

—Comprendido.

—Mucho cuidado, porque aquí es preciso andar muy derecho.

—Descuide usted.

—Puede usted retirarse.

Patricio se retiró como se le ordenaba, y el veterano Pepe, obedeciendo á una seña del aforador, no se movió de su sitio.

—Oye—dijo el aforador á Pepe—cuando venga el del carro no dejes de encargarle que tan pronto como el vigilante se retire, apriete el paso y desaparezca de la escena; pero como el rayo.

—Corriente.

—Lo demás corre de mi cuenta.

Después de dadas estas instrucciones, el aforador volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia la villa tranquilamente, como si hubiera cumplido con su obligación.

\* \* \*

El día pasó sin novedad.

Pepe, aprovechando los ratos de ocio, siguió demostrando sus conocimientos en el arte á que se había consagrado, y Patricio afirmándose y ratificándose en

lo que se le ocurrió al oír las primeras explicaciones de su compañero, á saber: que no podía permanecer entre aquellos bandidos sin comprometerse, ó sin que le comprometieran. Así, pues, formó la resolución de no volver al día siguiente, aunque al otro se muriera de hambre.

A las nueve en punto se presentó el consabido carro, y el buen Patricio, resuelto á no abandonarle hasta que saliera fuera de puertas, siguió tras él. Pepe había dado al conductor las instrucciones que nos son conocidas.

Llegó Patricio al sitio en que debía esperarle su jefe, y dijo al carretero: Pare usted un momento mientras aviso al aforador, que me espera aquí.

El carretero obedeció; pero tan pronto como Patricio penetró en el café, tendió el látigo sobre las mulas y arrancaron éstas al trote largo, como alma que lleva el diablo.

Ni visto ni oído.

Cuando el aforador y Patricio salieron del café, cuestión sólo de segundos, el carro estaba á buena distancia.

—¿Dónde está el carro?—preguntó el aforador muy incomodado.

—Le dije al carretero que esperara... Pero mire usted, por allá vá. De una carrera le alcanzo y acogoto á ese pillo que me ha engañado.

Y diciendo esto se dispuso Patricio para echar á

correr, pero el aforador le detuvo cogiéndole por un brazo, y diciendo:

—No son horas estas de armar escándalo, y dé usted gracias porque yo he visto lo ocurrido. De lo contrario ya tenía usted para rato.

—Es decir...

—Que no debió usted dejar el carro solo ni un momento.

—¡Pero había de meterlo en el café!

—No sea usted bruto ni respondón. ¿No hay guardias de Orden público á docenas, que se hubieran encargado de sustituir á usted un momento?

Patricio al oír esto bajó la cabeza, y con aire profundamente resignado, dijo:

—Tiene usted razón. Yo soy responsable. He sido un torpe, y haga usted de mí lo que quiera.

—Lo único que hago es decir á usted que vaya á su puesto y que tenga más vigilancia en otra ocasión.

—Muchas gracias.

Cuando Patricio, después de despedirse de su jefe, iba camino del fielato meditando sobre lo ocurrido, se le podía ahogar con un cabello. Tanta pena le causaba la torpeza cometida.

—He sido un torpe. Tiene razón el jefe. Me ha llamado bruto, y lo soy; por eso he tenido que tragarme la palabra. Si no... ya se la hubiera devuelto. Además, tengo que estarle agradecido, porque sabe Dios

á dónde irá á parar ese carro, y en qué responsabilidad habré incurrido.

No, pues lo que es ahora—continuó diciendo—no me marchó.

Mi nombre ha de quedar bien en todas partes, y ya verán si Patricio Bueno se deja engañar tan fácilmente otra vez.

Haciéndose estas reflexiones llegó Patricio al fielato.

Lo que no sabía es que el carro fué detenido, porque al huír precipitadamente atropelló á un señor anciano.

\* \* \*

Cuando Patricio llegó, estaban sus dos camaradas dentro del fielato, ocupándose en lo que había dado de sí la jornada. Hablaban alto, como entre compañeros, y al sentarse Patricio, para descansar y seguir reflexionando, en un poyo de piedra que había cerca de la ventana del cuarto en que charlaban sus *amigos*, oyó la conversación que sostenían, tanto más expresiva, cuanto que apuraban, entre párrafo y párrafo, algunos cuartillos de *Caropeñas*, antes del bautismo.

—Mal estreno has tenido—decía Pepe á su nuevo compañero *El Zurdo*.

—Como que no me ha dado el aforador más que una *colunaria*, y he andado con él más de una hora y he tenido que pegar de palos á uno.

—Y qué quieres; ellos se comen la carne y á nosotros nos dejan el hueso. Así es el mundo.

—Pues si no fuera por nosotros—replicó *El Zurdo*.

—No podrían dar un paso sin tropiezo; pero hay que contentarse con lo que caiga, poco ó mucho. Menos habrá sacado ese.

—¿Quién es ese?

—¡Quién ha de ser! Ese que se las echa de sabio. Patricio.

—¡Qué ha de ser sabio eso, si parece que se ha caído de un nido! ¿Pues no te acuerdas de las preguntas que te hizo?

—¡Bien se la ha *dao* esta noche el aforador!

—Cuenta, cuenta.

—Como que le ha hecho pasar un *tránsito* sin saberlo.

—¡Tiene gracia!

—Toda la sal del mundo. Verás. Le dijo muy serio: Usted vá vigilando el carro y cuando llegue usted al café de *Guillermo Tell*, entra usted y me avisa.

—¡Y qué!

—¿Tampoco tú caes en la cuenta? Que al mismo tiempo avisaba yo de parte del aforador al dueño del carro para que hiciera *mutis*.

—¡Tiene gracia!

—Y llegará nuestro hombre creyendo que todo ha sido obra de la casualidad.

—¡Ah pilló!—murmuró Patricio por lo bajo—ni un

momento más. Esto es horrible. No voy encontrando en esta ciudad maldita más que tandas de tunos. Y procurando reponerse entró en la habitación donde estaban sus compañeros.

—¡Hola, Patricio! ¿Qué tal te ha ido?—dijo Pepe, con la mayor naturalidad.

—Muy bien—contestó Patricio—tan bien, que ahora mismo me marcho á mi casa. Os dejo el campo libre para que sigais vuestras hazañas, aunque no tenéis vosotros toda la culpa.

¡Ya lo veo, ya lo veo! La perversión viene de arriba, tenéis razón, si yo fuera vuestro juez, os absolvería. ¿Qué habéis de hacer cuando por todas partes os acechan para haceros prevaricar; cuando venís aquí comprando por un puñado de monedas vuestros miserables destinos!

Quedad con Dios.

Yo no sé nada, yo no he visto nada, pero me es imposible continuar aquí.

Veré si de otro modo puedo ganarme la vida honradamente, y si todo está tan podrido como lo que hasta ahora he visto, no me faltará valor para coger á mi mujer y á mi hija y echarme al río con ellos para acabar de una vez.

Los dos compañeros de Patricio se quedaron como quien vé visiones, después de oír el breve y enérgico discurso de su compañero.

Hubo un momento de pausa, de verdadero estupor

para aquellos dos hombres que sin duda oían por primera vez en su vida tal lenguaje.

El primero que se repuso fué Pepe, y después de volver á un lado y otro la cabeza, como si pretendiera arrojar fuera de ella algo molesto, se expresó así:

—Y sabes que casi, casi tienes razón.

—¡Cási, cási!—dijo Patricio.

—Porque si no nos metieran en esto...—continuó sin hacer caso de las dos palabras con que Patricio acababa de afirmar sus ideas, tal vez no seríamos lo que parecemos.

Pero esta reacción hacia el bien, duró poco.

El uno, había aumentado una columnaria á su jornal.

El otro... acaso más.

¡Y tenían delante las botellas de vino y el mañana!

—Pero es lo que yo digo—continuó Pepe. ¿Somos los pobres los que metemos más la mano? ¿No son los ricos, los señores, los que lo manejan todo? ¿No cuentan con nosotros?

Vaya, Patricio, echa un trago, y deja á los demás que arreglen el mundo. Los pobres hacemos bastante con bailar al son que nos tocan.

—Ese es vuestro error—dijo Patricio.

Si la clase trabajadora, si la clase desheredada, si los pobres, como tú dices, se dejan llevar como un rebaño al matadero, y el matadero es mi deshonor, la vuestra, la de todos, esto se vá, esto se pierde, en me-

dio de la prostitución á que se nos invita á todas horas con las más fuertes tentaciones. Pensad que tenemos mujeres, que tenemos hijos, que tenemos Patria.

No, amigos míos, á nosotros y sólo á nosotros, nos corresponde ennoblecernos, ennobleciendo el trabajo de que vivimos. Seamos honrados, seamos dignos, seamos una protesta viva y constante contra los infames que, abusando de la ignorancia en que estamos por su culpa, nos explotan y nos envilecen.

Quedad con Dios, hermanos míos—dijo Patricio tendiéndoles los brazos—y ojalá no sea tiempo perdido el que he pasado entre vosotros.

El *Zurdo* y Pepe, casi vertiendo lágrimas, pusieron en pie y abrazaron á su compañero.

Cuando Patricio desapareció camino de Madroñópolis—dijo Pepe á *El Zurdo*:

—¿Sabes que me ha hecho llorar ese Patricio?

—Y á mí también—contestó *El Zurdo*.

—¡Si yo hubiera oído muchas veces hablar así!...

Estas fueron las palabras con que Pepe hizo el resumen.

Aquella noche, ni volvieron á chocar los vasos, ni hablaron de los negocios del *ramo de consumos*.

Ahora que calcule quien pueda el resultado de tanta inmoralidad (1).

---

(1) Leemos en *El Nuevo Régimen*, periódico del Sr. Pi y Margall, al hablar de la renta de Consumos:

«Cuando en Madrid va bajando su importe, no será malo que veamos

## XV

Retrocedamos; porque está visto que no siempre se puede avanzar.

El maestro de escuela, después de un largo interrogatorio, fué puesto en libertad, aunque apercebido por las autoridades, y hélo aquí bajo la vigilancia de la policía, siendo uno de los hombres más pacíficos y más inofensivos del mundo.

En cambio, los tunantes de todas cataduras, campaban por su respeto, sin que la ley cayera sobre ellos.

¡Contrastes de la vida madroño-politana!

Braulio y Luisa, dos naturalezas inmejorables, fueron á ocultar en Colonia su dolor y su vergüenza, porque el crimen de D. Anselmo no caía bajo la jurisdicción del Código, á pesar de haberlo cometido con todas las circunstancias más agravantes, y por consecuencia, más odiosas.

---

lo que en París producen. En el mes de Julio han dado 11.537.383 francos, 351.469 más que en Julio de 1890; durante los siete meses del año, 82.295.594 francos, 20.15.274 más que en el período correspondiente al año anterior. ¿Cómo allí aumenta el importe de esa contribución, y aquí disminuye?»

Pues ahí verá usted.

¿Quién podía demostrarle que él era el autor de la deshonra de Luisa, cuando esta misma estaba interesada en que quedase oculta?

Dejemos, pues, á D. Anselmo, bestia dañina con todas las apariencias de mansa, y vayamos en busca de otros personajes, que nos interesa recordar ó conocer.

En todo lo que podía perjudicar á su salud y á su posición improvisada, seguía ocupándose Pepito, con un ensañamiento feroz, estimulado por los mismos que debían contenerlo.

Desgraciadamente para él, quedó viudo apenas casado, y en esta situación vamos á encontrarle en casa de su favorita Leonor, una noche que salió acompañado de... cualquiera de sus íntimos.

Ambos dirigieronse á pie á una casa de la *Cuesta de San Domingo*, y al llegar á la puerta se despidieron con estas palabras:

—Pasaré aquí la noche—dijo Pepito—y mañana temprano nos veremos en casa.

—Nada tengo que hacer—observó el leal amigo.

—Gracias; esta noche necesito hablar á solas con Leonor. Hasta mañana.

—Hasta mañana, y en mi casa estaré, por si ocurre algo...

—No, no ocurrirá nada.

Dicho esto, Pepito tendió la mano á su buen amigo, y de dos en dos subió los peldaños de la escalera,

y cuando llegó al gabinete en que estaba Leonor, se dejó caer de golpe en una butaca, diciendo:

—Estoy rendido.

—Y es natural—dijo Leonor, acercándose á él cariñosamente y reconviniéndole—ya te he dicho mil veces que te matará ese afán de llegar pronto á todas partes. ¿No sabes que yo siempre te espero?

—Sí, lo sé; pero déjame ahora—contestó rehusando dulcemente las caricias de Leonor—toca el piano y canta.

Cuando tocas y cantas me olvido de todo, menos de tí.

Leonor obedeció, y se sentó al piano.

Leonor parecía haber nacido expresamente modelada para el placer. Era de regular estatura, buenas carnes y prominente seno.

Su rostro, dotado de una flexibilidad extrema, tomaba todos los aspectos. De dulzura infinita; de bondad inmensa; de candor purísimo, ó de energía indomable; pero al dejarse dominar por la pasión amorosa, sentía todos sus vértigos inexplicables y recorría los infinitos tonos de la voluptuosidad más soberana, lo mismo, tan fácilmente, como recorría con sus ágiles dedos las teclas del piano.

Era una mujer hermosa, no bonita; arrogante, no perfecta; una de esas mujeres vistosas, que llenan, que atraen y que incitan á los chacales del amor al hartazgo de todos los vehementes apetitos carnales.

Su cabeza, algo grande, estaba adornada con abundante, negra y fuerte cabellera; sus ojos negros, rasgados y brillantes, eran, más que expresivos, juguetones y charlatanes. La nariz muy abierta y un poco respingada, daba al conjunto de las facciones un aire picaresco. Sus labios gruesos, rojos como cerezas, determinaban el contorno de una boca ni grande ni pequeña, en cuya ronsisa insinuante parecía vagar siempre el rumor del último beso.

Era morena.

A esta mujer poderosa estaba entregado el débil Pepito. En aquella hoguera inmensa, cuyo propio vigor rechazaba las materias débiles, para no consumirlas en un solo momento, caldeaba el enteco Pepito sus pasiones mundanas.

Cuando aquella mujer y este hombre estaban juntos, representaban el volcán y la arista.

Leonor no abusaba de las cualidades físicas de su amante; él hubiérase extinguido hacía mucho tiempo en aquella llama voraz, porque los amores eran largos. Desgraciadamente, las precauciones de Leonor, eran inútiles, porque ella misma sabía que á Pepito no le faltaban, sino muy al contrario, otras distracciones semejantes.

—¡Qué ha de hacer—pensaba ella—si muchas le solicitan, y muchos le ponen en situaciones propias para ser solicitado!

Leonor, para razonar así, consultaba su propia na-

turalaleza, ardorosa y fuerte. Ella hubiera sido débil también.

Leonor se sentó al piano, como hemos dicho, arrancó torrentes de armonía para ponerse en dedos y preludió el aria de *La Favorita*: ¡Oh mío Fernando!, que estaba muy en carácter y que oía con deleite el buen Pepito.

La voz de Leonor tenía un brillo extraordinario; matices suaves y puros; vibraba con tonos, ya cristalinos, ya metálicos, y era tan poderosa, que algunas veces rebasaba el registro de la voz natural, remon-tándose fácilmente á las cimas de la gama, para otros organismos inaccesibles, ó descendiendo sin dificultades hasta el último punto de la escala musical.

Pepito, muellemente tendido en la butaca, con la cabeza apoyada en el respaldo, las piernas extendidas y cruzadas, las manos en los bolsillos y la mirada fija en lo alto, dejaba vagar su espíritu, libre de preocupaciones, en las ondas melodiosas que le rodeaban.

Aquellas notas inimitables; aquellos sonidos armoniosos, le distraían, le abstraían, le alejaban de la realidad, y el ardor de la fiebre que lentamente consumía su naturaleza, se calmaba con la benéfica lluvia de trinos y de rasgos cromáticos, salida del cielo de aquella boca que con tantas delicias le brindaba.

Pepito era feliz en tales momentos.

Cuando Leonor terminó el aria, sacó Pepito las

manos de los bolsillos y dió tres palmadas, diciendo al mismo tiempo:

—Ven acá.

Leonor se acercó al jovenzuelo; éste la atrajo hacia sí, cogiéndola por la cintura, y sus cabezas se juntaron un solo momento.

Leonor se desprendió de su amante y se sentó á su lado en un alto almohadón. Como la esclava á los pies de su amo.

El sultán y la odalisca.

—¿Qué tienes?—preguntó dulcemente Leonor á su amante. Me parece que estás esta noche mucho más triste.

—¡Cómo quieres que esté! Lo sabes todo; te lo he dicho todo, y además, aunque no te lo dijera, mis actos son públicos. ¡Hasta estos! Pero, ¡qué le vamos a hacer!

Si yo te hubiera conocido antes, te lo juro, ni Corralón, ni cien Corralones me hubieran traído á Abraña; porque este mundo conozco que no es el mío desde que te conocí. Mi mundo eres tú, tú y nada más que tú, Leonor de mi vida. Lo demás, ¡qué me importa!

Pero ya sabes... la razón de Estado. ¡Maldita sea la razón de Estado y el que la inventó!

Diciendo esto, Pepito se levantó del asiento y empezó á cruzar la sala á grandes pasos, como si estuviera loco.

Leonor dió un suspiro, bajó la cabeza, fijó los ojos

en el suelo y dejó correr por sus mejillas dos lágrimas.

—Eso es—dijo Pepito, deteniéndose enfrente de Leonor—ahora llora tú.

—No, si lloro por tí, no por mí, ya lo sabes; te lo he dicho mil veces desde que volvistes de ese maldito viaje.

—Pero... ¡y ese ángel!

—Ven—dijo Leonor, enjugándose los ojos y cogiendo de una mano á su amante—ven.

Ambos se dirigieron á una pequeña habitación inmediata, en cuyo centro había una elegante cuna suspendida como un nido de oropéndolas.

Míralo, duerme como lo que es, como un ángel.

—¡Hijo mío!—dijo Pepito, al mismo tiempo que ampaba un prolongado beso en la frente del niño dormido.

—Duerme el hijo de nuestros amores, ya lo ves. Pues bien, Pepe de mi alma, no te preocupe su suerte. Si tú, para ese mundo que nos rodea no puedes ser su padre, yo lo seré todo para él; yo le defenderé como la leona herida y perseguida defiende sus cachorros, si algún día me hirieran y me acosaran para arrebátarmelo. Nada temas ni por él, ni por mí.

—Pero ahora... ahora otra complicación. No, no quiero casarme, no me caso, aunque se hunda el mundo, ya pueden hacer y decir lo que quieran.

—Eso será contra mi voluntad, ya te lo he dicho. Tus deberes son antes que todo. No te importe lo que

yo sufra. ¿No me has dicho millones de veces que á nadie querrás como á mí me quieres?

—¡Y lo dudas!

—No, no lo dudo, y porque no lo dudo te aconsejo así. Esa... otra, será tu esposa oficial, la mujer que te eligen para ejercer una función propia de tu cargo; para que des á Abraña un hijo tan hermoso como el nuestro. Y lo será, sí que lo será; ya sabes que yo no soy celosa. Quiero que lo sea.

—¡Qué buena eres!—dijo Pepito, estrechando con un cariñoso abrazo á la favorita.

—Pues ahora, siéntate otra vez, aun es pronto, quiero que descanses y te tranquilices. Así, como antes. Y colocó suavemente en la butaca al voluntarioso Pepito.

—Ahora te voy á tocar...

—¿El qué?

—Algo de la tierra.

—Sí, tienes razón—dijo Pepito, quedándose pensativo...—de la tierra. ¡Eso es!... ¡De la tierra!

—Y cuando me arranque por peteneras, se curarán todos los males y se borrarán todas las tristezas.

Y diciendo y haciendo, Leonor tocó y cantó, con un verdadero derroche de intención y de gracia, algunas piezas de las más acreditadas en el clasicismo popular.

No se había equivocado Leonor.

Así como el viento empuja las nubes á otros hori-

zōstes dejando ver á trozos el azul del cielo, así la viveza de las alegres notas que salían de la garganta privilegiada de Leonor, fueron poco á poco disipando las sombras de tristeza que se cernían momentos antes sobre el impresionable adolescente.

A la segunda copla, se le había olvidado todo. Todo, menos que estaba enfrente de su querida Leonor. La sangre del pueblo que regía se inflamó en sus venas, y al mismo tiempo que batía las palmas, expresaba su animación y su patriotismo con estas palabras:

—¡Olé! ¡Venga de ahí!

Gozosa Leonor porque había triunfado en toda la línea, no se daba punto de reposo y tras una copla intencionada y bien dicha iba otra y luego otra, acogidas todas con manifestaciones de entusiasmo como éstas.

—¡Viva la gracia!

—¡Bendita sea tu *mare!*

—¡Viva la sandunga y el repiqueteo... *jarsa y olé!*

Pepito estaba como loco y se había puesto en pie.

—¡No puedo más, hijo mío, no puedo más!

—Vengan ahora unas *penillanas*, que las voy á bailar.

—Allá van—dijo Leonor.

Y el buen Pepito, siguiendo las cadenciosas notas que saltaban entre los ágiles dedos de Leonor, con todo el balanceo de brazos y las pataditas, es decir, según arte, bailó como habría podido hacerlo un hijo del barrio de Priana.

Leonor, para no perder de vista al alegre muchacho, tocaba con la cabeza vuelta y seguía con sus grandes ojos negros todos los movimientos del bailarador.

Sonó la última nota y Pepito se quedó en postura académica, con el brazo izquierdo en jarras y el derecho arqueado en dirección de la cabeza.

—Así, así; bendito seas—dijo Leonor levantándose de la banquetta;—ahora á descansar un poquito.

—¿Pero tú crees que esto me fatiga? ¡Que equivocada estás! Ya sabes que me disgusta esa especie de cariño maternal que algunas veces me consagras... ¿Soy un niño?

—No te enfades, ¿pero si yo no te cuido, quién te va á cuidar?

Y ahora que estás sereno, me vas á permitir que te riña; porque es preciso hablar de todo. ¿Sabes?

—¡Reñirme!

—Sí, reñirte, porque algunas veces te olvidas de mí.

—¡Qué tonta eres!

—No tanto como tú supones. Lo sé todo.

—¡Todo!

—Sí, todo.

—Mucho saber es.

—Y tanto: soy una sabia para ciertas cosas.

—Pues si tanto sabes... enséñame algo.

—¿Y que he de enseñarte yo que tú no sepas de memoria, picarillo?

—Es que tus lecciones no me cansan nunca, hermosa mía.

—Vaya, hablemos con formalidad.

—Con formalidad, dime lo que sabes. Siempre será alguna solemne tontería.

—Sé que la otra noche estuviste de *juerga* en la plaza del *Proceso*.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Eso es lo que tú no puedes saber, aunque eres Inca.

—¡Inca! ¡Inca! ya sabes que no quiero que me llames así.

—Pero vamos, dime: ¿quien te ha venido con eso?

—¡Cuento!

—Cuento, ó historia, ó lo que sea; el nombre importa poco.

—No habrá sido...

—No faltaba más siendo él quien te llevó y quien preparó la fiesta—dijo Leonor interrumpiendo á Pepito.

—Ya veo que sabes demasiado.

—Y porqué haces eso tú, *monín* de mi vida—dijo con la mayor zalamería la zalamera Leonor. ¿No sabes que eso te perjudica, que te hace mucho daño?

Pepito que tenía cogidas entre las suyas una de

las manos de Leonor, permaneció un momento silencioso. Por último contestó á la suavísima reconven-  
ción de su amada, diciendo:

—Tienes mil razones: nadie me quiere como tú; pero muchas veces no puedo negarme. ¡Se ponen tan pesados!... Creen que eso me halaga, porque me ven contento, pero no saben que esa alegría es pasajera como un relámpago.

Perdóname.

—Cuando otra vez te digan esas cosas, acuérdate de mí... y de nuestro hijo.

—Tienes razón.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

—Ahora mismo, porque te has agitado un poco, te abrasan las manos como si tuvieras un ascua de fuego en cada una.

No he debido dejarte bailar.

—Calla, tonta, soy más fuerte que un roble. Cuando voy de caza, hasta los guardas de campo se rinden antes que yo. Si tú me vieras subir por los más altos vericuetos, te convencerías de que no necesito que me mimes tanto.

Como tampoco necesito que me riñas.

—¿Que no?

—Eso de la otra noche no vale la pena.

—¿Y lo otro? ¿vale ó no vale?

—¡Lo otro! ¡Que es eso otro!

—No te hagas el inocente. Si te he dicho que lo sé todo; que no se me escapa nada. Tengo un pajarito que te sigue á todas partes y que no me oculta nada de lo que haces.

—No será mal pájaro el que te cuenta á tí esas cosas.

Y ya sabes que en este nido, no cabe más pájaro que yo.

—No tengas cuidado; el pajarito que me dá noticia de tus pasos, echa á volar apenas desliza en mis oídos lo que debo saber, para tu bien y para el mío.

—Si le veo por aquí, le cortaré las alas.

—¡Pobrecito! Si no nos hace ningún daño...

—Mira, déjate de tonterías y vamos...

—Ya llegaremos á todas partes; pero antes, caballero, es necesario que usted me oiga. Tengo muchas cosas que decirle.

—¡Paciencia! Díme lo que quieras y acaba pronto.

—Sé que el otro día tuviste una visita.

—¡Tengo tantas!

—Ya lo sé, pero de ese género... no.

—¿De que género?

—Femenino.

—¿Femenino? Pues no tengo pocas, que digamos. Esa congregación que con mucha gracia llaman de las adoratrices, no me deja ni á sol ni asombra. ¡Y qué feas las hay!

—A mí no me inportan las adoratrices; son de la

casa y algo han de hacer para serte agradable. Ya sé que á tí tampoco te enfrían ni te calientan.

—No, puedes creerlo.

—Me refiero á otra, á otra que no es de la casa y que se te ha metido en ella, ó te la han metido.

—Acaba de explicarte.

—Pero es que el pajarito no me lo ha contado todo.

—¿Por qué?

—Porque como te haces de nuevas, una de dos ó me ha engañado, lo que no creo, ó has recibido más de una visita semejante.

—Cómo se llama la *interesada*, sepamos y yo te sacaré de dudas.

—Con... con... así empieza.

—¿Y termina en *ita*?

—Justamente.

—¡Acabáramos!

—Ya has caído en la cuenta.

—Las señas son mortales,

—¿Y qué me dices de eso? Yo sé hasta quién es el que te la llevó. No diré su nombre; pero fué uno que administra los bienes, ó los males, de esa... señorita. Algo así como tutor ó cosa parecida.

—Vamos, ¿y qué?

—¡Y qué! ¡y qué! Que te propuso, entre otras cosas, jugar un décimo de lotería.

—Cierto es.

—Y que luego... luego se insinuó más de lo que debiera.

—Sí; querría seguir jugando. No estás mal enterada.

—Y tú no quisistes que la cayera el premio gordo.

—¿Lo ves? ¿Lo ves?

—Sí, pero luego...

—Vaya, no sigas; ya sabes demasiado. No es bueno profundizar tanto.

—Falta la segunda parte.

—Pero ya sabes que nunca las segundas partes fueron buenas.

—Al contrario, según mis noticias, esta fué la mejor.

—Si quisieras ocuparte en otras cosas...

—Ya te he dicho que quiero saberlo todo, para que te enmiendes, para que seas bueno.

Ya ves la insistencia con que esa... tal, te ha perseguido. El primer día la rechazaste, no sé si porque otras te tendrían cansado, ó porque no te gustaba; pero al segundo... al segundo, que hablen las paredes de tu cuarto y que hable el que estaba á la puerta, el que te la presentó, el que vá á acabar contigo, si no le corriges y te corriges.

—Leonor...

—Déjame, déjame que te hable. Nunca oirás verdades como las mías, y ya que me has autorizado para decírtelas, procurando tu bien, no he de quedarme

con ninguna en el cuerpo. Luego, seguiste con ella. El amigo que te la presentó le puso casa y te pasó la cuenta, que por cierto te recordó las del Gran Capitán, pero no tuviste más remedio que pagarla, y por fortuna para tí y para ella, murió á los tres meses la niña que nació de esos amoríos. Ya ves que no me engañan.

Leonor había tomado carrera, como suele decirse, y aquella noche estaba resuelta á no hacer alto sin decirlo todo.

Sé también que esa... no sé cómo se llama, tiene una pensión señalada por tí, y sé que hace mal uso de su libertad y del dinero que cobra por tu mandato.

—Si quisieras callarte...

—No, si no me incomodo; ya ves qué tranquila estoy. Como tú.

Pero es más grave lo que voy á decirte, porque por esto no paso, no paso... y no paso. Ya lo sabes.

—Acaba con mil de á caballo.

—No paso por lo de la Morgi...

—¡La Morgi!

—Sí; la Morgi, la Morgi; ya sabes quien es; pero si quieres que te regale los oídos, te los regalaré, porque me desvivo por darte gusto...

—Leonor...

—Esa cómica, que no te había llamado la atención en el teatro más que por lo fea; por lo fea, ¿entiendes?

Pero luego, ese Covadonga, que no supo arreglar

la Hacienda, os arregló á los dos, cuando él, viejo chocho y baboso, se había cansado de ella, entre otras razones, porque no tenía dinero para mantenerla.

No te faltaba más que ser el sustituto de ese almirante vejestorio. Convertirte en plato de segunda mesa. ¡Tú! ¡tú!

Ya ves, ya ves qué gentes te rodean y que papeles tan dignos, tan escogidos, te hacen desempeñar.

—¡Cómo se reirán de tí! ¡De un Inca nada menos!

—¡Leonor! ¡Leonor!

—No he querido hablarte de esto cuando llegaste, porque me inspiras lástima, porque estabas triste y  
¡Cómo has de estar con la vida que te obligan á hacer!

Déjame á mí, si quieres. No me importa.

Estimo tu vida, quiero tu vida, no por tí solamente, sino por ese ángel que duerme á nuestro lado. Nada quiero para mí, yo lo he perdido todo, y por consecuencia, nada tengo que perder.

Pero ha llegado el caso de que hablemos seriamente:

¡O esa mujer ó yo!

Si piensas seguir con ella, yo me marcharé mañana mismo y ahí os quedais. Me separaré de tu lado sin odios, sin rencores; al contrario, deseando que seas feliz, muy feliz.

—No digas eso Leonor; nunca te he oído hablar así.

—Alguna vez habías de oirme, y aun deberás agra-

decirme que no te diga nada de la Palitroques, ni del que te la presentó, ofreciéndote con exquisita delicadeza lo que le había servido mucho tiempo.

No, ni de esa ni de otras te diré nada porque las considero como nubes de verano que pasan por el cielo de nuestra dicha; pero de la otra, de la otra, sí, ya lo sabes, ó ella ó yo.

Aquí dió por terminado su largo discurso la favorita.

Pepito se quedó atónito, porque no la suponía tan bien enterada.

—Ante todo—contestó—te aseguro que averiguaré quién se complace en martirizarte y en martirizarme.

—Eso es lo de menos.

—Es lo demás—replicó Pepito con cierta energía.

—Es público: en Madroñópolis solo se habla de tus excesos y ya es hora de que terminen.

—Pues bien, Leonor, todo terminará menos el amor que te profeso.

—¿Me lo juras?

—Sí.

—¿No volverás á ver á esa... tunanta?

—No.

—Me basta tu palabra, y no hablemos ni una más sobre este asunto.

—Otra vez te digo que me perdones, Leonor; no es mía toda la culpa.

—¡Pobre Pepe! si no te quisiera tanto, ¿qué sería de tí?

Estas palabras de reconciliación exigían un estrecho abrazo y se abrazaron los dos amantes.

¿Cuánto tiempo pasaron así?

Por mucho que fuera debió parecerles poco.

¡El tiempo tiene tan diversas medidas!

Lo cierto es, que después de un largo silencio, el enamorado joven, desasiéndose de aquellas dulces cadenas, dijo esta palabra:

—¿Vamos?

—Sí, vamos—contestó Leonor.

Al poco rato, silencio y sombras.

Luego...

Capítulo aparte.

## XVI

Mientras Pepito gastaba la vida precipitadamente, crecía el malestar por todas partes, porque D. Eduvigis, apoyado en Corralón, y con esto está dicho todo, no daba pie con bola.

Cuando se afirmaba á todas horas que las fuerzas militares no podían tolerar las genialidades de Corralón, éste se apresuraba á tranquilizar á D. Eduvigis con buenas palabras, asegurándole que todo iba á pedir de boca y que no tuviera miedo.

—Mire usted mi general—decía D. Eduvigis—que he sido compañero de Jesús y sé cómo las gasta.

—¡Quién se acuerda de D. Jesús! Eso es cosa concluída—contestaba Corralón, despreciativamente. Y sobre todo, si hay quien se atreva, que salga; aquí estoy yo.

—¿Y no sería mejor que dejaran de salir?—preguntaba D. Eduvigis, rascándose la barba.

—Justamente, y ya verá usted como no salen.

Diálogos como éste ó muy parecidos, los sostenían ambos una vez al día por lo menos.

Para D. Eduvigis eran una necesidad; porque no perdía de vista la Farmacia de su antiguo compañero,

y á pesar de las seguridades del general, no las tenía todas consigo.

Y no le faltaba razón.

Cierto día, allá en el lugar que para su retiro había elegido D. Jesús, recibió éste noticias muy satisfactorias, y en el acto se apresuró á transmitírselas á su segundo D. Severo.

Este D. Severo había demostrado siempre gran desconfianza en los procedimientos de su jefe, razonando así:

—Es muy difícil poner el cascabel al gato, y claro es, que D. Jesús antes de ponérselo, saldrá muchas veces de la empresa con fuertes arañazos; pues bien, afirmando yo á todas horas que no se lo pondrá, que el gato no está para bromas, que es preciso elegir para que no saque las uñas un momento oportuno, un momento *psicológico*, que muy raras veces se presenta, acabarán las gentes por creer que D. Jesús tiene menos sesos que un mosquito, y yo pasaré por un hombre sesudo. Este es el papel que me conviene.

Otro, razonando así, hubiera ido á sumarse con don Pompilio; pero la cuestión presentaba también este aspecto.

—¡Caracoles! ¿y si alguna vez acierta D. Jesús?

Esta breve consideración era para el buen D. Severo como la voz de firmes en la milicia, y por sí ó por no, manteníase al parecer dentro de la más perfecta disciplina y como á ver venir.

Sonrisas de desdén, alguna palabra sentenciosa, movimientos de cabeza, que eran otros tantos signos de desconfianza, hé aquí su táctica.

Sin embargo, á regañadientes ó como fuera, tampoco dejaba D. Severo de despedir en la estación á los militares que, de vez en cuando, salían con dirección á Abraña para ponerse como ayudantes á las órdenes de los generales adictos á la causa.

El quiero y no quiero, estaba bien representado en su carácter.

Llegó el día á que nos hemos referido: el de las buenas noticias, y D. Jesús, todo alborozado, llegó á la modesta casa de D. Severo para decirle:

—Ya pareció aquello. ¿No decía usted que era imposible? Vea usted este parte.

D. Severo cogió con cierta displicencia el papelito azul, y se enteró de su contenido.

—¿Qué dice usted ahora?

—Qué he de decir; que puede ser, que es.

—No cabe duda: abajo está el coche esperándonos; meta usted un par de mudas en una maleta como he hecho yo, y andando, porque no se puede perder tiempo.

—Pero está usted en su juicio—mi querido don Jesús—contestó D. Severo con la mayor impasibilidad, ¿á dónde quiere usted que vayamos?

—Adonde creo que nos llama el deber.

—Permítame usted decirle que el concepto que yo

tengo de él, refiriéndome al caso presente, es muy distinto, amigo mío, el deber...

—No, no, D. Severo, no estamos ahora para discursos. Ya trataremos de eso en otra ocasión; ahora creo que debo marcharme y me marchó. Usted cree que debe quedarse y se queda. Que lo pase bien y hasta la vista.

Dicho esto, D. Jesús tendió la mano á D. Severo, y salió precipitadamente de la casa de su amigo. Montó en el coche y se dirigió á una de las estaciones de la gran ciudad que habitaba.

Como se vé, tenía razones sobradas D. Eduvigis para no dormir tranquilo á pesar de las seguridades que le daba Corralón.

La Farmacia seguía funcionando y, en un punto lejano de Madroñópolis, en Bacayoz, saltó el primer chispazo en una hermosa noche de estío, y según la frase de D. Pompilio, íntimo amigote de D. Eduvigis, aquel relámpago *iluminó el abismo*.

Todas las miserias de la restauración quedaron á la vista, y hasta los más incrédulos debieron convenecerse de que D. Jesús no se agitaba en el vacío.

La alarma entre los adictos al nuevo orden de cosas fué grande, y á Corralón no se le quitó el susto de encima en mucho tiempo.

Más de una vez pensaría con tal motivo, en que á hierro muere el que á hierro mata.

El acontecimiento inesperado á que rápidamente nos acabamos de referir, tuvo gran resonancia, porque demostró que no había cerrado el famoso Corralón la era de las revoluciones, como muchos decían. Por otra parte, y como el fracaso no desalentó á los partidarios del hecho de fuerza, sino que al contrario, les inspiró confianza, siguieron conspirando con mayor ahinco, viéndose por consecuencia obligados D. Eduvigis y los suyos á rodearse de todo género de precauciones, y á tomar toda clase de medidas previsoras en apariencia, pero en el fondo absurdas.

Dividieron la fuerza armada en dos elementos: Uno para constituir con él una especie de guardia negra, siempre á la mano, ligada al Inca con afecto personal, no porque éste fuera la encarnación de altos ideales patrióticos, sino á título de dispensador de mercedes, y otro para ir amontonando los sospechosos. Esta organización viciosa, en el más lato sentido de la palabra, creó desconfianzas y recelos entre los que habían venido á la vida como hermanos, y esos recelos y desconfianzas subieron de punto cuando los gobiernos del Inca llevaron la inmoralidad y la corrupción á las filas militares, pagando servicios que rechazan, como por instinto, los hombres de conciencia sana, y que por lo innobles jamás encajaron en la carrera del honor.

Para unos eran las atenciones; para otros los desdenes.

¡Imbéciles! Los halagos que inspira el miedo á la fuerza armada se aceptan como cosa debida, sostienen la vanidad del que los recibe, fomentan el orgullo, crean la soberbia, ciegan y conducen derechamente al pretorianismo manso, único posible en los tiempos que corren; pero no menos insolente, no menos audaz, no menos temible y no menos odioso.

Así afilaban los partidarios del Inca el cuchillo, que andando el tiempo, había de hundirse en su garganta.

D. Valentín Rodrigo había caído en las garras de la usura, y gracias á que su esposa *cosía para afuera* calzoncillos y camisas de munición, pudo nivelar el presupuesto de su casa, reducido al *mínimum*.

Conviene no olvidar la conversación que tuvo con el maestro de El Burgo el día del almuerzo, y las causas que le obligaron á provocarla.

Patricio, después de abandonar su destino de Puertas, vistió la blusa del obrero y, ejerciendo el oficio de albañil, se puso á ganar dos columnarias al día.

En cuanto á Ángela, como tenía muy buenas manos, bordaba primorosos pañuelos para las tiendas, por cuya labor, que representaba dieciocho horas de trabajo asiduo, cobraba setenta y cinco céntimos, poniendo diez de hilo. Esta labor tenía dos puntos de vista. Uno, muy malo, cuando iba con ella la pobre Ángela á recibir el precio convenido, y otro, muy

bueno, cuando el comerciante presentaba aquellos primores de la aguja á las señoras de gran tono.

Aquel pedazo de tela bordado valía poquísimos en el momento de presentarlo Angela, y centuplicaba su precio cuando aparecía en el mostrador de la casa explotadora.

La labor de la mujer honrada vale muy poco.

Cuando un día estaba Patricio subiendo espuertas de ladrillos en una obra de la calle de *Aguavá*, acertó á pasar por ella en su carruaje el Sr. de Antonez, y tan pronto como reconoció á Patricio, mandó hacer alto al cochero, bajó y se acercó á su antiguo camarada.

Después de saludarle tan familiarmente como en otros tiempos, se expresó de este modo el hombre de negocios á la moderna:

—No sabes cuánto siento verte así, Patricio.

—¿Y qué quieres que haga? No he encontrado hasta ahora cosa mejor.

—Por lo pronto, quiero que aceptes de mí los fondos que necesites; he tenido suerte y soy rico.

—¡Suerte!—dijo Patricio;—que nunca te abandone es mi deseo; por lo demás, ya lo sabes, no acostumbro á molestar á nadie. Si algún día falta la fuerza á estos brazos, ó flaquea mi cabeza, ó ciegan mis ojos, cansados de ver lo que están viendo, ¡quién sabe!, tal vez me acerque á tu puerta para pedir una limosna. Ahora, no. Ahora no puedo hacer más que agradecer mucho tus ofrecimientos.

—¡Patricio!—dijo una voz, allá en el fondo de la obra.

—¿Quién te llama?

—Es el capatáz; creará que me he entretenido mucho hablando contigo. Adiós.

—¡Qué lástima de hombre!—dijo Antóñez al subir en el coche.

No, pues he de hacer cuanto pueda para sacarle de aquí, aunque se empeñe en ser desgraciado.

Cuando esto decía el antiguo cabo Robles, su coche partía conducido al trote largo en dirección de la *Puerta de la Luna*.

¡Que contraste!

Él y otros muchos parecidos, provocaban á todas horas, á cada momento, en aquella obra en que trabajaba Patricio, en los talleres, en las fábricas y en los campos, la pavorosa cuestión social.

Mientras unos trabajaban rudamente casi todas las horas del día para vivir en la miseria, otros sin molestia alguna, improvisaban grandes capitales en poco tiempo y conseguían vivir en la holganza y en la opulencia. Esta reflexión que está al alcance de todas las inteligencias es la que planteaba el difícil problema. Entre tanto los gobiernos procuraban solamente sostener el orden material, sin preocuparse ni un solo momento del orden moral.

Ciertamente, la sociedad había entrado en un período de calma, ¿pero acaso esta calma ocasiona menos

víctimas que las guerras de los tiempos bárbaros y aquellas otras en que á sangre y fuego se discutían en las ciudades y en los campos las cuestiones religiosas?

Merece pensarse, porque si los obreros de hoy son los soldados de antes, no cabe duda: la miseria de ahora causa más víctimas que la metralla de entonces, con una diferencia digna de consideración.

Perece el obrero en la obscuridad de su tugurio miserable, mientras el soldado muere en el campo de batalla á la luz del día, bañado en sol.

No inspira la muerte del uno á los poetas ni de ella se ocupan las páginas de la historia, mientras que va unida la del otro á sucesos memorables que merecen cánticos de gloria y relatos que pasan á las generaciones venideras.

Muere el obrero, desarmado y rendido, después de luchar con enemigos invisibles y sucumbe el soldado peleando cara á cara, ofendiendo y defendiéndose, sintiendo en su pecho robusto la embriaguez del combate y teniendo delante como recompensa la apoteosis de la gloria.

¡Quien lo duda!

Los cañones de hoy, esas altas chimeneas que dirigen sus bocas al cielo, ocasionan más bajas que los cañones de antes apuntados hacia la tierra, teniendo como punto en blanco masas de carne humana.

Y sin embargo, nos vanagloriamos de vivir en

paz, como si la única manifestación de la guerra fuese el estallido de la pólvora y el choque de las bayonetas.

¡Es más negra, es más terrible, mil y mil veces más mortífera, la lucha de intereses encontrados que se agita hoy en el fondo de nuestra sociedad desequilibrada! ¡Y qué poco se hace para evitarla!

Antes al contrario, los hombres doctos, los hombres de gobierno, al creerse amenazados, se defienden parapetándose valerosamente detrás de la libertad individual, aun los que no creían en ella, como si la obligación de proteger á los débiles contra los fuertes no incumbiera al Estado, y como si en último extremo lo pudiera indirectamente dar piadoso ejemplo de tolerancia con los que tiene sujetos á su yugo, procurando á la vez educar y dirigir las iniciativas privadas para que los esclavos de éstas no se vean precisados á recurrir á él, sacándole de su misión.

El trabajo es una necesidad, pero si agota las fuerzas, si deja indefenso el hogar contra los embates de la miseria, si concluye determinando el desquiciamiento de la familia, si sólo presenta en perspectiva la postulación y el hospital, es peor mil veces que la más dura esclavitud.

Respétese enhorabuena la libertad individual, pero dígase en qué forma puede ejercitarla el infeliz obrero, cuando el patrón abusa de su fuerza.

No puede ejercitarla más que de un modo: dejan-

do el trabajo que ha menester para su sustento y el de su familia.

¡Qué triste libertad!

¡Qué ejercicio del libre albedrío es el de la huelga tan contraproducente, hasta para los mismos gobiernos porque trae aparejadas otras dos cuestiones: el derecho á la vida, que sólo puede obtenerse con el derecho al trabajo!

¡Y quién acomete á bayonetazo limpio á los hombres que dicen: Quiero trabajar, porque quiero vivir; pero el trabajo que me ofrecen en el fondo de la mina, al lado de los hornos, á las inclemencias del cielo, no me dá la vida, sino la muerte!

Arreglad esto, regularizad esto; no pedimos más.

Ved que mientras nosotros consumimos la vida, luchando con el trabajo en el taller y con la miseria en el hogar, las empresas explotadoras de nuestro trabajo y de nuestra existencia, se distribuyen grandes dividendos, que permiten á muchos hombres vivir con holgura y hasta con lujo.

¿Y por qué?

Porque ellos son dueños del capital, unas veces por malas artes adquirido, por malas artes que vosotros los gobiernos tolerais, por lo menos, y otras porque lo amasan con el sudor de nuestras frentes.

¿No veis que ese capital es de todos? Pues dadnos nuestra parte. ¿No queréis dárnosla? Pues iremos á buscarla, porque entre morir de hambre y morir en

demanda de lo que nos pertenece, es preferible esto último.

Todas estas son las cuestiones naturalmente derivadas del primer problema.

Hagamos justicia á los obreros: No es anárquica la tendencia de la mayoría; pero llegará á serlo si sistemáticamente se vieran desatendidos.

¿Por qué?

Por lo mismo que han llegado á ser ladrones muchos que habrían sido hombres honrados.

Cuando á un hombre se le coloca con sueldo insuficiente en un puesto de gran responsabilidad, en el que maneja mucho dinero, ó en el que interviene en grandes negocios, tácitamente se le dice: roba y vive.

Si al obrero se le niega lo menos que se le puede dar, trabajo proporcionado á sus fuerzas, remuneración adecuada á sus modestas necesidades, participación, siquiera sea exigua, en los beneficios que por él obtiene el capital, y seguridad de que si se inutiliza ó envejece, podrá vivir sin pedir limosna, irá derecho á la anarquía. Irá á buscarlo todo, cueste lo que cueste, cuando se convenza de que no se le concede nada.

No basta dejar al hombre libre en la áspera batalla de la vida.

Obsérvese cuál es la razón de ser que tienen los Sindicatos, cuál su fundamento.

Existen, porque se ha declarado impotente la libertad individual para combatir la explotación, que

en el estado actual de las cosas, se hace en común casi siempre.

Todo esto no huelga en este sitio, pues conviene saber que el gremio de albañiles, á que Patricio pertenecía, había decretado una huelga general.

Patricio, en la reunión celebrada, expuso á sus compañeros los inconvenientes de la situación que iban á crearse; pero diciendo siempre que se sometería á la voluntad de los más. Sus observaciones prudentes resultaron inútiles, y la solemne huelga quedó decretada. En vano les hizo ver el espectro del hambre, que había de presentarse ante todos para obligarles á capitular sin condiciones.

Empeño inútil.

El acuerdo se tomó un sábado por la noche, y la huelga debía empezar el lunes.

¿Hasta cuando?

Este es el punto que dejaron sin discutir los infelices obreros, tres días después de la casual entrevista de Patricio con Antonez.

\* \* \*

Aquella noche llegó el buen Patricio á su casa muy preocupado con la resolución que acababan de tomar sus compañeros, porque el *destino* que iba á dejar le había costado muchos pasos.

Al fin y al cabo, él no había sido nunca albañil y en Madroñópolis sobran albañiles parados. En oca-

siones como estas echaba de menos el servicio militar.

Ángela, como siempre, salió á recibirle, llevando de la mano á la inocente niña que recogieron y bautizaron con el nombre de Milagros y al ver á su marido más triste que otros días, le dijo:

—Ya sé la resolución que acaban de tomar. Tu cara me lo dice.

—Sí, se han obstinado en que la huelga es un procedimiento, aunque la práctica les está demostrando lo contrario, y á mis razones y á las de otros que se encaminaban á demostrarles que la huelga es la muerte, han contestada con el grito de:

¡Viva la huelga!

—Qué insensatos—dijo Ángela—si tomaran consejo de sus mujeres esos infelices, no procederían tan de ligero. La mujer que tiene á su cargo los cuidados de la casa, que posee el instinto del ahorro, que mide céntimo á céntimo las necesidades de la familia, no puede aconsejar al hombre que renuncie al trabajo, que trae el pan á su casa.

¿Qué vá á ser de nosotros en estos días? Si este pobre angel nos pide pan, ¿cómo vamos á dárselo, quedándonos desde hoy reducidos á los miserables setenta y cinco céntimos que yo gano?

Ángela, que veía delante de sí el cuadro que su pobre casa iba á ofrecer, si su marido no continuaba trabajando, no pudo contener las lágrimas.

Patricio no sabía qué decir.

Angela, reponiéndose todo lo posible, enjugó el llanto y acercándose á su esposo que estaba sentado cerca del hogar donde hervía la cena, le dijo:

— Es atroz, es horrible la idea que en horas como esta asalta mi imaginación.

— ¡Cuál! — respondió Patricio asustado.

— Que hemos cometido un crimen salvando á esta niña de la sentencia de muerte con que vino al mundo.

— Ángela, no digas eso — replicó Patricio, aunque había muchas veces pensado lo mismo... para sí nada más.

— Sí, Patricio, debo decirlo; porque siendo una gran desdicha vivir, ¿para qué se vive?

— Para esperar, Ángela. ¿Acaso crees que esta situación, insoportable para todos, se puede prolongar? ¿Te parece posible que esta atmósfera de inmoralidad en que vivimos no ha de disiparse? ¿Hemos de ahogarnos en ella? ¿No ha de venir, tarde ó temprano, un huracán furioso que la barra?

Dime si aquí viven los que se dedican al trabajo honrado. Dime si la vida, con todos sus goces naturales, no parece vinculada en los defraudadores de todo género, en los agiogistas de peor especie, en los ladrones salteadores de los sitios que debían ocupar los hombres sin tacha.

Yo se lo acabo de decir.

La huelga satisface la vanidad por un momento y acarrea el hambre para muchos días.

La Revolución, la Revolución que se agita en todas partes, porque la están preparando los mismos interesados en evitarla ó contenerla, es la que puede salvarnos.

Ese es el huracán llamado á purificar la atmósfera corrompida en que vivimos.

—¿Pero y entretanto?

—Entretanto, se lo he dicho también, es preciso asistir al trabajo, tener paciencia, sumarnos, unirnos y reunir elementos, pero elementos sanos y decididos á extinguir en una hora todos los focos de corrupción, cueste lo que cueste.

—Pero ellos tienen la fuerza. Vuestros enemigos son poderosos.

—No hay fuerza que se oponga á la voluntad de un pueblo cuando pide, como un solo hombre, justicia y moralidad, que es lo que nos falta, lo que pedimos y lo que hemos de obtener.

—Y te olvidas, Patricio mío,—dijo Ángela, procurando calmar la excitación de su marido—te olvidas, de que esos cambios sólo se consiguen á fuerza de sacrificios.

—Siempre ha habido mártires; esa causa sagrada los tiene, y si más necesita más ha de tener. Yo estoy dispuesio á todo. ¿Hay martirio mayor que el de esta incesante lucha por la vida?

¿No era yo feliz? ¿No pude serlo contigo? ¿No nos vimos arrojados de nuestra casa por la voluntad de

tu mismo padre? ¿No te ha abandonado á tí, á su hija, por el crimen horrendo de haberte casado con un hombre que se honra no pensando como él? ¿No sabes que huyendo del escándalo he caído en él, y que buscando trabajo honroso me han facilitado siempre medios de vida denigrantes?

Ángela contestó á estas preguntas de su marido, diciendo:

—Es verdad, Patricio, todo eso es verdad y qué he decirte que ya no sepas. Soy tu mujer y la única aspiración de mi vida es ser digna de tí.

Cuando Ángela acabó de decir esto llamaron á la puerta.

Era el cartero del interior que traía una carta.

—Patricio, una carta para tí—dijo Ángela, Dios quiera que sea alguna buena noticia.

Patricio, rompió el sobre y encontró dentro de él una credencial de guarda de la *Casa del Ampo* con el sueldo diario de tres columnarias.

—Lo ves—dijo Ángela, cuando se enteró de la novedad—Dios aprieta pero no ahoga.

—¡Quién sabe!—contestó Patricio;—esto merece pensarse. No sé quien se habrá acordado de mí.

## XVII

Antoñez, después de *evacuar* un asunto de los suyos en la casa más grande de la *Plaza de la Luna*, se hizo conducir á la de Panfilita, para decirle lo siguiente:

—Necesito una credencial de tres ó cuatro columnarias para un amigo mío; un desgraciado con mujer é hijos que está en la miseria. Sea ésto como recompensa al servicio que acabo de prestar á usted.

—Usted sabe, Antoñez—dijo Panfilita—que no necesita alegar ese mérito para que yo le sirva en cuanto pueda.

—Mil gracias.

—Puede usted contar con ella mañana mismo.

—Pues ahora vamos al encargo que usted me hizo—continuó diciendo Antoñez.

Acabo de ver al subsecretario y me ha dicho que el nombramiento de gobernador para D. Anselmo está firmado; por consecuencia matamos dos pájaros de un tiro.

—¡Cómo dos pájaros!

—Se olvida usted—dijo Antoñez—que está interesada en el asunto la familia de Ajoseco?

—Tiene usted mil razones. No me acordaba de ese bodorrio.

Y Panfilita, soltó una carcajada.

—Me había olvidado de que D. Anselmo lleva su vanidad hasta el extremo de quererse titular á última hora, *Conde Consorte*.

Sí, sí, tiene usted razón; matamos un pájaro y una pájara de un tiro.

A él, porque sólo espera la credencial para casarse y no está, ni mucho menos, para entrar en campaña, y en cuanto á ella porque no sabe que se casa con un tuno de siete suelas.

Crea usted que me ha hecho feliz este recuerdo.

Bien es verdad que haciendo justicia á los condes de Ajoseco, he de decir que aun sabiendo las condiciones morales del pretendiente, dejarían casar á la hija, porque están de trampas hasta la coronilla...condal.

No pueden andar ni por los tejados.

En fin, por algo se alía la aristocracia de la sangre con la del dinero.

Allá se las arreglen.

—Pero, permítame usted Panfilita que llame su atención acerca de unas palabras algo fuertes que acabo de oír. Si no me engaño, ha dicho usted que nuestro amigo D. Anselmo es un tuno de siete suelas, y la verdad...

—Justo, la verdad—dijo Panfilita interrumpiendo á Antofñez.

Puedo tratarle así, porque tengo motivos para ello, y puedo hacerlo delante de usted, porque usted me merece la mayor confianza. De un mal padre no se puede esperar nada bueno.

—¡De un mal padre! Ignoraba que tuviera tal título, porque nunca me ha dicho nada de sus hijos, y eso que hemos hablado largamente de muchas cosas.

—¡Qué quiere usted!—dijo Panfilita con la mayor naturalidad—no todos los que viven en el mundo son como usted y yo, por ejemplo, arcas abiertas.

—Efectivamente—murmuró Antoñez—porque apenas pudo oír el cuello de su camisa, el adverbio con que acababa de asentir á lo dicho por su interlocutora.

—Figúrese usted—continuó diciendo ésta—que ha sido capaz de abandonar á su hija, condenándola á la miseria, por el delito de haberse casado, á disgusto suyo, con un hombre honrado, con un héroe, porque exponiendo su vida supo salvar al pueblo en que vivía de una horrible catástrofe.

—¡Qué me cuenta usted!

—Y no es esto solo. Además de otras fechorías, como por ejemplo, arruinar á medio pueblo con préstamos usurarios, tuvo la avilantez de perder á una inocente huérfana, cuyos padres moribundos se la recomendaron.

—Y por supuesto, la habrá abandonado.

—¡No, que no!

—¡Es horrible lo que usted me cuenta!

—Y ¿cómo ha llegado á noticia de usted todo esto?  
¿Se puede saber?

—Lo primero es público en el pueblo; lo segundo lo supe por una casualidad, mejor dicho, por dos casualidades.

Cierta noche, entró D. Anselmo en su casa poseído de un terror espantoso, y aunque procuró disimularlo, no pasó inadvertido para el criado que por entonces merecía su confianza. Nada le dijo, y se acostó.

Al poco rato empezó D. Anselmo á dar grandes voces pidiendo socorro,

—¡Que me matan! ¡Que me matan!—decía.

El criado se levantó inmediatamente creyendo que su ayuda era necesaria y cuando entró en la alcoba de su amo, lo encontró preso de un calenturón horrible y de un delirio espantoso.

Esperando el día le socorrió como pudo y en esta faena le oyó decir muchas veces:

—Sí, es mi hija, es mi hija... Papel, venga papel. La reconozco... No te haré nada... La reconozco...

Diciendo estas y otras palabras semejantes, bebió unas cuantas tazas de tila que el criado le administró, y con esto y unas botellas de agua caliente que se le pusieron á los pies, nuestro hombre se tranquilizó algo y se quedó dormido.

Cuando se levantó parecía un cadáver.

Habló muy poco, se puso á escribir, salió de casa,

volvió tan preocupado como había salido, y le dijo á su sirviente íntimo:

—Toma, y lleva esta carta á la Huerta de la Virgen.

Todo esto lo supe por el mismo criado de D. Anselmo, que dejó de serlo suyo y que ahora lo es mío; pero la verdad, no dí importancia á la calentura de nuestro héroe quien por cierto empezó á venir á casa con menos frecuencia, cuando supo que Cosme, su antiguo servidor, estaba aquí.

Así las cosas, ayer mismo descubrí, por otra casualidad, el origen misterioso de la fiebre y del delirio de D. Anselmo; pero dejaremos esta segunda parte para otro día, porque la relación se va haciendo pesada y tenemos que hablar de asuntos más interesantes para nosotros.

—¿Ha dicho algo más el subsecretario?

—Sí, que mañana tendrá usted en su poder la credencial y que no se entregue al favorecido si antes no abona á toca teja los cinco mil pesos estipulados.

—Por supuesto, y sin perjuicio de lo demás.

—A no ser que D. Anselmo se niegue, lo que no creo, porque por lo visto le interesa mucho poner tierra por medio.

—Pues mire usted, como este negocio también nos interesa, por el negocio mismo y por que deseamos, como personas delicadas, vernos libres de ese mons-

truo, no estaría de más que ahora mismo fuera usted á verle.

—No tengo inconveniente, siempre que usted me diga lo que he de decirle.

—Pues nada: que está arreglado el asunto, que usted mismo le llevará mañana la credencial, que tenga preparados los cinco mil del pico, porque de lo contrario no habrá novedad y que mañana también entregará á usted lo consabido: la dimisión con fecha en blanco para utilizarla si no paga todos los meses las tres mil columnarias de descuento que le corresponden.

—Perfectamente. Todo se hará como usted dice y si no tiene otra cosa que mandarme...

—No, hasta mañana.

—Panfilita, hasta mañana—dijo Antoñez doblando la cintura con la flexibilidad propia de un viejo cortesano.

\* \* \*

Antoñez salió de casa de Panfilita con la cabeza aturdida; en uno de esos momentos en que las ideas se amontonan, se multiplican, zumban y bullen, chochando unas con otras, sin definirse ni explicarse, digámoslo así.

El sueño, el delirio, la niña, la usura, la Huerta de la Virgen, el terror de D. Anselmo, el papel que pedía, su alejamiento de la casa de Panfilita, la cre-

dencial, la huída, los cinco mil duros, todo esto daba vueltas en la imaginación de Antoñez, que, como sabemos era otro tunante de siete suelas, aunque con buen corazón, siempre que las circunstancias no le obligaran á tenerlo malo, ó á no tenerlo.

De aquel remolino de ideas confusas, de aquel chocar de unas y otras, brotó un rayo de luz y entonces fué cuando se dió Antoñez una palmada en la frente, diciendo:

—Eso es, eso es... y nada, sin caer en la cuenta.

Mañana ese hombre es mío y lo desplumo. Todo depende de que hoy quede bien preparado el terreno.

En el momento de hacer este resumen de sus cavilidades, llamaba Antoñez á la puersta de la casa de D. Anselmo.

D. Anselmo estaba escribiendo en su despacho, cuando el señor de Antoñez, préviamente anunciando, se presentó en él.

—Tanto bueno por esta casa, ¿eh? Siéntese y dígame en qué puedo servirle.

Todo esto lo dijo D. Anselmo adelantándose á recibir al señor de Antoñez, dándole la mano de amigo y colocando la izquierda familiarmente sobre el hombro derecho del recién llegado, como para obligarle más á que tomara asiento.

Accedió Antoñez á las bondadosas indicaciones del señor de la casa y entró en materia de este modo:

—Tengo el gusto de visitar á usted en nombre de nuestra común amiga Panfilita.

—¡Hola! ¡hola! esto quiere decir...

—Sí, amigo mío, esto quiere decir que esta arreglado el negocio en la forma que usted deseaba.

—¡No sabe usted cuánto me alegro! Pues nada, nada, diga usted á nuestra excelente amiga que lo ofrecido es deuda y que tan pronto como esté en mis manos la credencial...

—Mañana mismo la traeré y recogeré la suma...

—Sí, cinco mil pesos, que es lo convenido, ¿eh?

—Justamente.

Y además llenaremos otras formalidades, como garantía acostumbrada de lo demás.

—Nada, nada, diga usted á Panfilita que lo que quiera y como quiera, ¿eh? Lo esencial para mí es salir de Madroñopolis cuanto antes. ¿Eh? Con que muchas gracias, muchas gracias.

—¡Cuánto le vamos á echar á usted de menos!

—Y que le vamos á hacer. Yo también lo siento; pero está interesada mi salud, y no hay otro remedio.

—¡Ay! amigo mío, nada quebranta la salud tanto como los disgustos. Las afecciones morales son terribles.

—No... yo no. No tengo nada de eso, á Dios gracias, ¿eh?

—Pues vea usted; yo, observando en usted algo

asi como retraimiento de algún tiempo á esta parte, había llegado á pensar...

—No.

—Lo celebro, porque es una prueba más de que en este mundo conviene muchas veces hacerse el sordo. Esa misma observación mía, dejándome inspirar por el cariño que usted me merece, había llegado yo á enlazarla con ciertas noticias, que por lo visto carecen de fundamento.

—¡Noticias! ¿eh? qué no... noticias son esas.

Yo no... to... tolero que se hable de mí con... con reticencias y esto no lo digo por usted que es mi amigo, lo... lo digo por esas gentecillas que solo se ocupan en lo que no les impor... porta, ¿eh?

—¡Y qué quiere usted! los hombres que como usted son grandes propietarios, que han tenido el honor de representar al país en Cortes, y que hoy mismo merecen un puesto de gran responsabilidad y confianza, siempre tienen émulos, ya que no enemigos declarados.

—Pe... pero, pero, explíquese usted, amigo mío.

—No tengo dificultad, puesto que usted se empeña. Entre nosotros ha habido siempre confianza...

—Pues ya lo... lo creo. Por eso viene usted en nombre de Pan... Panfilita, á tratar de un asunto secreto, ¿eh?

—Así es.

—Y por eso mismo le... le suplico...

—Me habían hablado de cierta petición dirigida á usted en nombre de una joven abandonada...

En fin, usted sabrá si es ó no cierto que le han pedido diez mil pesos...

—¡Diez... diez mil pesos...! Que atro... atrocidad. Eso es una invención, ju... juro que nadie me ha pedido nada, ¿eh?; pues no faltaba más. ¡Diez... diez mil pesos!

—No hay motivo para alterarse, mi amigo don Anselmo. Si usted tiene la conciencia tranquila y cree que por cuestión de faldas no puede venirle daño alguno, mejor, que mejor.

—No diré yo tanto, por que so... somos hombres, pero ase... aseguro á usted que no hay tal petición, amigo mío, ¿eh? y... y conste así.

—De todos modos bueno será que usted esté enterado, porque bien pudiera ocurrir mañana ó cualquier otro día lo que, según usted dice, no ha ocurrido hasta hoy.

—¡Ca... caracoles! usted sa... sabe algo.

—Afirmo á usted que hasta este momento no sé más que lo dicho. He recibido una carta con ciertas insinuaciones, que me han permitido orientarme y decir á usted lo que acabo de manifestarle para que viva prevenido. Si algo más supiera, con toda lealtad vendría á decírselo. Crea usted que me faltaría tiempo para cumplir con los deberes de la amistad.

Esto dijo Antoñez, levantándose.

—Pues... pues no faltaba más, ¿eh?

—Hasta mañana, y no vaya usted á preocuparse demasiado con lo que, obrando lealmente, le acabo de decir. Sentiría... Y ¡que diablos! lo que puede arreglarse con dinero, menos mal.

Conque siempre suyo...

—Adios a... amigo Antoñez, y gracias por el avi. . .  
aviso, ¿eh?

Muy preocupado salió don Anselmo hasta la puerta y en ella dió á Antoñez el último apretón de manos.

—Antoñez dijo al cochero:

—A casa.

Y arrellanándose en los blandos almohadones de la berlina, pensó lo siguiente:

—Negocio redondo. Mañana mismo le saco cinco mil pesos y Cristo con todos.

Como Antoñez no se andaba por las ramas y el asunto era urgente, despachó algunas cartas, estampó cierto sello en un impreso, que dobló y firmo después de escribir en él algunas palabras, y se dirigió sin pérdida de tiempo El Burgo, en la seguridad de que allí adquiriría alguna noticia útil á sus propósitos.

Al efecto presentó el papel que había guardado al maestro de escuela don Policarpo, quien le recibió con la más extremada cortesía.

¡Un caballero que llegaba á su puerta en gran carruaje!

Pocas veces se había visto tan *honrada* la humilde casa de don Policarpo.

Como por su escuela habían pasado dos generaciones, ninguno más á propósito que él para estar al tanto de la vida y milagros de muchas familias, así es, que con todas las salvedades por la buena educación aconsejadas, ratificó lo dicho horas antes por Panfilita.

—¿Y no tiene usted ninguna noticia respecto al abandono en que dejó ese D. Anselmo á una desgraciada joven, de quien abusó miserablemente?

Ya sabe usted que esta investigación mía no tiene por objeto perjudicar á ese caballero en lo más mínimo, antes muy al contrario, de lo que aquí se trata es de hacerle cumplir como quien es con esa desgraciada.

He dicho á usted también que pertenezco á una sociedad religiosa, y por lo tanto moral, que sólo se ocupa en proteger á los desgraciados.

—Por eso mismo he sido tan franco con usted—replicó el maestro—pero debo decirle que si usted espera que D. Anselmo se porte como quien es, en cualquier acto de la vida, se portará malísimamente, porque es un infame en toda la extensión de la palabra.

¡Abandonar á su hija del modo que lo ha hecho! ¡rechazar á Patricio, el hombre más honrado del mundo, sin ofender á nadie!

—¡A Patricio!—dijo con gran sorpresa al señor de Antoñez.

—Sí, á Patricio. ¿Acaso le conoce usted?

—He oído ese nombre en las listas de nuestra benéfica asociación, y aun creo que de ella ha percibido algún socorro.

—Nunca mejor empleado si se trata de Patricio Bueno.

Un solo rasgo le retrata de cuerpo entero, presentándole á la vista como un hombre excepcional.

Figúrese usted que cuando decidió marchar á Madroñópolis, porque aquí se le había negado como á un réprobo hasta el agua y el fuego, recogió una niña recién nacida que la casualidad puso en su camino.

—¿Cuánto tiempo hará que ocurrió eso?

—Unos cuatro años.

—Pues bien, llega á la capital nuestro hombre, encuentra dos niños abandonados en medio del arroyo, preparándose para ser el día de mañana carne de presidio, y con una abnegación heroica los recoge también y los salva. Sí, señor; los salva, porque el buen Patricio se acordó de mí y á mi lado viven aquellos infelices siendo modelos de bondad y de virtudes.

Es un hombre ese que vive para los otros más que para sí. ¡Dios se lo premie!

Verdaderamente absorto oyó Antoñez la relación que el buen maestro acababa de hacerle, porque no es-peraba que la casualidad le hubiese arrojado á

la misma casa en que vivían Paco y Rosita.

—Si usted quiere ver á esos desgraciados niños no hay inconveniente; son un encanto.

—No, no se moleste usted ni los moleste. Si usted quiere admitir este pequeño recuerdo para ellos...

Antoñez presentó al maestro un billete de banco de quinientas columnarias.

—¡Quinientas columnarias!— dijo el maestro abriendo dèsmesuradamente los ojos.

—Ruego á usted que las acepte en nombre de la sociedad benéfica á que pertenezco.

—Aceptadas, y lo primero que haré en cuanto vaya á Madroñópolis, será abrir una libreta en la Caja de Ahorros para esos pobres niños. ¡Dios se lo pague!

Ese es un capital cuyos intereses cobrará usted donde se pagan largamente las buenas obras.

—Con que es decir—continuó Antoñez—que nada como cosa cierta ¿puede usted decirme del deslíz ó de la mala acción que atribuyen á D. Anselmo, con referencia á una joven tan hermosa como pobre?

—Nada. Si algo supiera se lo diría á usted, no para aumentar el descrédito de D. Anselmo, sino para favorecer la buena intención que ha traído usted á esta casa.

—Y tampoco recuerda usted algo ocurrido en una huerta que se llama de la Virgen—dijo Antoñez insistiendo en sus investigaciones.

—¡En la Huerta de la Virgen! No, absolutamente

nada ha ocurrido en ella de particular; al menos que yo sepa.

—¡Es extraño!

¿No pertenece esa huerta á D. Anselmo?

—Perteneció porque la puso en venta cuando salieron para Colonia los dos últimos arrendatarios.

—¿Y usted recuerda quiénes eran?

—¡Pues no me he de acordar! Dos hermanos huérfanos de padre y madre. Un joven llamado Braulio y una muchacha, muy linda por cierto, que se llamaba Luisa.

—¡Ah! ya. Conque marcharon...

—Sí, á Colonia.

—¿Sin que en el pueblo se haya sabido la causa?

—Como todo está tan malo se cree que fueron á buscar fortuna, como tantos otros desgraciados.

—Pues no molesto á usted más, amigo mío; doy á usted las gracias y celebro mucho haberle conocido.

—El gusto es mío—repuso D. Policarpo, al mismo tiempo que acompañaba á su visitante hasta la portezuela del coche.

Antoñez, después de montar, saludó afectuosamente con la mano al amable maestro de escuela, y dejándole en un mar de confusiones, partió el carruaje al trote largo.

—¡Cosa rara!—subía diciendo D. Policarpo—esta recomendación no trae más signo de autenticidad que el sello de la *Asociación benéfica para menesterosos y*

*desvalidos*. Ni más nombre... ni más nada. Al despedirse, como por distracción, tampoco me ha dicho ese caballero cómo se llama.

¡Si habrá aquí misterio!

Está visto que todo cuanto viene por ese camino de Madroñópolis viene así; despertando desconfianzas.

En fin, ello dirá; por lo pronto Paco y Rosita han salido ganando, á no ser que el billete sea falso.

—¡Ca... rambita con la idea que se me acaba de ocurrir! Y lo peor es que no tengo otro con qué compararlo.

A todo esto D. Policarpo había llegado á su habitación y miraba al trasluz el dudoso billete.

Dudoso porque venía de Madroñópolis; pero en esta ocasión el maestro se equivocaba. Algunas veces circulaban en Madroñópolis billetes legítimos, y en más cantidad que lo conveniente al crédito público. El billete era bueno.

\* \* \*

Un hombre inteligente en todo género de intrigas, no necesitaba más antecedentes que los suministrados por el maestro y Panfilita, para apreciar muy aproximadamente la verdadera situación de D. Anselmo Cascanueces. La muchacha de la Huerta de la Virgen indudablemente había sido seducida por D. Anselmo.

Ahora bien:

¿Sabía Patricio que la niña recogida por él en medio de la calle, era hija de los ilícitos amores de su

suegro, y que por lo tanto Ángela y la niña eran hermanas de padre?

Para Antoñez no cabía duda, respecto á que la niña recogida era la hija de D. Anselmo, ¿pero conocía éste el paradero de la niña y el de la madre?

Era de suponer que no.

¿Cómo combinar todo esto para que resultara el proyecto acariciado por Antoñez y reducido, simplemente, á sacarle unos cuantos miles de pesos, unos cuantos miles de los muchos que había adquirido de mala manera?

Hé aquí lo que preocupaba á Antoñez al recorrer el camino entre El Burgo y Madroñópolis.

Después de reflexionar mucho sobre el asunto, dijo resumiendo.

—No hay más que un sistema: el de meter mentira para sacar verdad.

Presentaré como cierto lo más verosímil. Si don Anselmo lo reconoce como tal, habrá probabilidades de que lo sea también lo más dudoso.

Nada, nada; un poco de habilidad y por el hilo sacaré el ovillo. El hombre quedó esta mañana muy impresionado y me parece que podré llegar á los diez mil pesos.

Aquella noche, cuando llegó Antoñez á su casa, dijo á la simpática Azucena.

—Mañana te haré un buen regalo.

—Juanillo—contestó la *señora de Antoñez*, con muy

buen sentido; mira que me parece que son estos muchos líos para un hombre solo. ¿Te enteras?

—Déjalo mujer, así es el mundo. ¡Quién te ha visto y quién te vé!

—Pues aunque no lo creas, un mediano pasar me gustaría más que esta bambolla. Todas las gentes que tratamos son unos farsantes de primera, empezando por esa Panfilita.

—Panfilita es más fina que el oro. Sabe mucho.

—Tiene más conchas que un galápago. No acaba de gustarme esa mujer. Vamos... que no me gusta. ¿Lo quieres más claro?

Y escucha, Juanillo, por lo que te pueda interesar: el que no se retira á tiempo puede perderlo todo en una sola carta. Retírate ahora que tienes hecha la jugada y vámonos á un rincón donde nadie nos conozca á vivir tranquilos. Créeme, y créeme. La codicia rompe el saco y tanto va el cántaro á la fuente...

—Déjame un par de añitos más y luego hablaremos.

—Para largo me lo fías.

—Ya sabes que tengo mucha confianza en mi buena suerte.

—Mira que se suele quebrar como si fuera vidrio.

—Vaya, chiquilla, no te metas en eso y á dormir.

—Como quieras.

¿Quien de los dos tenía razón?

El tiempo, gran maestro de verdades, se encargará de decirlo.

## XVIII

Empecemos diciendo que Patricio aceptó, no sin repugnancia el destino de guarda de la casa del *Ampo*.

Dejémosle instalado en uno de los dominios del Inca, que ya tendremos ocasión de encontrarle, y sigamos ahora el curso de la nueva intriga del señor de Antoñez.

El día siguiente al de la visita hecha á D. Policarpo, se presentó Antoñez en la casa de Panfilita, para recibir sus instrucciones y recoger la credencial de D. Anselmo.

Panfilita insistió en lo dicho el día precedente, y Antoñez se dirigió á la morada de nuestro conocido procurador.

Cambiaron uno y otro los saludos reglamentarios y entraron en materia, empezando Antoñez de este modo:

—¡Ya pareció aquello, mi buen amigo!

—¿El qué?—contestó medio convulso el señor de Cascanueces, ¿lo... lo de los diez mil?

—Vamos por partes, mi querido amigo.

Pareció la deseada credencial y en prueba de ello tengo el honor de entregársela en nombre de nuestra buena amiga,

D. Anselmo la recogió, y tirando en el acto de uno de los cajones de su mesa, puso á la disposición de Antoñez veinticinco billetes de mil columnarias cada uno.

Antoñez recorrió con rapidéz las hojas de aquel libro de escándalo, y cuando contó veinticinco, dijo:

—Está bien, y colocó en su cartera los billetes.

Como Antoñez, para evitar molestias á D. Anselmo llevaba escrita la consabida dimisión, el hombre de confianza del gobierno, el recién elegido para desempeñar un alto cargo, firmó el documento, y punto concluido.

—Como una seda, ¿eh?—dijo D. Anselmo frotándose las manos. Así es como se arreglan las cosas entre buenos amigos. Y excuso decir á usted, mi querido Antoñez, que si alguna cosa se le ocurriera por allí, soy todo suyo, ¿eh? todo suyo. A mí me gusta decir las cosas una sola vez; pero dichas quedan. Aquel es buen país, y quién sabe si á usted mismo le convendría alguna vez redondearse. Quién sabe, ¿eh? quién sabe hasta donde pueden conducirnos las quiebras de la vida. Yo marcharé en el primer correo que salga después de la boda, pues sabrá usted que me caso con la condesita de AJoseco. Ya recibirá usted el aviso oportuno y... Antoñez, que deseaba abordar el otro asunto, creyó necesario poner coto á la locuacidad de D. Anselmo, y le interrumpió con estas palabras:

—Pero antes de emprender el viaje convendrá que hablemos de lo otro.

—Usted dirá.

—Considéreme usted desde ahora como fiel representante de los intereses de Luisa.

—¡De... de Luisa, dice usted! ¿Qué... qué Luisa es esa?

—No se haga usted de nuevas, mi excelente amigo; usted comprenderá que no invoco, sin suficientes títulos para ello, el nombre de aquella desgraciada. Conozco con todos sus detalles lo ocurrido en la Huerta de la Virgen y me parece que no necesito decir más á un hombre de mundo como usted.

—¿Usted sabe?...

—¡Todo!

Antoñez pronunció esta palabra con tal acento de convicción, que don Anselmo quedó anodadado, vencido.

—¿Todo?—replicó, dirigiendo á Antoñez una mirada que pedía compasión.

—Sí, ¡todo!

Y usted comprenderá que al expresarme así, afirmando con una sola palabra lo que usted me pregunta, es porque deseo evitar á usted la molestia de ciertos recuerdos.

Cuando oyó D. Anselmo estas palabras, pronunciadas con marcado acento de hipocresía, tendió la mano á Antoñez en señal de gratitud y visiblemente

conmovido. Era la avaricia uno de los pecados que más le dominaban, y la cifra 10.000, que en la noche anterior había visto girar y reproducirse en diferentes formas durante el sueño, apareció de pronto á su vista con aterradora magnitud.

—Hablemos... hablemos con... con sinceridad, mi querido amigo, ¿eh? Este asunto lo tenía olvidado, porque cumplí como un ca... caballero, créame usted señor de Antoñez. Si ahora vienen con nuevas exigencias me... me haré el sordo.

—He empezado diciendo á usted que me considere como representante de Luisa, y en este concepto le suplico que me oiga.

—Hable usted.

—Las manchas que produce el deshonor no se lavan con un billete de Banco.

Antoñez, al aventurar esta suposición, clavó los ojos en el semblante de D. Anselmo, y se convenció de que había estado en lo cierto al suponerle midiendo su caballerosidad con un billete de Banco, á lo sumo.

Como D. Anselmo estaba desconcertado, Antoñez siguió desplegando fuerzas para batirle.

—No, mi querido D. Anselmo—continuó diciendo. Ni con un billete, ni con todos los tesoros del mundo se lavan esas manchas; pero al menos deben los hombres de conciencia como usted, y de posición social como la que usted ha conseguido, proceder con cierta

largueza, por aquello de que *los duelos con pan son menos*. De esto se trata.

Luisa y su hijo no pueden vivir.

—¿Pero su hijo vive?

—Vive el hijo de Luisa, que usted tiene reconocido.

—¡Yo!

—Usted.

Tampoco tenía Antoñez seguridad de este reconocimiento, pero procedía por inducción y acertaba.

—Ahora bien; si usted se obstinara en negar—in-sistió Antoñez—yo podría...

Al decir esto, metió la mano en uno de los bolsillos interiores de la levita, como si se dispusiera á sacar comprobantes.

—No, no se moleste usted. Es cierto, y esto mismo demostraré á usted que he procedido dignamente.

Antoñez no tenía noticia de la escena ocurrida entre Braulio y D. Anselmo.

—Por lo mismo, porque me consta, vengo á pedir para la hija de usted algo de lo que en su día podrá corresponderle.

—No... no se moleste usted, amigo mío; me niego á todo, á todo. Ese reconocimiento demuestra que... que impulsado por un exceso de caballerosidad llegué más allá de lo que debía, ¿eh?

—¡Más allá!

—Sobre asuntos tales no se deben hacer nunca afirmaciones de... decisivas.

—Luego usted se atreve á dudar de Luisa.

—Yo... yo no dudo de nada; pero acabemos.

¿Que quiere de mí?

—Diez mil pesos—contestó secamente Antoñez.

—¡Ca... caracoles! ¡Está loca esa mu... muchacha!

—Diez mil pesos no me parece demasiado.

—Ni... ni un *gato*.

—Me lítelo usted bien, D. Anselmo, yo se lo ruego.

—Lo... lo dicho. ¡Pues no faltaba más! Hasta... ta ahí podían llegar las cosas.

—Entonces, hemos concluído; pero el escándalo seguirá á esta entrevista, ya que usted no quiere evitarlo, por una miseria.

Esto dijo Antoñez, levantándose y tomando el sombrero.

—¡Mi... mi... miseria, llama usted á diez mil pesos!

—Sí, señor; lo es, tratándose de un asunto que á usted interesa en primer término; pero yo no he venido aquí para discutir los intereses de usted, sino los de aquella desgraciada.

—A mí lo... lo que me interesa es no dar ese dinero.

—Pongamos término—dijo Antoñez—á esta entrevista, que va siendo enojosa; pero permítame usted decirle, porque quiero proceder con usted lealmente,

que autorizado por Luisa impediré el matrimonio que usted se propone realizar.

—¡Co... cómo!

—Con muy pocas palabras. La linajuda familia de Ajo seco, no querrá enlazarse con un hombre que tiene adquiridos ciertos compromisos con gentes de baja esfera.

Y no le molesto más.

—Po... poco á poco. Aconséjeme usted.

—Pagar á toca teja, en el acto y sin regateos, este es mi consejo; por lo demás, yo respondo de que ese asunto quedará en el olvido.

—Es decir...

—Que una de dos: ó usted me entrega esos diez mil pesos, ó yo mismo estorbaré esa boda, en nombre de Luisa.

—Y usted... se... señor de Antóñez, está autorizado.

—Al extremo que han llegado las cosas, no me creo en el caso de seguir discutiendo. Usted comprenderá que cuando una persona como yo, habla en la forma que acaba de oír, esto es, con antecedentes irrefutables, por algo será.

Beso á usted la mano.

D. Anselmo, de ningún modo quería permanecer bajo el peso de aquella amenaza, y empezó á batirse en retirada.

—Con... conformes, tengo á usted por hombre de honor, y no hablemos más.

—A... ahora vengamos á un arreglo.

—¡A un arreglo!

—Sí, en la... la suma, ¿eh? En la suma.

—Tengo sobre este punto instrucciones terminantes y no debo ceder.

—Es decir...

—Que está dicho todo, y me retiro.

D. Anselmo extendió en el acto un pagaré de diez mil pesos, y se lo entregó á Antoñez.

—No esperaba menos de la hidalguía de usted— dijo Antoñez, estrechando la mano del avaro.

—Sal... sálveme usted, mi buen amigo.

El escándalo daría al traste con todos mis proyectos, ¿eh? y crea usted, que lo digo con sinceridad, me propongo vivir tranquilo los últimos días de mi vida. Como un náufrago que vé la muerte en cada ola que le empuja, me agarro por segunda vez á la tabla del matrimonio, y yo mismo no sé lo que sería de mí si, escapándose de mis manos esa esperanza de salvación, quedara otra vez abandonado á mí mismo en el mar de la vida, cada vez más revuelto y más cenagoso.

Quiero irme lejos, muy lejos del escenario en que me he movido durante mucho tiempo, desempeñando más de una vez papeles contrarios á mis inclinaciones.

D. Anselmo, al afirmar esto último, no decía la verdad. Habíase encontrado muy á su gusto en el escenario á que se refería, y que al parecer, tanto le re-

pugnaba, puesto que él habíase adjudicado los papeles más en armonía con sus perversas inclinaciones.

Es que ya sentía en el alma las primeras punzadas del remordimiento y deseaba huir, como si en la huída dejara atrás, á modo de bagaje incómodo, los recuerdos que le atormentaban.

No por esto se enterneció Antoñez. Oyó impasible la breve confesión de su amigo y guardó el pagaré sin escrúpulo de conciencia.

Poco tiempo después entraba Antoñez en su casa, como el general victorioso que penetra en su tienda.

D. Anselmo, sentado en el sillón de su despacho, quedó pensativo.

—¡Huir, huir! No hay más remedio.

Si esa Panflita hubiera arreglado antes el negocio, no hubiera soltado yo hace un momento diez mil pesos á ese tunante.

Porque ese Antoñez... es otro tunante.

Con estas reflexiones puso término D. Anselmo á la escena que acababa de representar en el escenario que tanto aborrecía.

\* \* \*

Como el estado de Abraña empeoraba por momentos, los puritanos creyeron que había llegado la hora de pensar en algo serio, y conversaron.

En Abraña, para conversar sobraba siempre tiempo, no así para ejecutar.

D. Pompilio tomó la palabra y demostró, con la Historia en la punta de la lengua, no solamente que desde los tiempos de Adán hasta los días que nos corren, todos los grandes cambios habidos en el mundo, y en los demás planetas, se habían verificado pacíficamente por medio de la evolución, sino que en lo sucesivo tendrían que verificarse del mismo modo, obedeciendo á leyes históricas, que en vano intentaríamos trastornar.

En apoyo de esta *tisis* política, dirigió una ojeada preliminar á la formación del Globo, del globo terráqueo se entiende, y demostró también que la lucha gigantesca trabada entre los elementos constitutivos del planeta, no fué lucha, ni cosa parecida, sino una pacífica combinación, realizada con una armonía encantadora y plácida, en los indefinidos límites del tiempo y en las inmensas magnitudes del espacio. Habló de Grecia y de Roma, según costumbre, y terminó diciendo:

—Así, pues, no me hablen ustedes de barullos, ni de asonodas, ni de revoluciones, porque estoy firmemente decidido á no tomar el poder de las puntas de las bayonetas. Conque adiós, señores. Están ustedes perdidos, locos, locos.

Y así diciendo, tomó el sombrero, resuelto á marcharse.

—Pero, ¡D. Pompilio!—se atrevió á balbucear el representante de D. Jesús.

—No oigo, no oigo esos cánticos de sirena.

—Si usted ha sido el maestro...

—¡Ah! sí, no lo niego. Ese es mi delito; pero quién no sabe que pasé la esponja por aquel abominable período de mi vida pública.

Nuestra misión en este momento histórico, redúcese á prestar á D. Eduvigis desinteresado y patriótico auxilio, para que plantee cuanto antes las reformas políticas. El que me quiera seguir por este camino, que me siga, y si nadie me siguiera, iría solo, solo con la esperanza puesta en los destinos de la Patria y fija la vista en las alturas donde se concibe la grandeza de Dios. Conque... ya lo saben ustedes.

—Muy bien, D. Pompilio, muy bien dicho está cuanto usted dice; pero permítame algunas observaciones. ¿Qué reformas políticas son esas?

Si no recuerdo mal, hace poco tiempo, pedía usted, para hacer boca, la abolición de la pena de muerte; la supresión de las quintas y matrículas de mar; la separación de la Iglesia y del Estado, y cuando se le hablaba á usted de reyes, ponía el grito en las alturas á que se acaba de referir. ¿Es que D. Eduvigis ha ofrecido á usted todas esas vagatelas, respetando la última por el momento?

—No hemos venido aquí para hacer historia retrospectiva. A mí no me duelen prendas. Solté todas esas, es verdad, pero las he recogido, y con el nuevo raje que visto seguiré abominando de esos empecas-

tados proyectos, que usted y estos señores acarician.

—Yo...—dijo D. Severo.

—Usted no irá nunca en mi compañía, D. Severo, somos incompatibles. Ya lo sabe usted.

—Séame permitido...—se atrevió á decir friamente D. Justino, con su atiplada voz.

—A usted, ¿qué se le ha de permitir? ¿Quiere usted que se le permita alguna licencia más sobre las muchas que se tomó? Nada, nada, ni una palabra. He dicho.

Hasta la vista.

No hubo fuerzas humanas para contener á don Pompilio, y se echó á la calle, en el buen sentido de la frase.

Los demás se quedaron deliberando.

—¿Y qué opinan ustedes de esta salida?—dijo á D. Severo y á D. Justino el representante de D. Jesús.

—Distingamos—dijo D. Severo. Usted sabe muy bien, mi querido marqués, que causas y concausas de muy diversa índole, contribuyen á crear ciertos estados del espíritu...

El marqués, que empezaba á sentir calofríos, interrumpió á D. Severo, de este modo:

—Convenido, pero...

—Hay causas permanentes y causas temporales...

—Sí...

—Que nos conviene examinar con detenimiento, medir con exactitud escrupulosa, antes de dictaminar

sobre el estado de conciencia en que se encuentra don Pompilio.

—Estamos conformes; pero usted sabe, mi amigo D. Severo, que nos hemos reunido aquí para ver si estamos ya en el caso de echarlo todo á rodar.

—¡Ah, mi buen amigo!—contestó D. Severo—acontecimientos de tal naturaleza no se realizan por la voluntad de unos cuantos...

—Luego opina usted lo mismo que D. Pompilio.

—Sí, y no.

—Permítame usted; eso sí que no lo comprendo...

—He ahí justamente el motivo de nuestras diferenciaciones, que no nos entendemos. Y no nos entendemos por los motivos que aduciré seguidamente, si usted me lo permite.

—Con mucho gusto—dijo el marqués—apoyándose en el respaldo de la silla en que estaba sentado, y cruzando una pierna sobre otra, como quien se dispone á escuchar con mucha calma.

—Las Revoluciones no pueden ser obra de un partido, ni de dos, ni de tres, sino de la Nación entera, y cuando logremos convencer á ese país llamado neutro, de que las teorías por nosotros sustentadas son las mejores; hasta que se forme desde Norte á Sur y desde Oriente á Poniente una masa de opinión tan poderosa que pueda arrollarlo todo, hasta entonces no deberemos estudiar si será ó no prudente ir á la Revolución.

Resulta, pues, entre D. Pompilio y yo una diferencia que puede expresarse en esta forma: él no quiere la Revolución, ni ahora, ni nunca, abomina de ella; yo, en cambio, quiero que pensemos en plantearla cuando la opinión pública, cuando todas las fuerzas vivas del país se encuentren en el estado de conciencia á que acabo de referirme.

D. Jesús, á quien respeto y amo de veras, colocándose en el extremo opuesto al en que D. Pompilio se encuentra, déjase dominar por impacencias, que desde luego califico de patrióticas, y á todo trance, y á cualquier hora, está dispuesto á emplear el procedimiento de fuerza. ¡Qué error tan lamentable! ¡Qué obcecación tan funesta! ¡Qué lástima de hombre! Permítame usted, querido marqués, estas exclamaciones, porque, al fin y al cabo, van dirigidas á ensalzar la perseverancia del último romano.

Pues bién; mi situación está perfectamente definida.

Mi conciencia me aconseja que debo colocarme igualmente distanciado de ambos extremos y yo, como es sabido, aténgome siempre á aquel conocimiento interior que nos lleva hacia el bien que debemos practicar, y nos aleja al mismo tiempo de los males que debemos eludir.

Quédome, pues, en el centro y vea usted cómo se armoniza perfectamente aquello de ser y no ser revolucionario.

El marqués, abandonando su cómoda postura, inclinó el cuerpo hacia delante, como quien echa el pecho afuera y preguntó con cierto retintín á don Severo.

—¿Ha concluido usted?

—He concluido, aunque la materia se presta á muchos distingos.

—Pues bien, D. Severo, tenga usted la bondad de contestar esta pregunta:

—¿Es usted cazador?

—Así, así.

—Lo preguntaba porque por lo visto, usted prepara la escopeta y se queda en casa, esperando que la liebre se le venga á la mano, para luego permitirse el placer de espantarla.

—Usted, lo mismo que siempre, tan llanote.

—¡Qué quiere usted don Severo! Los de mi familia somos así.

Ahora—continuó diciendo el marqués—oigamos la respetable y autorizadísima opinión del señor don Justino.

—Muy pocas palabras he de decir. La Revolución se impone. El pueblo la pide. Nosotros no podemos oponernos á su voluntad. Dentro del principio de las autonomías, pactemos lo que las circunstancias nos imponen. De un pacto conmu...

—¡Ta! ¡ta!—dijo el marqués.

—Sí, eso es, sin tartamudeos que valgan, de un

pacto conmutativo y todo lo demás, depende para mí la solución del problema político; variedad sin unidad, he aquí lo que deseo. Empequeñecer para agrandar, eso es lo que busco.

—De donde resulta—dijo el marqués—que estamos de acuerdo.

—¡Cómo!—dijeron los otros dos al mismo tiempo.

—Estamos de acuerdo en que conviene echar al Inca á paseo cuanto antes. La cuestión está en el modo de echarle. Si algún día supieran ustedes que reuníamos fuerzas suficientes para realizar esa gran obra, ¿no se darían con un canto en los pechos?

—Sí—contestó don Justino sin vacilar.

—Y usted, ¿qué dice, D. Severo?—pregunto á este personaje el representante de D. Jesús.

—Tanto como darme con un canto en los pechos no, porque no sería ese motivo para hacer penitencia; pero tendría una satisfacción.

—Pues ya resulta la conformidad. Reunamos entre los tres los medios de ataque y vayamos al asalto cuando los tengamos en el debido orden y en la suficiente cantidad.

—Conformes—dijeron los otros dos.

—Ahora sólo queda un punto sin examinar.

¿Intervendrán ustedes directamente ó nombrarán representantes?

—No estando aquí D. Jesús, parece más indicado lo último—dijo D. Severo.

—En este caso, si D. Justino no se opone....

—Participo de la opinión de D. Severo—manifestó el aludido.

—Entonces podemos dar el punto por suficientemente discutido.

En esta forma se coligaron los tres, pues si bien es cierto que D. Severo no había dejado de pertenecer al bando de D. Jesús, representaba en él la tendencia menos belicosa, y se le concedió voz y voto en aquella pequeña asamblea.

Un tal Puertohondo, que dirigía en Madroñópolis la cuestión guerrera en representación de D. Jesús, empezó á trabajar sin descanso y á dirigir á su jefe ausente, notas y más notas.

Pero la actividad ratonil nunca hizo milagros.

## XIX

Madroñópolis no estaba en decadencia completa porque en ciertas cosas había prosperado mucho. La verdad ante todo.

La ley de las compensaciones tenía en la capital de Abraña, exacta aplicación, si bien es cierto que con ella iba colocándose en el caso de aquel país en que, según cuentan las crónicas, se cerraron las universidades y se abrieron escuelas de tauromaquia al mismo tiempo.

La instrucción pública en su base, que es la primera enseñanza, estaba en el abandono más lamentable; pero en cambio prosperaban las escuelas privadas del timo en sus diversas manifestaciones, y se enriquecía el diccionario con nuevas voces (1).

---

(1) Oigan ustedes:

37 del *dos*, 9 del *ful*, 6 de la *guitarra*, 8 de los *pastos*, 28 del *tope*, 9 *mecheros* y 6 *tomadoras de la T*.

Y se quedarían ustedes á oscuras si no les dijera que esos son los rateros presos en Madrid durante el mes de Mayo.

Es decir, toda una clase social con sus correspondientes categorías, grados y condecoraciones.

¡Saludemos, guardando dijes y placas,  
al gremio de los *cacos* y de las *cacas*!

(*La Voç Montañesa*, 9 Junio 91).

El teatro; había venido tan á menos, que ya se consideraba como un acto heroico el acercarse á la ventanilla para pagar el precio de un asiento cuando se representaba una comedia clásica; pero en cambio prosperaban cuantas funciones podían influir desventajosamente en las costumbres públicas (1).

Obligaciones sacratísimas se dejaban desatendidas en todas partes, con universal asombro, y como los altos gobernantes no bajaban la mano para evitar abu-

---

(1) La *Gaceta* ha publicado la estadística de lo que se debe á los maestros de escuela.

Sólo hay cuatro provincias que no les deban nada: Alava, Guipuzcoa Vizcaya y Pontevedra.

Es preciso citarlas con elogio

En cambio Málaga les debe más de tres millones y medio de pesetas. De este modo se comprende que acabara como concluyó la batalla de las flores en sus últimas fiestas.

En junto los maestros son acreedores por valor de 8.184.665'89 pesetas.

Puede, por lo tanto, *La Dinastía* aplaudir espectáculos como las luchas de perros de presa en la plaza de toros de Barcelona, y la de toros y osos que acaba de tener efecto en Madrid.

Pueblos que no tengan instrucción es lo que desean los conservadores.

Sobre ellos se gobierna con facilidad; y dándoles espectáculos de fieras y no pagando á quien les debe ilustrar, se consigue distraer la atención de los chanchulleros de Ultramar y de la escandalosa gestión de la Hacienda pública.—(*El Globo*).

Segun cálculos de un aficionado, en lo que va de año taurómaco han ganado: Lagartijo, 46.000 duros; Guerra, 41.000; el Espartaco, una cantidad parecida y Mazzantini, 20.000.

Suministramos estos datos á los Maestros, Médicos y Secretarios de la provincia, por si gustan cambiar de profesión, ya que en España el oficio más socorrido es el de torero.—(*El Atalaya*, 28 de Agosto de 1891).

sos, prosperaban todos á beneficio de la impunidad. En cambio era evidente que estaban muy bien mantenidos los zánganos de todas las colmenas (1).

Resultado: que como la proclamación del Inca podía llamarse con toda propiedad imperio del escándalo, los que sentían más de cerca los efectos de este

---

(1) Las cocas del Ayuntamiento van mal; pero ¡cuidado con las de la Diputación provincial!

Ayer daba un periódico esta noticia:

«El pago de los meses de Enero y Febrero del corriente año á las amas de cría de Madrid que tengan expositos de la Inclusa, se verificará en sus oficinas, calle del Meson de Paredes, núm. 80, el día 25 del corriente mes.

Como se ve, los asuntos de la Diputación no pueden ir más corrientes.

Casi al nivel de la renta de consumos.—(*La República*, 5 Septiembre de 1891).

En Aragón se mueren de hambre

En Toledo están abrumados por calamidades.

En Almería no pueden ya vivir.

Pues que tengan todos esos ciudadanos paciencia, y entretanto que se sigan pagando:

A S. M. el rey 7.000.000 de pesetas.

A la regente 500.000 pesetas.

A S. A. R. la Princesa de Asturias 500.000 pesetas.

A las otras altezas otras tantas pesetas.

¡Y viva el desahogo!—(*El amigo del pueblo*, 19 de Octubre de 1891).

Al personal que presta sus servicios en la estación telegráfica de Gijón se le adeudan, según un parte publicado en *El Liberal*, correspondiente al día 7, las gratificaciones de los meses de Mayo, Junio, Julio, Agosto, Septiembre y Octubre.

No dudamos que les serán satisfechas, así que el Sr. Rostchild mande los 400 millones de reales, con la amabilidad del 6 por 100.—(*La Coalición*, 15 de Noviembre de 1891).

estado de cosas, no acertaban á explicarse el desacuerdo de los puritanos; el por qué no habían encontrado una sincera fórmula de avenencia.

¡Misterios que el porvenir descubrirá! decían muchos; pero entretanto daban fuerza á los autores y á los encubridores del estado social, que muy rápidamente hemos descrito.

\* \* \*

La huelga, que hubiera colocado á Patricio en situación muy angustiosa, á no caer, como llovida de cielo, aunque venía del cieno, la credencial que nos es conocida, terminó sin ventaja alguna para los infelices obreros, cuando el hambre les obligó á capitular.

Patricio presenció en la casa del *Ampo* escenas muy poco edificantes y oyó referir otras, cuyo papel de protagonista había desempeñado también el hijo de cien Incas, y resolvió permanecer por algún tiempo en la situación á que el azar habíale llevado, para estudiar sobre el terreno las miserias que sólo conocía de referencia.

Patricio era hombre serio, y como por esta cualidad llegó á merecer las simpatías de los demás empleados en aquel sitio de recreo, fué elegido para acompañar al Inca en una de sus expediciones campestres.

Es de advertir, para el mejor conocimiento de los hechos, que Pepito había contraído segundo matri-

monio, y que Leonor se había expatriado voluntariamente.

¡De cuánto respeto son dignas las mujeres en cualquier posición que ocupen! Sólo es comparable al rigor con que deben ser tratados los hombres cuando, creyéndose superiores á los demás, algo así como de otra naturaleza, aceptan la misión de dirigirlos, no pocas veces contra la voluntad de los dirigidos.

Empeños de tal naturaleza traen consigo grandes responsabilidades, que no pueden eludirse, y además de esto, los que no las exigen con severidad y entereza ó son cómplices ó se resignan mansamente con el papel de ilotas. Pretender que un pueblo sea moral, cuando no lo es el que lo dirige ni tampoco los hombres de que se rodea para ejercer las funciones del gobierno, es pretender un absurdo. Ocultar la inmoralidad, tampoco es posible, porque no hay disfraces para ella. En vano sería cubrir de rosas un lago pestilente. Las emanaciones fétidas brotarían á través de las flores, y estas mismas llegarían á convertirse pronto en materia putrefacta.

Los hombres en ciertas alturas no se deben á sí mismos, se deben á los demás, y como todos sus actos se contemplan, claro es que todos se censuran cuando lo merecen. Por eso sin duda se llaman hombres públicos. Acepten, pues, los que con este título quieran vanagloriarse, las consecuencias de su ambición ó de sus errores

Si los actos de los hombres á que nos referimos, caen bajo la jurisdicción de la conciencia pública, ¿no ha de ser lícito atacarlos, como medio de combatir la institución que representan? En cambio nos parece la mujer más irresponsable, cuando la fatalidad se encarga de ponerla en situaciones impropias de su verdadera y casi única misión.

Pepito no podía abandonar sus malas costumbres.

Se consideraba en su casa como un huésped; vivir lejos de ella constituía su mayor delicia y las giras campestres, por aquello de que le convenía y le agradaba respirar aire puro, eran el pretexto de que echaba mano para reconquistar su independencia.

Seguirle en sus numerosas excursiones, muchas improvisadas á deshora, sería cuestión interminable.

¡Cuántas veces, encontrándose en *El Moreno*, sitio próximo á Madroñópolis, abandonó su residencia, montó á caballo y lanzándolo al galope, le dirigió á la casa de su amada Leonor!

Hacíase Pepito la ilusión de que nadie le conocía. ni aún en las noches en que la luna iluminaba los campos con vivos resplandores, y la verdad es que le seguían las miradas de su pueblo por todas partes. Casi, casi, como el día en que celebró sus segundas bodas.

Ya estaba casado segunda vez, cuando le obsequió uno de sus más fieles servidores con una fiesta campestre, y con esa exquisita prevención de la mujer, la

nueva consorte llamó á uno de los individuos del gobierno, hombre de severas costumbres, que por tener á su cargo en aquel momento la Administración de la justicia, le pareció el más á propósito para impedir, ó siquiera atenuar, los efectos de la *juerga*.

—Tomillo—le dijo,—porque así se llamaba el aludido—permítame que le pida un favor.

—Señora—contestó Tomillo—estoy por completo á sus órdenes y puede mandarme, no suplicarme.

—Está interesada la salud de Pepito en lo que voy á decir á usted.

—Pues con tanto más motivo, señora, estoy dispuesto á cuanto sea necesario.

—Sabrá usted que pasado mañana piensa ir á una gira campestre en compañía de sus más íntimos amigos.

—Nada sé, señora.

—Pues bien, el hecho es ese, y mi súplica se reduce á bien poca cosa: á pedir á usted, como un obsequio muy señalado, que tenga la bondad de acompañarle. Yendo usted estaré tranquila.

—Señora—contestó Tomillo—es muy honrosa para mí esa confianza, y puedo afirmar que correspondería á ella en lo posible...

—Lo sé, lo sé—interrumpió la esposa de Pepito.

—Pero nadie debe ir donde no le llaman—continuó diciendo Tomillo.

—Verdad es; pero eso corre de mi cuenta y yo

procuraré que sea usted invitado. Ahora lo que le suplico es que esto quede entre los dos. El cariño de esposa me obliga á evitar las consecuencias que tanto temo.

—Señora: concluiré como he empezado, diciendo que estoy por completo á su disposición.

—Gracias, Tomillo, gracias. En usted confío. Hágalo usted todo por él y por mí.

Al decir esto, la consorte tendió la mano á Tomillo, por excepción muy señalada, y éste la besó respetuosamente.

Hasta cierto punto, todo ocurrió como lo había pensado la esposa de Pepito.

Tomillo fué de la partida, no sin que dejaran de sentirse contrariados los íntimos amigos del Inca, porque su proyecto era pasar un día á sus anchas, sin testigos de vista; pero no obstante esta contrariedad, emprendieron el viaje con la dulce esperanza de retrotraer las cosas á su primitivo estado.

¡El campo estrecha tanto las distancias y permite tantas expansiones!

Llegaron al sitio y después de entregarse moderadamente á ejercicios cinegéticos, durante la mañana, llegó la hora del almuerzo.

La mesa extendida en el centro del espacioso comedor, estaba cubierta de aperitivos variados, de fiambres, de dulces y de pastas, todo bien combinado con preciosos búcaros que contenían pequeños rami-

lletes de flores naturales y con multitud de botellas, unas brillantes, dejando ver el exquisito zumo y cubiertas de polvo y telarañas otras, como testificando con esta suciedad repugnante el mucho tiempo que acostadas en la obscura bodega, habían esperado la ocasión de ofrecer el añejo líquido á los borrachos finos.

Sirvióse el almuerzo. Al principio, cada cual ocupó su puesto; poco á poco se fueron estrechando las distancias, y cerráronse por completo cuando á los postres sirvieron el champagne y el café.

Patricio, el buen Patricio, parecía estar asomado á un mundo nuevo y no acababa de salir del asombro que aquel espectáculo le producía.

Fué á la fiesta para ojear la caza y como á lo último, en las que podrían llamarse agonías de la embriaguez, todos los hombres fuertes de corazón y de cabeza resultaron pocos para acudir á las llamadas y á las necesidades de los señoritos, se confundió con éstos y vió desaparecer las gerarquías ante la más atrevida y exigente de las democracias; la democracia que impone el vino cuando se sube á la cabeza. Todos eran unos y el Inca, con perfecto conocimiento de su estado haciéndole justicia, exigía con imperativo mandato que le tutelaran sus amigos.

Después de servido el champagne y el café, todos estaban alegres y algunos casi borrachos. El señor Tomillo, comió poco y bebió menos y en algunas oca-

siones, en tono de broma, por supuesto, se permitió aconsejar la moderación á sus compañeros, siendo de advertir que su aspecto fúnebre, porque estaba demacrado y pálido como un difunto, no era el más á propósito para llevar la fiesta á los límites á que por lo visto las hacían llegar siempre el Inca y sus amigos y aunque le invitaron á que bebiera, el hombre se defendió como un valiente, gustando apenas los licores que se le ofrecían,

—No se resistirá usted, amigo mío, le dijo el Inca á beber una copa de cognac por el bien de la Patria.

—De ningún modo, contestó el señor Tomillo y chocando la copa, bebió su contenido.

—Otra por la salud del Inca,—gritó no se sabe quién y

—¡Otra! ¡otra!—dijeron todos á la vez dando esto por resultado que nuestro hombre no tuviera más remedio que someterse á la segunda prueba. Un individuo del gobierno no podía resistir ese género de instancias y como la verdad, no tenía costumbre de beber, necesitó muy poco vino para sentir los mismos efectos que los demás, así es que al apurar la segunda copa, le dió por echar un discurso recomendando las ventajas de la sobriedad y diciendo que para predicar con el ejemplo se proponía no beber ni una copa más.

—¡Bravo! ¡bravo!—dijeron todos aplaudiendo, y entre los ecos de los aplausos resonó la voz del Inca en esta forma:

—Pido la palabra.

—La tiene su señoría,—dijo uno.

—Silencio, silencio,—gritaron otros, y todos callaron como muertos.

—He oído con mucho gusto, dijo el Inca, el discurso que acaba de pronunciar su señoría. Todos estamos conformes, hasta cierto vino, ó hasta cierto punto. (Aplausos frenéticos). Propongo, pues, que accediendo á los deseos de su señoría, bebamos como un solo borracho la última copa de cognac en este comedor, sin perjuicio de seguir libando fuera lo que caiga, hasta que su señoría nos convenza de que no podemos más. Que cada una coja su botella y.....

«Al campo D. Nuño voy  
donde probaros espero  
que si vos soy caballero,  
caballero tambien soy.»

—¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Viva Pepito! ¡Vivaaa!...

En medio de estas aclamaciones se levantaron todos y dejando la mesa como un campo de Agramante, salieron en tropel á la puerta de la casa, para seguir *gozando* á la sombra de los árboles.

La tarde estaba hermosa. Ni calor ni frío. Unos se sentaron en los bancos, otros sobre la arena y así continuaron bebiendo, charlando y cantando á más no poder.

En estos casos, como en otros muchos, todo es empezar y el Sr. Tomillo resistiéndose con menos eme-

gía que á primera hora, echó algunas copas sobre las que ya tenía en el cuerpo, resultando que al poco tiempo estaba el pobre hombre casi tan borracho como los demás. Cuando ya se habían apurado las botellas y los chistes, alzó la voz Pepito, diciendo:

—Señores; aquí todos somos unos, todos somos patriotas. No hay diferencias que nos separen. Nada que nos asuste.

¡Viva la tolerancia!

—¡Viva!—contestaron.

—¡Viva la democracia!

—¡Viva!

—Señor ministro—continuó diciendo Pepito, encarándose con Tomillo—échenos usted subido en ese árbol uno de aquellos discursos que pronunciaba cuando era enemigo mío.

—Sí, sí.

—Que se suba.

—Arriba con él.

Y sin saber cómo, se encontró el señor Tomillo sentado entre los dos grandes brazos de un hermoso árbol.

—¡Que hable! ¡que hable!—dijo el coro de borrachos, y Tomillo no tuvo más remedio que tomar la palabra en esta forma:

—Ciudadanos:

—¡Bravo! ¡bravo!—dijeron los oyentes.

—¡Viva la libertad!—dijo el Inca para infundir confianza al orador.

—Ciudadanos—volvió á decir Tomillo:—vuestros aplausos me indican que en el reló del tiempo ha sonado ya la hora del imperio de las democracias (Aplausos prolongados).

El entusiasmo con que habéis recibido mi presencia en esta tribuna, que envidiaría Platón si se viera entre borrachos tan distinguidos.... (Bravos y palmas), me demuestra lo hondamente arraigadas que están en vuestras conciencias de hombres libres, aquellas ideas de progreso que al alborear el siglo presente resumieron nuestros abuelos con estas tres sacrosantas palabras: libertad, igualdad, fraternidad. (Frenéticos aplausos).

¡Adonde habrá libertad semejante á la que en este sitio nos disfruta!

¡Qué igualdad comparable á ésta que á todos nos confunde en el más equitativo y sublime de los desórdenes!

¡En qué país del orbe podrá ofrecerse un ejemplo de fraternidad parecida á la que aquí nos une como si todos fuéramos dignos hijos de aquel Noé famoso, á quien envidiaréis como yo envidio, por haber sido el primero que sintió en el mundo los efectos del mosto! (Aplausos entusiastas que se prolongan mucho tiempo).

Pues bien, ciudadanos, si los Incas, como la historia nos demuestra, han sido en todos los tiempos y circunstancias incompatibles con las

ideas de progreso que sentís y amais ¡abajo los Incas!

—Abajo—gritaron todos.

—¿Que me bajo?—dijo el orador, que aún conservaba serenidad de juicio suficiente para apreciar si habría ido más allá del límite señalado por el respeto.

—No, no—contestaron.

—Pues bien, gritad conmigo otra vez.

—¡Abajo los Incas!

—¡Abajo!

—¡Viva la Soberanía popular!

—¡Viva!

—¡Viva la borrachera!—dijo el Inca.

—Viva—contestaron todos.

—Ahora, una súplica, ciudadanos ilustres; arrimad una silla al árbol.

—No, no—dijeron unos.

—Hagamos un auto de fe con ese renegado—dijeron otros.

—Sí, sí, un auto de fe, para que haya de todo.

Y diciendo y haciendo, trajeron ramaje medlo seco, lo arrimaron al árbol é intentaron hacer una hoguera. Por fortuna para el condenado no ardió la leña, pero sí produjo el humo suficiente para asfixiar á cualquier cristiano.

—Pepito: en tus manos encomiendo mi espíritu—dijo Tomillo.

—Yo te salvaré, ilustre vasallo, del fuego de nuestros inquisidores.

Y como una exhalación, entró en la casa, subió las escaleras y apareció en un balcón exactamente situado á la altura de la copa del árbol y muy cerca de él.

—Agua va,—dijo Pepito.

Y en efecto, el infeliz representante de la justicia, sintióse bañado por ciertas aguas tibias que Pepito debía tener reservadas para otro lugar.

Cuando concluyó la fiesta y la frescura de la noche despejó algún tanto los vapores del vino, regresaron los expedicionarios á Madroñópolis, algo más sossegados los ánimos, y como Patricio llegó más tarde que de costumbre á la casa que en medio del bosque tenía Ángela le esperaba á la puerta.

—¿No ha sucedido nada?—preguntó Ángela.

—Mucho: tanto que no puedo decorosamente continuar aquí.

—¡Es posible, Patricio de mi alma!—dijo Ángela. Ahora que estábamos tan bien, tan tranquilos...

—Todo lo que quieras; pero déjame, déjame. Prefero mil veces mi vida de albañil á continuar viendo lo que esta tarde he visto.

—Me asustas.

—Pues no te asustes por mí, porque conmigo no va nada. Pon la escopeta en el sitio de costumbre, aunque está descargada y tomando un refresco de cualquier cosa, te diré lo ocurrido esta tarde.

Ángela hizo lo que su marido deseaba, y al poco

tiempo tenía delante un gran jarro de sangría, que era su refresco favorito.

—¡Qué rica está y qué diferencia entre este goce tranquilo, en mi casa, al lado tuyo y al de nuestra hija, y la orgía escandalosa que acabo de presenciar!

Patricio tomó un nuevo sorbo del agradable refresco y después de saborearlo un momento, empezó el relato ofrecido.

—¿Pero no has soñado lo que acabas de decirme?

—Aún he omitido algunos detalles que no pueden referirse. Figúrate si habré soñado ó no.

¿De qué modo dió cuenta á su soberana el asendereado y maltrecho ministro de la misión que le había confiado?

Esto es lo que no dicen las crónicas; pero es posible que saliera del paso, diciendo:

Señora: un loco hace ciento, como decimos en Abraña.

## XX

Consecuencia: que la inmoralidad producía dos efectos. Que mientras por un lado no percibía el Erario importantes sumas, por otro pagaban los particulares, en beneficio de otros, cantidades que nunca habrían desembolsado si la administración hubiera sido moral, esto es, si no hubiese tenido sujetos á tarifa, no tan solo los asuntos litigiosos, sino aquellos que con tal aspecto podía presentar á la candidez ó á la ignorancia de los interesados.

Corrupción siempre.

Los despilfarros eran escandalosos, la palabra contrata, era sinónima de robo, en toda la extensión de Abraña, y como hasta los mismos que estaban obligados á perseguir y castigar tantos escándalos, contentábanse con reconocerlos, se extendió la idea de que no podían corregirse más que variando el sistema de gobierno. Faltaba trabajo, crecía la miseria y prosperaba el número de vagos (1). El desbara-

---

(1) Dice un aficionado á estos cálculos, que hay en España 300.000 españoles sin oficio conocido, que se dedican diariamente á visitar cafés, paseos, etc., y que consumen sin producir.

A ésto hay que añadir 250.000 cesantes que están esperando que

juste de la Hacienda habia llegado á su colmo, porque los empréstitos usurarios que, para salir de apuros contrataban los restauradores del Inca, hacían crecer los intereses de la Deuda en proporciones intolerables en un país empobrecido, y á todo esto sufrían mayor ó menor descuento las clases que cobraban del Estado, menos el Inca, que entre otros privilegios, tenía éste y se aguantaba con él. Claro es que á la dotación de Pepito, se agregaban muchas gabelas, consiguientes al cargo que ejercía por la gracia divina y por el auxilio terreno de Corralón, como por ejemplo, los bienes llamados patrimoniales, cuyos productos netos unidos á aquella suma, alcanzaban una cifra, que los abrañoles se habían acostumbrado á economizar en otros tiempos (1).

---

cambie la política conservadora por la fusionista para ocupar los puesto que dejen vacantes los otros 250.000 que los tienen.

De modo, que entre llantas y pitos, tenemos en España:

300.000
<u>250.000</u>

550.000 vagos de profesión,

que sumados con la mitad de los empleados en activo servicio, que sobran, dan un total de

675.000 personas que están rascándose la barriga todo el día.—(*El Baluarte*, 21 de Mayo de 1891).

(1)	Lista civil.....	9.500.000'00
	Cargas de justicia.....	535.000'00
	Capillas reales.....	218.000'00
	Brillo militar de la monarquía.....	<u>1.105.294'03</u>

Total (gasto exclusivamente personal de la monarquía, con cargo al contribuyente).....	11.358.294'03
--	---------------

Todo esto producía un desequilibrio inevitable á pesar de los esquilmos con que agobiaban al contribuyente; porque con ellos, lejos de conseguir el nivel deseado, sólo conseguían aumentar la miseria pública, ponerla más de relieve, hacer más odiosa la soldada del Inca y más ofensivo el esplendor de que se rodeaba en los días solennes.

\* \* \*

Patricio, continuaba firme en su resolución de abandonar el cargo de guarda, y la habría llevado á cabo si un incidente gravísimo no se lo hubiera hecho dejar antes del tiempo que había señalado; pero si no hemos de *adelantar los sucesos*, será necesario referir lo ocurrido en la casa del *Ampo*, grave también, aunque no relacionado con la suerte de Patricio.

Cierto día recibió la consorte de Pepito un anónimo, escrito con letra de mujer, y concebido, poco más ó menos, en los términos siguientes:

«Preséntate esta tarde de improviso en la casa del *Ampo*. Hay gato encerrado.»

—Ga... to... en... ce... rra... do—repitió la esposa de Pepito, silabeando la enigmática frase. Y después de reflexionar un poco sobre ella volvió á la carga con su tema, diciendo:

—¡Ga... to... en... ce... rra... do!

Pues señor no sé lo que esto quiere decir; pero no es nada grato seguramente. ¿Será alguna de esas co-

sas malas que Pepito me ha enseñado y que á lo mejor suelto en público con la mayor inocencia. ¡Será otra cosa peor!

No, pues ahora no se reirán de mí; voy á salir de dudas, y preguntó á una de las damas de su mayor confianza:

—¿Qué significa entre ustedes, gato encerrado?  
*¿Qué veut-il dire?*

Esta fué la pregunta que á quemarropa dirigió á la dama, quien al oirla, no pudo disimular un movimiento de sorpresa, porque el fino instinto de la mujer había descubierto la gravedad de la pregunta, y sobre todo la de la respuesta.

—¿Qué significa?

Estrechada la dama, contestó en francés:

—*Ceci veut dire tout bonnement... chat prisonnier, chat qui a été renfermé tout-à-fait.*

—No, no, no, no, no—contestó la esposa de Pepito, haciendo al mismo tiempo signos negativos con la cabeza.

—*Ceci veut dire une autre chose, expliquemelo, je vous en prie.*

Ante aquella convicción y esta súplica no había resistencia posible.

La esposa de Pepito estaba bien convencida de que para poner en su conocimiento que en la casa del *Ampo* habían encerrado un gato, nadie se habría molestado en escribir un anónimo, y á su modo, entre-

vió que si no había *gato encerrado*, había *gata*.

—Señora...—balbució la dama, haciendo un último esfuerzo para eludir la respuesta.

—Venga la explicación—dijo la esposa de Pepito, con cierto aire de disgusto y de magestad.

—*Il y a chat renfermé ou en poche signifie quelque chose, qu'on ne peut pas dire, quelque chose de mauvais, de caché*—contestó la dama, bajando la cabeza y mirando al suelo.

—Basta—dijo la señora de Pepito—haciendo con la mano una señal, que significaba: déjeme usted sola.

La dama hizo una cortesía muy reverente y se retiró, diciendo para sí:

—El trueno gordo.

La esposa de Pepito, cuando se vió sola, bajó la cabeza y sintió que las lágrimas nublaron sus ojos.

—*Mon Dieu, quel malheur, quel grand malheur! ¡Canaille, canaille!*

Y al decir estas dos últimas palabras, estrujó el papel entre las manos. Estaba pálida, y en sus pómulos formó la sangre, convertida en fuego, dos manchas rojas. Notábase en sus labios una crispación nerviosa, y de pronto cerraba los ojos, movía la cabeza y se pasaba la mano por la frente como si quisiera arrancar de ella una idea molesta. Su respiración era anhelosa en consonancia con los latidos fuertes y precipitados del corazón.

La angustia, sentida, allá, muy hondo, en un prin-

cipio, parecía haber rebosado poco á poco hasta inundarlo todo, y aquella infeliz mujer, inmóvil, abatida, con los brazos extendidos y las manos cruzadas, era la imagen viva del dolor.

De pronto irguió la frente, el abatimiento se transformó en vehemencia, y la desesperación, los celos y la rabia, hicieron su oficio.

—Iré, iré.

Estas fueron las palabras que pronunció al salir de la habitación en que se encontraba, para dirigirse á la que ordinariamente ocupaba su esposo á aquellas horas; pero Pepito estaba en el picadero viendo probar una magnífica yegua que le había regalado no sabemos qué sultán.

\* \* \*

Cuando aquel día terminó el almuerzo, Pepito, con la mayor amabilidad se dirigió á su esposa, cogió una de sus manos, la estrechó afectuosamente entre las suyas, y dijo:

—¿Me dispensarás esta tarde que no te acompañe? Tengo que hacer.

—¿Tienes que hacer?—contestó ella, procurando dominarse.

—Sí, voy á probar una magnífica yegua que me han regalado. Ya la verás cuando esté domada, mejor

dicho, cuando hayamos conseguido quitarla ciertos resabios.

—Sí que la veré. ¿Es muy hermosa?

—Mucho; buenos aplomos, buenas anchuras; y tiene una piel tan fina y transparente, que deja contar todas las venas. Es una yegua de raza, de pura sangre, muy vigorosa, aunque algo arruinada porque ha trabajado mucho.

—Pues... sí que la veré. ¿Cuándo?

—Dentro de un par de días; ya verás, ya verás cómo te gusta.

—Tan bella la pintas que me dan deseos de conocerla antes.

—Ten un poco de paciencia. Primero la montaré yo, y cuando esté bien en la mano, lo que se llama *entregada*, tú la engancharás y harás con ella lo que quieras.

¿Conque estás contenta?

Ya ves cómo no me olvido de ti.

—¿De veras?

—No faltaba más sino que lo dudarás. Hasta luego.

—¿Volverás pronto?

—A la hora de comer estaré en casa.

Pepito estrechó cariñosamente entre sus manos la cabeza de su esposa y la besó en la frente.

Al poco rato estaba en la casa del *Ampo*.

Nuestros lectores habrán adivinado que eso de la

yegua no era ni más ni menos que una de las muchas estratagemas de que se valía frecuentemente para despistar á su esposa. Lo cierto es que en la casa del *Ampo* tenía una cita, y como Pepito se distinguía por la puntualidad, minutos antes de la hora convenida estaba paseándose por el gabinete reservado para sus aventuras amorosas.

—Si vendrá, si no vendrá.

Esto es lo que pensaba Pepito para sus adentros en aquellos minutos de angustiosa espera. Espera angustiosa ciertamente, porque no hay nada que excite tanto como la incertidumbre anhelosa que precede á un placer deseado.

—No, no puede faltar, por lo mismo que ha costado mucho trabajo reducirla, según dicen, ó según ella ha hecho creer.

Si lo supiera Leonor. ¡Pobre Leonor! Pero ya sabe ella que es la fovorita. Lo demás... nada; relámpagos que cruzan por el cielo de mi vida, bien preñado de nubes, por cierto; flores que nacen y se agostan en el breve espacio de un día. Nada... en resúmen, nada.

Estaba Pepito entregado á estas reflexiones, cuando oyó pasos en la habitación inmediata y luego roce de vestidos. Pasos leves, como de mujer que se desliza más que anda; roce misterioso y suave de un traje femenino al ponerse en contacto con las alfombras y con los objetos que encontraba en su camino.

—Aquí está,—dijo Pepito.

Y al decir esto se abrió una pequeña puerta, y se presentó en la habitación una hermosa mujer, mejor dicho, una hermosísima ruina de mujer, pero con tal primor retocada por el arte, que los encantos naturales de sus mejores tiempos aparecían realzados.

Pepito recibió á la recién llegada con cierta afectación ceremoniosa, no con la confianza propia entre la mujer y el hombre que por un acto de su libre voluntad, se encuentran solos en el mismo sitio y á una hora dada.

Había entre ellos diferencia de edades. Aquella mujer, cuando estaba en todo el esplendor de su hermosura, le había conocido siendo niño y esta razón mantuvo á Pepito á cierta distancia porque no sabía cómo salvarla á pesar de su práctica en este género de aventuras. Todo era cuestión de tiempo y el joven enamorado empezó con la mayor galantería ofreciendo á la dama un asiento á la inmediación de un pequeño velador que en el centro del gabinete había sosteniendo un servicio de te.

—Estamos solos y podemos permanecer aquí tranquilos, porque todas las precauciones están tomadas.

Yo mismo; para que nadie nos moleste inoportunamente, serviré á usted una taza de te, si me permite ese honor.

La dama incógnita respondió á la invitación del jovenzuelo con una de sus más benévolas y estudiadas sonrisas, y dándose por enterado Pepito, encendió una

cerilla y la aplicó á la vasija que contenía el indispensable espíritu de vino.

La llama azulada empezó á oscilar bajo el agua fría, y á medida que ésta fué entrando en calor, la sangre viciada de Pepito empezó también á inflamarse. El más profundo misterio reinaba en aquel estrecho recinto, porque la luz llegaba á él muy amortiguada á través de los amplios cortinajes de seda azul celeste que cubrían los huecos de los dos únicos balcones de la estancia. Era una luz crepuscular muy á propósito para las más íntimas confusiones y los más audaces atrevimientos.

—¡Cuánto deseaba esta ocasión—dijo Pepito acercando su silla á la que ocupaba la dama—y cuánto tiempo me la ha hecho usted desear, ingrata!

Y Pepito dió término á este primer avance, cogiendo una de las manos de la recién venida.

—Por Dios, Pepito—dijo ésta, bajando los ojos, pero dejándose sobar.

—Aquí no nos vé nadie, estamos solos. ¡Solos tú y yo! ¡Qué dicha tan grande!

La dama incógnita dió un suspiro, primer signo de debilidad, que podía traducirse de este modo:

—Atrévete...

El agua estaba próxima á la ebullición y Pepito también, así es que no necesitaba grandes excitaciones para atreverse á lo que era natural en aquella crítica y preparada situación.

Siguió estrechando el cerco y buscó, naturalmente, el mayor número posible de puntos de contacto con la plaza sitiada.

El agua, que hervía á borbotones, ya estaba en disposición de pasar á la vasija que contenía la aromática planta china, cuando se oyó un ruido extraño en las habitaciones inmediatas.

Pusiéronse en pie los enamorados, poseídos de la natural alarma, y oyeron decir muy distintamente:

—No se puede pasar.

—¡Quién lo manda!

—Señora...

—¿Es usted, criado de mi casa, más amo que yo? ¡Salga usted de aquí inmediatamente! ¡Su puesto de usted está en la calle desde ahora!

—¡Ella! — dijo Pepito en el colmo del aturdimiento.

—¡Estamos perdidos! ¡Qué vergüenza! — exclamó la piadosa adoratriz del joven Inca.

Como no había medio de huír, claro es que el único recurso era esperar el desenlace de la inesperada escena, y aunque Pepito, al decir ¡ella! corrió á ocultarse detrás de una cortina, fué éste un movimiento instintivo, y pensando después que agravaría con el ridículo la escena si se dejaba sorprender en aquella situación poco airosa, resolvió afrontar las consecuencias de su falta, que no se hicieron esperar, porque abriéndose violentamente la puerta, apareció como en-

gastada en su marco la severa figura de la esposa ofendida.

Los dos amantes bajaron la cabeza, como dos reos convictos y confesos en presencia del juez que se prepara á fulminar la terrible sentencia.

Haremos gracia á nuestros lectores de los detalles de la escena ocurrida en aquel nido de amores, porque sin grandes esfuerzos de imaginación podrán representárselos tales como debieron ser. Lo único que nos creemos obligados á decir es que la esposa ultrajada dió término á la violenta, á la violentísima escena, con estas palabras:

—Mi resolución está tomada. ¿Te gusta el escándalo? Lo habrá, lo habrá; pero tan grande, que quedarás satisfecho. Yo te lo juro.

Y sin añadir una palabra más, salió de la habitación, dejando á la sorprendida pareja como es de suponer.

No había medio de continuar la sesión hasta llevarla á su término natural, porque las sorpresas traen consigo el pánico, y el pánico la huida, la descomposición, el desastre.

Pepito estaba aturdido, pensando para sus adentros: ¿Qué vá á pasar aquí?

La otra, á pesar de sus años y de la experiencia consiguiente, había perdido también la serenidad; pero consiguió dominarse más pronto y puso término á la escena muda que allí se representó

después de la sorpresa, diciendo estas palabras:

—Sabes, hijo mío, que nos lucimos si no toman precauciones.

—¡Esto es horrible, es horrible!—dijo Pepito—no sé qué partido tomar.

—Tomar el sombrero—contestó ella:—es el único. Y en efecto, Pepito se caló el suyo hasta las cejas; y diciendo otra vez:

—¡Esto es horrible!—salió maquinalmente de la habitación, dejando á la dama entregada á si misma. No se desconcertó ésta.

—Es un niño—dijo—y ya se sabe... yo tengo la culpa.

Al poco rato, cuando vió que el carruaje de Pepito había desaparecido en la espesura del bosque, levantó los hombros, hizo un gesto de indiferencia y salió del lugar de la cita, diciendo:

—Que haya un conflicto más, ¿qué importa al mundo?

\* \* \*

El resultado de la entrevista de los puritanos, fué que pusieron manos á la obra de destrucción, si bien es cierto que con escasa fe, por parte de D. Justino y D. Severo, quienes asistieron á la conferencia á regañadientes, como vulgarmente suele decirse, empujados por la opinión pública, que á grandes voces pedía

por compasión una inteligencia, como único medio de sacar á salvo los intereses del país, gravemente comprometidos por los restauradores.

Sin embargo, menudearon las conferencias entre los representantes y con mayor ó menor cordialidad iban reuniendo elementos *para dar el golpe*.

D. Jesús, á todo esto, había comprometido ya gran parte de su fortuna y otra no pequeña de su paciencia, pero estaba dispuesto á no cejar por nada ni por nadie en el camino que se había propuesto seguir por parecerle el único derecho.

Era un carácter.

Desgraciadamente, *ser un carácter, tener firmeza*, había llegado á ser en Abraña cosa excepcional, pero no dejaba de presentarse algún caso que otro de vez en cuando (1).

---

«Otro hombre de acción, en el verdadero sentido de la palabra, es Zorrilla, que conserva todavía el mismo vigor de otros tiempos.

Reconoce que los medios que deben emplearse para reformar una sociedad son diferentes; mas no por eso ha abandonado sus procedimientos, ni dejó de abrigar la misma fe de siempre en la Revolución.

—Engañanse—me decía—mis amigos de España, suponiendo que el País entrará francamente por el camino de la libertad y de las garantías populares con la votación del sufragio universal.

Los Gobiernos continuarán corrompiendo el voto, como hasta aquí. Prevalecerá la influencia oficial, ya por lo corrompido de las autoridades, ya por el soborno de los caciques, ya por otros medios igualmente reprobados.

Cierto es—continuaba—que las costumbres son hoy más dulces y suaves, merced á la confraternización y solidaridad de los pueblos. La raza latina tiene tendencias más evolucionistas. Pero el desengaño vendrá por fin, porque el pueblo es en todas partes revolucionario, y sólo de él podrá venir la acción de que tanto carecemos para combatir á los usurpadores de nuestros derechos y de nuestra fortuna.

.....

El coronel Segundez, aquel jefe ordenancista que dirigió á Rodrigo una severa carta cuando éste le recomendó á Patricio, no tuvo inconveniente en aliarse con los puritanos, y al ponerse á sus órdenes entró en relaciones políticas con su antiguo subordinado el capitán Rodrigo.

Constituir un ejército nacional tan atento á los in-

---

Ruiz Zorrilla es el más popular y el más querido de todos los hombres políticos españoles.

Tuve ocasión de convencerme de ello en mi excursión por España. Ninguno como él tiene el secreto de conmover los corazones, de exaltar á las multitudes y de despertar las masas para el ideal republicano.

Es bueno, es generoso, es serio, es honrado, es consecuente. Su actitud vale más que sus palabras, porque es la actitud de un caudillo intransigente, de un apóstol inflexible, de un evangelista sincero y desinteresado.

La oratoria de Ruiz de Zorrilla participa de su corazón y de sus convicciones. Es sencilla, ingenua, franca, conmovedora. Su gran poder sobre las masas, en términos de consagrarle muchos de sus correligionarios un verdadero culto, como si fuese un Dios, un santo ó un redentor, proviene exactamente de la actitud firme, lógica, irreprochable que viene observando durante diez y seis años de emigración, á pesar de las intrigas y calumnias de sus adversarios.

Pocos españoles habría capaces de soportar como él diez y seis años, lejos de la Patria y de los suyos, sin desalientos ni tibiezas.

Acúsanle de ser exageradamente partidario. Mas ¿no es eso también una virtud? El es de los suyos, pertenece á los suyos. Las puertas de su casa están siempre francas y abiertas á todos sus correligionarios y amigos.

Sobre todo, hay una cosa que lo distingue y lo realza como jefe de partido. Más aún que consecuente, es un hombre lleno de fe. No se desanima ni descansa nunca. Tiene un ideal, un objetivo, y hacia él marcha derecho, firme, sereno, como un antiguo romano, sin mirar atrás, sin cuidarse de que la adversidad pueda sorprenderlo ó herirle en el camino.

Es un jefe, en la verdadera acepción de la palabra. Con un general así, no es extraño que los soldados sean ardorosos, exaltados, entusiastas y estén prontos á sacrificarse siempre por la idea y á morir por la Patria.»—(Capítulo II de la obra del distinguido escritor portugués Magalhaes Lima, titulada *Por la Patria y por la República*).

tereses generales de la Patria como extraño á los movimientos de la política, no se había conseguido en Abaña, porque como los partidos ocupaban el poder, no cuando la opinión pública les señalaba la hora, sino cuando egoístas conveniencias aconsejaban á los explotadores del momento ceder á otros el turno de los agios y las inmoralidades, aquella agrupación, como todos los demás elementos constitutivos del Estado, sentía á pesar suyo impulsos de protesta y no siempre podía dominarlos hasta el punto de hacerse solidario de manejos indignos, á cuyo término se veía fatalmente la perdición y la ruina del país. Si los lazos de la disciplina no resultan fortalecidos con severos ejemplos de justicia y de moralidad, se aflojan ó se rompen. Los que en beneficio propio entronizan los abusos, no pueden invocar la lealtad de los hombres honrados para seguir cometiéndolos. El ejército defectuosamente constituido, era una esperanza para todos, porque la gangrena social no se había apoderado de él, considerándole en conjunto.

Por esto mismo, la actitud revolucionaria de un ordenancista tan á *macha martillo*, como lo era el coronel Segundez, estaba plenamente justificada.

## XXI

Patricio se vió obligado á dejar antes de tiempo su destino de guarda por esta razón poderosa: porque un día le metieron en la cárcel.

No en vano había pasado por el servicio de Puertas, resuelto á cumplir honradamente cuantos deberes le impusiera su nuevo cargo.

Hé aquí lo ocurrido:

Al huír aquél carro que acompañó Patricio después de tomadas las medidas conducentes á su rápida fuga, recordarán nuestros lectores que el vehículo atropelló á un transeunte, y ahora diremos que como consecuencia del atropello el carretero fué detenido y el fraude descubierto. Es de advertir que la víctima era una persona *visible*, esto es, de buena posición y que por esta causa produjo más ruido el accidente.

Empezaron las operaciones judiciales con la lentitud de costumbre y después de tomar el juzgado declaración á unos y á otros, *resultó demostrada* la complicidad del empleado conductor en el fraude que se trataba de cometer, y de aquí el auto de prisión dictado contra Patricio. Claro es que para llegar á esto fué necesario echar un velo ó dos sobre la verdad; pero

de esta operación se encargaron piadosamente los compañeros de Patricio y el jefe que preparó la farsa, abusando de la buena fe del empleado á sus órdenes.

Nuestro héroe fué conducido á la cárcel por primera providencia, y tal tela de araña tendieron para privarle de todo movimiento defensivo, que se vió sin acción posible para destruir los cargos que resultaban contra él; no ya por el delito que se le imputaba, sino por otros cometidos en la misma noche sin haber tenido en ellos ni arte ni parte.

Ocurrió lo que ocurre muchas veces.

Como un incidente casual tiró de la manta, resultaron al descubierto muchas iniquidades y fué preciso que señalara una víctima la confabulación de los responsables en los mismos delitos que se perseguían. De este modo se consumó la gran iniquidad, y Patricio, con toda su honradez, con toda su conducta ejemplar, con toda su conciencia de hombre probo é intachable, fué á presidio.

Patricio necesitó poner á prueba toda su energía y tener en la memoria fijos los nombres de su mujer y de su hija para no tomar una resolución desesperada.

El suicidio es un acto de cobardía, porque revela falta de valor para seguir riñendo la batalla de la vida; pero en el caso de Patricio, y suponiendo que no le sujetaran lazos de familia, ¿no habría tenido atenuación el acto de desprenderse de una existencia tan

contrariada? Patricio, además, tenía fe en el porvenir. Con ciega confianza esperaba la pronta regeneración de su Patria, y este otro motivo le obligó también á sufrir resignadamente la nueva y horrorosa injusticia que en nombre de las leyes acababan de cometer.

—Espérame—dijo á Ángela, cuando en el momento de la despedida su mujer le estrechaba en sus brazos,—espérame porque yo volveré á tu lado pronto. Esta no es la justicia, esta no es la verdad y la verdad y la justicia acabarán por imponerse con la fuerza precisa para destruir el tejido de infamias que me rodea y ata.

Patricio rechazó las recomendaciones que quisieron darle y llegó á su nuevo hogar, el presidio, y se vió entre su nueva familia, los penados, confiando en sí mismo. Como una mercancía, peor, como algo que sobra y mancha, fué conducido á un penal situado como una especie de ciudadela junto á un pueblo medio amurallado.

Llegó entre bayonetas al sonar las diez de una hermosa noche de verano. Sobre el ancho foso medio cubierto por aguas corrompidas, cayó el puente levadizo dejando oír crugido de cadenas y la comitiva silenciosa, después de salvar el obstáculo, se dirigió al negrozco edificio que había de servir de mansión á unos cuantos desgraciados más, y cuya gran puerta de entrada estaba en el interior del recinto.

En una sala estrecha penetraron todos y sobre una

mesa sucia hicieron los conductores las formalidades de la entrega de los presos. Había en aquella habitación, soldados, capataces y vigilantes.

Se pasó lista á los recién venidos, se les despojó del triángulo de hierro, cambiaron su traje por el uniforme pardo, y se les sujetó la cadena del galeote á uno de los tobillos, y con estas formalidades fueron admitidos en la casa y conducidos inmediatamente al dormitorio, que era una gran sala con un camastro adosado á la pared. Gruesos tablones inclinados hacia el centro del salón sostenidos por pies derechos unidos entre sí por una larga cadena que servía para amarrar los presos durante la noche. Ni más, ni menos.

Aunque el dormitorio tenía plazas vacantes, las necesarias para los nuevos huéspedes, advertíase desde luego que el número de metros cúbicos de aire no era el suficiente para el de pulmones que debían respirarlo. Allí quedó instalado Patricio la primera noche, como uno de tantos.

A los ocho ó diez días, porque piadosamente se concede á los presos algún descanso para que vayan enterándose de lo que les espera, se hizo la operación del acoplamiento y de cada dos hombres, se hizo uno solo, uniéndolos con el hierro de una cadena.

¡Qué cosa tan horrible!

¡Qué tortura tan espantosa!

¡Obligar á un hombre á que á todas horas sienta

la proximidad, el contacto, el aliento de otro desconocido, que puede repugnarle!

Vivir, y hasta morir, ¡quién sabe! en forzada asociación dos hombres, cuyas ideas siendo distintas, han de compenetrarse; cuyas inclinaciones, siendo diversas, han de confundirse en una comunidad de pensamientos y de actos, que sólo puede engendrar odios y rencores recíprocos.

Por fortuna no podían ser malos los antecedentes con que Patricio llegó al presidio y ésto le libró del bárbaro acoplamiento.

¡Qué delicia fué para él verse solo!

¡Qué inmensa ventura sintió en el alma cuando vió que no ligaban su pie al de otro desgraciado!

¡Andar solo, no tener unida su voluntad á la de otra persona! ¡Qué dicha tan grande! ¡Qué libertad la suya en plena reclusión!

Durante el tránsito, mereció Patricio las simpatías y la confianza de un criminal empedernido. Un salteador de caminos, en toda regla, condenado á doce años de presidio.

—No importa—dijo á Patricio muchas veces— en Abraña, compañero, es mi oficio de los más socorridos y aunque no le faltan quiebras, en teniendo buenas aldabas puede cualquier hombre honrado, como yo, volver á la vida fácilmente.

Hay desgraciados que salen al campo por su cuenta y éstos lo pasan mal cuando les echan el guante,

pero á mí, no me sucederá cosa mayor aunque ahora me ves en el camino de la casa grande. En la primera ocasión, indulto seguro y á vivir, tropa.

Patricio oía y callaba.

—Yo, no creas que soy un *mangante* (1), como hay muchos. Esta es la primera vez que me veo así, por un mal querer; pero no quisiera verme en el pellejo del *chivato* (2) que me trae en estos andares.

El penado guardó un momento de silencio, sin duda para saborear más á su gusto el placer de la venganza, y continuó diciendo:

—Aquí, el que no *diquela*, se pierde, y el que no tiene buen padrino ya puede decir que le huele el pescuezo á cáñamo.

No seas *lipende* (3) en tu vida, y creeme á mí, que ya soy viejo.

Me pareces un buen chico y sentiré que te pierda la falta de precaución. Por eso te doy buenos consejos. Si te quieres venir conmigo cuando estés libre, no te faltará nunca un pedazo de pan que llevar á la boca, ni una mano de amigo en Madroñópolis que te saque de un mal paso, como á mí me sacarán de este en que me veo.

Patricio, con la cabeza baja, oía todo esto como hubiera podido oír una voz de otro mundo. Le parecía

---

(1) Que va muchas veces á presidio.

(2) El que denuncia.

(3) Tonto, confiado.

estar bajo la influencia de una pesadilla angustiosa, y de vez en cuando sacudía la cabeza, como si pretendiera despertar de un horrible sueño. No se equivocó el *amigo* de Patricio, porque á los dos meses justos de reclusión, llegó el indulto.

¿Es que el robo se organizaba en los campos ó en las grandes ciudades?

Difícil es responder á esta pregunta: pero puede suministrar antecedentes para una contestación aproximada á la verdad, la frecuencia con que en el periódico oficial de Madroñópolis se concedía rebaja de condena ó completo indulto á criminales que conocida-mente sólo habían vivido, y sólo se proponían vivir, del robo y del asesinato.

Tal vez hubiera una razón de orden moral en abono de tan repetidos escándalos, que no otro nombre merece la sanción por medios legales de la impunidad con que á la corta ó á la larga se amparaban los mayores crímenes. ¿Sería esa razón el convencimiento de que las cárceles y los presidios no eran casas de salud, sino focos de contagio?

Tal vez.

Si así no fuera, ¿cómo se repetiría el escándalo de presentarse armados de punta en blanco muchos penados en cualquier día de *bronca*, como ellos dicen? ¿Sucedería esto si los cabos *cacheadores* (1), que se

---

(1) Encargados de hacer registros.

colocan en las puertas de los talleres, ¿cumplieran con su obligación?

¿Qué hacen en los presidios los cabos de los mismos talleres, los de escaleras, los de enfermerías, los de cocinas, los que se llaman de puntos estratégicos, los de vigilancia nocturna, los de brigadas, los de ranchos, los de racionados, los de rastrillos, los de aguadores etc., etc.?

Por regla general, vivir de la tolerancia que pagan de su bolsillo los mismos penados.

¿Cómo entran las armas en los establecimientos penales? No entran, por regla general, se forjan dentro, en los talleres de herrería y de carpintería. Una lima se convierte en puñal fácilmente; una chabeta en navaja, cuyas cachas se construyen al mismo tiempo en la carpintería, y como la reclusión, estimulada por la necesidad aguza el ingenio, según está demostrado, no faltan artifices inteligentes que construyan pistolas y hasta trabucos (1).

*El uso de armas, y de artefactos de todo género, como limas sordas, sierras, martillos, etc., tolerados por la absoluta falta de vigilancia, no solamente pone*

---

(1) En tal actitud y sin haber tenido tiempo de penetrar en el edificio el heroico director, empezó á derribar presos con sus puños, única arma de que disponía en aquel momento.

Los presos lograron tirarlo á tierra y en esta situación la emprendieron á tiros con el desgraciado, llegando á disparar hasta seis ú ocho, de los cuales sólo dos hicieron blanco: uno en la cara y otro en el pecho.— (*El Cronista*, 1º de Abril de 1892).

en juego un pequeño capital dentro de los presidios, porque en ellos nada se hace sino por el tanto más cuanto, sino que facilita las sublevaciones en forma de *plantes*, las riñas personales, las broncas, los escalos y las evasiones.

La inmoralidad existe de hecho en los lugares de corrección, y de ella son responsables directamente los jefes que la toleran por interés ó por incuria.

¿Pueden corregirse ó moralizarse los criminales cuando saben que pagando su libertad rompen las cadenas y salen á pasearse por la ciudad con el pretexto de desempeñar comisiones del servicio?

¿Pueden corregirse ó moralizarse los criminales, cuando saben que el rancho, con carne mermada dos veces por semana, sólo sirve de alimento á los infelices que no tienen habilidad y recursos para comer mejor á costa de sus mismos compañeros?

Si las raciones fueran en cantidad y calidad lo que prometen las contratas, ¿serían tan frecuentes los *plantes*?

Cuando de todo esto pudo enterarse Patricio muy detalladamente, se convenció de que estaba viviendo en la escuela del crimen, y no podía, á pesar suyo, sustraerse al roce y á la comunicación con sus compañeros de infortunio.

Un día, observó que dos acoplados disputaban acaloradamente en un momento de descanso. Uno era viejo y otro joven. El primero prefería el reposo, el se-

gundo el movimiento. La cadena no estrechaba la voluntad de los presos; sólo estrechaba sus cuerpos.

A cara ó cruz jugaron delante de Patricio si debía prevalecer el deseo del uno ó del otro.

En otra ocasi3n pudo presenciar toda las formalidades conque se intentan los *entierros*, que mejor podr3an llamarse *desentierros*, siendo su objeto desenterrar un tesoro que se supone oculto.

Eran dos *artistas* en el g3nero los que ten3an montada la oficina, con la suficiente cantidad de papel timbrado y sin timbrar, sellos de diferentes clases, tintas de colores, lacres, etc.

Lo primero que les vi3 sacar fu3 la *lista de santos*.

Lista de santos llaman 3 la que forman con los nombres de las personas que pretenden estafar y su formulario es este.

#### LISTA DE SANTOS

D3a.	Mes.	Signo	NOMBRES	Profesi3n	Ciudad.	Naci3n	Observaciones.
10	Enero	Λ	Juan Bobote	Bolsista	Vil'atonta	Abra3a	
»	»	»	»	»	»	»	
»	»	»	»	»	»	»	

Los signos tienen por objeto poner 3 salvo 3 los *enterradores* de toda responsabilidad criminal. En la primera carta que el enterrador dirige *proponiendo* el

*negocio*, da un signo al *santo* para sustituir la firma y el mismo enterrador hace uso del signo, cuando llega el caso de pedir dinero al desdichado que cae en tan burda trama.

Los procedimientos varían poco:

Hé aquí la carta que Patricio vió escribir en la bien montada oficina de los *enterradores*:

Presidio de... (aquí la fecha).

Muy señor mío y de todo mi respeto. En el año... estuve oculto por razones políticas en esa población, y como me fué conocido el nombre de usted y las condiciones de honradez, delicadeza y reserva que le adornan, me permito dirigirle la presente para revelarle un secreto de la mayor importancia, que sin vacilaciones confío á su reconocida caballerosidad.

Siendo secretario del general *tal*, me comisionó para conducir á *tal parte* la importante suma de dos millones de pesos; pero al llegar á *tal punto* tuve noticia de que era objeto de la vigilancia de la policía y cambié de rumbo consiguiendo despistarla.

En este estado las cosas, puse en conocimiento de mi general que me era imposible conducir al punto designado la suma de referencia, y recibí orden de enterrar los valores en el campo, levantando después un pequeño croquis del terreno para que en cualquier día y hora fuese posible rescatar la suma que me fué confiada.

Cumplidas con toda exactitud las órdenes de mi jefe, intenté regresar á su lado para darle noticia detallada del sitio en que dejé oculto el tesoro, haciendole entrega del plano y demás antecedentes; pero por desgracia no fué esto posible. Fué sorprendido por la policía y conducido en calidad de preso. Fué embargado mi equipaje, que contiene el plano y por último me oí sentenciado á cadena perpetua cuya condena estoy sufriendo en este penal.

Mi situación es hoy angustiosa.

Abandonado de mis parientes y amigos, cosa muy natural en la desgracia y pensando en la persona á quien podría recurrir para recobrar mi libertad, he pensado utilizar al efecto aquellos fondos, proponiéndome al mismo tiempo hacer la felicidad de usted si quisiera ayudarme á ponerlos en salvo, en cuyo caso desde luego le ofrezco con todo género de garantías, la tercera parte de aquella suma.

Si usted quiere aceptar lo que le propongo, sírvase contestar á vuelta de correo, y sin pérdida de tiempo tendré el honor de remitirle documentos que identifiquen mi persona y prueben la verdad de los hechos que le acabo de referir con la mayor reserva.

Para evitar compromisos, sírvase usted firmar con el siguiente signo  $\Delta$  y dirigir la carta con dos sobres, el interior á nombre mío y el exterior á doña *Fulana de Tal*, calle de *Tal*, número *Tantos*.

Esperando con la mayor impaciencia su contestación, queda suyo afectísimo.

(*Firma*, la de un nombre supuesto).

De cada cien cartas por el estilo, una ó dos dan resultado, porque no abundan los incautos, y cuando cae alguno en la red, sigue la farsa con la remisión de los siguientes documentos.

COPIA DE UNA CERTIFICACIÓN DEL JUZGADO.—  
Don... Caballero de la Real y distinguida Orden de...,  
Notario del ilustre Colegio de Villaperdida y Escribano del Juzgado de primera instancia del distrito de Vistanegra (sello del Juzgado):

*Certifico*: Que en la causa criminal que se sigue en este Juzgado de primera instancia, contra Don..., por los delitos de sedición, rebelión y sustracción de fondos pertenecientes al Estado, hay una providencia del señor juez, que copiada á la letra, dice así:—*Auto*. Visto el escrito presentado por el Procurador Don..., en representación del procesado Don..., en la causa que se le sigue por delitos que en ella se expresan, en cuyo escrito pide la devolución de su equipaje, que se

compone de dos maletas, un baul y una sombrerera, vengo en disponer que, con arreglo á los artículos *tantos y tantos* del Código penal y los *tales y tales* de la Ley de enjuiciamiento criminal, le sea devuelto el referido equipaje, mediante el depósito de mil columnarias, que el interesado, por sí ó por persona autorizada que designe, entregará en las cajas del Tesoro público.

Así lo mando y firmo en fecha de..... de..... de (tal año).

El juez de primera instancia.....

El escribano actuario.....

Y para que conste y á petición del mismo interesado expido la presente en.... etc.—El escribano, *Fulano de tal*.—Sello.

OFICIO DEL GENERAL.—Ejército de...—Haciendo uso de las facultades que me corresponden, como general presidente de la Junta de salvación y defensa y en Jefe del ejército de..., y de acuerdo con la indicada Junta, vengo en nombrar á D..., para que se haga cargo en Tesorería de la suma de dos millones de pesos que deberá conducir al punto que verbalmente se le indique.—Dios, etc.

(Fecha y firma del general).

OTRO OFICIO.—Junta de salvación y defensa.—Tesorería.—Cumplimentando la orden de..... (tantos) expedida por el Excmo. Sr. General Presidente de la Junta de salvación y defensa y en Jefe del ejército de..., ha hecho entrega esta tesorería á D..., de la suma de dos millones de pesos en billetes del Banco.

(Fecha y firma del Tesorero.—V.º B.º El general).

OTRO DOCUMENTO.—Permítase la salida de esta plaza con todo su equipaje á D..., secretario particular de S. E., que pasa á..., en comisión del servicio.

(Fecha y firma del Coronel jefe de Estado Mayor).

OTRO DOCUMENTO.—Particular.—Sr. D...: Mi estimado amigo: Haciéndome cargo del grave compromiso en que se encuentra y siendo de absoluta necesidad impedir que los fondos confiados á su custodia caigan en poder del enemigo, he resuelto que tan

pronto como ésta llegue á su poder, proceda usted á enterrarlos en las inmediaciones de esa población, levantando un pequeño croquis del terreno, para que se pueda proceder á la extracción cuando fuere oportuno.

Tan luego como dé cumplimiento á esta orden, incorpórese á esta plaza para hacerme entrega del plano.

Queda con este motivo suyo afectísimo q. b. s. m.

(Firma del general).

Si el *santo* después de examinar estos documentos cae en la tentación de ayudar al preso, le remite las mil columnarias indispensables para rescatar las maletas que contienen el plano.

Después..., después espera el plano y como nunca llega, se convence de que ha sido víctima de una estafa.

Pero todas estas operaciones exigen tiempo, además de tiempo, ciertas aptitudes que no todos los hombres tienen y que muy difícilmente se ocultan; pues sin embargo, de todas las cárceles y de todos los presidios de Abaña salían centenares de cartas y documentos parecidos, perfectamente falsificados, sin llamar la atención de los que tienen á su cargo la vigilancia. ¿Es que van los penados á moralizarse ó á pervertirse en los establecimientos llamados *correccionales*? ¿Qué género de corrección se les aplica? ¿Cómo se influye en su moral para excitar el arrepentimiento que puede conducir á la honradez y la virtud? ¿Dejándolos entregados á sus malos instintos para que el ejercicio de todos ellos, difunda la perversión hasta en los menos pre-dispuestos á la perversidad?

Y no se crea por esto que faltan hombres de carácter al frente de los establecimientos penitenciarios. Mejor dicho, no suelen faltar hombres de mal genio; que no es lo mismo tener mal genio que tener carácter.

Patricio tuvo ocasión de presenciar terribles castigos en infelices penados (1), como si el mundo no estuviera mejor regido por la prudencia que por la cólera.

Otro día presencié una terrible *bronca* en el patio del establecimiento. ¿Y cuál es el origen de las broncas?

Generalmente tienen uno que no desconocen los jefes de los presidios. Proceden del abuso de autoridad que emplean los penados *protegidos*, contra los que no lo son.

Un protegido, por ejemplo, tiene á su cargo mediante la tolerancia indirecta de los empleados superiores, ó directa, si se trata de un empleado subalterno, el monopolio de la venta de café, chocolate, etcétera, entre los mil artículos que puede consumir la po-

---

(1) Hemos recibido una circular impresa en que se relata lo siguiente:

«En la noche del día 18 de Agosto último, fué objeto de una brutal agresión por parte del Sud-director del Penal antes referido, el confinado del mismo José Chazarra y que autoriza la circular.

De la enorme paliza que le dió, de los puntazos con un bastón y de los puntapiés en to do su cuerpo y vientre, resultó con una hernia inguinal izquierda, no sin que también se manchara las manos de sangre humana dicho Jeje, é hiciera que igualmente quedara incrustada en las paredes del segundo rastrillo.

El lesionado se encuentra en la enfermería del establecimiento desde dicho día, usando el aparato que requiere una quebrancia.

.....—(Las Noticias, 18 Septiembre de 1891).

blación penal, y algunas veces se les tolera también el alquiler de sartenes para el refrito de los ranchos.

Como el protegido se cree con derecho exclusivo al privilegio que explota, considera como contrabando lo que venda ó alquile otro, siempre que sea sin su permiso y de aquí las verdaderas batallas campales que se libran en los presidios.

Hay más:

Convencidos los litigantes de que la vista del juicio consiguiente se verificará á *puerta cerrada*, porque su origen demostraría la indiferencia con que miran los reglamentos los encargados de su observancia, sin dificultad dirimen sus diferencias á puñalada limpia. Después..., resulta de los autos que el motivo ocasional de la pelea fué que uno dijo á otro: *Mardita sea tu madre*, ó cosa semejante.

Por regla general no abundan *chivatos* que se *be-reen*, porque á la culpa sigue el castigo; y respecto á puñaladas, sábese siempre quién las recibe; pero no siempre se conoce al que las dá (1).

---

(1) En comprobación de lo dicho sobre el uso de armas en los presidios, merece ser leído el artículo que publicó *La Época* el 2 de Diciembre de 1891 con este título: «La navaja en los presidios.»

Concluye así:

«El estado actual de los establecimientos penitenciarios no puede ser más lamentable: ahí está San Miguel de los Reyes, en Valencia, con su crónica fúnebre, que no tiene igual en España, para probarlo. No intentar el mejoramiento por el camino que emprendieron otras naciones y que nos muestra la experiencia, será un error, un rasgo de *apatía* que hemos de lamentar por mucho tiempo.»

## XXII

Cuatro meses de prisión llevaba nuestro buen Patricio, cuando en la comarca donde estaba situado el presidio, ocurrió uno de los accidentes terribles que en Abraña se repetían con frecuencia.

Alzábase el establecimiento penal en lo más hondo de un valle, al lado de un barranco, que en verano servía de cauce á un hilo de agua, y que apenas podía contener la que arrojaban torrencialmente las montañas próximas en tiempos de lluvias ó nieves.

Así fué, que cuando en cierta noche cerrada, obscura como boca de lobo, empezaron las nubes á descargar agua, como si nuevamente abiertas las cataratas del cielo amenazara otro diluvio universal; la impetuosa corriente rebasó las orillas del barranco, y bien pronto apareció la llanada convertida en lago inmenso, llevando en su espumosa y turbia superficie, primero plantas arrancadas de raíz, luego ramaje, fornidos troncos después, y por último, utensilios de casa y de labor, ganados y personas. Todo fué obra de algunos momentos, y cuando los centinelas del presidio dieron la voz de alarma y ésta cundió por todas partes, la planta baja del edificio empezaba á inundarse, y los primeros que se asomaron á las ven-

tanás para apreciar la gravedad del siniestro, vieron á la luz de los relámpagos que el agua había invadido la llanura y, por consiguiente, los caseríos situados en ella á más bajo nivel. El peligro era inminente, porque el tormentazo no tenía trazas de cesar en mucho tiempo, y porque ya se sabía en aquellos contornos cómo las gastaba el barranco *Seco*, que así le llamaban, cuando decía «agua vá».

Dada la señal de alarma, todos los penados que sufrían condenas leves se organizaron en escuadras para acudir á los puntos más comprometidos, y de una de ellas formó parte Patricio en calidad de jefe.

Era Patricio, como ya sabemos, de los hombres que se crecen ante el peligro, de los que arrostran sin vacilaciones toda clase de riesgos para evitar los que otros corren, de los que no se acuerdan de que pueden morir cuando se trata de hacer esfuerzos para salvar á otros de un peligro de muerte.

En el acto fué improvisado con piedras y troncos un fuerte malecón, que defendiera el ala del edificio más amenazada por la corriente, y esta operación peligrosa la dirigió Patricio con suma habilidad y presteza, dando ejemplos de valor temerario. En los sitios donde el peligro era más recio, allí estaba él dando órdenes que se obedecían sin replicar, como se obedece siempre al que predica con el ejemplo.

Cuando quedó la corriente domada por aquella parte y el agua impetuosa, bramando de ira, desvió

su dirección, fué preciso acudir al salvamento de las personas que en los caseríos invadidos pedían socorro con gritos de angustia, allá, en lo más alto de las paredes que amenazaban desplomarse por momentos.

Patricio con el auxilio de sus compañeros preparó una gran balsa con troncos y toneles enlazados con cuerdas, y pronto flotó sobre las aguas esta esperanza de salvación. Para defenderla del furor de la corriente, la aseguró con fuerte maroma que anudó por el otro extremo á un gran pilote y la confió á seis hombres expertos provistos de improvisados remos y de grandes varales para tantear el fondo y oponer resistencia al poder del agua.

Así que todo estuvo en orden, con el orden posible cuando el tiempo apremia, Patricio empuñando el bichero y puesto en pie á la parte de proa, dominó con su voz varonil la de la tormenta, gritando:

—¡Larga! Y á esta voz, sueltas las improvisadas amarras, cedió la balsa al violento empuje de los seis marineros, abandonó la orilla y lanzóse en medio de los remolinos que formaban las aguas al confluír violentamente en encontradas direcciones.

Bogaron penosamente los remeros poniendo á prueba su valor y sus fuerzas, y así recorrieron una gran distancia en dirección de un molino que apenas dejaba ver su techumbre sobre el encrespado oleaje. En lo más alto del pequeño edificio, agarrada á la cruz de hierro que le servía de remate, una infeliz

mujer puesta de rodillas, quién sabe si para esperar la muerte ó porque el instinto de conservación se lo aconsejara, pedía socorro con angustiadas voces, estrechando contra su corazón al mismo tiempo que la cruz, un niño de pocos meses y sujetando otro mayorcito con el brazo derecho, como con un aro de hierro.

Ya estaban cerca del molino cuando uno de los bogavantes gritó:

¡Falta maroma!

En efecto, la balsa estaba detenida y en situación peligrosa porque la corriente la azotaba con furia.

¡Finca por babor!—contestó Patricio á la voz de su compañero.

A todo esto los desesperados gritos de la infeliz mujer demostraban que el peligro crecía por momentos.

—Aguantad como podais—dijo Patricio y sin más explicaciones se lanzó al agua de cabeza.

Patricio desapareció en el fondo de la corriente pero al poco rato salió á flote nadando á bracete y vieronle sus compañeros dirigirse hacia el molino.

Terribles momentos de ansiedad fueron aquellos.

Patricio, empujado por la fuerza del agua, perdió muchas veces la dirección del punto á que dirigía sus esfuerzos, pero luchando bravamente, con media docena de avances rectificaba su posición y volvíasele

á ver adelantando hacia el sitio en que la mujer y los niños peligraban.

—¡Aquí! ¡aquí! gritaba aquella infeliz en el colmo de la desesperación y del aturdimiento.

¡Salvad á mis hijos! ¡Hijos de mi alma, que se ahogan! ¡que se ahogan!

Estas voces de angustia inexplicable, gritos lanzados en momentos supremos por el corazón de una madre, que vé la muerte amenazando á sus hijos, redoblaban el valor de Patricio. Por fin venció.

Sus compañeros, allá muy á lo lejos, favorecidos por algunos claros de luna, viéronle fuertemente asido con su brazo derecho al alero del tejado. Patricio, después de tomar aliento, sin decir una palabra, arrancó á la madre el niño de pecho, sujetó al otro sobre sus espaldas ciñéndole á ellas con la faja y se lanzó otra vez al agua.

Nueva lucha y nuevo triunfo, porque al poco rato los niños estaban en salvo sobre la balsa.

No era posible perder ni un momento. Patricio había observado que no tenía el molino la solidez suficiente para resistir la avenida y que, por lo tanto, el riesgo de la infeliz mujer era inminente.

—Es preciso salvar á la madre—dijo, en los pocos instantes que dedicó á reponer sus fuerzas, sobre la improvisada embarcación.

—No, no, ya has hecho bastante—dijeron á la vez todos sus compañeros.

—Para qué sirve la vida más que para gastarla con provecho; y ¡dónde hay nada más provechoso que hacer el bien posible, y qué bien semejante al que resultará devolviendo estos niños á su madre!

Ante esta contestación de Patricio, todos callaron.

Siguió á ella un momento de silencio y el injustamente penado emprendió de nuevo la penosa faena que se había impuesto como un deber.

Lanzóse al torrente, desafió otra vez el ímpetu de las aguas y cuando rendido de cansancio llegaba al término del viaje, vacilaron las paredes del molino; crugieron las maderas, saltó el polvo entre los cascotes desprendidos y en un momento desapareció todo sorbido por las aguas. Dominando la rápida catástrofe, oyó un grito de mujer que heló su sangre.

—Más, más—dijo Patricio, y desapareció sobre las ruinas sepultándose en las aguas, aún remolinadas.

Cuando salió para dar á sus pulmones el aire que le pedían, vió que la infeliz mujer, asida á un madero, seguía el curso de la corriente, apareciendo y desapareciendo sobre ella.

Rápido como el pensamiento, ganó la distancia, y asiendo á la desgraciada por los cabellos, consiguió afianzarla por la cintura con el brazo izquierdo, y así, nadando con el derecho, se dirigió á la balsa.

Más que ganar terreno, lo perdía.

Sus fuerzas se debilitaban por momentos.

El agua, pasando sobre él, le dominaba, reclamando su presa para devorarla.

Solo, no podía realizar la obra generosa en que estaba empeñado.

Como la distancia que le separaba de la barca no era mucha, sus compañeros trincaron dos remos y se los tendieron.

Esta fué su tabla de salvación.

Patricio, agarrándose á ellos, pudo descansar un momento y luego llegar á los bordes de la balsa con menos dificultad. Cuando esto consiguió, más que rendido, estaba muerto. Todas sus energías habíanse agotado y perdido el conocimiento cayó en el fondo de la balsa.

—A tierra—dijo uno de los penados, y remando todos con fuerza llegaron al poco tiempo al punto de partida.

\* \* \*

Al día siguiente de la ocurrencia narrada, el comandante del presidio llamó á Patricio y le dijo:

—He dado noticia á la Dirección de Penales, del heroico comportamiento de usted.

Hombres de tal temple de alma deben vivir libres. El traje de presidiario se cae de sus hombros. Usted inutilizó ayer el suyo y sería indigno de mí mandarle vestir otro. Desde hoy tendrá usted la ciudad por cárcel y en mi pabellón albergue y comida. Es cuanto

puedo hacer por usted, además de darle este consejo. Haga usted que una persona de su familia, su esposa por ejemplo, solicite el indulto, y no solamente apoyaré la petición con el informe que usted merezca, sino que pondré en juego todas mis relaciones para que usted vuelva al hogar que perdió.

Es cuestión de decoro, cuestión de humanidad, que usted no lleve ni un momento más la cadena del presidiario.

Hónreme usted permitiéndome estrechar su mano

Patricio, bajando los ojos, que nublaron las lágrimas, tendió su mano al jefe del presidio, y pronunció esta única palabra:

—¡Gracias!

¡Triste condición la suya!; verse obligado á aceptar como un favor especialísimo la libertad á que tenía tan justo derecho! ¡Solicitar de los mismos que le habían atropellado, no que reconocieran el error cometido revisando la causa, sino el indulto de la pena, con evidente injusticia aplicada!

Patricio vaciló mucho antes de decidirse á aceptar el consejo de su jefe.

—Que pida gracia el que la necesite; yo no. Yo lo que necesito es justicia; yo lo que deseo es que se reconozca á la luz del día y se pregone á todos los vientos, que he sido y soy víctima de la más horrible de las infamias.

Pero, ¿y mi mujer? ¿y mi hija? ¿Es justo que su-

fran conmigo y por mi culpa, porque la culpa ha de ser mía si me obstino en no salir de aquí hasta que llegue la hora de las grandes justicias, el día en que puedan vengarse tantos agravios?

No, no; ni una lágrima más por mi causa. Que pidan gracia; yo me haré justicia.

Y después de razonar así, cogió la pluma y escribió á Ángela.

Cuando en el círculo donde era conocido Patricio en Madroñópolis, en el podrido Madroñópolis, se supo que estaba en presidio, todos se hicieron cruces. Tal espanto produjo la noticia.

Si un hombre de las condiciones de Patricio puede ir á presidio, con arreglo á las leyes, ¿qué leyes son esas, y quién estará libre de otro atropello semejante? ¿La policía era la salvaguardia de la honradez? (1).

Si tres ó cuatro malvados se confabulan para tapar sus propios delitos y sacrificar un inocente, en apariencia criminal, ¿á dónde está la sagacidad de los jueces? ¿á dónde las garantías que debe ofrecer el mismo Código á los infelices que se enredan en sus mallas?

---

(1) Jamás se había sospechado que la policía pudiera partir con los ladrones, y sin embargo, eso se dijo en un juicio oral celebrado ante la Audiencia de Sevilla el año 1887, por el Teniente de la Guardia Civil, D. Adolfo García de Vivar. Este pundonoroso oficial llegó á afirmar que de 150,000 reales, importe de los *timos* hechos, había tomado 80.000 la policía.—(*El País*).

Estas y otras consideraciones parecidas á éstas, se hicieron los amigos y conocidos de Patricio al saber el resultado de la causa que se le instruyó por haberle atribuído fraudes y sobornos, y hasta heridas causadas en las pocas horas que estuvo en consumes.

En cambio Antoñez, campaba por su respeto; Panfilita, seguía haciendo feos negocios; D. Anselmo, en la ínsula, cuyo gobierno le costó los cuartos; alternando en la tarea de desgovernar y desmoralizar al país, los gobiernos de Pepito, y éste gastando la vida, aunque de modo opuesto al que entendía como conveniente el *presidiario* Patricio. ¡¡Así estaba Madroñópolis!! ¡¡Así Abraña!!

Aquel era un foco de corrupción, cuyos miasmas nauseabundos inficionaban todo el país. Solo de vez en cuando algún viento benéfico oreaba la atmósfera y se respiraba aire más puro y se veía más claro.

En uno de esos momentos, momentos de impresionabilidad, debió tramitarse la exposición de Ángela.

Lo ocurrido en el penal era ya del dominio público, y como el nombre del penado Patricio resonó durante algunas horas en muchos círculos, gracias á la actividad de la prensa, encontró la instancia allanado el camino del expedienteo, que estaba en Abraña erizado de obstáculos insuperables, si no se removían con palancas de oro.

En esta ocasión jugó el telégrafo, se abreviaron trámites y quedaron rotas las cadenas del *presidiario*.

Ángela, que no había dudado nunca de la inocencia de su esposo, le recibió con los brazos abiertos y al caer en los de Patricio, un violento síncope la privó del sentido.

—¡Socorro!—gritó Patricio, creyendo que su mujer estaba muerta. Acudieron los vecinos, empezó el aturdimiento, el ir y venir... nada que sirviera para devolver á Ángela el conocimiento.

—¡Un médico!—exclamó Patricio—un médico. Ángela se muere.

Uno de los vecinos salió á escape.

—En coche, vaya usted en coche, á la casa de Socorro—dijo Patricio.

¡Desgraciado! El alcalde de Madroñópolis había prohibido la circulación de carruajes. Era Jueves Santo. Por fortuna cuando, después de mucho tiempo, llegó el médico, Ángela había vuelto en sí.

He aquí sus primeras palabras.

—Huyamos, Patricio de mi alma, no solamente de Madroñópolis, sino de Abraña.

Rebasar las fronteras; irse lejos, muy lejos; renegar de la Patria; morir fuera de ella. He aquí la aspiración de muchos abrañoles.

\* \* \*

El movimiento insurreccional que, según D. Pompilio, *iluminó el abismo*, el abismo de miserias abierto por los restauradores, fué uno de los motivos que determinaron la caída de los repentistas y la subida de

los acaparadores, que acaudillaba D. León. El país no tomaba parte alguna en estos cambios, porque ser explotado por unos ó explotados por otros, ¿qué más le daba? A ciencia cierta sabía que todo era juego de compadres, y aunque su preocupación única debiera haber sido impedir que siguieran jugando á su costa, tampoco se atrevía á tomar este partido, no porque el porvenir le inspirara desconfianza, sino porque había llegado á la abyección, que para inutilizarle prepararon mañosamente sus explotadores.

Y he aquí á éstos ocupados en encubrir sus faltas recíprocamente, por dos motivos: para dejar á salvo lo que podía comprometerse descubriéndolas, y para gozar con más holgura las delicias del mando (1).

Había también muchos abrañoles tachados de *impacientes*, ¿cómo no!

Todos los amigos de D. Jesús, y los que sin participar de sus ideas de gobierno, estaban conformes con sus procedimientos *sumarios*, eran impacientes.

(1) La política de mutuas benevolencias y de concesiones mutuas que siguen en ciertos asuntos liberales y conservadores, origina á cada momento un fenómeno muy digno de ser estudiado.

.....  
Liberales y conservadores se han dicho: ¡no comprometamos altos intereses!, y un profundo silencio sucede á sus roncós alardes. Pero observese—porque es bueno observarlo—que ese miedo á comprometer altos intereses, sólo surge entre conservadores y liberales cuando se trata de cuestiones que traen aparejado el escándalo ó se refieren á los hechos que el Sr. Romero Robledo calificaba de delitos dobles.

.....  
¿Es que se sirve mejor á la monarquía con el común silencio en aquellas materias, que con el esfuerzo común en éstas?

Limitémonos á apuntar el fenómeno. No es preciso más para que se deduzcan las consecuencias.—(*El Liberal*, 2 de Abril de 1892).

Veamos cómo se explicaban algunos en a casa del coronel Segundez, uno de los muchos arrinconados por los restauradores, entre otras causas, porque cumpliendo estrictamente sus deberes militares, se opuso á los designios del famoso Corralón, cuando éste le pidió ayuda para colocar á Pepito en el trono de sus mayores. ¡Y qué mayores!

La historia de todos justificaria hoy, si naciera otro nuevo Alarico, la voz secreta que le decía: «Marcha y ve á destruir á Roma».

Hallábanse reunidos con el coronel Segundez varios compañeros suyos, el ya conocido nuestro capitán Rodrigo y Patricio, que allí tenía la representación del pueblo. El coronel Segundez se expresaba así:

—Los males de la Patria son de tal naturaleza, que sólo será posible atajarlos con el hierro y con el fuego. Una de dos: ó nos resignamos á verla perecer y á perecer con ella, ó nos colocamos francamente, resueltamente, en actitud de combate contra los que la envilecen y la arruinan.

Daseo saber si estamos de acuerdo en este punto, porque ha de ser el de partida para nuestras ulteriores inteligencias.

—Lo que usted quiera y cuando usted quiera—dijo uno de los asistentes, con laconismo militar.

—¿Están ustedes conformes?—dijo Segundez, dirigiéndose á los demás amigos.

—Conformes—dijeron todos.

—Los que se obstinan en creer que por procedimientos pacíficos llegaremos á conseguir un cambio político tan radical como aquí es menester—continuó diciendo Segundez—ó se equivocan, lo que parece poco probable, ó son de hecho traidores á la causa del pueblo. Porque vamos á cuentas, ¿es que las grandes verdades dejan de serlo cuando se callan? Aunque sea penoso reconocerlo, ¿han conseguido los pueblos avanzar por la senda del progreso sin teñirla en sangre?

La historia lo dice y no necesito recordárosla (1).

Los reyes gobiernan los Estados por la voluntad de los pueblos, y la farsa del derecho divino quedó descubierta desde el punto y hora en que el pueblo les señaló un sueldo y ellos lo aceptaron.

¿Pero es que los reyes han de ser reyes á todo trance, sean buenos ó malos? Cuando una carga resulta intolerable, ¿no ha de ser lícito arrojarla fuera?

¡Qué duda cabe!

Desde tiempos muy remotos se reconoce á los hombres el derecho á la desobediencia, el derecho á la insurrección, cuando los llamados reyes ó cosa parecida, lejos de hacer la felicidad de los pueblos, cuyos des-

---

(1) ¿Cuándo dejará de intervenir el mortífero acero en las cuestiones de política fundamental? ¿Cuándo serán los cambios sociales resultado solo de la discusión pacífica y razonada? ¿Los pocos síntomas que de ello vemos nos indican que aun tiene que vivir mucho la humanidad hasta tocar este estado de perfección? ¿Por qué entretanto ha de estar condenada á comprar su mejoramiento á precio de tan costosas pruebas.— Lafuente. (*Historia de España*).

tinios rigen, los explotan, los comprometen y los deshonran (1).

Y no creo necesario trazar el cuadro que Abraña nos presenta. Todos le conocemos y todos le contemplamos con pena. Baste decir que los gastos en este período de restauración se han aumentado en cantidad asombrosa y que, lejos de haber mejorado los servicios públicos, y el bienestar del pueblo, y la seguridad del Estado por sus medios defensivos, nos encontramos hoy en la más vergonzosa decadencia (2).

Pues bien, mis queridos amigos, á grandes males, grandes remedios, y el remedio que puede salvar la Patria está en la Revolución que sustituya este estado de envilecimiento á que nos han reducido, por el triunfo del derecho, de la justicia y de la moralidad.

No es posible que los pueblos continúen siendo patrimonio de familias privilegiadas.

---

(1) Doncas haciendo derecho del rey, deve aver nomns del rey, et faciendo torto, pierde nomne de rey. Onde los antiguos dicen tal proverbio; Rey serás si feciéres derecho, et si non fecieres derecho, non serás rey. *Rex eris si recte facis, si autem non facis non eris.*—(Fuero Juzgo).

(2) El presupuesto de la república española cuando tenia dos guerras á que atender era de 588.886.000 pesetas y el de la restauración en plena paz asciende á 940.000.000, de donde resulta por término medio que ésta ha costado el país en 16 años 25.936.000.000 de reales más que habria costado la república.

En el presupuesto de la guerra ha habido un aumento de 86.000.000 de pesetas en el mismo tiempo.

Los desfalcos, falsificaciones, etc., se elevan aproximadamente á 500.000.000 de pesetas en igual período. El presupuesto de la casa real asciende cada año á 11.358.204 pesetas.—(Antecedentes recogidos por el autor).

Esto es atentatorio á la dignidad humana. De una mujer, aunque se llame reina, puede nacer un imbécil, un inepto ó un malvado; pero aunque esto no pudiera ocurrir, los pueblos deben ser gobernados según las necesidades del momento. En tal época, necesitarán un hombre de grandes energías ó de poderosas iniciativas; en tal otra, un hombre hábil ó tolerante; á veces, un legislador prudentísimo; en ciertas ocasiones, un guerrero valeroso. ¿Y todo esto ha de fiarse á la casualidad del nacimiento?

Lo repugna el buen sentido. Basta de estupidez!

La prueba se ha hecho repetidas veces y los pueblos se han visto no pocas regidos por mónstruos.

Si somos los más y nos dejamos imponer por los menos, demos á la sociedad el nombre de manada y vayamos donde nos mande ir la piedra que lance la honda del pastor. Seamos lógicos.

Si al contrario, queremos ser hombres, que nos gobierne el más sabio y virtuoso, y si estas dos condiciones no concurrieran en una misma persona, elijamos la más virtuosa y no tendremos motivo de arrepentimiento. Los oyentes asintieron á lo dicho por el coronel Segundez.

Patricio, viva representación del pueblo escarnecido, relató en pocas palabras su historia de infortunios; demostró que no merecen el nombre de revolucionarios, aunque se llamen tales, los que no quieren hacer sacrificios.

El rico revolucionario—dijo—debe sacrificar su dinero, como el pobre su vida cuando es menester; cien hombres de corazón, jornaleros todos, han venido á decirme, que han ahorrado céntimo á céntimo lo suficiente para armarse y municionarse. Que este ejemplo tenga imitadores, sobre todo entre los que pueden y no quieren. Entre los revolucionarios de cabeza y no de corazón.

Patricio concluyó diciendo:

—¡A las armas! He aquí nuestro grito; he aquí el grito del pueblo.

¡Abajo el bandolerismo oficial! (1). ¡Viva la República!

De este modo, y de acuerdo con los prohombres *conciliados*, se empezó á preparar un movimiento insurreccional en Madroñópolis, cuando la familia encargada del gobierno iba á pasar por un momento muy crítico.

---

(1) Imposibilitados (los bandoleros) por la persecución de la fuerza pública de continuar sus hazañas en los campos, trasladaron su residencia á las ciudades; abandonando sus pintorescos trajes provinciales adoptaron la correcta levita, el sombrero de copa y el guante blanco; cambiaron el trabuco y el pañal por el tintero y la pluma.—(*El país*, 3 de Abril de 1892).

## XXIII

Ha llegado el momento de poner término á estos cuadros y correr el telón, para que el público falle en conciencia. El telón será rápido.

Panfilita, de la noche á la mañana desapareció de Madroñópolis. Había colocado sus ganancias en la casa de uno de sus amigos, y el amigo tuvo la suerte de hacer quiebra, ó lo que es lo mismo, la habilidad de partir por el eje á los que cándidamente habían depositado en él su confianza. En estado de miseria llamó á varias puertas y las encontró cerradas.

D. Anselmo, falleció poco tiempo después de su llegada á la insula, que consiguió por los malos oficios de Panfilita, y como antes de embarcarse redujo á *papel* toda su fortuna, nadie pudo averiguar lo que fué de ella. Lo cierto es que desaparecieron los billetes de Banco y que sus legítimos herederos no llegaron á contarlos.

El capitán Rodrigo, en el momento de caer el telón, estaba sufriendo cuatro meses de castillo en uno muy lejos de Madroñópolis. El infeliz descubrió demasiado sus manejos políticos.

El coronel Segundez, con más habilidad que su

subalterno, continuó sumando elementos revolucionarios, y crecieron como la espuma. Verdad es que los gobiernos suelen ser los auxiliares más eficaces de todas las conspiraciones, desde los tiempos de Catilina, hasta los de D. León y D. Eduvigis.

El buen D. Policarpo, pasó á mejor vida que la de maestro, dejando por herederos de sus atrasos á Paco y Rosita, afortunados niños que fueron recogidos por Patricio. De éste y *El Saque* hablaremos después.

A todo esto, preparábase en el sitio llamado *El Moreno* un fúnebre drama. Hacía tiempo que no se dejaba ver en Madroñópolis el desgraciado Pepito. ¡Desgraciado, sí; porque no es la felicidad inseparable compañera de las altas posiciones, como muchos creen! La turba que le rodeaba excitó las pasiones del mozalvete, creyendo halagarle, y cuando quiso retrocer, el mal estaba hecho. Era tarde para contener los progresos de la enfermedad que sordamente dominaba la existencia del desventurado joven. La tisis, esa dolencia terrible que rara vez perdona, se había apoderado de él y por momentos le llevaba al prematuro término de la vida.

El conflicto era inmenso para sus secuaces.

¿Cómo ocultarlo á las miradas del pueblo? ¿Cómo impedir que éste, advertido de la gravedad de la dolencia y de su término funesto, se preparase para cambiar la forma de gobierno?

Apareció otra vez la razón de Estado, verdadero

colmo de la sinrazón, y en secreto conciliábulo acordaron los amigos de la víctima, que á todo trance convenia, no sólo alejarle de Madroñópolis, sino aparentar, con cierto estudiado abandono, que la ausencia del Inca no estaba motivada por una causa grave.

¿Cómo habían de dejarle sólo sus deudos y amigos si realmente existiera la gravedad supuesta por algunos malavenidos con la situación política? ¡Imposible!

Y mientras en Madroñópolis repetíase este argumento, Pepito... desapareció. ¿Qué fué de Pepito?

Nadie ha vuelto á tener noticia de él.

Unos dicen que sucumbió en *El Moreno*, sin que ninguno de los suyos acudiera á recoger su último aliento; pero aunque la razón de Estado, el colmo de la sinrazón, de que antes hablábamos, obliga muchas veces á las mayores crueldades, nosotros no podemos dar asenso á esta versión. Otros afirman que cierta noche obscura, y montado en un caballo negro como ella, se le vió cruzar á escape los senderos del bosque, huyendo del sitio en que le habían abandonado.

Esta versión parece ser la más autorizada, y aun hay quien dice que al cumplirse los aniversarios del día de la fuga, se vé la sombra del huído vagar por aquellos contornos, siempre cabalgando sobre el negro corcel. Lo cierto, lo ciertísimo es que desapareció, como si la tierra se lo hubiese tragado.

D. León, al enterarse de la ocurrencia se trasladó

apresuradamente á *El Moreno*, y á pesar de su práctica en la dirección de los negocios públicos, estaba aturdido, anonadado, y en esta actitud le encontró el diligente Corralón.

—¡Qué horror, amigo mío! ¡Qué conflicto!—dijo á su íntimo amigo.

—Calma, D. León, mucha calma. Es una batalla perdida; rehagamos nuestras fuerzas.

—¡Pero usted cree...!

—Sí, hombre, sí, creo.

—¡Hombre excepcional!—dijo D. León, abrazando al gran fiador. Mande usted, mande usted.

—Lo primero que usted debe hacer es dejar el puesto á D. Eduvigis, porque yo no respondería de las consecuencias de esta fuga si usted continuara al frente del gobierno.

—Usted manda,

Ya sabía Corralón que mandaba, así es que, atropellando por todo, hizo el cambio político en un dos por tres.

D. Eduvigis llegó tarde, por aquello de que

«En los negocios de Estado  
La buena forma es el todo.»

Pero llegó oportunamente, según se verá á renglón seguido.

—Llega usted á buena hora—le dijo Corralón—porque tiene usted que encargarse del gobierno sin

pérdida de tiempo. Quite usted el polvo al morrión y exhibalo usted á ese pueblo incauto. Ya sabe usted lo que es. De vez en cuando hay que engañarle con un poquito de *chin chin*, y nadie mejor que usted para hacer esas comedias.

—Usted sabe—contestó don Eduvigis—que soy capaz de cualquier sacrificio, tratándose...

—Lo sé, lo sé. ¡Qué mayor sacrificio para usted que mandarme fusilar! y estuvo usted preparado para hacerlo...!

—Corramos un velo sobre el pasado—dijo don Eduvigis.

—Tiene usted razón, y á lo que importa.

Al decir esto, Corralón dijo á uno de sus acompañantes:

—Que busquen á D. León y que venga inmediatamente.

Don León se había ido á meditar en un extremo de la sala.

—Quiero hacer las cosas con toda formalidad; que sean ustedes una garantía de orden para el país; que me ofrezcan no tirarse los trastos á la cabeza por un quitame allá esas pajas, ó ese empleado.

Porque, si no se ponen ustedes de acuerdo, yo lo hice y yo lo desharé.

En esto llegó don León.

—Vamos á cuentas—dijo Corralón.

Ofrezco á ustedes mi apoyo para sostener esto

que se nos vienen encima; pero con una condición previa.

—¿Cuál?—pregunto el pontífice máximo de los acaparadores.

—Esta: que me prometan ustedes ser personas formales. La situación es muy crítica. El edificio que vamos á sostener falsea por sus propios cimientos, porque no pueden ser más endebles, y aquí que nadie nos oye, más ridículo.

—Conformes—dijeron á la vez los dos oyentes.

—Pues bien—continuó hablando Corralón—para que yo pueda decir como el godo:

«Yo ví del Guadalete  
desplomarse la funesta orilla»

y que para sostenerla

«el hombro puse y la constancia mía»

es indispensable que ante mí hagan ustedes un pacto solemne.

—Pactemos—dijeron á un tiempo D. León y don Eduvigis, como si fueran dos figuras parlantes, por el mismo resorte movidas.

—Aquí, seamos francos, todas las disputas han tenido su origen en la impaciencia por el disfrute del poder y es necesario que esto concluya para bien de todos nosotros.

—Concluirá—dijeron ambos.

—Aquí no hay razones políticas más ó menos dis-

frazadas. No me vengan ustedes nunca con esas tonterías. Lo que conviene es que se establezca el turno pacífico del poder. Cinco años uno y cinco años otro, mientras podamos seguir tirando de este carro. Concesiones mutuas, nada de peleas y á vivir.

Si en alguna ocasión me pareciera conveniente anticipar el cambio de las cosas, yo señalaré el momento. Ya saben ustedes que el corazón nunca engaña y que el mío está bien acreditado. ¿Tienen ustedes que añadir ó quitar?

—Nada—contestaron.

—Pues en señal de alianza dense ustedes la mano de amigos... y lo dicho.

D. Eduvigis y D. León se estrecharón las manos diciendo éste.

—¿Jura usted observar fielmente el pacto del Moreno?

—Lo juro—contestó D. Eduvigis.

—A lo mismo me obligo—dijo D. León.

—Haciéndolo así, en el presupuesto hallareis la recompensa: *é si non, non*—dijo el general de modo solemne.

Una vez cumplidas estas formalidades, Corralón se encargó de llenar las [precisas para que D. Eduvigis se encargara del Cotarro. Y se encargó.

\* \* \*

Pasó algún tiempo y las cosas iban de mal en

peor. Estando en el poder D. Eduvigis, estalló en Madroñópolis, la conspiración de los puritanos y como fué vencida, por causas que necesitarían otro libro para ser explicadas, emigraron los comprometidos que no cayeron en poder del viejo conspirador don Eduvigis. Patricio á los pocos días de estar en el extranjero con su esposa Ángela y sus tres hijos adoptivos, recibió una carta que decía de este modo:

«Sr. D. Patricio Bueno.

Muy señor mío: Cumpló la voluntad de mi difunto esposo, poniendo á disposición de usted diez mil pesos, que por una serie de extrañas circunstancias reténia en su poder, y que de derecho pertenecen á la niña Milagro, que usted recogió y adoptó.

Para cumplir este encargo, me he visto obligada á prescindir del último resto de la fortuna del que fué mi marido (q. s. g. h.)

Excuso decir que están á disposición de usted los documentos que justifican la legitimidad de esta herencia.

Con este motivo saluda á usted con el mayor afecto y b. s. m.

AZUCENA, *viuda de Antóñez.*

\* \* \*

¿Qué fué de Madroñópolis?

Un día se levantó Patricio diciendo á Ángela que había tenido una horrible pesadilla la noche anterior.

—Si te lo he dicho, ya lo sabes; concluirás por volverte loco—contestó Ángela.

—Figúrate—continuó diciendo Patricio—que he soñado lo que vas á oír.

Habíamos pasado en Madroñópolis un día de calor espantoso, de calma sofocante y abrumadora. Nos acostamos por la noche á la hora de costumbre, y al poco rato, cuando tú y los niños dormiáis el primer sueño, oí un ruido sordo, sentí un movimiento de trepidación y observé que chocaban los objetos menudos que teníamos en el basar de la cocina próxima. ¡Ángela! ¡Ángela! un terremoto, despierta á los niños, huyamos, huyamos..., dije.

Te levantaste aterrorizada; yo me vestí de prisa y corriendo, cogimos los niños y salimos al campo sin atrevernos á volver la vista atrás. Los movimientos de oscilación cada vez eran más frecuentes y violentos, y las personas huían aterrorizadas, dando gritos de angustia.

Jadeantes, llegamos á buena distancia de la ciudad, y de pronto oímos un ruido espantoso, como si cien volcanes hubieran estallado al mismo tiempo.

¡Qué espectáculo se presentó á nuestra vista!

El terreno de Madroñópolis estaba convertido en inmensa hoguera que todo lo consumía por momentos. Las lenguas de fuego serpenteaban hasta perderse en las nubes, y el cielo veíamoslo teñido de color de sangre en toda la extensión del horizonte. Los objetos, las masas de edificios que distinguíamos á través del aire enrarecido, cambiaban de posición y

de forma, retorciéndose sobre sí mismos, para desplo-  
marse con estrépito y desaparecer en aquel horno in-  
menso. Oíamos el crugir de la madera, los chasquidos  
de los muros, las detonaciones producidas al estallar  
los depósitos de materias inflamables, y los gritos de  
horror de la muchedumbre aterrorizada.

Todo era en Madroñópolis desolación, ruinas y  
espanto.

¿Permanecemos así mucho tiempo? ¡Quién sabe!

Por último, el fuego cesó; pero vimos que las pie-  
dras de las ruinas saltaban unas sobre otras, como si  
la tierra quisiera rechazarlas.

Esta especie de convulsión de la materia duró mu-  
chos días, hasta que poco á poco cesó todo movimien-  
to, y entonces, por un efecto raro, vimos que las co-  
lumnas y los sillares amontonados por la catástrofe;  
formando combinación fantástica entre sí y con los  
claros de luz, decían:

## AQUÍ FUE MADROÑÓPOLIS

Pero no es esto solo.

Oímos después gritos de alborozo, vivas entusias-  
tas, músicas alegres que llenaban el aire con patrióti-  
cos himnos, y ondeando al viento vimos multitud de  
banderas, cuyos vivos colores formaban sobre millares  
de millares de agitadas cabezas, como un iris de paz.

El pueblo y el ejército fraternizaban. ¡El noble

pueblo y el ejército siempre patriota! ¡Los dos elementos sanos de la infeliz Abraña!

¡El sol naciente iluminaba tan hermoso cuadro!

¡¡Gloria!!, dije, Abraña resucita ó despierta. ¡Viva Abraña! Y al lanzar este grito con toda mi alma, desperté también.

—¿Y veremos realizada la última parte de tu sueño?—dijo Ángela.

—¡¡Quién sabe!!—contestó Patricio.

Hasta ahora no lo hemos visto... yo sé la causa; pero no es posible que la voz del patriotismo continúe dominada por más tiempo.

Yo lo sé, yo lo espero. Así será.

FIN



4438

ANISIMIC

1877

1877

1877